Mamá, soy mujer

Daniela Requena

Diario de una chica trans

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Agradecimientos
Primera parte. Volver a nacer
1. Mamá, ¡ha nacido una estrella!
2. Mamá, he tenido una erección
3. Mamá, tengo pelos en el bigote
4. Mamá, he perdido la virginidad
5. Mamá, me han pegado
6. Mamá, hoy me confieso, pero no contigo
7. Mamá, me adentro en el Triángulo de las Bermudas
8. Mamá, necesito ayuda
9. Mamá, esta es la decisión que cambió mi vida
10. Mamá, ¡que soy universitaria!
11. Mamá, ¡es hora de renovar el closet!
12. Mamá, no me gusta mi cuerpo
13. Mamá, ¡que he aprobado!
14. Mamá, ¡que soy una dona treballadora y disfrutona!
15. Mamá, ¡que hoy es mi primer día de trabajo!
16. Mamá, te voy a contar cómo ha sido mi amor de verano
17. Mamá, es hora de salir del armario, aunque solo sea sacar una pierna
18. Mamá, tuve mucho miedo porque no quería haceros sufrir
19. Mamá, estuve tan cerca, pero tan lejos
20. Mamá, que ahora me rodeo de celebrities
21. Mamá, ha llegado el momento de ser más valiente que nunca
22. Mamá, todo va cogiendo forma
23. Mamá, new beginnings
24. Mamá, papá, quiero ser quien soy
25. Mamá, he vuelto a nacer
26. Mamá, necesito (literalmente) volar
Segunda parte. Empezar a vivir
27. Mamá, que estoy en Nueva York
28. Mamá, ¡que ya tengo casa y trabajo!
29. Mamá, no me reconozco
30. Mamá, the bitch is back
31. Mamá, esta soy yo

32. Mamá, y ahora toca «living la vida loca»
33. Mamá, hagamos un aquelarre
34. Mamá, ¿sabías que no es bueno ilusionarse?
35. Mamá, me confieso: me gustan los cayetanos
36. Mamá, he sufrido transfobia
37. Mamá, esto se acaba
38. Mamá, espérame, que ya llego
39. Mamá, la hiena se ha metido en la boca del lobo
40. Mamá, he conocido a mi Christian Grey
41. Mamá, es hora de decirle adiós a algo
42. Mamá, hoy vuelvo a nacer

Epílogo
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclu-

sivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

«Que algo no iba bien en mí era más que evidente, todos los que me rodeaban lo percibían. Hasta yo misma era consciente. Pero claro, en términos técnicos, no tenía ni idea de lo que era ser transexual.»

Pese a no tener ningún referente, Daniela siempre sintió que quería ser y mostrarse como una mujer. Con el tiempo, entendió lo que ocurría: ella era una mujer. No sin ciertas dificultades, ha conseguido mantenerse fiel a sí misma en todo momento. Hoy en día, sin embargo, es consciente de que el camino habría sido mucho más fácil —lo sería para todos aquellos que lo están viviendo ahora— si hubiera más voces dispuestas a romper el tabú de la realidad trans.

Con el humor y el desparpajo que la caracterizan, Daniela nos cuenta en primera persona cómo es la infancia, la adolescencia y la juventud de una persona trans, lo que supone abordar la transición, los prejuicios y el desconocimiento que persisten.

NO TENGAS MIEDO A SER QUIEN ERES

La periodista e *influencer* que ha conquistado TikTok nos revela todos los detalles de su transición

Daniela Requena

MAMÁ, SOY MUJER

Diario de una chica trans

Planeta

Tener la posibilidad de escribir un libro es de las cosas más encantadoras que la vida me ha podido regalar, sin olvidar la suerte que he tenido por vivir en el momento adecuado y rodeada de personas maravillosas. Personas que me han respetado, apoyado, defendido y querido durante todo mi proceso. Desde aquí os doy las gracias, mamá, papá, familia y amigxs. Os quiero.

PRIMERA PARTE

VOLVER A NACER

1
Mamá, ¡ha nacido una estrella!

Siempre he creído que mi vida y mi condición de persona trans han estado ligadas desde el principio a los fuertes deseos de mi madre de tener una hija. Escrito aquí y leído por vosotras, seguro que suena como una tontería. Pero así fue, mi madre siempre quiso tener una hija: eran tales las ganas que estoy convencida de que algo en sus propias hormonas afectó a mi desarrollo dentro de ella. El caso es que, cuando estaba embarazada de cuatro meses de mí, fue al ginecólogo para hacerse una ecografía, se llevó la mayor de sus sorpresas, una niña estaba en camino. Yo, Daniela Requena Esteve, crecía dentro de ella.

Mi familia es el claro ejemplo de la clase media de los noventa. Mi madre, Alicia, maniática del orden y experta en croquetas, trabajaba en el servicio de limpieza de unos grandes almacenes, y mi padre, Santiago, un apasionado de Triana y del fútbol, gestionaba (y gestiona) su propio taller de coches. Con veintipocos años se enamoraron, se casaron y decidieron rápidamente ampliar la familia. Mi hermano Samuel fue el primer valiente en aparecer, y casi tres años después nací yo.

Fueron cuatro meses de absoluta felicidad. Todo iba viento en popa, la familia iba a crecer, ¡y sí!, iban a tener la tan deseada parejita (aunque estaremos todos de acuerdo en que el concepto de *parejita* tendría que cambiar, ¿no? Hoy, afortunadamente, ya hay muchos tipos de parejas).

Sin embargo, todo cambió cuando en la ecografía del quinto mes decidí cambiar de postura y el médico descubrió que entre mis piernas había algo más de lo que habían visto en anteriores ecografías: allí estaba un bulto saliente que dejaba claro que se habían equivocado al dar por sentado

mi sexo. Había un *nepe*.* Los idílicos planes de mis padres se desmontaron por completo, y a pesar de que aparentemente se trata de una confusión más habitual de lo que nos pensamos, en el caso de mi familia aquello no era una confusión: era toda una premonición. Sin embargo, en ese momento, nadie podía imaginarse aún lo que el tiempo nos depararía.

Mis padres se pusieron manos a la obra y cambiaron la ropa y los complementos que habían comprado; también pintaron de nuevo mi habitación. Porque claro, ahora que iba a ser un chico, el color rosa debía estar a más de tres metros de mí: distancia de seguridad siempre, por lo que pueda pasar. ¿Tenían la culpa mis padres por reaccionar así? Personalmente, yo creo que no. Eran víctimas de los tiempos, nada más, de una sociedad que no entiende ni de género, ni de identidad, ni de sexo. O algo peor, eran (y son, porque lo somos todos) víctimas de una sociedad que te impone qué debes ser en función de tus genitales, sin importar nada más. ¿Qué podemos esperar de esos primeros años noventa, en los que el programa *A mediodía, alegría*, de Leticia Sabater, se había convertido en el referente para niños y niñas? La misma Leticia Sabater de *La salchipapa*. Está claro que los noventa fueron, cuando menos, años muy turbios, y sobre todo supusieron un gran cambio en la sociedad al que nuestros padres no siempre fueron entrenados para adaptarse a tiempo.

Tuve una infancia de lo más normal. Mis padres dicen que tenía mucho carisma y que era un bebé de lo más cariñoso. En aquel momento éramos ya una familia muy numerosa, plagada de tíos, primos, abuelos…, y entonces yo era el pequeño, lo que me convirtió en el mimado de la casa. Y me beneficiaba de ello, lo reconozco.

Nunca tuve problemas para relacionarme con los demás niños, me adaptaba a las situaciones y personas con facilidad. Algo que sí recuerdo es que prefería rodearme de niñas, encontraba en ellas un *feeling* que no tenía siempre con los niños. También me pasaba con los adultos. Cada vez que veía a la ahora exmujer de mi tío, me quedaba eclipsada

con su melena y me pasaba horas y horas peinándola, haciéndole trenzas o simplemente acariciando su suave cabello. Era como estar con Pocahontas, solo que en versión rubia y europea. Siempre me hacía la misma pregunta: ¿por qué yo no tenía el pelo tan largo? Todavía era demasiado joven para entender los roles de género y sexo impuestos por la sociedad y, lo más importante, todavía era demasiado joven para entender lo que mi mente estaba gestando.

Pese a que soy de Valencia, todos los meses de julio y agosto pasábamos el verano en un pueblo de montaña. Toda la familia nos reuníamos; abuelos, tíos, primos… Después de cenar, salíamos a «tomar la fresca». Estoy segura de que sabéis lo que quiero decir, pero por si acaso hay alguien demasiado cosmopolita, lo explicaré. Básicamente, consiste en coger una silla plegable con estampado de cortina bajo el brazo y ponerla en la puerta de la casa, sin olvidar una rebequita de punto fino para resguardarse del frío de las noches veraniegas y algo como unas palomitas o similar para amenizar la velada. Allí, los mayores comentaban los temas de actualidad y, la mayoría del tiempo, chismorreaban acerca de todo aquel que pasaba por delante, después de haberle sonreído y dado las buenas noches, por supuesto. Era como pasar fugazmente por una especie de purgatorio.

Pero los pequeños, valga la redundancia, hacíamos cosas de pequeños. Dejábamos volar nuestra imaginación e inventábamos algún juego para entretenernos. En algunas de esas idas y venidas de la imaginación, y haciendo uso del afán de protagonismo que me caracterizaba, entraba dentro de casa, cogía trapos y camisas y, como buenamente podía, con ayuda de unas pinzas de tender, me creaba una larga melena como la de la mujer de mi tío y un vestido con volantes. Toda una folclórica, vamos. En ese momento, empezaba la función.

Sin ningún tipo de vergüenza, me ponía delante de todos ellos a imitar a los cantantes del momento. Recuerdo

que parodiaba una y otra vez la canción *Ese toro enamorado de la luna.* Todos reían al verme y ello me animaba a continuar haciéndolo. Hasta a mi abuelo, mi yayo Voro, que era un poco reacio a que su nieto pequeño se pusiera faldas y que tampoco es que fuera la alegría de la huerta, conseguía sacarle una sonrisa.

—Pero ¿qué estás haciendo con eso en la cabeza?

—Soy una estrella de la música.

—Quítate eso, que es de mujeres.

—No, yayo, mira qué bien canto y bailo.

Tras esa respuesta, él, primero, me dedicaba una mirada de enfadado, pero al final acababa derritiéndose y sonriéndome.

Yo era demasiado inocente para darme cuenta de lo que esos bailes y esos disfraces significaban, de que no eran comportamientos que pasaran desapercibidos. Lo que para mí eran juegos, para los adultos que me rodeaban eran un síntoma claro. En mi familia era un secreto a voces: todos veían a un *niño mariquita*, pero nadie lo hablaba abiertamente, o por lo menos no delante de mis padres. Quizá hoy las cosas hubieran sido diferentes, pero en la década de los noventa la homosexualidad todavía estaba ligada al VIH, a las drogas y a la promiscuidad. ¿Para qué iba mi familia a herir la sensibilidad de mis padres (y, por qué no, la suya propia) diciendo en voz alta que su niño amanerado seguramente acabara siendo un maricón? El caso es que, honestamente, no sé si mis padres decidieron mirar para otro lado o dejar que la flor creciera sin ningún tipo de condicionamiento. Sin ninguna duda, nos hubiera venido muy bien a todos saber cuatro cosas sobre la homosexualidad, la bisexualidad o la transexualidad y el transgenerismo. O si no veían oportuno emplear ese tipo de términos, me hubiese conformado con haber tenido el espacio suficiente como para hablar sobre lo que tan evidente era, poner en palabras que el amor era libre, y que, si mi felicidad era tener el cabello largo y llevar vestidos, podía hacerlo. Pero no lo hicieron, porque nadie les había enseñado a reaccionar a lo que la vida les presentaba, y todos seguimos adelante sin

gestionar lo que estaba pasando en mi interior. Cuando se acababa el espectáculo, volvía a quedarme con mi pelo corto.

Por suerte, los tiempos han cambiado. No para todos, y no en todas las familias, y lejos está esto de ser una declaración de que los días difíciles han acabado para la comunidad LGTBIQ+: ni mucho menos. Pero quiero pensar que, hoy en día, si un niño pide una muñeca, la posibilidad de que sus padres se la compren sin darle más vueltas es mucho más alta. O si coge la ropa de su madre y se viste con ella, quizá esos padres disfruten del espectáculo que su hijo les regala sin ese miedo silencioso a que el niño les salga marica, y, sobre todo, sin sentir el tabú de decirlo en voz alta. Pero si creen que deben hacer algo, sentirán la libertad de hablar con su criatura y explicarle cómo son las cosas. Hoy existe mucha más información sobre el tema, así como referentes LGTBIQ+, y hay menos prejuicios a la hora de educar a los niños. Por eso jamás les he guardado rencor por no haberme informado lo suficiente. Fueron víctimas de una sociedad que no había avanzado demasiado en materia de derechos sociales.

Sin embargo, esa falta de información se compensó con creces con la libertad que me dieron en cuanto a mis preferencias. Era la envidia de todas mis primas porque cada 6 de enero los Reyes Magos de Oriente venían cargados a mi casa con Barbies, muñecas y minicocinas, entre otros juguetes que las agencias de *marketing* habían inventado como «para niñas».

Además, recuerdo como si fuera ayer cómo mi madre nos daba el catálogo de juguetes de El Corte Inglés para que mi hermano y yo redondeáramos lo que queríamos pedirles a los Reyes. Sus preferidos estaban en unas páginas y los míos en otras, y era bastante fácil adivinar qué le gustaba a cada uno. Tendríamos para escribir otro libro entero si nos centráramos en que, según las tiendas de juguetes, a las niñas solo pueden gustarles las muñecas y las cocinitas, y a los niños, los coches y los aviones. Según muchos padres, también, y pobre del niño o de la niña que quiera salirse del

estereotipo si no lo hace dentro de la familia indicada. El camino que hay que recorrer es largo, muy largo, pero yo creo que los diseñadores de las revistas de juguetes podrían empezar por, no sé, ¿poner todos los juguetes mezclados y que cada niño o niña escoja el que más le guste?

El caso es que era más que patente que no me iba a convertir en el Cristiano Ronaldo de la familia. De hecho, puedo contar con una mano las veces que he tocado un balón de fútbol. Con eso es con lo que sí tenía distancia de seguridad, y no con el color rosa. Recuerdo que les decía a mis padres que quería montarme mi propia peluquería, era obsesión lo que tenía con las melenas largas, supongo que por no poder tenerla yo.

Mis padres, sin saberlo, tenían la parejita que siempre habían querido. Aún no comprendían, ni ellos ni yo, que éramos un niño y una niña trans: lo que todos pensábamos era que éramos dos niños, uno de ellos *mariquita*. Y si había indicios de lo que pasaba realmente, supongo que mis padres estaban más preocupados de que algún desafortunado me insultara e hiriera mis sentimientos que de descubrir a la hija que tenían escondida y que siempre habían querido.

En la calle, nunca tuve problemas para relacionarme con los demás niños. Además de establecer relación con los de mi escuela, tenía una especial amistad con mis amigas del pueblo donde veraneaba. Todas éramos de la misma edad y nos complementábamos mucho a la hora de jugar, pero, sobre todo, nos complementábamos a la hora de bailar.

Como buen típico pueblo español, además de tomar la fresca, se hacía un concurso de *playbacks*. Participaba casi todo el pueblo, así que nosotras no íbamos a ser menos. Nuestras madres decidieron apuntarnos, en parte por la cuenta que les traía, dado que estábamos entretenidas todas las tardes de verano mientras ensayábamos para la gran actuación.

Pese a que a mí me tocaba interpretar los papeles masculinos y miraba con recelo los increíbles atuendos de ellas, al más puro estilo de Lina Morgan, fui compensada cuando, llegada la gran noche, la madre de una de mis amigas, muy

avispada ella y con suficiente inteligencia emocional como para saber lo que yo quería, me hizo uno de esos maquillajes de fantasía que tanto me gustaban.

—A Dani lo maquillo yo. Ven conmigo, cariño. Te voy a hacer un maquillaje de esos que tú quieres. Te gustan los labios rojos, ¿verdad?

—Síííí, ¡me encantan!

—Si ya sabía yo.

—¿Y qué más me vas a poner?

—Te voy a poner unas pestañas postizas extralargas. Si te pregunta alguien, di que es para que tu mirada resalte encima del escenario.

—¡Guau! Me encantan.

La excusa del *playback* era perfecta para poder ser yo misma. No era consciente de por qué motivo sucedía, pero ocasiones como esa me aliviaban enormemente un malestar interno, casi indescriptible, con el que simplemente iba aprendiendo a vivir y que dependiendo de las circunstancias era más o menos fuerte. Con el tiempo y gracias al activismo, comprendí que ese malestar era lo que llamamos *disforia de género,* y suele sucederles a las personas trans cuando lo que sienten y lo que experimentan en el mundo real no concuerda; cuando la sociedad, el ambiente o su propio cuerpo les recuerdan la diferencia entre quiénes son y quiénes les gustaría ser. Esa disforia llama a la puerta con fuerza en ocasiones más o menos relevantes de nuestra vida, pero, en términos generales, siempre está, de algún modo, presente. A mí, maquillarme, ponerme una peluca y vestirme *de mujer* me aliviaba terriblemente, a pesar de que todavía no sabía qué me pasaba.

Que algo no iba bien en mí era más que evidente, todos los que me rodeaban lo percibían. Hasta yo misma era consciente. Pero, claro, en términos técnicos, no tenía ni idea de lo que era ser transexual. Seguí sin comprenderlo durante mucho más tiempo. A medida que iba creciendo y habiendo escuchado las palabras *mariquita, maricón, sarasa* o algún derivado de ese insulto hacia mí, comencé a saber sobre las orientaciones sexuales. Así que, a la fuerza, descubrí el sig-

nificado de esa palabra que tanto había escuchado.

Pero lo cierto es que no mentían, tenían razón. Mi sexualidad estaba floreciendo y sentía atracción hacia los hombres. Así que, poco a poco, fui asumiendo que era (o creía ser) un mariquita. Orgulloso, pero eso sí: en silencio. Porque a juzgar por el tono con el que se referían a mí cuando me lo decían y dada la nula información que recibí por parte de mis padres sobre el tema, intuía que aquello no podía ser bueno, aquello no era lo correcto. Algunas personas estaban empeñadas en que lo reconociera rápidamente, como si ello les fuera a dar de comer, y me hacían preguntas directas, incómodas y violentas. ¿Por qué? No lo sé. Supongo que porque a todos nos incomoda percibir que algo no está en su sitio, que algo se sale de lo establecido.

Si a mí me preguntaban quién me gustaba, si un chico o una chica, yo, para disimular, decía que los dos. Soltaba el nombre del chico que realmente me gustaba y me inventaba el de la chica. Normalmente buscaba a una con la que yo me identificara. Es decir, mi yo de antes se imaginaba siendo la Sirenita, pero no podía sentir atracción por un personaje de Disney, así que decía el nombre de una chica que me pareciera guapa y por la que no me hubiera importado reemplazarme.

Cada aproximadamente mes y medio, mi madre nos llevaba a mi hermano y a mí a la peluquería para cortarnos el pelo. Recuerdo que no me gustaba nada. La peluquera era un encanto, no van por ahí los tiros, pero yo quería tener el cabello largo, y pese a que se lo decía a mi madre cada una de las veces que íbamos, ella no quiso o no supo ver el porqué de ese deseo. Era como cuando en el colegio hacían dos grupos donde separaban a los niños y a las niñas para una actividad en educación física. ¡Yo quería estar en el grupo de las chicas! ¡Ahí es donde estaban mis amigas!

A pesar de no tener aún ninguna madurez, lo cierto es que los niños no mienten. No sabía ni lo que me pasaba ni por qué me pasaba, pero sentía claramente que la sociedad y mi entorno no me entendían lo suficiente. Sentía que era diferente a los demás y que no había un espacio claro para

mí en el mundo.

Por eso, si lees este libro porque tu hijo, hija o hije te ha expresado su convicción (o sus dudas) acerca de su verdadero género, has de saber que esto ha pasado desde que el mundo es mundo, que es muy difícil hacer las cosas perfectas, pero que, con amor y respeto, esa persona saldrá adelante, estará bien. Lo más importante es que no tengáis miedo a hablar sobre la transexualidad o el transgenerismo: no cometáis el mismo error que, por desconocimiento o miedo, cometieron mis padres, porque se pierden años de felicidad. Sed atentos, escuchad y, sobre todo, ofreced a vuestros hijos la confianza para hablar de lo que sientan sin que crean que si lo hacen eso supondrá un *shock* para la familia. Yo quizá habría reconocido lo que me pasaba y hablado de ello mucho antes de no haber estado segura de que iba a hacer daño a mis padres. Quizá ellos mismos lo hubieran puesto sobre la mesa si no hubieran temido desatar para mí un destino inseguro. Ambos nos equivocábamos, y como el sol no puede taparse con un dedo, al final sucedió lo que tenía que suceder. Pero antes de eso hubo muchos años de aventuras.

Permitidme que os los cuente. Y si estáis aquí porque os pasa lo mismo que me pasaba a mí, ojalá os atreváis a hablar con quien necesitéis en cuanto terminéis las páginas de este libro.

2
Mamá, he tenido una erección

La llegada de la adolescencia es un calvario para la mayoría de los chicos, chiques y chicas. Sin embargo, en mi caso no solo supuso una explosión hormonal y la aparición de algunos granitos donde no tocaban. Supuso dejar de lado la inocencia y la desinformación sobre algunos temas, supuso la llegada del apetito sexual, supuso poner los pies sobre la tierra; en definitiva, supuso dejar de lado a ese niño que soñaba con ser una princesa para intentar serlo como buenamente me lo permitiera el mundo, al mismo tiempo que, precisamente, mi cuerpo se distanciaba cada vez más de ese ideal.

Que me gustaban mucho los hombres y nada las mujeres era algo que tenía más que asimilado, no había ningún tipo de duda. Aquella bisexualidad de la que hablaba años atrás no era más que un caparazón protector de cara a la sociedad. Creía que era un ser vulnerable si decía lo que yo realmente sentía, así que opté por alguna que otra mentira piadosa.

Tanto en el colegio como en el instituto, nunca faltaba algún niño impertinente que me hacía la pregunta de rigor sin pudor alguno.

—¿Te gustan los chicos o las chicas?

Como ya os he contado, yo solía hacer acopio de entereza y seguridad, y como buenamente podía, respondía:

—Los dos.

—¿Eres margarita?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi padre.

—Pues dile que te enseñe a hablar bien.

Pero abandonado el colegio, me dejé de tonterías. Defi-

nitivamente, la llegada al instituto fue escalar un peldaño más en mi vida, no solo a nivel académico, sino en lo que a sexualidad y libertad se refiere.

Recuerdo que durante esa época empecé a fijarme en los chicos de otra forma. El olor, el sudor o cualquier fluido corporal que viniera de ellos y que años atrás me generaban tanto rechazo, me empezaban a provocar mis primeras excitaciones. Fantaseaba con los más guapos y populares del instituto. Sí, estaba caliente a casi todas horas. Sentía que necesitaba una solución. Pero… ¡no tenía ni idea de cómo masturbarme! Había escuchado hablar sobre pajas, semen o cubanas en conversaciones entre mi hermano, Samuel, y sus amigos, pero no sabía bien qué significaba cada cosa. Se jactaban de haber estado con tal o cual chica, aunque algo me hacía sospechar que la mitad de lo que contaban era mentira.

—Pues la tía tenía unas tetas así de grandes y me la tocó en el cine —soltaba mi hermano.

—¡No jodas! ¿Y te corriste?

—Claro, tío.

—Pero ¿ella utilizó su boca para ayudarte? —intervenía otro amigo.

—Sí, ¡y qué placer!

—¡¿Te hizo una mamada?!

En ese momento, atraído por la emoción que se palpaba en el ambiente, yo intentaba enterarme y formar parte del grupo:

—¿De qué habláis?

Pero mi hermano se deshacía de mí sin ninguna piedad:

—No marees, enano, vete a tu habitación.

Es lo que tienen los hermanos pequeños. Siempre son una molestia para los mayores.

El caso es que en esos años todos andábamos con las hormonas revolucionadas, pero carecíamos de la más mínima información, más allá de la que las chicas recababan en alguna revista femenina (tipo *Bravo* y todas esas que estaban de moda en aquella época) y los chicos recopilaban gracias a (o por culpa de, según cómo se mire) algún vídeo

porno que pillaban por la tele a altas horas de la noche mientras sus padres dormían, o en el lento e incipiente internet de la época. Ni que decir tiene que, sobre todo en el caso del porno, la información que nos llegaba era de todo menos verídica.

Desde luego, no solo las personas como yo, sino toda la fauna y flora del instituto sin excepción, desde los machos alfa que no hacían más que hablar de su miembro hasta las recatadas que se escandalizaban con cualquier palabra del campo semántico del sexo, se hubieran beneficiado bastante de una asignatura sobre sexualidad en el instituto. En su lugar solo tuvimos una clase con una educadora sexual que nos puso el condón de turno en el plátano de turno y nos atemorizó con un sermón sobre embarazos y el VIH.

Volviendo a mi despertar sexual, el caso es que yo no sabía ni por dónde empezar. Sabía lo que me gustaba, pero no por qué: eso sí, algunas intuiciones muy viscerales, que no sabía de dónde venían, me iban dirigiendo en mi búsqueda de un lugar en el mundo. Mi yo interior era una mujer, lo supiera o no, así que… me comporté como tal. Cogí uno de mis peluches preferidos de la infancia, lo puse en la cama y me coloqué encima de él presionando mi zona genital. Es decir, en lugar de masturbarme como cualquier hombre, perdonad por la claridad, subiendo y bajando la piel del nepe, opté, simplemente, por presionar mi zona sensible. En esos momentos glande, y en la actualidad, clítoris, porque cabe recordar que un nepe no es más que el clítoris alargado, dado que tiene exactamente las mismas terminaciones nerviosas y genera el mismo placer, pero de eso ya hablaremos más adelante.

¿Era mi caso el único? Qué va, con doce o trece años nadie tenía ni idea todavía de cómo gestionar sus ganas de sexo, y las verdaderas explicaciones no llegaban por ningún lado. Desgraciadamente, nuestra sociedad, por muy laica que se describa, sigue siendo asustadiza, recatada, casta y de ir a misa a confesarse, si me apuras. Ya es hora de que los institutos aborden, de manera transversal y en manos de profesionales, temas como la masturbación, la sexualidad,

la identidad de género, las enfermedades infecciosas, el ciclo de las mujeres cis,* y también los hombres trans y las personas no binarias y, dada la ola de enfermedades mentales que parecen ceñirse sobre nosotros, también la salud psicológica, con atención al *bullying* y a la prevención del suicidio. En definitiva: que familias e institutos pongan, por fin, la salud y el bienestar en la infancia y en la adolescencia en el centro de la mesa.

Que los ríos y las capitales ya nos los sabemos de sobra. Y si no, le preguntamos a Google Maps.

3
Mamá, tengo pelos en el bigote

Mi ser interior no era lo único que estaba evolucionando. La genética comenzaba a hacer acto de presencia de una manera que no me convencía del todo y que, al mismo tiempo, era irrefrenable. Por suerte o por desgracia, fue mi familia materna la afortunada que me otorgó el gen del parecido y esa familia es «de hombres *muy hombres*». Mi cuerpo generaba testosterona, así que no me quedaba más remedio que asumir que donde yo imaginaba que había pechos, tan solo comenzaban a salir horribles y duros pelos negros cuya única función era la de recordarme que algo en mí no iba como yo deseaba.

Eso sí, ¡antes muerta que sencilla! Con tetas o con pelo en pecho, me estaba convirtiendo en una auténtica *fashion victim*. Me encantaba estar a la última en todo, y cuando digo en todo es en todo. Siempre que iba a una tienda de ropa y pasaba por la sección femenina, me imaginaba vistiendo los mejores *looks*, con los mejores tacones y cogida de la mano del chico que me gustaba. Pero como por entonces no me atrevía a ser yo misma, me conformaba con asesorar a mis mejores amigas con la ropa, ¡me encantaba! Ya que yo en esos momentos creía que no podía vestirme con aquellas prendas, pues, por lo menos, que lo hicieran ellas. Faldas ajustadas, mini *cross tops*, leopardo… Vamos, lo que venía siendo una choni de los años 2000.

—Tía, Patri, tienes que ponerte esto, ¡es ideal!

—¿Vestido de lunares rosas y rojos? ¿No crees que será demasiado para un cumpleaños por la tarde?

—¿Quién dijo demasiado? Nunca es demasiado. Por cierto, faltan estos taconazos.

—¡Uff! Mi abuela no me va a dejar salir de casa así.

—Pues vístete en mi casa. También tengo algo de maquillaje que te vendrá bien.

Cuando mis amigas se vestían como yo les aconsejaba, era como si estuviera visitando al oráculo de Delfos y uno de sus pitonisos (o como se llamen) me enseñara a través de un espejo a Daniela con veinticinco años. Era como estar en otra vida imaginaria y paralela.

Algo con lo que no me hacía falta soñar era con el maquillaje. A pesar de los recelos, con esos años yo ya entendía que yo no solo era gay, había algo más. Y aunque todavía no supiera (o no me atreviera a) describirlo, hacía pequeñas cosas que me aliviaban el malestar y me hacían muy feliz. Por ejemplo, compraba máscara de pestañas, transparente, eso sí, y me la ponía para ir al instituto. Compraba la más barata de las tiendas, pero no sabéis cómo me enriquecía interiormente. El siguiente paso fue pintarme la raya de los ojos, y qué empoderada me hacía sentir. Todos allí me conocían. La gente empezó a darse cuenta, pero nadie me decía nada: nos conocíamos de siempre y sabían perfectamente de qué pie cojeaba. De vez en cuando, alguno, por parecer más machito que nadie, soltaba algún insulto, pero fue tan irrelevante para mí que no lo registré en mi memoria.

Un día, volviendo a casa del instituto, me encontré a mi tía y noté con su mirada que había percibido aquella capa de maquillaje de tres centímetros que ya me atrevía a ponerme. Se acercó a mí a darme un beso y me preguntó directamente:

—Daniel…, ¿llevas maquillaje?

—Hola, tía Amparo. Sí, me han salido algunos granitos y no me gusta cómo quedan.

—¿Y lo saben los papás?

—¡Claro!

—Ah, bueno. Genial. ¿Y en el instituto los compañeros no te dicen nada?

—No, ¿por qué iban a hacerlo?

—No, por nada —me respondió ella tratando de quitarle importancia al asunto—. Quiero decir, a veces son inmadu-

ros y pueden llegar a ser crueles.

—Pues no es mi caso, y si me dicen algo, me da igual. Adiós, tía, me alegro de verte.

—Adiós, cariño.

Una vez que acabó la conversación y continué caminando, me di cuenta de lo nerviosa que estaba. No era cómodo para mí que me hicieran esas preguntas. ¿Qué se suponía que debía responder? Yo sabía perfectamente que quien era y lo que me gustaba hacer, por algún motivo, no se correspondía con la idea que el resto del mundo tenía. Pero salí del paso y, mientras caminaba, después de esa conversación, tarareaba en mi cabeza la mítica canción de Alaska: «A quién le importa lo que yo haga…».

Poco a poco, el maquillaje fue insuficiente para camuflar la apariencia que la genética me había dado. Aquellos pelos negros y duros, además de por el pecho (y otras partes que no voy a mencionar), comenzaron a aparecerme en la cara. Mi cuerpo no tenía nada de malo, pero, por algún motivo que desconocía y que no podía explicar, no soportaba la visión que el espejo me devolvía. Fue en ese momento cuando entró en juego aquella odiosa peluquería en la que cada mes y medio acababan con mis ilusiones de tener la melena que soñaba. No todo el tiempo que estaba allí lo pasaba mal: desde hacía años, me quedaba observando a las mujeres que entraban a esa pequeña habitación a la que a mí se me negaba el acceso: la sala de depilación. Había escuchado hablar de esa habitación a mi madre, pero jamás la había visto. El día que por fin me atreví a pedirle a Paqui, la peluquera, que me depilara, me llevé una decepción: no era más que un cuarto pequeño donde Paqui acumulaba trastos, y tenía una camilla blanca muy simple. Estaba lejos del extravagante camerino que yo había imaginado. Pero lo importante era lo que Paqui conseguía hacer allí… y que supo entenderme desde el primer momento. Por primera vez en años, aquella peluquería se volvió mi refugio secreto, un refugio que me aportaba la seguridad que necesitaba en esos

momentos tan críticos.

—Pasa, cariño. ¿Sabe la mamá que vas a depilarte?

Supongo que no querría ser la artífice de un pequeño *dracuín* sin autorización paternal, así que prefería no pillarse los dedos.

—Sí, sí —mentí—, ella está al tanto de todo. Bueno, ellos. Quiero decir, mi madre y mi padre.

La verdad era que a mi madre solo le había dicho que quería quitarme los pelos del bigote porque me salían granitos. Una barata excusa que ella se creyó (o, al menos, eso parecía) y que sirvió para que yo evolucionara en mi camino a la persona que necesitaba ser.

—¿Qué tal así? —me preguntaba Paqui creyendo que ya les había dado bastante caña a mis cejas.

—Bueno, las quiero un poquito más finas.

—¿Estás seguro? Pero ¡si vas a parecer una niña!

—¿Y eso sería malo?

Recuerdo que, en ese momento, ella se quedó mirándome fijamente, pero no fue una mirada cualquiera, sino una de esas que te observa y analiza al mismo tiempo, una mirada cómplice. Sí, la peluquera que me había visto crecer había captado el mensaje.

—¡Ay, cuánta faena me vas a dar!

Salí de allí con las cejas tan perfiladas que hasta me preocupaba qué dirían mis padres al verme. Sabían que tenía cita con Paqui, pero no que iba a aparecer con cejas de hilo al más puro estilo noventero. Por no hablar del bigote, que al principio muy bien, pero a las horas se me puso completamente rojo, una reacción bastante habitual cuando el pelo es demasiado negro y la piel muy sensible. Cuando llegué, di un grito para anunciarme, para preparar mi entrada, si es que podía.

—¡Ya estoy en casa!

Mi madre estaba en la cocina y mi padre en el salón, y por suerte no me vieron y solo me respondieron con un escueto «vale». Pasé corriendo a mi habitación. Tenía un poco de miedo por la reacción de mis padres, no os voy a engañar. Pero sabía que cuanto más alargara ese trámite, más

bombo le estaría dando a algo insignificante. Así que decidí hacer eso que había escuchado tantas veces en boca de los adultos: actuar con naturalidad. Salí de mi cuarto y me dirigí a la cocina.

—¿Qué hay de cenar?

—Pechuga con… ¡Uy! Pero qué cejas tan finas te has hecho y ¿qué te pasa en el bigote?

—Nada, es por la reacción de la cera, en unas horas estará normal. Y las cejas, bueno, hay un cantante que me gusta mucho y las lleva así, le quedan muy bien.

Confiaba en que no me preguntaran por ese cantante porque obviamente era ficticio, la única *popstar* con la que me identificaba era con mi yo del futuro. Sin embargo, hay veces que una imagen dice más que mil palabras y qué cierto es eso de que los padres se dan cuenta de todo. Evitaron mirarme fijamente y actuaron como si no pasara nada. Si pensaban otra cosa o si luego en la intimidad de su cuarto comentaron lo de mi cara, eso ya no lo sé, pero en ese momento hicieron lo que más necesitaba yo: no me juzgaron.

—Cambia de canal, que van a empezar las noticias.

—No, deja esto, que están a punto de decir quién es el padre biológico de la hija de Eugenia.

—Yo quiero ver la película de La 1 —dije.

—¡Tú come y calla!

Aunque fuera desde el silencio, mis padres me mostraban su apoyo, me estaban dejando ser quien yo quería ser, no me estaban cortando las alas que me dejarían volar.

Poco a poco, fui atreviéndome con más y más cambios. Como lo de las cejas había salido bien, supuse que no pasaba nada por ponerme algo más de maquillaje, aparte de la base. Entre mis nuevas cejas, mi piel como la de un bebé a base de mascarillas y tratamientos, mis ojos maquillados y mi ropa talla XS y ultraceñida, la imagen que me devolvía el espejo se iba convirtiendo en la que yo deseaba: la de una auténtica estrella de Hollywood.

4
Mamá, he perdido la virginidad

Entre exámenes de Física y Química que yo aprobaba Dios sabe cómo, algunas de mis amigas comenzaron a tener relaciones sexuales con compañeros del instituto, chicos del pueblo o amigos de amigos. Y yo siempre estaba ahí. Aunque no en el lugar que me hubiera gustado.

—… Entonces cogió el preservativo y se lo guardó en su mochila —me contaba Patri—. Su madre estaba a punto de llegar y no podía saber nada.

—¡No te creo! ¿Y no pudo vaciarlo?

Mis amigas me contaban con todo detalle sus primeras experiencias con los chicos. Como era muy orgullosa y como no quería que nadie me preguntara algo que todavía era incapaz de responder, fingía que el tema me importaba poco, pero la realidad era que mi yo interior ardía por la necesidad de hacerlo.

—No, además echó un montón.

—Oye… ¿Y se la chupaste?

—Solo la puntita.

—¿Y eso? ¿No te gusta?

—No, Dani, de ahí sale pis.

Si bien es cierto que en esos años el *face to face* no era mi mejor arma para ligar, donde sí triunfaba era a través de internet. Y eso que todavía no existía TikTok.

Cada vez que escuchaba hablar sobre sexo, mi necesidad de ejecutarlo era mayor. Había oído hablar sobre un chat donde conocías a alguien especial de tu ciudad y, con suerte, se convertía en el amor de tu vida. Aunque yo, por aquel entonces, y perdonad la indiscreción, me conformaba con que me desvirgara y me dejara descubrir a qué sabe un nepe.

Recuerdo un sábado por la tarde en el que mis padres estaban entretenidos con sus cosas y mi hermano se había ido con sus amigos a entrenar. El ordenador había quedado disponible para mí, cosa que difícilmente pasaba (de nuevo, las desventajas de ser el hermano, o mejor dicho, la hermana pequeña). Rápidamente me metí en Terra Chat, ese del que me habían hablado. Seleccioné comunidad autónoma y categoría en la que estaba interesada (marqué, por si no os hacéis una idea ya, la categoría de «Citas»).

El último paso antes de adentrarte de lleno en el mundo cibernético era buscar un seudónimo. Barajé varios: xico_15_vlc, morenito_15 o gay-valencia. Pero ninguno de ellos me convencía lo suficiente hasta que de repente, ¡chas!, se me encendió la bombilla y encontré el apodo perfecto, atrevida_21. Teclear una *a* en lugar de una *o* supuso una especie de liberación que me generó un sentimiento de absoluto placer. Por primera vez en mi vida, me presentaba con un nombre de mujer, aunque fuera ese seudónimo tan ridículo. Todavía no era capaz de formar en mi cabeza las palabras mágicas: «Esto me genera alivio y bienestar porque soy una mujer trans», pero suponía un paso más hacia ese destino.

Por otro lado, sabía que, si utilizaba un seudónimo femenino, tendría más galanes escribiéndome, y de los que a mí me gustaban: masculinos y heterosexuales.

Nada más entrar tuve un bombardeo de mensajes por parte de diferentes hombres. Es lógico, ¿quién no iba a querer tener una cita con una mujer de supuestamente veintiún años y con un apodo tan sugerente?

Cuando me preguntaban cuál era mi nombre real, decía que Érika. Escogí ese porque me parecía *sexy,* o por lo menos algo más que uno como María de las Mercedes.

De entre todos los pretendientes hubo uno con el que conecté, no sé ni por qué, más de la cuenta. Rubio_25.

RUBIO_25: ¡Hola, guapa! ¿De dónde eres?

ATREVIDA_21: ¡Hola! De Valencia, cerca de Plaza España, ¿y tú?

RUBIO_25: ¿Ah, sí? Yo también, qué casualidad. ¿Y qué buscas por aquí? ¿Eres una chica atrevida? Je, je.

ATREVIDA_21: Conocer y lo que surja. Si nos gustamos podemos vernos y ver qué tal… ¿Cómo eres?

RUBIO_25: Mido 1,80, rubio, ojos azules, atlético, guapete, dicen… ¿Y tú?

ATREVIDA_21: Mido 1,67, morena, ojos marrones, delgada, sexy… ¿Cuántos años tienes?

RUBIO_25: Mmm, me gusta lo que leo. Tengo veinticinco, ¿y tú?

ATREVIDA_21: Dieciséis recién cumplidos.

RUBIO_25: Eres pequeñita. ¿No te importa?

ATREVIDA_21: No, me gustan mayores.

RUBIO_25: Pero… tendría que ser nuestro secreto. ¿Qué haces esta tarde?

ATREVIDA_21: No lo sé, en principio nada, estoy aburrida.

RUBIO_25: ¿Te apetece venirte a mi casa? Estoy solo.

ATREVIDA_21: Bueno, no es mala idea… Pero así, ¿sin vernos ni nada? Si quieres nos agregamos a Messenger y nos pasamos fotos.

RUBIO_25: Prefiero solo por aquí, por discreción, hace poco que lo dejé con mi pareja.

ATREVIDA_21: Uff… No sé. ¿Y si no me gustas?

RUBIO_25: Mira, te propongo algo, quedamos en Plaza España, donde está la perfumería que hace esquina, nos saludamos y si te gusto vamos a mi casa, ¿OK?

ATREVIDA_21: OK, pero antes me gustaría comentarte algo.

RUBIO_25: Claro, dime.

Atrevida_21: Hay algo que no te he comentado. Soy una chica transexual.

RUBIO_25: ¿Estás operada?

ATREVIDA_21: Todavía no. Bueno, es que solo llevo un mes con hormonas, con lo que mi apariencia no es muy femenina todavía.

Rubio_25: Pero… ¿tienes pelos?

ATREVIDA_21: No, no tengo.

RUBIO_25: Podemos probar si quieres. ¿Te parece que nos veamos a las seis en la perfumería? Llevaré una sudadera negra. Por cierto, mi nombre es Sergio.

ATREVIDA_21: OK, allí estaré.

¿Alguna vez habéis dudado muchísimo en tomar una decisión? Pues así estaba yo en esos momentos. Pensé una y otra vez en si debía acudir a ese encuentro, a mi primer encuentro a solas con un hombre. Un hombre once años mayor que yo, que no conocía de nada y al cual le había mentido diciéndole que era una mujer transexual, porque yo todavía pensaba que era un chico gay (a pesar de que no me

gustaban los gais, eso ya lo tenía claro), así de perdida andaba. Aunque seguramente él tampoco se llamara Sergio, así que estábamos en igualdad de condiciones.

Lo cierto es que, aunque esa tarde estaba actuando completamente a ciegas, era la primera vez que realmente me comportaba como la persona que era: como una mujer, como la futura Daniela. En esos momentos, yo no era consciente, pero gran parte de mi desinformación se basaba en la falta de referentes. En aquellos años, solo había escuchado hablar de la Veneno y Bibiana Fernández, y gracias a ellas descubrí que existía la posibilidad de hacer un cambio como aquel en tu vida, porque de otra manera ni siquiera me habría enterado de que algunas personas nacían, por decirlo mal y pronto, con el sexo cambiado. Sin embargo, ellas mostraban un lado de la transexualidad con el que yo no me identificaba; la noche, la prostitución, el espectáculo, el rechazo familiar…, de ahí que yo tuviera tantos miedos e inseguridades si alguna vez se me pasaba por la cabeza la lejana posibilidad de que lo que realmente me sucedía a mí era que yo fuera una mujer. Si mi yo de entonces hubiera tenido una Daniela del presente como espejo, la historia hubiera sido muy distinta. De ahí la importancia de tener referentes, en la vida real, en las historias, en los medios de comunicación.

El caso es que mi primera vez estaba llamando a la puerta y no podía decir que no, así que me puse algo de ropa y me fui hacia donde habíamos quedado. Intenté vestirme de manera unisex, dentro de mis posibilidades de ese momento. Todavía no tenía ropa femenina, así que puse toda mi energía en un maquillaje que me feminizara un poco el rostro. Al mirarme en el espejo, comprendí que definitivamente daba una imagen superandrógina y ambigua: cara de mujer, pelo corto y ropa ancha de *sport*.

Mi madre me cazó de salida:

—¿Adónde vas? Si hace frío.

—He quedado con una compañera del instituto, me tiene que contar algo.

—Vale, pero no vengas tarde, que cenamos con tus tíos.

—Abrígate —añadió mi padre.

—Sí, adiós.

Salí lo más rápido posible, intentando que no se notara que había mentido. Literalmente me temblaban las piernas, estaba de los nervios, llegué a pensar que se trataba de una encerrona y que una banda de traficantes me metería en una furgoneta. Y aunque pueda parecer una tontería, lo cierto es que conocer a gente por internet no es ninguna broma y entraña peligros muy reales. A mí, por suerte, nunca me pasó nada, pero no significa que no me hubiera podido pasar. Así que mucho ojo, y antes de quedar con alguien que no conocéis, aseguraos de darle a una persona de confianza algún dato: el lugar al que iréis, quizá el teléfono y el nombre de la persona con la que vais a veros, y avisad cuando estéis de vuelta en casa. Si no os sentís cómodxs diciéndoselo a vuestros padres, podéis contárselo a una amiga. También, quedad siempre en lugares públicos, de manera que, si algo os hace sospechar, podáis pedir ayuda a quien sea.

Cuando llegué al punto de encuentro no vi a nadie, lo cual me alivió al pensar que el chico se había echado para atrás en el último momento. Miré a los dos lados y esperé unos tres minutos, seguía sin venir nadie. Todavía más aliviada, me dije: «Bueno, no pasa nada, me voy a casa». Pero, justo en ese momento, escuché una voz masculina decir la palabra mágica unos metros detrás de mí.

—¿Érika? ¿Eres Érika?

—Sí; o sea, no.

Acababa de explotar un volcán en mí, me temblaba la voz, me faltaba la respiración y me quedaba sin palabras.

—Eres tú, ¿no? Soy Sergio.

Era él y estaba superbueno. Su sonrisa y sus ojos claros no contribuían precisamente a calmar mis nervios.

—Sí, pero la verdad es que se me ha hecho un poco tarde y creo que es mejor intentarlo en otro momento.

—Venga, será rápido.

No sabía dónde meterme. Me temblaba todo por dentro. Sergio me encantaba. Estaba haciendo una locura. Pero, ay,

los ojos de Sergio. Y la felicidad infinita que sentía siendo interpelada como mujer. Y la que podía sentir agarrada por esos brazos.

—Bueno, sí. Podemos probar.

—Hacemos una cosa: vivo a una manzana de aquí. Pero por aquí me conoce mucha gente de la zona, así que mejor voy yo delante y tú puedes seguirme unos metros detrás.

—Vale, si así lo prefieres…

Caminamos unos cinco minutos. Yo seguía sus órdenes, sin dejar de pensar que aquello era muy raro y que qué estaba haciendo. Él se giró un par de veces para comprobar que yo le seguía y, casi sin darme cuenta, estábamos dentro de su portal tomando el ascensor.

—Es aquí. Ya has visto que era muy cerca.

—Sí, está al lado.

La verdad es que su piso no estaba nada mal, se notaba que vivía con sus padres y que eran una familia de bien. También tenía un perro pequeño que ladraba mucho y eso me tensó todavía un poco más.

—¿Quieres tomar algo, Érika?

—No, así estoy bien.

—Si te parece vamos a mi habitación.

—Claro, como prefieras —era incapaz de decir algo coherente, más allá de responder a sus comentarios con dos o tres palabras.

No sé qué me llamó más la atención al llegar a su habitación: que tuviera una cama nido o que en un abrir y cerrar los ojos él ya estuviera desnudo.

—Vaya, te gusta ir rápido.

—¿Qué pasa? Has dicho que eres una chica atrevida, ¿no?

—Sí, lo soy.

En esos momentos estaba tan nerviosa como excitada, aunque si esas emociones hubieran echado un pulso, la excitación habría sido la ganadora. Me acerqué a él para darle un beso de película y empezar el juego, pero no todo salió como yo esperaba.

—¿No quieres?

—Uff, no, besos no, es algo nuevo para mí. ¿Por qué no hablamos un poco de francés?

—¿Francés?

—Ya sabes…

Qué ignorante era y cuánto me quedaba por aprender. En cualquier caso, y aunque a mí me hubiese gustado más besarnos un rato, la excitación quiso que me quedara, practicara ese idioma y me comiera por primera vez un nepe.

—Qué bien lo haces, cariño.

—Gracias.

Supongo, porque… ¿qué se dice en estos casos?

—¿Quieres que lo intentemos por detrás?

Yo no sabía ni lo que quería. Sí a todo. Tenía el cerebro bloqueado porque no dejaba de pensar que era mi primera vez, ¡mi primera vez! Ese monstruo gigante del que la gente tanto habla y que luego nunca es para tanto. Sin saber muy bien ni lo que decía, respondí:

—Vale, me apetece. ¿Tienes condón?

—Sí, ponte aquí.

Me puse en la cama nido mirando a la pared, donde había colgado un calendario de un equipo de fútbol. Ni tan mal, doble motivación.

Por suerte, Sergio no tenía un nepe descomunal, lo cual facilitó que mi primera penetración anal no fuera dolorosa, sino placentera. Aunque no os voy a engañar, fue terriblemente embarazosa.

—Mmm, me gusta. —Me dejé llevar, intentando disfrutar al máximo. Sin embargo, noté que la sacaba al poco, mucho antes de lo que suponía que era normal—. ¿Por qué la sacas? ¿Ya has terminado?

—No…, bueno. Es normal, no te preocupes.

—Pero ¿qué ha pasado?

No hizo falta que me explicara por qué la penetración había durado apenas un par de minutos. De repente un ligero aroma a residuos humanos me vino y entonces entendí que las lavativas anales tenían más funciones que las puramente médicas. Esta vida enseña a las malas.

—Vaya, lo siento. No sé cómo ha podido pasar.

—No te preocupes, es normal. Si quieres volvemos al francés y termino.

—Pero sin preservativo, que no quiero comer desechos. —No dije *desechos*.

—Sí, sí, mujer, tranquila.

Hice un poco de tripas corazón, no os lo voy a negar. Pero en esos momentos solo quería que la experiencia se acabara: chupársela, que se corriera e irme a mi casa a darme una ducha. Me metí su miembro en la boca, hice lo que había que hacer y él se corrió.

—Si quieres, puedes ir al baño a escupirlo, no hace falta que te lo tragues.

Menudo detalle el suyo. Escupí sus fluidos lo más rápido que pude y me enjuagué la boca. No me apetecía seguir mucho más tiempo allí.

—Bueno, pues si te parece estamos en contacto y vamos hablando —le dije, más por compromiso que por otra cosa. O quizá porque alguna parte optimista de mí pensaba que un segundo encuentro iría mejor y merecía la pena intentarlo otro día.

—Claro, apunta mi teléfono. Por cierto, ¿te puedes bajar la basura? No quiero que mis padres vean el preservativo ni los restos…

Me le quedé mirando, sorprendida y algo humillada, y en mi cabeza formé las palabras que se merecía…:

—Mira, belleza, tu mierda te la bajas tú. Y la mía, de paso, también.

… Pero no las dije. Con quince años y el *shock* que llevaba encima, no me atreví a hacer otra cosa que asentir y pirarme de ahí cuanto antes. Con el tiempo, por supuesto, la cosa ha cambiado: todos los hombres imbéciles con los que me he encontrado después me han enseñado a armarme de valor y pararles los pies ante cualquier salida de tono similar.

Siempre había pensado que mi primera vez sería algo especial. Tenía asumido que no iba a ser con un príncipe azul ni con el chico que más me gustara, pero esperaba algo de *feeling*. Soñaba con uno de esos besos apasionados que

Quimi y Valle se daban en *Compañeros*, soñaba con lujuria y cariño y, por supuesto, no soñaba con que el preservativo saliera manchado de heces.

Os informo de que fue la primera, pero no la última vez que me iba a pasar. Más adelante, porque no quiero que este libro sea solo mi historia, sino que quiero que encontréis en él información, comprensión, referentes —lo que a mí me faltó—, explicaré algún truco para poder tener sexo anal sin sorpresas.

Eso sí, no todo fue malo: de esta primera relación sexual saqué en claro que me gustaba chupar nepes y ser penetrada, y que si me hacía pasar por chica trans (ya fuera consciente o no de que lo era) podía acceder a otro mercado de chicos más atractivos que de la otra forma no conocería nunca. Y cuando digo más atractivos, quiero decir atractivos para mí: me refiero a chicos heterosexuales, masculinos, aquellos que socialmente se sienten atraídos por mujeres. Aunque, por supuesto, en muchos casos también se tratara de chicos bisexuales, con algún fetiche o que querían experimentar, pues mi *cispassing* (es decir, la similitud entre mi apariencia y la de una persona cis del género deseado) todavía no era muy alto.

Durante los días posteriores a mi primera vez me sentía muy rara. ¿Os ha pasado? Supongo que tiene que ver con el peso que se pone sobre nuestros hombros cuando, de adolescentes, la información que nos ofrecen de las relaciones sexuales gira más en torno al «no hagas *x*», «no hagas *y*», «esto es malo», «esto también»…, que a datos reales y sin prejuicios, pero el caso es que tenía un sentimiento de culpabilidad, como si estuviera fallando a mis padres o haciendo algo malo, cuando en realidad solo me estaba descubriendo a mí misma. Estaba obsesionada con que el semen de ese chico podría haberme pegado cualquier infección, y durante esos días me miraba una y otra vez las encías y los labios en busca de cualquier indicio (que, por suerte, no encontré). Todo aquel miedo y aquel estrés se podrían haber solucionado de haber recibido una educación de valor al respecto, pero así es la vida.

Sin embargo, la carne llama a la carne y parece que esos remordimientos se me fueron pronto, porque en menos de un mes volví a tener otra relación sexual. En este caso, se trató de un chico diferente, pero las circunstancias fueron muy parecidas: Érika volvió a mover ficha.

Y más o menos así fue mi vida de los catorce a los dieciséis años. Fui creciendo, rebelándome, como todo adolescente, madurando (o todo lo contrario) y disimulando un cuerpo que tiraba de mí en la dirección contraria a la que yo deseaba. Me depilaba todo lo que podía, me maquillaba todo lo que podía. Mis amigas seguían siendo las mismas; los ligues iban cambiando. Deseaba, por todos los medios, ser una mujer, aunque ese sentimiento todavía estaba muy enterrado dentro de mí como algo incorrecto, que debía estar mal y a lo que por tanto debía renunciar. Era como una intuición, a la que respondía intentando ganar las pequeñas batallas que la vida me ofrecía: un disfraz aquí, un polvo pretendiendo ser una mujer trans allá, el sueño de ser una de esas sirenas aquí, allá y cada noche, sin falta.

El momento perfecto, cada día, llegaba cuando, al volver del instituto, tenía un ordenador libre para poder chatear con los chicos. La mayor parte del tiempo, aquellos intercambios no acababan en cita, pero simplemente con las conversaciones me recreaba. Incluso, a veces, me masturbaba. No se lo contaba a nadie: pertenecía a la oscuridad de mi habitación, a mí y a los desconocidos con los que, poco a poco, fui haciéndome dueña de mi propia sexualidad. Fuera de esas cuatro paredes, o de las cuatro paredes donde me acostara de vez en cuando con alguno, no encontraba aún mi espacio, el espacio en el que abrirme sin pudor y explicar lo que realmente estaba pasando. El espacio en el que ser yo misma. No quería sentirme juzgada o cuestionada. No había, todavía, lugar en el mundo para mí.

5
Mamá, me han pegado

Yo siempre he creído que la sociedad está dividida entre buenas y malas personas. Llamadme simple, lo que queráis, y seguramente sea cierto que hay gran variedad de grises, que las circunstancias de cada uno nos empujan a comportarnos de una manera u otra, que la falta de amor pasa mucha factura…, lo que os apetezca. Al final, hay personas que se portan bien y se preocupan por la felicidad de quienes los rodean, y hay quienes pasan de los demás y se esfuerzan en amargarte el día porque tu felicidad les hace daño. Hay personas que aportan y hay personas que restan. Hay personas que hacen del mundo un lugar mejor y otras que…, bueno, que sobran. Y lo malo es que, a veces, no es suficiente con que seas buena persona y no hagas daño a nadie para que no te ocurran cosas desagradables y te cruces con gente desafortunada: a las personas que no hacen daño a nadie también les suceden cosas malas. La vida te pone en situaciones límite que te hacen reflexionar y darte cuenta de quién eres o qué quieres. Eso es justo lo que me pasó cuando visité a una buena amiga en su pequeño pueblo, donde casi todos se conocen.

No quiero parecer rencorosa, pero es cierto que, para alguien como yo, una gran ciudad será siempre un lugar más acogedor y seguro que un pueblo pequeño, en especial si es de una zona rural. Los prejuicios tardan más en irse; las puertas, más tiempo en abrirse. Y lo que otras personas juzgaban como luz, energía positiva y libertad, en aquel lugar se veía de otra manera: un chico maricón y feliz. Un chaval que ofende con su sola presencia. Un ser humano que no merece recorrer esas calles siendo quien es, no en igualdad de condiciones que el resto. Nunca he sido una persona pro-

blemática: cada vez que he visto una pelea, he huido y, por supuesto, jamás he provocado una. Pero de algunas peleas no se puede una librar, por mucho que lo intente.

Aquel día, con dieciséis años, paseaba con mi amiga sin saber que estaba a punto de sufrir una agresión homófoba. Estábamos charlando tan tranquilas de algún tema irrelevante cuando tres chicos se acercaron de frente. Al parecer, uno de ellos era un conocido muy desconocido de mi amiga. De esos que has visto una vez en tu vida. Era guapo, alto y atlético, de ojos castaños y, por qué no decirlo, sonrisa bonita. Había algo especial en él. Pero en su actitud se notaba chulería y una especie de necesidad de mostrar que era un machito que no me gustó nada. Se acercaban a nosotras igual que las hienas que acompañan a Scar en la película *El rey león*.

—¿Dónde va esta chica tan mona? —dijo la Hiena (lo vamos a llamar así, si os parece)—. Cuánto tiempo…

—Hola, sí, la verdad… —respondió Carol, mi amiga—. ¿Qué tal con Pilar?

—Pues ya no estoy con ella, ahora soy soltero.

—Ah, vaya, no tenía ni idea, lo siento.

—No te preocupes, ahora quiero ampliar nuevos horizontes. ¿Y tú quién eres?

Se estaba refiriendo a mí y sabía por su tono de voz que las cosas no iban bien. Me puse tensa y mis pulsaciones aumentaron, pero mantuve la calma.

—Soy Dani, un amigo de Carol, he venido a pasar el fin de semana aquí.

—Ah, ¿sí? —preguntó uno de sus compinches—. ¿Y por qué llevas esa bufandita?

—No sé, porque me gusta…

—Bueno —intervino Carol, también consciente de que lo mejor era marcharse de allí cuanto antes—, nosotros creo que nos vamos, se está haciendo tarde.

Pero no le dio tiempo a terminar la frase cuando otra de las hienas estaba ya respondiendo a la pregunta sobre mi bufanda.

—Yo creo que es maricón.

—Vaya, vaya… —La intervención de su amigo pareció gustarle al líder del grupo—. ¿Eres marica?

—Oye, para ya… —dijo Carol.

—Solo quiero que reconozca que es maricón.

—Sí —dije, por fin—, lo reconozco, no tengo ningún problema.

—Ah, ¿sí? Pues aquí no nos gustan los maricones.

Todavía no había terminado de pronunciar ese odioso insulto y ya su mano estaba aplastando mi cara. Me quedé en *shock*, no entendí qué estaba pasando ni por qué a mí, sin haber hecho nada malo. Miré a mi amiga, y ella estaba tan asustada como yo. Entonces, la segunda hiena tomó el relevo.

—Eh, tío. No le hagas eso. Así no se hace, es así.

El amigo del agresor que no parecía ser tan violento se animó a darme una segunda bofetada. Guerra de egos: a ver quién es el más macho, a ver quién duerme mejor por haber pegado a un ser vulnerable.

Tras esa segunda agresión, entre risas, los agresores se marcharon. Esperaba yo que para no volver a verlos jamás. Pero el destino es tan caprichoso que hizo que, en un futuro, la Hiena y yo nos volviéramos a cruzar, solo que con un rol que ninguno de los dos nos hubiéramos imaginado ese día de la bofetada.

Mi amiga y yo empezamos a asimilar la situación. Nos sentamos en un banco y tiramos a la papelera el poco helado que nos quedaba. Se nos había cortado el apetito.

Pasados unos minutos de *shock*, me derrumbé. Lloré como cuando tenía cinco años, y a pesar de que mi amiga intentaba consolarme, ella también lloraba.

Mi pena no era debida al dolor físico; era por lo injusta que es la vida, porque ese momento fue un despertar, fue un golpe de realidad y un ejemplo muy claro del rechazo y de la violencia que mucha gente soporta a lo largo de su vida y que, quizá, me tocaría soportar a mí. Porque todavía hoy, en el año 2022, en España, más de un 50 por ciento de personas LGTBIQ+ han sufrido una agresión física y porque un día es una bofetada, pero otro día unos padres pue-

den recibir la llamada de un sanitario diciéndoles que su hijo o hija está en estado grave, en la UCI. O, aún peor, muerto, desangrado en una acera, después de haber corrido por su vida, sin éxito.

6
Mamá, hoy me confieso, pero no contigo

Nunca les conté a mis padres esta terrible experiencia. Volví a casa tratando de no llamar mucho la atención, porque sabía que mi madre me vería en la cara que algo me pasaba. No quería preocuparlos, pero no solo por ellos, sino también por mí: por fin, empezaba a tener más libertad como adolescente, y no pensaba dejar que el miedo, el mío o el de mis padres, me encerrara entre cuatro paredes.

Sin embargo, tenía la necesidad de compartir el sentimiento de tristeza con alguien cercano, así que esa tarde me vi con una de esas amigas a las que puedes contarle cualquier cosa sin sentir que te juzga.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal lo habéis pasado?

—Bien, bueno. Bien hasta que un homófobo se cruzó en nuestro camino y decidió darme un par de bofetadas.

—¿Qué? ¿Eso es en serio?

—Desafortunadamente, sí, pero estoy bien, ha sido solo un susto. Buscaba hacerse el machito.

—Pero ¿cómo ha pasado? ¡Qué rabia, de verdad! Me parece superinjusto que estas cosas sigan pasando. ¡Si no haces daño a nadie!

—Ya… Tienes toda la razón, pero estoy bien, de verdad. Solo quería desahogarme contigo. Todo ha quedado en un susto.

A pesar de la pena y de la rabia, éramos jóvenes y optimistas, y estábamos llenas de ganas de confiar en el mundo. Al poco de haberme desahogado con ella, la conversación tomó un giro.

—Bueno, y ¿qué tal de chicos? ¿Qué me cuentas? ¿Alguno especial?

—Lo de siempre, he hablado con alguno a través de in-

ternet, pero nada, cosas pasajeras.

—Tienes que empezar a interactuar con chicos reales, de carne y hueso.

—Ya…, pero no es tan fácil.

—¿Cómo que no? Mírame a mí, a Irru, a Carol… Una noche nos vamos a tomar algo por la zona gay.

—Sí, bueno. No es mala idea —respondí con poca gana.

—¡Uy, hijo! Desde luego no eres el más eufórico.

—No es eso, es que creo que no va a servir de nada ir a un sitio de ese estilo.

—¿Cómo que no? Ahí hay muchos más chicos gais que en cualquier sitio. Hay muchas posibilidades de que conozcas a alguno.

—Ya, pero es que no me gustan.

Me daba miedo tomar ese camino, pero ya no había vuelta atrás. Nunca antes había verbalizado lo que parecía que estaba a punto de decir, ni siquiera a mí misma en voz alta. Pero sentía que debía hacerlo. Sentía que había llegado el momento.

—¿Que no te gustan los chicos? Venga ya, Dani, que te conozco de toda la vida y sé lo que te gusta. Ahora me vas a decir que eres un heterazo. —Comenzó a reírse a carcajadas.

—No es eso, Ainoa… Es otra cosa. Me… me estoy dando cuenta de que no me gustan los gais.

—Vaya, gracias por decirme ahora, después de haberme visto tantas veces desnuda, que no te gustan los hombres.

—¡Ja, ja, ja! —No pude evitar partirme de la risa, a pesar de los nervios, o quizá precisamente por culpa de ellos —. No es eso, Ainoa… Es algo más simple; siento atracción por los chicos heterosexuales, los mismos chicos que te gustan a ti.

—Ah…, ya, entiendo. A mí también me gusta Leonardo DiCaprio y por eso estoy soltera. Dani, cariño, el tema es que a los chicos heterosexuales les gustan las mujeres y tú eres un hombre.

—Pues ahí está el problema.

—¿Cuál es el problema? ¿Que me guste Leonardo DiCa-

prio? Dani, por favor, ¡que era una broma!

—No, Ainoa, el problema es que yo también quiero ser una mujer.

Se hizo el silencio, más silencio y después un silencio todavía más largo y más incómodo. Lo había soltado, por fin. Sentía como si tuviera resaca y estuviera vomitando vodka barato de Carrefour, pero este era un vómito de palabras llenas de sentimientos ocultos.

—¿Qué? ¿Me estás vacilando?

—No, Ainoa. Quiero ser mujer, llevo un tiempo dándole vueltas y cada vez lo tengo más claro. Incluso me hago pasar por mujer trans cuando chateo con chicos a través de internet.

—¿Estás seguro? Si eres superguapo.

—Completamente. En el fondo sé que siempre lo he sido. Siempre he sido una más con vosotras; cuando bailábamos, cuando jugábamos a ser cocineras o cuando cuidábamos a nuestros hijos imaginarios, ¡hasta quería ser mamá! Pero nunca me he atrevido a decíroslo porque no sabía ni por dónde empezar, tenía miedo, confusión, y pensaba que era algo malo. Ahora me doy cuenta de que no es nada malo, pero sigo sin saber bien cómo gestionar todo esto…

—Bueno —murmuró Ainoa con voz dulce—, pues en ese caso, si lo tienes claro, yo te apoyo al cien por cien.

—Gracias, de corazón. No sé ni por dónde empezar. Mis padres no saben nada y, al ser menor de edad, para empezar cualquier trámite, debo confesárselo antes a ellos. Tengo miedo, me siento… perdida. —Me costó usar el femenino por primera vez, pero una vez dicho, de pronto lo sentía como una liberación. Ya no había vuelta atrás; al menos, no con Ainoa.

—Hacemos una cosa: como mi madre trabaja en el hospital, puedo preguntarle si conoce a alguien que lleve estos temas. ¿Te parece?

Sentí un torrente de ilusión. No solo, por fin, le había puesto voz por primera vez a lo que me pasaba; además había encontrado los brazos de una amiga abiertos y esta mis-

ma amiga tenía una manera de ayudarme.

—¡Me parece perfecto! Necesito que alguien me oriente… Pero, por favor, te suplico que le digas que lo mantenga en secreto. O mejor, me acerco a tu casa cuando le venga bien y hablo yo con ella.

—¡Claro! Es muy buena idea.

Ainoa y yo nos miramos y nos abrazamos.

—Ya verás como todo va a salir bien. Cuenta conmigo para lo que necesites. Te quiero.

—¡Te quiero!

Años después recordé ese momento como el primero en que verbalicé abiertamente a una persona de confianza que era una mujer transexual. Había sentido tanta necesidad de contarlo que, si no decía algo de una vez, iba a explotar. Era lo que podríamos describir como una crisis de identidad de género: uno de esos momentos en mi vida en los que toda esa disforia silenciosa se acumulaba para hacerme pasar por un momento de confusión, de tristeza, de sentirme perdida… A veces duraba días; otras, solo horas. Me recuperaba cada vez y seguía adelante. Unas veces, a base de ignorar esas crisis; otras, a base de tomar decisiones que las aliviaran. Decisiones como aquella: decirle por fin a alguien lo que llevaba tanto tiempo sospechando.

Me sentí aliviada, querida y respetada, pero no era consciente de que me encontraba tan solo al principio de un largo proceso en el que yo debía tomar decisiones frías, pensando solo en mí y dejando de lado el miedo, la vergüenza o las inseguridades.

7
Mamá, me adentro en el Triángulo de las Bermudas

En la geometría se define *triángulo* como una figura imaginaria formada por tres vértices o tres elementos que tienen una relación entre sí. En la vida real, un triángulo puede tener distintos significados. Este fue el mío.

Días después de confesarle a una de mis mejores amigas el mayor de mis secretos, me sentí mucho más relajada. Lo que no se había relajado tanto era mi apetito sexual. Tampoco lo hicieron mis costumbres y hábitos para conocer chicos.

Una tarde volví a caer en el perverso mundo de internet. Y, cómo no, con un seudónimo de mujer; esta vez escogí Sandra.

PIJITO_20: Hola. ¿Qué tal?

SANDRA_19: Hola, muy bien, ¿y tú? ¿Cómo eres?

PIJITO_20: Moreno, ojos marrones, alto, hago deporte, veinte años… ¿Y tú?

SANDRA_19: Tengo diecinueve años, no soy demasiado alta, morena, ojos oscuros… y juguetona, je, je.

PIJITO_20: ¿Ah, sí? Eso me gusta mucho. Si quieres me das tu número y te llamo.

SANDRA_19: Claro, toma nota.

No era la primera vez que lo hacía. Tenía una voz muy femenina que hacía que todos creyeran lo que yo les decía, que era una mujer. Solía calentarme mientras hablaba por teléfono con desconocidos y muchas veces acabábamos practicando sexo telefónico. Y aquella vez, no se iba a quedar solo en eso.

El teléfono comenzó a vibrar y descolgué antes de que terminara el primer tono.

—¿Sí? —pregunté, como si no supiera de quién se trataba.

—Hola, Sandra, soy Luis, Pijito_20. ¿Qué tal estás?

—Hola, muy bien. En casa, aburridita. ¿Y tú?

—Pues igual que tú, buscando un plan para divertirme. ¿Propones algo?

—Bueno, no sé, depende de lo que te apetezca hacer…

—Uff, ¿sabes una cosa? Me encanta tu voz, me pone mucho.

—¿Sí? Gracias. Me lo suelen decir, es *sexy*.

—¿Por dónde vives?

—Cerca de Plaza España. ¿Y tú?

—Por la Ciudad de las Artes y las Ciencias, pero tengo coche, puedo recogerte si quieres y venimos aquí a ver una película.

Me lo pensé menos de un segundo.

—Sí, la verdad es que sí. Me apetece. Oye, ¿por qué no me envías una foto tuya por SMS?

—Claro, pero envíame una tuya de vuelta.

Mis peores presagios se cumplieron, ¡el tío estaba buenísimo! El problema era que, a estas alturas de la película, mi apariencia todavía distaba mucho de la que deseaba tener, y casi nadie me leía todavía como la mujer que ya sabía que era. Pero el chico estaba ¡tan bueno! Fue deseo a primera vista. Se me pasó por la cabeza una locura, una verdadera locura que podía salirme muy mal, pero pensé que la vida era corta y que hay que atreverse a hacer lo que una quiere. Terminé de trazar el plan en mi cabeza y le devolví el mensaje adjuntando la imagen de una buena amiga de la infancia.

Si hubiera sido otra persona, no lo habría hecho. Era consciente de que según de quién se tratara, podría enfadarse mucho conmigo, pues al fin y al cabo estaba violando sus derechos, por así decirlo. Al menos, su intimidad. Pero sabía bien que esta amiga era muy liberal, que el chico le encantaría y que no le importaría lanzarse en esa aventura conmigo. Ahora solo faltaba que Luis estuviera dispuesto a jugar.

—Sandra, eres muy guapa.

—Muchas gracias, tú también.

—Me encantaría besarte todo el cuerpo…

—Uff, y a mí también. Me estás calentando.

—¿Por qué no nos dejamos de tonterías? ¿Te parece si te recojo en tu casa y nos venimos a la mía?

—La verdad es que me apetece y mucho, pero… hay un pequeño inconveniente. Resulta que antes de hablar contigo ya había quedado con un amigo, mi mejor amigo gay, y claro, solo se me ocurre una cosa. ¿Qué te parece si quedamos los tres? Puede ser divertido.

—¿Los tres? Pero… ¿en plan amigos o algo más?

—Bueno, nos dejamos llevar. Él es supergay, es como una chica, seguro que le gustas. ¿Te animas?

Tardó unos segundos en responder.

—La verdad es que… nunca he hecho nada con un chico, pero tú estás muy buena, y si esa es la única condición para poder estar contigo hoy… ¿A qué hora y dónde quedamos?

—¡Genial! Seguro que lo pasamos muy bien. A las siete en la esquina del edificio Finca Roja.

—Perfecto, os veo allí en cincuenta minutos.

No contenta con hacerme pasar por mi amiga, voy y apalabro un trío con un desconocido, que por cierto era un cañón. Ahora tocaba la tarea más difícil, confesarle a mi amiga lo ocurrido y tratar de convencerla para que hiciera ese trío. Así que descolgué el teléfono y la llamé.

—Ángela, amor. ¿Cómo estás? Acabo de ver una foto tuya y tengo que decirte que estás guapísima últimamente.

—Bien. ¿Qué te pasa? Te noto extremadamente cariñoso

y no es mi cumpleaños.

—¿A mí? No digas bobadas, estoy…, pues como siempre, enamorado de la vida.

—A ver, Dani, que se te ve venir. ¿Hacia dónde estamos yendo?

—He pensado que podríamos ir hacia la Finca Roja, quiero visitar la tienda de música *rock* que hay.

—¿De *rock*? Lo más cerca que has estado en tu vida del *rock* ha sido con Britney Spears.

—Pues por eso, quiero ampliar horizontes… Por cierto, he pensado que quizá podamos quedar con un amigo y pasarlo bien.

—¡Claro! ¿Qué amigo es?

—Ah. Bueno, es un amigo nuevo. Tan nuevo que solo le conozco a través de internet. Y creo que él a ti sí te conoce.

—Dani… ¿Qué has planeado? No entiendo nada.

—Mira, sin pelos en la lengua. Estaba hablando con un chico, él se creía que yo era una chica, y al pedirme una foto, sin querer he enviado una tuya…

—¿Quéééé? Yo te mato.

—No, no te preocupes. Dice que estás buenísima y que le encantaría quedar conmigo, o sea, contigo. Pero yo le he dicho que solo quedarías con él si iba tu mejor amigo gay, es decir, yo.

—¿Pero en qué líos me metes? ¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—Nada, hablar, lo que surja… Nosotros vamos a su casa, nos tomamos algo, ponemos un poco de música y nos dejamos llevar…

—Dani, si te piensas que voy a hacer algo con un desconocido la llevas clar… No, no y… joder, ¿es ese? Está buenísimo.

—¡Sabía yo que ibas a animarte!

Las dos valientes, ni cortas ni perezosas, estábamos a punto de adentrarnos en lo que iba a ser una de nuestras experiencias sexuales más recordadas y graciosas. Curiosamente, no teníamos miedo, estábamos expectantes sobre qué y cómo iba a pasar y yendo al punto de encuentro no

parábamos de reír. Recuerdo que le recalqué a Ángela: «Tú no me toques, ¿eh?, que te veo muy lanzada».

—Hola, Sandra, y tú debes de ser Dani, su mejor amigo gay.

—Sí, ese soy yo.

—Hola, Luis, un placer conocerte. Quiero decir, encantada de conocerte de nuevo.

—Te cambia mucho la voz del teléfono a escucharla en persona.

—Pues no sé…

—Es que es alérgica a la humedad, y según el porcentaje que haya cambia su tono de voz a agudo o grave. Por ejemplo, no es lo mismo ambientes interiores y exteriores. Y si llueve, bueno, la pobre casi no puede ni hablar.

—Ah, vaya, qué curioso. No lo había escuchado nunca. Bueno…, hace algo de frío. ¿Os apetecen unas cervezas en mi casa?

—Sí, a mí, sí. ¿Y a ti, Sandra?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

—Con un poco más de entusiasmo, hija —le dije por lo bajini.

Ya estábamos en el ajo. No sabíamos qué iba a salir de ahí, pero sospechábamos que algo divertido seguro. El chico estaba nervioso: supuse que aquella iba a ser la primera vez que un chico iba a interactuar con su nepe y, probablemente, también su primer trío.

Cuando llegamos a su casa nos sentamos en un cómodo sofá del salón y, ¿la verdad?, aquel se convirtió rápidamente en uno de los momentos más embarazosos de mi vida. Los tres sabíamos qué íbamos a hacer, pero ninguno daba el paso. Hablamos del tiempo, de la música y hasta de selectividad. Finalmente, él se lanzó.

—Hace un poco de calor aquí. ¿Qué os parece si nos quitamos la camiseta?

—Vale, me parece bien.

—Me da un poco de vergüenza… —dijo Ángela—. Pero, venga, de perdidos al río.

—Vaya, tienes un pecho muy bonito, Sandra. Mira cómo

me has puesto.

—¿A ver? Déjame tocar.

Y, señoras y señores, así es como empezó mi primer trío. Después de las caricias, vinieron las subidas y bajadas, luego las curvas y finalmente llegamos a la cima del Everest. Fue divertido y también placentero, no os voy a engañar. Pero terminé con un sabor agridulce, ya que el chico, incitado por sus instintos heterosexuales, prestaba mucha más atención a mi amiga que a mí. Se notaba que entre ellos dos había química y que yo únicamente le daba placer a él, sin recibir nada a cambio. Entre mi amiga y yo no hubo absolutamente nada, ni nos tocamos. Es más, y esto es un *spoiler*, hoy por hoy, jamás he tenido una relación sexual con una mujer.

8
Mamá, necesito ayuda

Los días posteriores a esa curiosa experiencia sexual volví a sentir la necesidad de gritar a los cuatro vientos que era una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre; esta frase hecha no es del todo cierta, pero así nos entendemos, aunque, para ser más precisos, podemos decir «de lo que la sociedad interpreta que es un hombre». Haberme sentido en segundo lugar por el mero hecho de no tener pecho, vagina o simplemente por no encajar en lo que la sociedad entiende como mujer me hizo llorar por dentro por querer ser algo y no saber cómo gestionarlo. En mi cabeza me replanteaba hasta irme a un país del sudeste asiático, sola, donde nadie me conociera, para poder iniciar la transición hacia mi felicidad.

Sí, estaba experimentando de nuevo una crisis de identidad de género y de nuevo me encontraba perdida y con miedo. Decidí seguir el consejo de Ainoa y hablar con su madre, que era sanitaria, para confesarle mi secreto y que ella me orientara.

—A ver, ¿qué le pasa a mi chico?

—Que te cuente, que te cuente… —intervino su hija—, vas a ver qué sorpresa.

—Pero ¿es algo grave?

—No, no es grave —respondí yo—. Bueno, o eso creo yo.

—¡Claro que no lo es! Pero según a quién, le puede resultar chocante.

Me armé de valor y, tras dirigirle una mirada a Ainoa para que me diera ánimos, me lancé, por primera vez, a decirle lo que me pasaba a un adulto.

—Pues verás, llevo un tiempo dándole vueltas a la cabe-

za. Hay días que me siento realmente mal, siento que no soy feliz y que necesito un cambio radical en mi vida. Carmen, creo que soy una mujer. Bueno, no lo creo, lo soy y he venido aquí porque como tú trabajas en el hospital quizá puedas orientarme…

—A ver… Primero de todo, no me sorprende en absoluto, te conozco desde que eres un niño… y he analizado tus comportamientos. Alguna vez hasta lo he comentado con mi marido.

—¿De verdad? ¿Y cómo lo sabías?

—Pues porque estas cosas se notan, Dani, uno nace de una manera y no vale de nada intentar tapar el sol con un dedo. Tú siempre has querido ser como Ainoa y las demás chicas. Me acuerdo de que jugabais a lo mismo, con los mismos roles, y hasta te querías vestir como ellas.

—Es verdad —dije sonriendo, sintiendo mucho alivio al escuchar a un adulto verbalizar lo que me sucedía.

—Dani, vamos a ver… Lo más importante es… ¿Lo saben tus padres?

—Todavía no, no encuentro el momento de decírselo, no me atrevo. No sé cómo reaccionarían.

—Bueno… Esto es un cambio muy importante, y yo te puedo ayudar y asesorar, pero antes de empezar un tratamiento hormonal, tienes que habérselo dicho a ellos.

—¿Y si hablas tú con ellos?

—Lo haría encantada, pero si lo hago yo, con el tiempo te arrepentirás. Tienes que ser valiente y explicarles tú lo que te pasa. Son personas sensatas, estoy segura de que te van a apoyar en todo lo que decidas. Conozco una asociación LGTBI; si quieres llamamos, pedimos cita y yo te acompaño. Allí te pueden asesorar y decir los pasos que debes seguir para poder empezar un cambio de sexo. Además, seguro que allí conoces a chicas como tú y podéis haceros amigas.

—¿De verdad me acompañarías? —Estaba honestamente emocionada—. Ay, gracias, sabía que podía confiar en ti.

—Pues claro que te acompaño.

Nos miramos todas sonriendo, felices. Ellas se contagia-

ban de la felicidad que estaba sintiendo yo. Hasta empezamos a bromear. Bromas tránsfobas, seguro, pero siendo yo trans, todo estaba permitido en esa habitación donde un sueño estaba en ese momento más cerca que nunca de cumplirse.

—Bueno, te vas a operar de todo todo, ¿no?

Aunque Ainoa regañó a su madre, seguíamos riéndonos.

—¡Ay, mamá! Déjalo a él que decida con su cuerpo. Hay mujeres trans con distintos tipos de cuerpo y todas son igualmente válidas.

—Sí, Carmen, mi intención es operarme de todo. Pero Ainoa tiene razón, no pasaría nada si no lo hiciera. Hay muchas chicas que no lo hacen porque disfrutan así y son felices.

—Claro, claro que sí. Pero ya sabes, los padres pensamos en la felicidad de nuestros hijos, y yo a ti te he visto crecer y te tengo mucho cariño… Y el mundo es cruel. Te van a aceptar más si pareces lo que ellos quieren que parezcas. Y así tampoco serás presa de moscardones a los que les dé morbo algo nuevo.

—Pues vaya mierda de mundo —dijo Ainoa.

Carmen no se alejaba de la realidad con sus palabras. Pero entonces yo no era todavía consciente de que muchos hombres fantasean en secreto con tener relaciones sexuales con una mujer —perdonadme— con tetas y polla, ni de que gran cantidad de ellos dan el paso para convertir esa fantasía en realidad sin importarles que detrás de ese fetiche suyo haya una persona con sentimientos, y merecedora de respeto y dignidad. Así de hipócrita puede llegar a ser la sociedad.

Carmen llamó ese mismo día a la asociación y muy amablemente nos dieron cita para esa misma semana. ¡Guau! Parecía que mi sueño se iba a hacer realidad. Esa noche dormí hecha un manojo de nervios, era incapaz de conciliar el sueño.

Y a la mañana siguiente, los miedos y esos nervios me traicionaron. El sueño volvía a ser solo un espejismo, y fui yo misma la que lo devolvió a ese estado.

—¿Carmen?

—Sí, dime, Dani.

—Oye, mira… Que le he estado dando vueltas y creo que es mejor cancelar la cita que tenemos en la asociación.

—¿Seguro? Si ya lo tenemos ahí, el otro día se te veía muy feliz. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Simplemente que creo que no es el momento. Lo he pensado mejor y no es buen momento.

—Dani, piénsalo bien. Es una decisión que puede cambiar tu vida.

No tenía nada que pensar. Me negaba a mí misma la opción de hacerlo. Contesté automáticamente, sin darle más tiempo a Carmen de hablar.

—Lo tengo decidido, Carmen, cancelamos. Muchas gracias por tu ayuda. Adiós.

Esa fue la primera de una larga lista de ocasiones en mi vida en las que en el último momento cancelaba una cita con un profesional que podría haberme permitido tomar las riendas y elegir el rumbo de mi vida. Como los *loops* de una montaña rusa: así funcionaban mis emociones. Cada hora, cada minuto, cada segundo, cambiaba de opinión sobre qué debía hacer. Mis propios miedos me hacían autoconvencerme de que no debía seguir adelante con aquella locura, que lo más sencillo era quedarme tal y como estaba y aprender a vivir en un cuerpo con el que no me identificaba. ¿Qué tenía de malo? Podía seguir en aquel cuerpo y saber, dentro de mí, que era una mujer, aunque no todo el mundo pudiera leerme como tal.

El problema era la disforia. Sentía rechazo físico, no me gustaba mi cuerpo: yo quería ser considerada una mujer más. Me miraba al espejo y no me encontraba, pero afloraba el arrepentimiento. Recuerdo algunos pensamientos con los que trataba de argumentar mi negación a seguir adelante con la transición: «Dani, eres muy mayor, esto lo tenías que haber hecho antes», «No encontrarás trabajo, las trans lo tienen difícil», «¿Y si no te gusta cómo quedas? Ya no hay marcha atrás».

Muchas veces pienso que si en ese momento, con dieci-

séis años, hubiera ido a esa asociación, mi vida hubiera sido muy diferente.

Después de haber dejado pasar el primer tren de mi transición, me sentía más aliviada, como si todo hubiera terminado, cuando nada más lejos de la realidad, no había hecho más que empezar. El alivio se debía a que yo creía haber puesto punto final a aquellos *desvaríos* míos: no, no iba a cambiar, aquel era mi cuerpo, y punto. Navegaría la vida como buenamente pudiera, trataría de ser lo más feliz posible, como todo el mundo, y fin de la cuestión. ¿A santo de qué iba a complicar más las cosas?

Además, y no quiero parecer pedante, en el sexo no me iba nada mal. Es cierto que los chicos con los que quedaba no me daban cariño y que eso a la larga me generó una importante carencia emocional (y probablemente fuera parte crucial en mi decisión futura de operarme), pero en ese momento todavía no buscaba una relación estable. Decidí vivir y disfrutar el presente, ¡y qué presente!

Una vez pasadas mis primeras experiencias, la cosa fue escalando. Internet y sus foros me enseñaron muchas cosas que no sabía y que no podía preguntarle a nadie de mi entorno. Por ejemplo, y esto era superimportante para mí, descubrí que antes de tener sexo anal es recomendable hacerse una lavativa (hubiera estado bien saberlo antes de aquella primera vez). Mucha gente la compra en la farmacia, pero yo fui más *amateur* y durante mucho tiempo opté por desenroscar la alcachofa de la ducha, poner la manguera justo en el ano y dejar que la presión del agua subiera por el intestino para que luego bajara con restos de…, en fin, ya sabéis. El caso es que funciona y no duele nada, por si estás perdidx y necesitas el consejo que yo no tuve.

Durante los tres o cuatro años siguientes a ese intento de transición, continué experimentando con mi sexualidad. Como decía, las cosas iban escalando, aprendí cómo prepararme para no tener más incidentes desagradables, y además comencé a añadirle morbo a mis experiencias sexuales,

a atreverme con más cosas, a encontrar los momentos, las ocasiones para dar rienda suelta a mi sexualidad.

Cada vez que mis padres se iban el fin de semana y me dejaban la casa sola, le robaba a mi madre la lencería más *sexy* que tuviera (que tampoco era mucha, la verdad). Después me iba al armario donde estaban los disfraces guardados y buscaba la peluca más creíble. Cuando salía del baño vestida y maquillada, me ponía delante de un espejo y decía: «The bitch is back».

Por entonces me hacía llamar Sandra y quedaba con chicos única y exclusivamente para tener sexo. Les hacía proposiciones tan indecentes como directas.

SANDRA: ¡Hola, guapo!

CHICO_VICIOSO: Hola, guapa…

SANDRA: ¿Te apetece que te la chupe y así descargas?

CHICO_VICIOSO: Ufff… Estoy caliente pero me da cosa.

SANDRA: Te encantará y pondré poca luz. Nadie se enterará.

CHICO_VICIOSO: Bueno, si es así de fácil… ¿Por qué no?

Ellos estaban calientes y solo querían descargar, y a mí me compensaba porque me ayudaba a reducir la disforia (no siempre, a veces el efecto era el contrario) y a sentirme más cerca de la mujer que quería ser. Le cogí el gusto a aquellas aventuras: mientras algunas personas disfrutan del fin de semana viajando o yendo a la playa, yo prefería encerrarme en casa y esperar a que llegaran mis invitados.

Y así, los años fueron pasando. A pesar de haber dejado marchar la oportunidad de una transición en mi adolescencia tardía, no perdía oportunidad de feminizarme ni de sen-

tirme femenina. Seguía maquillándome, depilándome, cuidando mi apariencia, quedando con chicos que o bien querían experimentar, o eran gais y pensaban que yo era un chico gay, o se sentían honestamente atraídos por mí, como mujer trans, sin fetiches de por medio. Aunque, seguramente, estos últimos fueran los menos. Al final, todo se reducía al sexo.

Durante un tiempo, me conformé con esa vida, y yo era feliz, ¡de verdad! Pero lo era, o creía serlo, porque no había conocido la felicidad verdadera: simplemente me había acomodado a vivir así y lo hacía lo mejor que podía. El instinto de supervivencia es probablemente lo más fuerte que poseemos.

Por increíble que parezca, llegué a creer que viviría toda la vida en el cuerpo de lo que la sociedad interpreta y lee como un hombre jugando a ser mujer. De vez en cuando sentía que quería terminar esa partida y pasar a ser una mujer *de verdad*, pero rápidamente me convencía de que mi tren había pasado, de que era demasiado tarde para iniciar una transición así. Tenía días más tristes en los que me costaba encontrarme, pero luchaba internamente para eliminar esos pensamientos de mí. No es que no me aceptara a mí misma, es que daba por hecho que esa transición iba a ser muy costosa en todos los aspectos, para mí y para mi familia. No sabía cómo gestionar ese pensamiento y opté por la solución más cobarde: engañarme a mí misma.

Sin darme cuenta, estaba desperdiciando años de transición, años de vida, años de felicidad… Así que, si me estás leyendo y sientes que quieres iniciar este maravilloso viaje, por favor, no lo dudes ni un segundo y ponte en manos de un profesional.

Hoy, pese a que estoy contenta y satisfecha con la transición que tuve, si pudiera volver atrás, habría empezado mi cambio mucho antes. No tengas miedo, encontrarás apoyo y, afortunadamente, aunque a muchos les moleste, en España nos ampara la sanidad pública, que cubre todo el proceso hormonal y las cirugías. Hay largas listas de espera, pero se puede.

Y si nadie de tu entorno te apoya, aquí estamos las demás. No estás sola.

9
Mamá, esta es la decisión que cambió mi vida

Cuando con veinte años acabé el instituto y aprobé selectividad, un mundo de posibilidades se abrió ante mí. No obtuve la nota que hubiese deseado, por lo que me vi obligada a valorar distintas universidades, no solo la de Valencia, que era donde vivía. Quería estudiar Periodismo, lo tenía muy claro, y en Valencia pedían un once sobre catorce. Yo tenía un 7,2.

La privada era una opción, puesto que la que había investigado no era excesivamente cara. Además, podía rodearme de esos cayetanos que tanto me gustan. Seguro que más de uno no iba a poder resistirse a mis tentaciones; ya sabéis, son pura fachada.

Pero lo cierto era que veía aquella como mi oportunidad de ampliar horizontes. Elche se encontraba bastante cerca; Cuenca, también… Pero en La Mancha, a mí, aunque soy mitad manchega (mi padre es de allí), se me ha perdido poco. Yo quería algo más de salseo.

«¿Qué tal Barcelona? ¡Mierda! Piden un doce. ¿Pero qué le ha dado a la gente con estudiar Periodismo? Seguro que es porque la Leti lo puso de moda y ahora todos quieren ser aristócratas.»

¿Y Madrid? Joaquín Sabina había compuesto una canción hablando de la ciudad: tenía que ser un buen sitio por narices. Además, aquello estaba lleno de famosos, y a estas alturas ya estaba claro que yo era toda una diva.

Entré en la web de la Complutense y miré las notas de corte. ¡No me lo podía creer! Pedían un siete. Al menos, así había sido el año anterior.

Era mi destino, estaba claro.

Enseguida me puse a buscar habitaciones. Tenía que

venderles muy bien el plan a mis padres, y cuando digo muy bien, quiero decir «bueno, bonito y barato», sobre todo barato.

Mi mente empezó a imaginar cómo sería mi vida allí: nuevos amigos, nuevos chicos, rutina diferente y, sobre todo, libertad. Lo que tanto anhelaba.

Empezaba a sentir que me faltaba el aire en Valencia viviendo con mis padres, y no porque ellos no me dieran libertad ni me dejaran ser autónoma, sino porque la parte que ellos conocían de mí se alejaba mucho de lo que yo quería ser, con lo cual, me sentía cohibida constantemente.

A pesar de los consejos de Ainoa, todavía no me había abierto con ellos. ¿Debería haberlo hecho? Seguramente, y todos nos habríamos ahorrado un montón de dolores de cabeza. Sobre todo, yo. Pero ahí estaba; veinte años, y aún, en gran medida y a efectos prácticos, en el armario.

La idea de Madrid, sin embargo, me emocionaba más de lo que era capaz de expresar. Cada vez que pensaba que estaba a un paso de la gran ciudad, saltaba de alegría. Eso sí, intenté no dejarme llevar demasiado, pues hasta que no lograra la autorización de mis maravillosos padres, aquello no era más que un sueño lejano.

—Mamá, papá. Tengo dos noticias; una buena y otra regular.

—A ver… ¿Qué ha pasado?

—¡He aprobado selectividad! —Había que preparar el camino con las buenas noticias.

—¡Ese es mi chico pequeño! —dijo mi padre muy alegre.

—Muy bien, enhorabuena. ¿Y la otra noticia? —Mi madre se andaba con pocas tonterías, y sabía que estaba a punto de pedir algo.

—He sacado un 7,2 y en Valencia la nota de corte para Periodismo está en un once sobre catorce. —Mi madre ya suspiraba ruidosamente—. Lo tengo muy complicado para entrar, por no decir imposible.

—Claro, si es que tenías que haber estudiado más. Tanto tiempo con el móvil…

—Bueno, eso ya da igual, lo importante es el presente —añadió mi padre—. ¿Has mirado la privada? ¿Cuánto vale?

—Unos seiscientos euros al mes…

—Ni hablar, ni hablar, eso es carísimo. Y encima tienes que ir en coche hasta allí, todas las semanas un depósito de gasolina se funde.

—Sí, tienes razón —estuve de acuerdo con ella—. Por eso había pensado en ir a una pública, aunque no fuera de esta ciudad… No sé, por ejemplo… ¿Madrid? La nota está bajita, entro seguro y la Complutense tiene mucho prestigio.

Me miraron los dos con cara de susto.

—Pero ¿cómo te vas a ir allí, tan lejos, tú solo?

—Y el piso y todo, deben de ser carísimos allí.

—Bueno, que no cunda el pánico. Estamos a una hora y media en AVE, y había pensado en alquilar una habitación compartida, que son trescientos euros más o menos.

—A eso hay que sumarle comida, gastos, muchas cosas…

—¡Pero trabajaré de lo que sea! Tienda de ropa, restaurante, cuidaré de algún niño. Lo que sea para pagar parte de los gastos y ayudaros a vosotros.

Mi padre hizo un ruidito gutural mientras miraba a los ojos a mi madre. Sonreí, sabiendo que ya había ganado.

—Bueno, visto así no pinta nada mal.

—Mira que eres caprichoso, ahora se te ha metido en la cabeza Madrid, ¿eh? Tú haz la matrícula y, si te cogen, ya hablamos.

—¡Ay! Sois los mejores, ¡os quiero!

Pues así fue. Tan sencillo como lo que os acabo de contar. En ese momento ni me imaginaba todo lo que estaba por llegar. Pero era feliz por haber tomado esa decisión, sabía que salir del nido a cielo abierto me iba a venir bien. Y desde luego que me vino bien. Esa nueva etapa en Madrid fue el primer empujoncito hacia el principio del fin de quien había sido, o pretendido ser, durante esos primeros años de mi vida.

Y, por supuesto, también era el principio. Principio, sin

más.

Un par de meses después, nos vimos los tres frente a la puerta de mi casa ultimando los detalles antes de nuestro viaje. Allí estaban ellos, mis padres, a mi lado, como siempre han estado y sé que seguirán estando.

Cargamos el coche con un montón de maletas llenas de ropa y de cosas que creo que jamás utilicé. A mi madre le preocupaba mucho la limpieza y había productos para eliminar todo tipo de manchas. Y perdonad la guarrada, pero la mayoría de las manchas que tuve que enfrentar en esos años eran de origen orgánico y se encontraban en las sábanas de mi cama.

Al llegar a Madrid y mientras pasábamos por la Castellana me sentía como una pueblerina, estaba alucinada con todo. ¡Era tan bonito! Mi padre se hacía un poco el interesante y trataba de explicar parte de la historia de Madrid. Cada vez que pasábamos por un monumento o calle emblemática, decía cosas en plan: «Se construyó en 1965, cuando Franco no sé qué», y realmente sabía lo mismo que yo, que en Cibeles se celebran las victorias del Real Madrid y que la Puerta de Alcalá es la protagonista de una de las canciones de Ana Belén.

Por fin llegamos al piso donde previamente había reservado una habitación de alquiler. Estaba en una de las zonas más privilegiadas de Madrid, junto al estadio Santiago Bernabéu, pero ya sabéis lo que dicen: no es oro todo lo que reluce ni plata lo que no brilla. Por cierto, un consejo, nunca os fieis de las fotos que cuelgan en Idealista. ¿Os ha pasado alguna vez lo de quedar con un chico de Tinder que en fotos es muy guapo y que en persona sea totalmente diferente? Pues así nos sentimos cuando entramos en aquella habitación, pero a mal tiempo, buena cara.

Al llegar al portal, nos esperaba una mujer de mediana edad con una sonrisa de oreja a oreja y a la cual apodé como Casera Quisquillosa.

—¡Buenos días, bienvenidos!

—Hola, ¡por fin hemos llegado!

—Ha sido fácil encontrar la zona, cuando hice la mili

venía por aquí y tengo muy buena orientación.

—Bueno, pasad. Como en casa; de hecho, va a ser tu futura casa, Dani.

—Desde luego.

—Estas son las zonas comunes —dijo mientras nos las iba señalando, sin entrar ni enseñar mucho más—: salón, cocina, baño…, ah, y la lavadora, por supuesto.

—¡Vaya, qué bien! Es todo muy bonito y parece nuevo.

—Lo es, lo hemos comprado hace menos de un mes para que no os falte de nada. Para mí, sois como mis hijos. —Aquel debería haber sido el primer aviso de lo que se avecinaba. Tanta generosidad al hablar no podía significar nada bueno—. Y estoy segura de que tus padres me lo agradecerán.

—La verdad es que sí, nos sentimos más seguros de que esté en un sitio como este —estuvo de acuerdo mi madre.

—Pues justo al final del pasillo está tu habitación. ¿Tienes ganas de verla?

—Uf, ¡sí! Mi nuevo rincón de pensar.

La casa no tenía mala pinta, en absoluto, era casi como estar en Ikea. La típica mesita blanca barata junto al sofá gris y también barato, una planta artificial para dar un poco de vida a la ventana con vistas a un deslucido interior. Mi habitación estaba justo al final del pasillo, y todo parecía indicar que sería tan digna y decente como el resto de la casa. Abrimos la puerta y entramos los tres. Bueno, lo intentamos. Ella, la muy pillina, se quedó fuera, en el pasillo, para no hacer más evidente lo minúsculo que era aquel espacio. Es decir, la «excelente habitación, recién reformada y a tan solo dos minutos del Paseo de la Castellana» era una caja de cerillas.

En ese momento entendí que no importa cuántos megapíxeles tenga tu cámara: lo importante, en esta vida, es el ángulo con el que apuntes.

—Bueno, ¿qué os parece? —gritaba ella desde el pasillo tratando de hacerse oír por encima de los hombros de mi padre, que estaba medio atascado en la puerta.

—Pues, esto, es muy… luminosa.

—El color de las paredes es bonito.

—… y huele muy bien.

—Esencia de vainilla traída desde un lugar muy exótico. Bueno, os doy las llaves y os dejo, que me están esperando otros nuevos inquilinos en otro piso que tengo. ¡Hasta pronto!

En cuanto la Casera Quisquillosa salió de la casa, los tres nos miramos y, sin decirnos nada, supimos que iba a durar allí dos telediarios.

El problema era que en solo dos días empezaba la universidad, por lo que, me gustara o no, no había más opciones, así que provisionalmente aquella debía ser mi morada.

En ese momento, escuchamos la puerta de al lado abrirse. Y me di cuenta de que no sabía cómo de grande era mi habitación, pero poco importaba: el tamaño del torso de mi compañero de piso lo compensaba con creces. *Oh my god!* Era como un dios griego esculpido; qué labios, qué ojos, qué sonrisa, ¡qué todo!

Casi tropecé con mis padres al acercarme a él para darle la mano, aunque a mí me hubiera gustado darle dos besos, o tres o cuatro.

—Hola, me llamo Dani y soy tu nuevo compañero de piso.

—Hola, bienvenido. Yo soy Alejandro. Pensaba que llegarías mañana, o eso me dijo la casera.

—Debió de confundirse, le dije que llegaría hoy. Por cierto, ellos son mis padres. Tranquilo, no van a ser nuestros compañeros de piso, solo han venido a ayudarme.

—Ja, ja, ja. Aquí es bien recibido todo el mundo. ¿De dónde eres?

—De Valencia, pero no sé hacer paellas, así que, si algún día tengo que cocinarte, tendrás que conformarte con una ensalada César. Eso sí, con extra de aguacate.

—No te preocupes, me gusta la ensalada. Y ya que a mí sí se me da bien cocinar, un día tendrás que probar mi empanada gallega.

—¿Rellena? Quiero decir, hay de varias clases, con varios tipos de relleno, ¿no? Bueno, da igual, probaré la que

tú me ofrezcas.

Sin querer queriendo, le estaba tirando los trastos a mi nuevo compañero de piso delante de mis padres. Debo decir que no era mi intención, pero no podía controlarme. Se me había metido en la cabeza la idea de su empanada rellena de nata chorreando por mis labios. ¿Qué queréis que haga? Siempre me han encantado las empanadas. Iban a ser realmente duros y tentadores los días que pasara cerca de él y su comida gallega.

«Time to Say Goodbye» era el título de un episodio de una serie de MTV que veía cuando tenía dieciséis años, *The Hills*. De hecho, creo que esa serie influyó positivamente en mi opinión sobre Estados Unidos, aunque en ese momento ni se me pasaba por la cabeza que cuatro años más tarde iba a cumplir mi sueño americano.

El caso es que hasta aquel momento nunca me había visto en la situación de tener que decir adiós a nada ni a nadie. Hasta ese día: el día en el que mis padres se subían al coche para volver a Valencia y dejaban que su hijo empezara un nuevo camino.

Recuerdo que los despedía con la mano mientras les sonreía, y ellos hacían lo mismo. Nuestros corazones estaban conectados, compartíamos la misma pena. En ese instante, ni ellos ni yo imaginábamos todo lo que ocurriría en los próximos años. ¿Habrían sido iguales las cosas si me hubiera quedado en Valencia con ellos? Nunca lo sabré. Yo sospecho que sí: que tarde o temprano, mi vida iba a tomar el camino que tomó. Que el capullo tenía que abrirse y la mariposa había de salir en algún momento. La vida es una caja de sorpresas. Sea como sea, venga lo que venga a nuestro encuentro, no hay mejor forma de tomarse las cosas que con vitalidad, optimismo y energía positiva.

Y hacia atrás, solo para coger impulso.

10
Mamá, ¡que soy universitaria!

Si bien es cierto que en mi cabeza siempre había soñado empezar la uni como Serena van der Woodsen en *Gossip Girl,* la realidad fue muy diferente; ni un Uber me llevaba a la puerta de la facultad ni tenía una melena larga, aunque por poco tiempo. Lo de la melena, digo.

El primer día de clase, cogí el metro como cualquier estudiante más. Estaba nerviosa, impaciente y expectante, pero en el fondo no me preocupaba porque sabía que todos los demás iban a estar como yo. Realmente era empezar de cero, una nueva ciudad, un nuevo supermercado, un nuevo itinerario, un nuevo grupo de amigos. Todo lo que me rodeaba en esos momentos era nuevo. Lástima no haber empezado la uni con ese cuerpo también nuevo, el que me correspondía, pero soy de las que piensan que todo en la vida pasa por alguna razón y que el destino está escrito, ¿no creéis?

Nada más entrar a la facultad pensé: «¡Por fin, ya soy universitaria!». Rápidamente me imaginé de fiesta en fiesta, bebiendo chupitos de Jäger hasta quedar inconsciente y besándome hasta con el camarero. Y la verdad es que estuve bastante acertada…

La facultad era algo vieja, y quien dice algo, dice bastante. Hablando claro, la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense de Madrid estaba completamente obsoleta, pero era la más céntrica, tenía cerca un barrio de universitarios con mucha marcha y donde pasaría más tiempo que en clase y, lo mejor, ¿cómo olvidar que allí se rodó la gran obra maestra de Alejandro Amenábar *Tesis*? Mientras trataba de encontrar el aula 408, mi futura clase, me imaginaba siendo Ana Torrent corriendo por los pasillos

como una buena *drama queen*. Y en esas estaba cuando conocí a la primera de las maravillosas personas que cambiarían mi vida para siempre.

—¡Hola! —La voz provenía de una chica muy guapa y resuelta que me abordó sin que me diera cuenta—. ¿Sabes dónde está el aula 408?

—¡Hola! Justo la estoy buscando yo también y no la encuentro. ¿También es tu primer día?

—Sí, lo es. Me llamo Clara, encantada.

—Soy Dani, igualmente.

Nada odiaba más que tener que presentarme en masculino, pero hacerlo de otra forma hubiera sido entrar por la puerta grande, *too much too soon*, como dicen los americanos. Bastante embarazoso es tener que conocer a casi cien personas de sopetón como para hacerlo siendo la mujer trans que todavía no se hormona ni se expresa como tal.

—Pues ¡qué suerte habernos conocido! Me daba un poco de vergüenza entrar al aula. ¿Eres de Madrid?

—Ya te digo… No, soy de Valencia, ¿y tú?

—De Madrid, vivo cerca del Retiro. O sea, que te gusta el *caloret faller*, ¿eh?

Y se rio a carcajadas.

—Mmm, sí, supongo…

Clara fue mi primer y más importante pilar durante esa etapa de mi vida, una pija de Madrid que ha estudiado toda la vida en colegios privados y que hasta conocerme a mí no comulgaba con los derechos LGTBIQ+. Era guapa, con estilo y descarada. Una combinación perfecta para que fuéramos buenas amigas, solo había algo que me perturbaba enormemente: que fuera más descarada que yo y me quitara a los chicos.

—Pues menos mal que me ha traído mi novio, porque, si no, no hubiera llegado a tiempo.

Jaque mate, la rubia pija y yo nos íbamos a llevar bien, ¡tenía novio! Aunque corría el riesgo de que fuera infiel…, pero no, demasiado clásica para ello.

—Vaya, ¡qué suerte! Yo he venido en metro, como la plebe, aunque en el fondo soy una estrella, pero estoy en

proceso de cocción.

—¡Ay, qué gracioso! —Nos paramos frente a la puerta que tenía el rótulo 408—. Bueno, pues parece que hemos llegado, pasamos, ¿no?

—Qué remedio… Es hora de empezar a labrarnos un futuro profesional.

Tal y como sospechaba, la clase estaba abarrotada de gente. Todos teníamos la misma pinta, se nos veía llenos de nervios e ilusión. Por delante, cuatro años repletos de anécdotas, líos amorosos, aprobados, suspensos e interminables noches de fiesta que jamás olvidaríamos.

Las primeras filas estaban ocupadas por los más puntuales y aplicados, y sus apuntes eran los mejores y tan deseados como el petróleo de Irak. A partir de la cuarta fila era como entrar en un zoológico, podías encontrar cualquier estilo o tribu urbana; peperos, *hippies, fashionistas*, intelectuales… Y claro, yo formaba parte de ese zoo, de momento como un gusanito de seda, pero pronto sería una feliz mariposa.

Encontramos un par de huecos libres y le preguntamos al chico que había allí si podíamos sentarnos.

—¡Hola! ¿Está libre?

El chaval, que nos miró y respondió que sí, se llamaba Alberto y pronto se convertiría en mi segundo pilar durante los años de carrera, claro que en esos momentos no me lo imaginaba.

—Gracias. ¿Qué tal? ¿Nervioso? —le preguntó Clara intentando dar conversación.

—No.

—Vaya, pues debes de ser el único —dije yo.

—Jumm —murmuró él por toda respuesta.

A partir de ahora conoceréis a Alberto como Alberta. Y no, no es trans, tan solo es lo que coloquialmente se conoce como *marica mala*, pero tiene buen corazón, en el fondo de los fondos. Es paisano mío, de Alicante, y de esas personas que cuando te mira te hace un escáner de arriba abajo, que más vale tenerlo de frente que de espaldas, que ojito con no devolverle los cinco céntimos que te dejó para la fotocopia

y, también, la persona con la que más me he reído de fiesta.

—Bueno, en realidad sí que estoy un poco nervioso, pero estaba disimulando.

—¡Ay, qué gracioso! —dijo Clara riéndose.

—¿A ti todo te parece gracioso?

—Sí, es que nunca he tenido amigos gais, sois muy graciosos.

—Parece que esta se ha tomado una pastilla gay.

Perdonadme quienes no entendáis la referencia. A mí me encantó:

—¿También eres fan de *Aquí no hay quien viva*?

—Sí —respondió Alberta—. Me encanta Paloma Cuesta. Bueno, Loles León.

—Ja, ja, ja. Paloma Urban Fashion, puf. Dilo, Juan, ¡dilo!

—No tengo ni idea de qué estáis hablando, pero me parto de risa con vosotros —insistía la otra.

Después de cincuenta y cinco minutos de reloj durante los que el profesor nos contaba lo duro que iba a ser nuestro futuro profesional como periodistas porque la profesión estaba plagada de intrusismo, se dio por concluido nuestro primer día de clase, que tan solo era una corta presentación, se suponía que sobre la carrera que comenzábamos; a mí me pareció que, más bien, sobre cómo desmotivar a alguien. Puesto que era muy temprano, decidimos ir a tomar algo y así conocernos un poco más. Por el camino, nos encontramos con otra compañera de clase que también se apuntó: Elena, mi tercer y último pilar, andaluza y bisexual, y no es que quiera resaltar su orientación sexual porque me parezca que haya que decir algo al respecto, pero en el contexto de la historia que estamos contando, me parece muy importante. La bisexualidad de Elena fue una puerta abierta a muchas aventuras las noches que fuimos de fiesta.

Nos sentamos en una terraza de Moncloa y pedimos unos tintos y unas cañas y nos dispusimos a solucionar el asunto más importante de la temporada: cuándo inaugurar los jueves universitarios.

—¿Qué os parece este mismo jueves? —preguntó Elena.

Clara y yo estuvimos de acuerdo.

—Pero ¿será en un sitio de ambiente? —preguntó Alberta.

—¿De ambiente universitario?

—No, mujer —aclaré yo entre risas—. Se refiere a si es de ambiente LGTBI.

—Ah, ¡vale! —dijo Clara—. Bueno, yo prefiero ir a un sitio normal.

—¿Normal? —volvió a preguntar Alberta mosqueado.

—Quiero decir de heteros. O sea, todo es normal. Perdón, es la falta de costumbre.

—A mí me da igual, me acoplo a todo, puedo pillar en los dos lados, soy bi.

—Vaya, ¡qué modernos sois! —exclamó Clara algo sorprendida y quizá preguntándose si aquel era su sitio—. Más que carrera de Periodismo parece que sea el Día del Orgullo Gay.

Y eso que faltaba todavía que yo desvelara mi verdadera identidad… Algo me decía que venían conversaciones e historias muy pero que muy interesantes.

Pues ahí estábamos nosotros cuatro en nuestro primer día de universidad, como si acompañáramos a Teo en *Teo se va a la escuela*, claro que no creo que los padres de Teo vieran con buenos ojos que este se emborrachara con panda similar de desconocidos; la pepera, la marica mala, la alternativa bisexual y la trans que no ha salido del armario.

11
Mamá, ¡es hora de renovar el *closet*!

En Valencia no solo dejé a buenos amigos y un sinfín de recuerdos: también quedaron atrás aquellas pelucas y maquillajes baratos que durante un tiempo me ayudaron un poco a ser yo misma y a hacer *transvesuras* cuando mis padres no estaban en casa.

Habiendo comenzado la uni y en vísperas de mi primer jueves universitario, debía renovar el armario, porque nunca se sabe qué puede pasar entre chupito y chupito.

Después de buscar en Google «tienda de pelucas Madrid» o «cabello humano Madrid», cogí el metro, fiándome del buscador, en dirección a Tetuán, un barrio cerca de Plaza de Castilla que se caracteriza por tener una población muy multicultural, sobre todo latina y africana, y que hay quien piensa que es una zona conflictiva, aunque a mí es un barrio que me encanta desde que lo descubrí ese día. Google hizo muy bien en mandarme allí, porque en cada esquina había una tienda de ropa *sexy*. Después de pasear por unas cuantas calles y de entrar a varias tiendas a preguntar precios y comparar modelos, me decanté por una peluca que no era ni muy buena ni muy mala, que, aunque no fuera pelo humano, tampoco era pelo de gato. El único requisito indispensable era que tuviera el pelo larguísimo.

Así, mi primera peluca en Madrid fue de pelo moreno, de sesenta y cinco centímetros de longitud, por el módico precio de sesenta euros. Recuerdo como si fuera ayer a la dependienta intentando descubrir para qué o quién iba a ser la peluca, pero como siempre he sido un poco Penélope Cruz, supe actuar bien: le dije que era para un musical en el que iba a participar y no le di pie a que preguntara nada más. Supongo que ella habrá visto de todo en esa tienda y

su experiencia como vendedora le haría intuir que esa peluca la iba a gastar yo para satisfacer mis necesidades sexuales.

La Dani madrileña iba a empezar siendo una morenaza de pelo largo.

Tras seguir cotilleando y descubriendo ese humilde barrio, compré todo lo necesario para que mi *alter ego* se sintiera bella; lencería *sexy* y elegante, un par de vestidos ajustados, unos tacones y maquillaje… Todo estaba listo para el despegue.

Nada más llegar a casa me probé la ropa y la peluca con las mismas ganas que una niña abre unos regalos de Navidad, me maquillé e hice fotos con mi iPhone. Me sentía de maravilla, como cada vez que me transformaba así. Seleccioné las mejores fotos y descargué la aplicación por excelencia de ligoteo en España: Tinder.

Quise crear un perfil bastante realista, claro que todas las fotos eran *selfies* o foto-espejo (es decir, que no había ninguna foto mía con aquella apariencia en público o con un grupo de amigos), pero quedó bastante creíble. Añadí mi edad, la ubicación y el nombre, y no me preguntéis bien por qué, pero esta vez quise dejar atrás a *Sandra* y empezar a ser un poco más yo: mi nombre a partir de ese momento y hasta hoy ha sido Daniela. Se podría decir que mi yo de ahora se fecundó en ese momento, pero aún quedaba por delante un largo embarazo lleno de contracciones.

En cuanto a la descripción de mi perfil… Digamos que se me olvidó añadir un pequeñito detalle. Era un Kinder Sorpresa navegando por las peligrosas y turbias mareas cibernéticas. Técnicamente no mentía, porque tampoco puse «soy una chica cisgénero»; es más, nadie va diciendo cuál es su identidad de género a la primera de cambio. ¿Por qué debía hacerlo yo?

La Daniela más revolucionaria había venido para quedarse. Si algún chico deslizaba hacia la derecha era porque se sentía atraído por mí en las fotos, y eso es lo que importa, ¿no? ¿Por qué no dejar que me vieran en persona y decidieran si les gustaba o no antes de decirles que tenía nepe?

Además, siendo realistas, no nos hemos conocido en el Museo Thyssen. En Tinder sabemos bien a lo que vamos y lo que nos podemos encontrar.

Una vez que tuve el armario renovado, me fui con mis amigos frikis a estrenar la etapa más importante de nuestras vidas, la que determinaría nuestro éxito profesional (o no).

Ya sé que comúnmente con *salir de armario* se hace referencia a cuando una persona homosexual decide desvelar abiertamente cuál es su orientación sexual. La verdad es que me parece un poco antiguo eso de que alguien homosexual tenga que reunir a su familia o amigos para contarles cuáles son sus verdaderos gustos, ¡como si los heterosexuales lo hicieran! Si queremos igualdad, hay que empezar desde cero y eso conlleva tratar con normalidad los gustos sexuales. ¿Que eres gay y tus padres no lo intuyen? Pues cuando tengas novio o amigo especial, directamente lo presentas como tu pareja, con total normalidad, y ya está. Si tus hermanos heteros (si los tienes) no se sentaron con sus padres a darles la noticia de que les gustaba el otro género, tú tampoco tienes por qué hacerlo. Que se vayan acostumbrando, porque las nuevas generaciones venimos pisando fuerte. Y a quien no le guste…, ¡que no mire! Además, mi orientación era más que obvia; yo creo que casi siempre lo es. ¿Por qué hay que *salir del armario*? No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Si bien es cierto que detesto utilizar esa frase en el contexto anteriormente mencionado, me gusta hacerlo en otro similar. Para mí, *salir del armario* es contarle a quien tú quieras algo que no sospecha de ti, como que te gusta una persona, que copiaste en un examen o que tienes una fantasía sexual con el padre de una amiga. En definitiva, es desahogarte con las personas que consideres para tratar de encontrar el equilibrio interior. Sea como sea, mi secreto en el armario se estaba llenando de polillas, y yo, más decidida que nunca, necesitaba contarlo de una vez. Y diréis: «Pero ¿no habíamos quedado en que no querías transicionar?». No, no, no, no, no. No habíamos quedado en eso. Habíamos quedado en que no fui capaz de dar el paso cuando con die-

ciséis años tuve la oportunidad. En que durante los años siguientes necesité seguir *disfrazándome* de mujer para evitar el malestar y sentirme lo más feliz posible. En que continuaba repleta de contradicciones, pero segura de que era yo: Daniela. Una mujer. Y cada día más convencida de que, si aquella angustia no se marchaba, tendría que solucionarla de alguna manera. Expresarme ayudaba muchísimo a acercarme a esa posible solución, llegara cuando llegara. ¿Y qué mejor momento que el primer botellón de la carrera para presentarme en público, abiertamente y por primera vez en mi vida, como mujer?

Me reuní con mis nuevos amigos en la explanada de Ciudad Universitaria, donde la mayor parte de nuestros botellones tendrían lugar a partir de ese momento. Clara había comprado hielos, vasos para copas y vasos para chupitos, y nos lo enseñó orgullosa en cuanto llegamos.

—Chica, qué previsora, como seas igual para todo… —se reía Alberta al verla dar las explicaciones.

—Más vale prevenir que curar, ¡di que sí! —la defendí yo.

—Esto para mí es lujo —explicaba Elena sirviéndose ya una copa en el vaso de plástico—, en mi pueblo mezclábamos el alcohol en la botella de mezcla y sin hielo… Así acababa, haciendo la croqueta.

—Yo no puedo con el alcohol caliente.

—Bastante caliente me pongo yo ya cuando bebo alcohol, necesito hielo para compensar la temperatura corporal.

Hubo risas ante mi comentario. Qué inocentes, pensaban que era una broma.

—A ver —comenzó Alberta—, las cuentas claras y el chocolate espeso: me tenéis que dar del alcohol 4,25 euros por cabeza. Perdón, 4,30, que me he confundido.

—Tú no te preocupes, que te lo damos, no sea que te dé un parraque —comentó Elena.

Terminé de servirme la copa y rellenar de refresco las de los demás. Y entonces fue cuando Clara tuvo la ocurrencia que me dio la oportunidad de abrirme con ellos.

—Podríamos jugar a «Yo nunca…».

Al principio hubo algunas quejas.

—Uff, qué típico —dijo Alberta—. Pero bueno, así puedo saber vuestros trapos sucios.

—Conmigo vais a flipar —añadió Elena—, no quiero que os llevéis una mala imagen de mí.

—Tranquila —murmuré yo—, seguro que los demás también tenemos cosas *heavies* que contar…

—Venga —dijo Clara—, que empiezo: yo nunca lo he hecho en un sitio público.

—Ay, por favor, hija, pues claro —se rio Alberta—. Desde que apareció Netflix… ¿Para qué te crees que están los cines? Dame toda la botella, que me la bebo.

—Bueno, o los baños de McDonald's… —dije yo riéndome y llevándome el vaso a la boca.

—O en el descampado de mi pueblo —agregó Elena, también acercándose el vaso a los labios—, y una de las cabras nos estaba mirando, pobrecita.

Los tres habíamos bebido del vaso. Clara se reía, pero estaba consternada.

—Ay, madre, me da a mí que en esta carrera voy a aprender mucho más que a hacer entrevistas.

—A manejar los micrófonos seguro que sí —solté, seguido de una carcajada.

—Venga —interrumpió Elena—, que sigo yo: yo nunca he hecho un trío.

—*Oh my god!*

Clara no daba crédito. Sin embargo, en este caso, los demás parecían acercarse más a ella que a mí, porque nadie se llevaba el vaso a los labios para beber. Los miré estupefacta.

—¿En serio solo voy a beber yo?

—En Valencia venís pisando fuerte —comentó Elena—. Yo no bebo, pero me encantaría hacerlo.

—Necesito todos los detalles de esa experiencia; cómo, cuándo, dónde, con quién.

—Bueno, es una historia un poco larga…

—Tenemos toda la noche por delante.

—Y una botella de Jäger para hacernos chupitos.

—Si algo de lo que nos cuentas nos sorprende demasiado, no te preocupes, el efecto amnésico del Jäger hará que no recordemos nada.

Los miré, uno a uno, y respiré hondo.

—A ver…, no tengo ningún problema en contaros qué pasó y con quién, pero quiero contextualizar la situación. No voy a empezar la casa por el tejado. —Saqué el teléfono del bolsillo, entré en mi perfil de Tinder y se lo puse enfrente—. ¿Qué os parece la chica de esta imagen?

—Está buena.

—Sí, es mona.

—Bueno, no está mal, pero tiene cara de choni.

—Vaya —dije mirando a Alberta—, gracias por el cumplido.

—¿Te lo montaste con una tía? —preguntó Elena.

—No, veréis… Podría deciros que la chica de la foto es una amiga, prima o hermana gemela. Pero la realidad es que soy yo.

Los tres se quedaron con cara de póker. Se miraron entre ellos; no entendían absolutamente nada.

—Sí.

Seguía habiendo solo silencio.

—Sí, a ver. Soy yo, pero lógicamente con un poco de *makeup* y una peluca.

La primera en arrancar fue Elena.

—Estoy asimilando esta situación. Entonces, ¿eres travesti? ¿Quieres trabajar en Chueca o algo?

—Pero si pareces Jennifer Lopez —dijo Clara—, estás guapísima.

—No, Elena, no quiero ser travesti. Quiero ser la persona que aparece en las fotos, quiero ser mujer. Desde hace años, desde siempre. Lo que pasa es que tengo sentimientos encontrados y mucho miedo, no quiero que mi familia lo pase mal por mí, no sé cómo afectaría este cambio a mi vida laboral y a mi persona…

—Me gustaría matizar dos cosas —dijo con mucha tranquilidad Alberta, que hablaba por primera vez desde que

enseñara la foto, quizá porque él mismo, como gay, había tenido su propia salida del armario y estas cosas no le pillaban por sorpresa—: la primera es que ser trans no significa que vayas a acabar de prostituta o trabajando en la noche, hay muchas leyes que te ampararían y protegerían, por lo que puedes seguir con tu vida igual que lo has hecho hasta ahora. Y la segunda es que yo lo sospechaba, llámalo *intuición gay*. Bueno, y que te vi el otro día una máscara de pestañas en la mochila.

Me reí nerviosa. Continué con mi discurso, intentando hacerme entender.

—El caso es que es un sentimiento que lleva latente dentro de mí prácticamente durante toda mi vida. Al principio de forma inocente manifestaba querer ser mujer, pero sin saber lo que eso significaba o ni siquiera que fuera posible; luego me di cuenta de que realmente existía la posibilidad de serlo y es entonces cuando descubrí que era una mujer trans. He hecho algunos amagos de ir al médico, pero siempre me he echado atrás en el último momento, por miedos, inseguridad… No sé muy bien por qué. Pero ahora, en Madrid, me siento más libre e independiente y creo que eso me ayuda a descubrirme y conocerme mejor.

Clara se acercó a mí y me puso una mano en el hombro.

—Sea como sea, yo te voy a apoyar con todo. Pero piénsatelo mucho, debe de ser muy complicado.

—¿Y te operarías y todo? —preguntó Elena.

—Empieza preguntándole por cómo se llamaría, hija, qué indiscreta —le reprendió Alberta.

—Sí, sí. Tengo claro que me reasignaría por completo. No me identifico con el pene en absoluto, de hecho, jamás he penetrado a nadie, se podría decir que soy medio virgen.

—Un 50 por ciento virgen y un 50 por ciento muerdealmohadas. Bien visto.

No pude evitar reírme.

—Pero vamos, que respeto muchísimo a aquellas mujeres trans que decidan no operarse por el motivo que sea: son igual de mujeres que cualquier otra.

—Pero… y ahora ¿qué baño vas a utilizar? ¿Te tratamos

en femenino? Lo siento, pero tengo muchas preguntas —siguió diciendo Clara muy apurada.

—Bueno, por el momento y muy a mi pesar voy a continuar utilizando el baño de hombres. La sociedad no me percibe como mujer y no está preparada para asimilar que una mujer sin aspecto de lo que socialmente se conoce como mujer utilice un baño femenino.

—¿Sabes lo que te digo? Que chapó por ti y por perseguir tus sueños y tu felicidad —sentenció Elena—. Brindemos por ti, por Daniela.

Cheers!

Debido a la cantidad de ginebra y Jäger que había ingerido, durante ese par de horas debería haber estado en el baño vomitando absolutamente toda la cena, pero, paradójicamente, lo único que vomitaba eran palabras, palabras de sinceridad e ilusión.

Me sentí aliviada, relajada, cómoda y respetada. Aquellas personas que conocía de pocos días acababan de ser testigos de uno de mis secretos mejor guardados. Me sentí feliz de que me entendieran y no me cuestionaran ni juzgaran: cuando eres una persona trans y tienes tantos miedos, lo que más necesitas es el cariño y la comprensión de las personas que están cerca de ti. Eres como un cachorro que necesita ser arropado y protegido por su madre.

Necesitas esa energía que te falta a ti para dar el empujón final; luego, con el tiempo, ya nos empoderamos y nos convertimos en auténticas diosas del Olimpo.

Aquella noche fue crucial en mi transición. Esas horas hablando con mis amigos, confesándoles mi verdadera identidad de género, marcaron un antes y un después en mi vida: el cambio fue tan drástico que antes de que amaneciera ya iba a atreverme a hacer algo que no había hecho nunca antes. Esa noche fue importante no solo por esa confesión, sino también porque descubriría un entretenimiento que durante un tiempo saciaría mis ganas de dar el cambio definitivo.

Cuando ya no nos cabía ni una gota más de alcohol en el cuerpo, decidimos ir a la discoteca donde estaban ya gran parte de los compañeros de la uni.

Disfruté, es cierto, había bebido, estaba con mis amigos y nos estábamos riendo. Y había sido una noche muy especial. Pero cada vez que algún chico se acercaba, como es lógico, a intentar conocer a Elena o Clara, me sentía realmente frustrada. Por un momento, imaginaba que venían a hablar conmigo, pero la ensoñación caía cuando unos segundos después estaban calentándoles la oreja a ellas, a las mujeres cis que estaban a mi lado y que hacían aún más evidente la distancia a la que me encontraba del cuerpo que deseaba tener. Me dolía de tantas maneras que es difícil expresarlo aquí en un libro.

Para ellos, yo era un cero a la izquierda: por muy mujer que me sintiera o que fuera, ellos no me veían así, no se sentían atraídos por mí. ¿De qué me servía intentar hacer las paces con mi cuerpo, aceptarlo, si las personas que me gustaban jamás iban a sentirse atraídas por mí? Ese sentimiento de querer y no poder fue clave en mi decisión.

¿Habría sido otra clase de persona trans de no haber sido por esas noches cerca de Clara y Elena, viendo cómo se acercaban a ellas los chicos que me gustaban? Quién sabe: quizá en un círculo distinto, con gente no binaria u otras personas trans en distintos momentos de su transición o incluso sin transicionar. Quizá el amor (o el sexo) hubiera hecho acto de presencia en mi vida sin que yo llegara a sentir esa necesidad de «cambiar».

Pero, aquí entre nos, lo dudo mucho. Lo digo y lo repito: yo he sido una diva siempre. En mi deseo de ser mujer, en la identidad que había dentro de mí y que luchaba por salir a la superficie, había un sincero anhelo de feminidad: consideraba lo tradicionalmente femenino como el culmen de la belleza humana. Al menos, la que yo quería poseer (hay otras bellezas humanas que también quería poseer, o mejor dicho, que me poseyeran, pero de otra manera, ya me entendéis).

Conforme la noche avanzaba, el deseo de que Daniela

hiciera acto de presencia era mayor, tanto que fingí estar cansada para irme a casa y continuar la fiesta yo sola. Y eso hice. Nada más llegar, abrí el *cajón de Daniela*, empecé a maquillarme, me puse la peluca, vestidos, tacones y pensé: «¿Por qué no? Son las cinco de la mañana, no hay mucha gente por la calle».

Así, la misma noche en la que me confesé ante los que poco antes habían sido unos desconocidos se convirtió también en la primera noche en la que caminé por las calles siendo yo. Saqué a Daniela a pasear con un objetivo claro: terminar la noche acompañada. Cerca de donde vivía, había muchos locales nocturnos. O lo que es lo mismo, había muchos chicos tan bebidos, excitados y con ganas de mujer que se podrían conformar conmigo. Que no os dé pena ese *conformar*: sí, ya lo sé, no es realmente lo que yo quería para mí, ni lo que ninguna de nosotras debe querer jamás ni tampoco aceptar. Jamás os conforméis. Pero, en ese momento, yo estaba dolida, deseosa, y era consciente de que quería pertenecer a una categoría donde muchos me rechazarían por lo que tenía colgando entre las piernas. Así que, me gustara o no, sabía bien lo que iba buscando esa noche. Sin ninguna pena, me vestí para arrasar y salí a dar una vuelta.

Mi estrategia era sencilla: pasear como si fuera a casa, pedir fuego y establecer un contacto visual.

Lo reconozco, ponía una cara muy sensual para evidenciar lo que estaba buscando en esos momentos. Y ellos, deseosos de no terminar la noche solos, no hacían ascos a nada. Ya sabéis lo que dicen: en tiempos de guerra, cualquier agujero es trinchera.

Uno cayó en menos que canta un gallo. Lo llamaremos Carlos, pero honestamente no me acuerdo de su cara y mucho menos de su nombre.

—Perdona… ¿Tienes fuego?

—Sí, claro —me respondió, ya con cara de intenciones.

—Gracias, guapo…

—¿Y adónde vas tú solita?

—Voy a casa ya, estaba con unos amigos…

—¿Ah sí? ¿Y cómo te llamas?

—Daniela. ¿Y tú?

—Carlos. ¿Y de dónde eres?

Vi mi oportunidad y no la dejé pasar.

—De aquí al lado, a dos calles… ¿Te apetecería subir y nos tomamos una copa?

Antes de terminar la frase, ya le estaba besando y tocando lo que viene siendo la entrepierna. Y claro, toda acción tiene una reacción; él tocó mi entrepierna también y… ¡sorpresa!

—¡Hostia! ¿Eres un tío?

—No exactamente.

—Pero tienes rabo.

—Bueno, soy una mujer con pene.

—Buah, qué rayada. A mí esto no me había pasado nunca.

Era el momento de la verdad. Me sentí nerviosa por un solo momento, pero no dejé que se notara.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo, ¿no crees?

—Pero… ¿tú quieres utilizar eso conmigo?

—No, tranquilo. Podremos hacer otras cosas mejores. ¿Te animas?

Objetivo cumplido. Carlos y yo pasamos un buen rato, corto pero intenso. Y casi a los treinta segundos de haber terminado y asimilando lo que acababa de hacer, me dijo que se tenía que ir porque al día siguiente trabajaba temprano.

Sé que era una excusa, y probablemente se sintiera arrepentido después de lo que él consideraría haber bajado en caída libre, haber tocado fondo. Ya sabéis que el patriarcado convence a los hombres (bueno, a los heterazos) de que lo peor que les puede pasar en la vida es tener relaciones sexuales con otro hombre, o con alguien con nepe. Tanto chistecito en los gimnasios y vestuarios de fútbol esconde una profunda vulnerabilidad y estoy segura de que muchos ni siquiera se permiten admirar la belleza en otro hombre. Luego, sin embargo, le preguntas a una mujer y casi todas,

aunque sean heteros, te saben decir si otra mujer está buena o no, e incluso te admiten que no tendrían problema en liarse con una mujer. Ellos no, por Dios, ¡no vaya a ser…! Pero me dio igual: yo estaba feliz porque un chico relativamente mono me había aceptado como mujer, y lo mejor es que no se habría dado cuenta si no llega a tocar ahí abajo.

Me fui a dormir con una sonrisa de oreja a oreja, porque pensaba que había conseguido lo que yo quería: sentirme aceptada por los hombres a nivel físico. Y es cierto que en ese momento ese era mi principal objetivo, pero con el tiempo llegaron otros mucho más importantes.

Esta práctica de buscar a algún chico a altas horas de la madrugada para sentirme realizada se convertiría en habitual cada vez que salía de fiesta, descuidando mi verdadero yo. Durante un tiempo, llegué a pensar que era eso lo que quería en mi vida, que ese juego sexual era suficiente para Daniela. Una vez más, mis miedos intentaban convencerme de que ya era demasiado tarde para iniciar mi ansiado viaje, que debía dejarlo pasar, olvidarme de ser mujer era la mejor opción para tener una vida pacífica, tranquila y sin dar problemas a nadie.

Era un pensamiento cobarde, lo sé, probablemente por falta de madurez, o quizá por desinformación, pero creo que esa etapa de mi vida me ayudó a ser quien soy en estos momentos. Sin darme cuenta había comenzado mi transición emocional, que es casi más importante que la física. Si no hubiera sido por esas salidas, no habría sentido la seguridad en mí misma que sentí tiempo después, cuando por fin di el paso definitivo.

A veces, la sociedad cree que ser una persona trans solo conlleva el hormonarse y operarse, y sí, desde luego es una parte muy importante de nuestro camino (cuando ese es el camino que decidimos tomar, porque, recordad, se puede ser trans sin que haya transición física), pero no lo es todo, tan solo es la parte visible de cara a la galería. Dentro de nuestras cabezas merodean un sinfín de pensamientos, inseguridades, sueños, miedos e ilusiones. Por ello, cuando me preguntan cuándo empecé mi transición, siempre digo dos

fechas: la primera es con dieciséis años, porque entonces ya tenía claro que quería ser una mujer, aunque no diera el paso, yo ya lo tenía claro; y la segunda fue con veinticuatro años, cuando por fin me tomé mis primeras hormonas de manera oficial; pautadas y recetadas por un endocrino. Entre medias, un sinfín de pequeños pasos para llegar a ser quien soy ahora; un sinfín de pequeñas transiciones. De noches caminando sola, de miedos, de inseguridades, de deseo, de sexo, de pasión, de sonrisas ante el espejo y de pintalabios corrido. Y otras cosas más.

12
Mamá, no me gusta mi cuerpo

Dicen los expertos en medicina que durante la pubertad es cuando experimentamos nuestros mayores cambios físicos. El cuerpo se desarrolla de una forma u otra en función de nuestras hormonas, nos guste o no. Si bien el pico más alto de cambios tiene lugar entre los doce y los diecisiete años, el cuerpo sigue desarrollándose, aunque en menor medida, hasta los veinticinco.

Me llamo Daniela, en este momento de la historia tengo veintiún años y empiezo a tener disforia muy evidente con el desarrollo masculino de mi cuerpo. Ya sabéis: el cuerpo que, como sociedad, tradicionalmente y desde el punto de vista de la medicina occidental, consideramos masculino. Otra cuestión es que esa torre flaquee por un montón de flancos, porque a la vista está que yo era una mujer y tenía pelo en pecho (no mucho) y rabo entre las piernas (si yo te contara). Pero como humanos estamos profundamente sesgados por ese conocimiento de lo que es femenino y masculino: y yo quería ser y soy lo que entendía que era una mujer. En el sentido completo de la palabra. Patriarcal, médico, físico, social, espiritual, sesgado o no, prejuiciado o no, aprendido o no. Mujer, como lo entendemos.

Hasta entonces, siempre había sido algo andrógino; estatura no muy alta, complexión delgada, no demasiado vello… Lo que me hacía encontrarme relativamente bien dentro de un malestar general. No sé muy bien por qué, pero a partir de los veintiuno empecé a observar un desarrollo mayor de vello en zonas donde jamás había tenido, como en las piernas o en la zona alta de los brazos; además, mi espalda empezó a ensancharse y el poco deporte que hacía enseguida marcaba mis músculos, lo que me hacía parecer

más grandota o corpulenta. Indiscutiblemente, la genética llamaba a mi puerta por segunda vez para dejar atrás a ese niño y dar la bienvenida a un hombre. Pero yo no quería ser ese hombre, así que «Houston, tenemos un problema».

Podría deciros que lloraba todas las noches y que no salía de casa, haciendo de esta divertida novela una auténtica tragedia griega. Pero la realidad es que no: era consciente de que debía poner una solución en mi vida si realmente quería ser feliz, pero de ahí a ser la reina del drama hay un gran paso. Mi filosofía de vida es que a problemas, soluciones; de nada sirve lamentarse si no pones remedio a la situación. También pienso, ahora, que el problema no lo tenía yo: si la sociedad me hubiera entendido como mujer, a lo mejor no habría tenido que cambiar. A lo mejor nunca lo hubiera hecho. O a lo mejor sí, qué demonios. Pero el caso es que era, he sido siempre, una persona resuelta y feliz.

Como comentaba antes, le cogí el gusto a eso de ser Daniela algunas horas al día, quedaba con chicos que conocía *online* y con otros que conocía en persona, ya sabéis en qué condiciones…

Consciente de que, si no paraba de alguna manera el desarrollo físico, mi imagen cada vez me gustaría menos y ser Daniela me costaría mucho más, decidí feminizar mi cuerpo en la medida de lo posible haciendo todo lo que estaba en mis manos. Ya sabéis: tomé decisiones sin ser asesorada correctamente, lo que nunca se debe hacer. Y total, solo por evitar o retrasar algo que iba a suceder tarde o temprano y de todos modos.

Quería recuperar esa estética andrógina que estaba perdiendo y lo primero que hice para ello fue comprar uno de esos bonos baratos de depilación láser que venden en una *app online* y literalmente empecé a depilarme todo el cuerpo, incluso el rostro. Así, cuando un chico tocara mi cara o cuerpo, no sentiría papel de lija, sino esa suavidad tan característica del cuerpo de la mujer.

Se podría decir que, en esos momentos, mi transición física había comenzado.

Lo de la depilación no es un problema, en absoluto, y no

creo que nadie necesite asesoramiento de ningún tipo para hacer algo así. Pero no contenta con ello, busqué en algunos foros «cómo frenar la testosterona del cuerpo», y entre algunas recomendaciones naturales que intuía que me iban a servir de bien poco, encontré un medicamento que inicialmente se utiliza para tratar el cáncer de próstata en los hombres, pero que otros utilizan con fines estéticos, como para no perder el cabello, ya que muchos de los hombres que tienen calvicie es porque tienen demasiadas hormonas masculinas. Así que ni corta ni perezosa, fui a la farmacia a buscarlo. Esta es la parte, niños, que es mejor no hacer en casa. Os relato la escena:

—Buenas tardes.

—Hola, buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarte?

—Pues mira, venía yo buscando este medicamento. —Le enseño una imagen—. ¿Lo tenéis disponible? Es urgente.

—Déjame revisar el *stock*. Sí, lo tenemos en estos momentos.

—Oh, genial. ¿Cuánto cuesta?

—Si es sin receta, cuarenta y cinco euros.

—Diablos, no tan genial.

—¿Perdón?

—No, nada. Me lo quedo.

—Muy bien. ¿Efectivo o tarjeta?

—Efectivo, por favor.

—Pues ahí lo tienes. Por cierto, si lo quieres para frenar la caída del cabello, mejor tómate media al día. No quisiera entrometerme, pero uno de los efectos secundarios es que disminuye el apetito sexual y puede haber problemas en las erecciones…

—Oh, vaya. De acuerdo, lo tendré en cuenta. Muchas gracias.

La farmacéutica creyó que lo iba a utilizar para no quedarme calva y que el no poder utilizar mi nepe iba a suponer un gran problema. Oh, pobre ignorante. En fin, objetivo conseguido, ya tenía lo que buscaba.

Reconozco que me dolió mucho gastarme casi cincuenta euros en un medicamento, cabe recordar que era una estu-

diante becada y que en esas condiciones cada euro cuenta. A mi madre le dije que ese gasto extra fue causado por unos libros muy importantes que debía comprarme para clase. Pero en el fondo me daba igual el precio, estaba ilusionada porque el hombre que pedía a gritos salir no lo iba a poder hacer. Le íbamos a dejar enterrado muy muy por debajo de la piel. Una vez más, ganaríamos las mujeres. ¡Que vivan las mujeres! Y por si a alguien le quedan dudas, ¡que viva también el feminismo transincluyente!

Recuerdo que nada más llegar a casa, abrí con ansia la caja y me tomé mi primera pastilla. Tuve un poco de miedo de qué pasaría: ya sabéis, no solo la vacuna contra el covid-19 tiene efectos secundarios, cualquier medicamento que habitualmente nos tomamos los tiene y este no iba a ser menos. Sin embargo, no noté absolutamente nada, ni siquiera con el paso de los días o de las semanas, por lo que aquellas advertencias de la farmacéutica en cuanto a mis erecciones cayeron en el olvido, básicamente porque en esa época de mi vida solo con ver a un hombre y que me hablara o rozara mínimamente, ya me subía toda la bilirrubina. Ni siquiera unas pastillas todopoderosas podían frenar mi ebullición hormonal.

Decidí mantener en secreto que estaba tomándome esas pastillas, porque intuía que mi círculo más cercano consideraría como locura que estuviera autohormonándome, y lo cierto es que lo es, y que nunca se debe hacer, bajo ningún concepto, pero en esos momentos no aceptaba ninguna opinión que pudiera apartarme de mi sueño de ser mujer. Soy consciente de que hice las cosas mal y hoy no actuaría así: lo único que logré fue perder cincuenta euros y retrasar por miedo el inicio oficial de un tratamiento hormonal. En el fondo, yo sabía cuál iba a ser mi destino.

Autohormonarme no fue lo más vergonzoso que hice durante esos meses. Tampoco conté a nadie algo que vais a leer a continuación, y he pensado mucho en si relatar aquí estos episodios de mi vida o no. Pero creo que, si he decidido abrirme con este libro, debo hacerlo de verdad y contaros todo, para que podáis entender qué pasaba por mi cabe-

za en esos momentos, el porqué de algunos de mis comportamientos, para que entendáis la persona que soy hoy. Ante todo, por favor, no se os ocurra seguir mi ejemplo.

Durante ese año es verdad que, en cierta medida, conseguí feminizar algo mi cuerpo y frenar la llegada «del hombre» que tanto pánico y pudor me daba. Pero seguía sin estar en sintonía con lo que veía en el espejo. Tenía pelo en la cabeza y nada en el resto del cuerpo, lo cual era fantástico, pero sentía que mi cuerpo era demasiado grande en comparación con el ideal de mujer que yo quería alcanzar, y eso fue un gran error: compararme con otras mujeres, especialmente cuando Paris Hilton, Lindsay Lohan o Mary Kate Olsen estaban en mi top cinco de belleza.

Por eso, me planteé un nuevo objetivo para encontrarme mejor conmigo misma: quería estar tan delgada como aquellas *celebrities* estadounidenses que tanto me gustaban. Pensaba que, de esa manera, mi cuerpo se vería mucho más femenino y que de alguna forma sería un poco más mujer.

Tenía claro que no quería matarme a hacer deporte, porque ello desarrollaría demasiado mis músculos, y tampoco quería dejar de comer, porque, entre otras cosas, disfrutaba mucho cuando lo hacía. Pero, entonces, ¿qué? ¿Debía hacer una de esas dietas aburridas, tristes e interminables? Seguramente la decisión más correcta habría sido ponerme en manos de un profesional de la salud, y os ruego que, si estáis leyendo esto y estáis pasando por una situación similar, lo hagáis. No juguéis con vuestra salud, no pongáis en riesgo lo más valioso que tenéis. No hagáis la estupidez que cometí yo, que, una vez más, decidí tomar el camino equivocado. A veces soy una persona demasiado testaruda, no soporto que me digan qué debo hacer, hago lo que creo en cada momento y si me estampo contra una puerta, me estampo yo por las decisiones tomadas, pero me levanto y sigo caminando. De haberme estampado en este caso, la cosa habría sido muy muy seria y quizá habría terminado en un hospital mucho antes que cuando lo hice por mis operaciones de cambio de sexo y por motivos mucho más horribles. Por suerte, no llegó a mayores.

El caso es que, ignorante de mí, pensé que vomitar era la solución. Tonteé con la bulimia durante unos tres o cuatro meses. Tonteé con un trastorno que destroza vidas y, a veces, las termina. Comía, me saciaba y después iba al cuarto de baño. Parecía un mecanismo *fácil* para engañar al cerebro y al estómago, aunque lo único que hacemos es engañarnos a nosotros mismos. Cada vez que comía algo que yo consideraba que me iba a engordar más de la cuenta, lo vomitaba. Por suerte y casi sin darme cuenta, dejé de hacerlo al cabo de unos meses, y hasta hoy, que los únicos vómitos son consecuencia de una larga e intensa noche de fiesta. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones la salida no es tan fácil y quienes sufren esta enfermedad pueden llegar a sufrirla de por vida, con consecuencias horribles.

Como he dicho hace unas líneas, soy una mujer feliz y lo he sido incluso en las etapas más oscuras de mi vida. Pero lo cierto es que ha habido etapas muy oscuras.

13
Mamá, ¡que he aprobado!

Siempre le he tenido un poco de respeto a la universidad. Durante esos años, nunca supe a ciencia cierta si sería capaz de aprobar los difíciles exámenes y estar más cerca de ser una señora licenciada en Periodismo, en especial teniendo en cuenta las tantísimas fiestas a las que había asistido. Pero sí, sorprendentemente di la talla desde el primer año y pude disfrutar de un cálido verano sin tener que estudiar. Y pensaréis: «Claro, cálido porque disfrutó de las playas de Valencia, ¿no?». ¡Pues no! Siempre me gustó ser una chica independiente y aunque es cierto que económicamente hablando y en mayor medida dependía de mis padres, quise empezar a tener mi propio dinero para hacer y deshacer a mi antojo. Así que después de revisar las ofertas de trabajo en los principales portales, encontré una que me llamó especialmente la atención; cajera en unos grandes almacenes de entretenimiento, tecnología y cultura situados en plena plaza de Callao.

Pues, oye, ¿eso que tienes un pálpito cuando ves algo o a alguien? Justo eso me pasó a mí con esta oferta, que no dudé ni un minuto en hacer clic. Además, ¿quién no ha querido ser cajera en la vida? ¿Quién no ha jugado a escanear productos? ¿Quién no ha soñado con tocar la caja registradora, que se abra y dar el cambio? Pues, efectivamente, también era uno de los sueños de la Danielita de ocho años.

Al día siguiente de mandar la solicitud, me llamó un número de esos largos que empiezan por 6315700000030… y pensé: «O me quieren ofrecer que me cambie de compañía de teléfonos o han seleccionado mi currículum y quieren realizarme una entrevista…». Y *voilà!*, me convocaron esa

misma tarde para una entrevista presencial que fue tal que así:

—¡Buenos días! —le dije al de seguridad de la puerta—. Estoy buscando a Rosa, he quedado con ella para realizar una entrevista.

—Hola, sí. Un segundo, está terminando otra, puedes esperar aquí y cuando termine vendrá a buscarte.

—Claro, sin problemas.

«¿He escuchado algo en acento canario? En efecto, así es, correcto, afirmativo y positivo… O sea…, *oh, my god!*» Me quedé completamente eclipsada por sus músculos, sonrisa, ojos… Eso sí que había sido amor a primera vista.

Tengo que reconocer que no era para nada mi estilo de chico, tenía un aire a típico choni poligonero que se va de *after* durante cuatro días, chulo y con unos tribales tatuados en el brazo. Pero era guapísimo. Intentaba no mirarle demasiado, ¡pero es que no podía evitarlo! Por un momento se me olvidó qué estaba haciendo allí, hasta que la famosa Rosa vino a buscarme y volví a la realidad.

—Hola, puedes pasar —dijo Rosa. Yo no reaccioné y pasaron unos segundos de silencio—. *¿Hola?*

—Oh, sí, disculpa, no te había escuchado.

—Tú debes de ser Daniel, ¿no?

—Sí, aunque todo el mundo me llama Dani, así que puedes llamarme así sin problemas. No voy a pensar que es un exceso de confianza ni nada parecido.

—Ah, claro, sin problemas, Dani.

Entramos a la oficina y Rosa me invitó a sentarme.

—Bueno, cuéntame acerca de tu experiencia laboral.

—Pues, con total sinceridad, no es muy extensa; he trabajado durante los últimos dos veranos en el restaurante Setagues, allí servía las mesas y también llevaba la contabilidad. Cobraba y demás.

Se notaba que era mentira, ¿no?

—También he trabajado a tiempo parcial, los fines de semana, en una tienda de ropa de Valencia. Es una *boutique* de barrio, así, pequeña. Pero, vamos, que hacía de todo, control y reposición del *stock*, apertura y cierre de la caja,

atención directa con el cliente…

Esto ha quedado un poco más real…, ¿no?

—Ah, muy bien, qué interesante. ¿Qué estilo de ropa vendías y qué tipo de clientes acudían?

—Pues mayoritariamente señoras de cierta edad, así con un estilo clásico. Solían buscar ropa para el día a día, e incluso para bodas y bautizos. Bueno, y comuniones también.

«Mierda, la he cagado.» El público de estos almacenes suele ser joven, actual e interesado por la cultura. «Vale, que no cunda el pánico», pensé.

—Aunque eso era más al principio, pero le dije a mi jefa, con la cual por cierto tenía una muy buena relación y ella depositaba mucha confianza en mí, que yo empatizaba más con la gente joven y que por qué no traía ropa un poco más actual. Al principio se mostraba reacia, claro, es normal, una mujer mayor, con la misma tienda y estilo durante tantos años… Pero al final me hizo caso y todavía hoy me lo sigue agradeciendo. Las ventas subieron un no sé cuántos por ciento —me inventé el dato—. Tanto es así que se abrió dos tiendas más, y no descarta abrir una cuarta… Yo le he dicho que lo medite bien, porque, claro, ahora se vende mucho *online* y es mucha competencia…

—Veo que eres una persona creativa —espero que no quisiera decir *inventiva*— y que te gusta el trato con el cliente.

—Totalmente, Rosa. Y ahora estoy en un momento de mi vida en el que me apetece probar otras cosas. La ropa me gusta, pero me encantaría trabajar con libros, música, películas, con todo lo que tenga que ver con la cultura en general.

—Es muy importante que a nuestros trabajadores les guste la cultura y sepan de lo que hablan con nuestros clientes.

—Entiendo a la perfección lo que me quieres decir. A mí me gustan tanto la cultura y el arte que después de esta entrevista me voy a ver un museo.

Hala, de verdad que estaba *on fire*.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—El Thyssen.

—Pero está cerrado por reformas durante el verano…, ¿no?

—… Ah, sí, tienes razón. Quería decir el Prado. Disculpa, es que, con los nervios de la entrevista, ya no sé ni lo que digo…

—Claro, es normal. Pues creo que ya hemos hablado suficiente, voy a realizar algunas entrevistas más y tomaré la decisión lo antes posible, ya que la incorporación sería para la semana que viene.

—De acuerdo. Muchísimas gracias por atenderme, ha sido un placer.

Me despidió y salí de la pequeña habitación.

A ver, había mentido un poco; bueno, un poco bastante; bueno, lo cierto es que lo único que era verdad era que me llamaba Dani. Pero eran mentiras piadosas: técnicamente, a lo que hice se le llama *adornar el currículum*, y es que a mí, cuando me sale la vena creativa, no hay quien me pare.

Por supuesto, mi siguiente objetivo antes de salir del edificio fue intentar crear una conexión visual con el de seguridad del que me había enamorado. Pero fue una idea estúpida, porque mientras me dijo «hasta pronto» sin ni siquiera mirarme, estaba tonteando con una morenaza despampanante.

En ese tipo de situaciones, volvía a aflorar mi deseo de dar el paso. Pensaba: «Si yo fuera una mujer o si al menos me conociera en mi faceta de mujer, podría haber habido un flirteo, una conexión, algo a lo que poder agarrarme y pensar que él y yo tendríamos un futuro por delante…».

Aunque ya sabéis lo que dicen, las cosas de palacio van despacio, ¿no? Pues agarraos a la silla, que vienen curvas.

14
Mamá, ¡que soy una *dona treballadora* y disfrutona!

Si soy sincera, antes de terminar la entrevista de trabajo ya sabía que me habían seleccionado: podéis llamarlo *intuición trans* o algo así, pero normalmente acierto, me dejo guiar mucho por las energías y primeras impresiones y, en este caso, simplemente supe que le había caído en gracia a aquella mujer. Antes de que acabara el día, recibí una llamada de Rosa ofreciéndome el puesto de trabajo:

—¿Sí?

—Hola… ¿Dani? Soy Rosa.

—Ah, hola, Rosa, ¿qué tal?

—Bien, algo cansada, pero bien, gracias. Te llamaba porque hemos finalizado con el proceso de entrevistas y, bueno…, creemos que puedes encajar muy bien en la empresa, por lo que… ¡has sido seleccionado!

—¡Ostras, qué bien! Muchísimas gracias.

—No hay de qué, la verdad es que tu perfil nos cuadra mucho. Me ha gustado tu experiencia de cara al público y también cómo te expresas. En cuanto al contrato que te ofrecemos, es de veinticuatro horas semanales, de lunes a sábado, en el departamento de cobro y devoluciones, ¿te cuadra?

—¡Es magnífico! Millones de gracias, de verdad.

—A ti. Sería para empezar el próximo lunes a las cuatro de la tarde.

—Genial, pues allí estaré.

—Perfecto, debes entrar por la puerta trasera, la que da a la calle Preciados.

—De acuerdo, ¡hasta el lunes!

Pues parece que el destino me sonreía una vez más y, en cuanto a logro personal, volvía a conseguir aquello que me proponía. Porque soy de esas personas que consideran que debemos ponernos metas y objetivos en la vida, y luchar por ellos, aunque sin hacer daño a nadie, eso por descontado. ¡Es tan satisfactorio poder ponerse a una misma medallas por los logros que alcanza! De verdad, no dejéis de moveros, de probar, de intentar, de soñar. El no ya lo tenemos, siempre. Y en casa, protegidos y arropados, nos pudrimos, como el agua estancada.

Ah, y por supuesto, os recomiendo que en todo momento utilicéis el famoso poder de atracción, que penséis en positivo y hagáis el bien, y veréis que todo acaba llegando.

Hablando de poder de atracción, recuerdo que ese día estaba supercontenta por haber conseguido mi primer trabajo en Madrid, el aura que me rodeaba era positiva y todo lo que esta atraía eran cosas bonitas. Unas más que otras.

El día que me dieron la noticia de que por fin era empleada era viernes y hasta el lunes no empezaba a trabajar, por lo que me quedaba un largo fin de semana para disfrutar de la ciudad: eso puede suponer un plan magnífico, lo sé, pero deja de ser tan idílico cuando tus amigues se han esfumado a la playa, donde, por cierto, yo debería estar también.

Lejos de quedarme en casa aburrida, jugando a Tinder y consumiendo Netflix, decidí darme un paseo sola por uno de los barrios más tolerantes, progres y diversos de Europa: *of course*, Chueca, nada que envidiar al Soho. Allí me sentía y siento como pez en el mar, nadie te mira por encima del hombro si mueves demasiado el culo cuando caminas, pronuncias tres veces *o sea* en una frase de cinco palabras o tienes la mano doblada el 90 por ciento del tiempo. Chueca es, en definitiva, un lugar donde las hienas no son bien recibidas, salvo que alcen una bandera blanca y tengan ganas de curiosear…

Me considero una persona independiente, sí, pero eso de salir sola a beber copas nunca lo he llevado bien, así que después de tomarme un mojito de fresa en un bar que tam-

poco decía mucho, decidí irme para casa a descansar. Aunque, ingenua de mí, aún quedaba toda la noche por delante.

Caminando hacia Gran Vía para coger el metro, me llamó la atención especialmente un local de colores azules apagados y cristales tintados. En la puerta no se agrupaban grandes grupos de amigos con actitud de querer aguantar hasta las tantas, como sucede en otros pubs o bares. Aquí iban chicos en solitario y alguna pareja, todos lo hacían con semblante tímido y actitud discreta. Al acercarme un poco más, pude ver de qué se trataba: «Sauna con *jacuzzi,* cabinas, zona común y cuarto oscuro». Debo reconocer que me dio tanto respeto como morbo, había escuchado que esos sitios eran focos de infección para ETS y en mi mente estaban totalmente prohibidos, era como un veto, por eso y porque no me gustaban los hombres homosexuales e intuía que todos los chicos que acudían allí eran gais…

Pero ya sabéis lo que dicen: cuando no hay lomo, de todo como.

Tras más de quince minutos debatiendo qué debía hacer y muriéndome de curiosidad y morbo, decidí comprar un tique de entrada a la recepcionista, una mujer de unos cuarenta que vendría a ser una mariliendre (persona femenina cuyo 99,9 por ciento de amistades son homosexuales).

—Hola —le dije—, me gustaría comprar una entrada.

La recepcionista me miró fijamente antes de añadir:

—¿Es tu primera vez aquí?

—¿Tanto se me nota?

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo… ¿Sabes cómo funciona?

—No, no tengo ni idea de cómo funciona.

—El planteamiento es sencillo: entrada con una, dos, tres o, para los más valientes, cuatro copas.

—¿Y cuál es el precio de cada *pack*?

—Veinte, veinticinco, treinta o treinta y cinco euros.

—¿No me haces un descuento?

—Cariño, esto no es el mercadillo, aquí vienes a lo que vienes, y si quieres lo tomas y si no lo dejas…

—Vale, vale, pues lo tomo, dame dos copas.

—Aquí tienes. Nada más entrar a la izquierda tienes las taquillas para dejar la ropa.

—¿Cómo?

—No esperarás entrar al *jacuzzi* en zapatillas y vaqueros…

—Ah, vale, yo creía que solo entrabas si querías, pero que no era obligado.

—No, no, si aquí no obligamos a nadie, tú entras si quieres, pero las normas son que debes ir solo con toalla y chanclas. Lo que quieras hacer ahí dentro ya es cosa tuya.

—De acuerdo, perfecto, lo tendré en cuenta.

—Ah, casi se me olvida lo más importante: toma, dos preservativos para ti. Si quisieras más, tendrías que pagar dos euros extras, aunque creo que serán más que suficientes… —Y se rio para sí misma.

—Sí, creo que como primera toma de contacto es más que suficiente —dije disimulando una sonrisa, pero estaba un pelín mosqueada—. Muchas gracias.

—Las tuyas, Caperucita Roja, y cuidado con los lobos… ¡Ja, ja, ja!

«¿Ha dicho *lobos*? Oh, Dios mío, con lo bien que estaría yo viendo *Mujeres desesperadas* en casa y fantaseando con que soy Eva Longoria acostándome con su jardinero, y estoy aquí rodeada de hombres mayores, sedientos de nepe y fluidos sexuales… Aunque, un momento, aquí no huelo a pluma.»

Mi intuición había fallado. Antes de entrar al local, estaba convencida de que allí iba a encontrarme con las reinas de la cabalgata del orgullo gay de Madrid y, lejos de eso, aquello estaba lleno de hombres tanto homosexuales como heteros de lo más masculinos que se pueda una imaginar, era imposible diferenciar quién era gay y quién no. Pero ¿sabéis una cosa? En ese momento me di cuenta de que las etiquetas son simplemente eso, etiquetas. Total, que después de darme una vueltecita por todos los rincones del local con una toalla de treinta por treinta enroscada a la cintura y de haber fichado a más de uno, me senté en un sofá a tomarme una de mis copas mientras los lobos miraban a la

nueva Caperucita con actitud inocente, de llevarle pastelitos a la abuela. Solo tuve que esperar y un lobo se acercó al poco.

—Hola, ¿qué tal estás?

—Hola, muy bien, ¿y tú?

Estaba realmente nerviosa, tartamudeaba, no sabía bien lo que debía pasar en esos momentos, no sabía cuál era el protocolo en estos sitios, ¿agacharme para acariciar su nepe o qué?

—Bien también, pasando la noche. Eres muy guapo.

Guapo. Allí, en aquel ambiente, sin mi maquillaje ni mi peluca, se me leía como hombre amanerado y gay. Y como yo no sabía a lo que había ido y los nervios me comían por dentro, no le corregí.

—Gracias, tú también.

En esos momentos y mientras él clavaba su mirada fijamente en mí, colocó su mano encima de mi pierna. Segundos después, me preguntó:

—¿Te apetece que vayamos a una cabina?

Estaba asustada, os lo prometo, pero también tenía algo de curiosidad y morbo por la situación, así que podéis imaginar cuál fue mi respuesta.

—Sí, claro, ¿por qué no?

—Vamos a esta de aquí —dijo señalando una puerta cercana—, es cómoda.

—Vaya, parece que vienes mucho y conoces cuáles son los mejores rincones.

—Bueno, digamos que conozco el sitio —añadió con una sonrisa burlona.

La cabina era como una caja de cerillas y, definitivamente, el sitio más asqueroso que jamás había pisado, y no precisamente porque estuviera sucio, al contrario, olía a desinfectante, sino porque al imaginar la cantidad de personas que habrían tenido sexo allí y la cantidad de restos de fluidos sexuales que habría, me entraba repelús.

—A ver, que vea tu culito… —Me retiró la toalla—. Uff, qué redondito. ¿Eres pasivo, verdad?

—Sí, no me gusta dar: de hecho, nunca he dado, y de

momento no tengo ningún interés en probar, la verdad.

—Qué raro que nunca hayas probado, te pierdes un gustito muy bueno, aunque a mí en estos momentos me viene mejor. ¿Sabes? Quiero probar tus labios.

—Eso tiene fácil solución…

La cosa se iba calentando más, éramos puro fuego, misma sensación que cuando estás haciendo una *pizza* de Casa Tarradellas y abres el horno. Poco a poco, iba perdiendo ese miedo inicial. No me importaba si aquel hombre era gay o no; era atractivo, yo estaba desinhibida, él no sabía que era una mujer y yo había ido allí a experimentar algo nuevo. Ya había tenido múltiples experiencias fingiendo ser una mujer: no había nada de malo por fingir ser un hombre gay, que al fin y al cabo era lo que todo el mundo pensaba de mí. De los besos pasamos a las caricias, y las caricias escalaron hasta que empezamos a retozar por aquellos asquerosos sillones. En un abrir y cerrar de ojos, me había puesto encima de él y estaba siendo penetrada. Con preservativo, por supuesto.

Estaba disfrutando, realmente lo estaba pasando bien con un chico que no sabía ni cómo se llamaba, todo iba sobre ruedas. Hasta que, de repente, abrieron la puerta y…

—Ah, eres tú —dijo el Lobo 1. Se estaba dirigiendo al maromo que había abierto la puerta, al que nombraremos Lobo 2.

—Por fin, no te encontraba.

—Perdona —interrumpí yo estupefacta—, pero ¿qué está pasando aquí?

—Ah, nada, no te preocupes, es mi novio, estaba con otro chico, pero creo que ya ha terminado.

—Bueno —continuó el Lobo 2 tan tranquilo—, eso de terminar… Era muy guapo, pero no ha durado ni tres segundos.

—Vaya, hoy no has tenido buen ojo para elegir.

Yo me bajé de la montura.

—Ya, muy interesante todo, pero sigo sin entender nada.

—Tampoco es tan difícil —aclaró Lobo 1—, somos una relación abierta y venimos aquí a divertirnos.

—Lo solemos hacer por separado y, a veces, también juntos…

—Siempre y cuando la tercera persona esté de acuerdo…

—Pero, tranquilos, seguid a vuestro rollo, yo me pongo en una esquina y solo miro, de momento…

Yo no sabía bien qué hacer: si salir de allí corriendo, continuar con Lobo 1 o animarme a la proposición indirecta de Lobo 2 y hacer un tridente. Cierto era que no sería el primero en mi vida, pero esto de no dominar la situación y a ello sumarle el factor sorpresa no ayudaba a ejecutarlo.

—¿Por dónde nos habíamos quedado?

—Sinceramente, no lo sé, se me ha cortado un poco el rollo con esto del poliamor.

—Quizá este beso te refresque la memoria.

Me besó. Al otro debió de gustarle verlo, porque se acercó lentamente a nosotros.

—Desde luego sabes cómo hacer que alguien pierda la noción de todo —dije yo, otra vez desinhibida.

—Y eso que todavía no has visto lo que somos capaces de hacer los dos juntos —se atrevió ya a decir Lobo 2.

—¿Has probado una felación a dos lenguas?

—No, y lo cierto es que tampoco tengo mucho interés.

—¿Cómo que no? Déjate llevar, será como un viaje espacial inimaginable…

—Vamos, anímate a viajar a Marte…

En ese momento y de rodillas, los lobos arrinconaron a su presa. No quiero hacerles responsables, querían pasarlo bien y disfrutar de ese momento sin maldad ninguna. Pero desconocían que detrás de esa capa roja de Caperucita había una persona a punto de emprender su mayor viaje. Que había una mujer, de pronto incomodada por lo que estaba sucediendo, que sentía que su consentimiento era tan frágil como grandes sus ganas de salir corriendo de allí, que odiaba sentirse dominada por un nepe que solo le generaba disforia. Yo quería ser penetrada, amada como una mujer. Me sentía, en aquel momento, ultrajada. Reaccioné de forma violenta.

—Mira, lo siento, pero no. Ha sido un error, este no es mi sitio y no debería estar aquí, así que quitad vuestras manos de mí y dejadme en paz.

—Cariño, no te pongas así, que quien no quiere peces no va al mar. Y tú —dijo dirigiéndose a Lobo 1— deberías escoger mejor a los chicos, que nunca atinas. Ale, me marcho, ahí os quedáis, Romeo y Julieta.

Lobo 2 salió de la cabina visiblemente enfadado, puedo entender que a nadie le gusta que le rechacen. Pero yo me sentía mucho mejor, su salida supuso un gran alivio para mí. Había odiado esa sensación, ese sentimiento de intimidación, incluso de presión para hacer algo que no quería. Recordad: «Solo sí es sí». Y si no queréis, si sentís por un instante que no estáis cómodas con una situación, podéis detenerla, esté en la fase que esté.

Tras varios minutos de un silencio incómodo, Lobo 1 quiso disculparse.

—Oye, siento mucho si te hemos violentado, no queríamos. Somos asiduos a este local y para nosotros esto es un juego, pero de verdad que no queríamos presionarte ni nada similar. Hemos entendido que tú también querías.

—No te preocupes, he tenido un pequeño bloqueo porque no acostumbro a hacer esto tan así…

—¿Así cómo?

Sentí que la confianza regresaba tras escuchar sus palabras, y casi podía ser honesta con él. El ambiente de la cabina cambió de repente y me sentí mucho más a gusto.

—Bueno, pues sin ni siquiera saber tu nombre, en una sauna gay, con tu pareja de por medio… La verdad es que estaba disfrutando cuando estábamos tú y yo solos, pero ya te digo, ha sido un pequeño bloqueo.

—Ya, entiendo. Lo siento de nuevo. Si te sirve de consuelo, también he disfrutado el tiempo que hemos estado solos.

—Gracias, podía notarlo. Quiero decir que se nota cuando tienes *feeling* con alguien.

—¿Puedo preguntarte algo? Pero no quiero que te ofendas.

—Claro, adelante.

—¿Por qué tienes sexo como una mujer? Tus movimientos, gestos, gemidos… Sinceramente me han recordado a mi época hetero, a cuando estaba con mujeres.

El silencio incómodo volvió a hacer acto de presencia, me quedé sorprendida y pensativa. Nunca antes me habían hecho esa pregunta, quizá porque nunca antes había tenido sexo con un chico acostumbrado a tener sexo con otros chicos. No sabía qué decir, aunque tampoco tenía muchas opciones disponibles: decirle quién era en realidad o fingir que no sabía de qué estaba hablando, y opté por esta última.

—No lo sé, la verdad. Nunca antes me había planteado mi forma de mantener relaciones sexuales.

—Ha sido algo curioso, por un momento he sentido que estaba con una mujer con pelo corto y poco pecho.

Sentí que me ardía la cabeza, que todo se movía a mi alrededor. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Mira, no lo sé, no sé cuál ha sido tu percepción ni el porqué, tampoco me interesa. Ha sido un placer haberte conocido, pero definitivamente este no es mi sitio, así que te deseo lo mejor, pero dudo que nos vayamos a volver a ver. Adiós.

—Vaya, adiós. Y que vaya bien…

Con actitud enfadada, salí de la cabina y volví a pasar por delante del resto de los lobos que continuaban buscando presa, pero esta vez yo ya no tenía sed: tan solo quería vestirme, recoger mis cosas e irme a casa a descansar.

Y eso hice, me despedí con un escueto adiós de la recepcionista y salí de aquel local completamente confundida. Fuera, ardía de calor Madrid en ese verano asfixiante; ardía yo de rabia, confusión y desamparo. Por las calles de Chueca todavía se apreciaba la alegría de su gente, y aquí y allá había que sortear algún charco de vómito que indicaba que algunos habían bebido demasiado alcohol. Tenía una sensación extraña, me sentía ofendida y no entendía bien por qué. El Lobo, sin conocerme absolutamente de nada, había descubierto quién era yo realmente. ¿Era eso lo que me ha-

bía hecho enfadar? ¿El ser descubierta? ¿No debería haberme alegrado? ¿O es que me frustraba terriblemente que desconocidos como aquel verbalizaran una realidad que yo todavía no había podido contarle a mi familia, una realidad a la que me negaba a poner solución por cobardía?

No lo sé. Lo único que sí sé es que no fui capaz de reconocer la verdad, y es que no es que tuviera sexo como una mujer: es que era una mujer.

Aunque tuviera poco pecho y el pelo corto.

15
Mamá, ¡que hoy es mi primer día de trabajo!

Aquel lunes todavía tenía resaca por todo lo sucedido el sábado, una sensación extraña persistía en mí, como si hubiera cometido una ilegalidad o algo así yendo a aquel antro. Por suerte, poco a poco esa emoción fue desapareciendo para dar lugar a otra mucho mejor: los nervios del primer día de trabajo.

Cuando comienzas una nueva etapa, nunca sabes a qué o quién te estás enfrentando. Intentas mantener una actitud positiva, pero siempre queda algo de miedo o reparo a lo nuevo y desconocido y, efectivamente, no sabía a qué selva estaba a punto de entrar o, mejor dicho, no sabía qué animales habría escondidos bajo esos libros y pequeños dispositivos electrónicos.

Esa mañana hice un poco de deporte, me duché, preparé la comida e incluso intenté dormir un poco antes del gran momento, pero aquellos nervios de quinceañera consiguieron mantenerme despierta imaginando posibles situaciones que allí podría vivir. Entre esas situaciones estaba la de montármelo con el de seguridad que tanto me gustó. En los baños, en el almacén o donde él quisiera, por soñar que no sea, ¿no? Hasta el momento, sus labios carnosos se habían convertido en el mayor aliciente de este nuevo trabajo, tanto es así que, de camino al lugar, estuve practicando internamente el saludo que le iba a hacer: «Hola, ¿cómo estás?», mmm, demasiado formal; «Ola k ase?», no, pensará que es un exceso de confianza o peor, que soy una cateta; «Buenas, ¿todo bien?», tampoco. Al final, opté por un simple, soso y cotizado «hola».

Al llegar a la puerta, todo mi mundo se vino abajo. ¿Dónde demonios estaba mi segurata? Sentí como si me

echaran un cubo de agua helada por todo el cuerpo. Bueno va, estoy exagerando, tampoco fue para tanto: simplemente es que, en lugar de coincidir con él, ese día trabajaba una de sus compañeras. Luego soy de las que defiende en los sindicatos las jornadas laborales de cuatro horas, pero ese día me costó mucho no frustrarme. Saludé a la chica:

—Hola, hoy es mi primer día de trabajo. Rosa me dijo que entrara por esta puerta, pero no sé qué más debo hacer.

—Ah, tranquilo, me tienes que rellenar este pase con tu nombre y apellidos, enseñar tu DNI, firmar este documento y te daré esta tarjeta que cada vez que entres y salgas debes escanear aquí…

Este es sin duda uno de los momentos que menos me gustan de mi experiencia como persona trans. Yo sabía perfectamente que la sociedad todavía me veía como a un chico y que mis documentos legales también lo hacían, pero una forma de reducir ese sentimiento de frustración, ese malestar por no presentarme como mujer, ya que no estaba preparada para dar ese paso, era refiriéndome a mí como Dani y tratando de emplear palabras en frases donde no se reflejara mi sexo de manera evidente. Por ejemplo, en lugar de decir «soy muy nervioso», decía «soy una persona muy nerviosa». Quizá os pueda parecer una tontería, pero a mí me servía para aliviar un poco esa culpabilidad por no haber empezado ya (de manera *oficial*) mi transición. ¿Cuál es el problema? Que en este tipo de situaciones me encontraba en un callejón sin salida, porque en mi DNI ponía Daniel, y no me quedaba más remedio que enfrentarme a esa identidad que no me representaba en absoluto.

—De acuerdo, Daniel, pues esto sería todo. Ahora ya puedes subir a la planta tercera.

—Vale, muchas gracias. Por cierto, puedes llamarme Dani, te haré más caso, casi nunca reacciono cuando oigo Daniel.

—Ah, vaya, pues no hay problema por eso, Dani.

Subí la escalera en dirección adonde la de seguridad me había señalado. Había llegado el ansiado momento de enfrentarme al que iba a ser mi puesto de trabajo durante el

verano. Como siempre, a pesar de la incomodidad al tener que enseñar el DNI, llevaba una sonrisa de oreja a oreja, y derrochaba alegría y carisma con cualquiera que se cruzara por mi lado.

—Hola, Rosa, ¿qué tal?

—Hombre, Dani, bienvenido. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, aunque con un poco de nervios, no lo voy a negar, pero todo dentro de la normalidad.

—Es normal, enseguida te presento a tus compañeros y te explico cómo funciona todo. Como te comenté, vas a estar en el departamento de cobro y devoluciones. Es muy sencillo, hay una única fila y cada uno tiene un número de caja. El cliente acudirá a la que le corresponda, siguiendo el orden de la pantalla. Hoy te pondré con una de tus compañeras para que te enseñe y ya mañana estarás tú solito.

—Genial, pues estoy *ready*.

—¡Esa es la actitud! Esmeralda —dijo dirigiéndose a la susodicha—, él es Dani, estará hoy contigo aprendiendo el funcionamiento de la caja. Y Dani, cualquier duda que tengas se la preguntas a ella. Os dejo, que tengo lío.

—Hola, Esmeralda, un placer.

—Hola, Dani, bienvenido.

—Muchas gracias. Vaya, parece que está muy concurrido, y eso que es pronto.

—Uy, y esto no es nada, luego se pone que no cabe ni un alfiler en todo el edificio. Es lo que hay trabajando en pleno centro de Madrid.

—Ya imagino… ¿Sabes? Siempre había soñado con trabajar en el departamento de cajas. Jugaba con mi prima hace años a cobrar cosas. Recuerdo que teníamos una calculadora grande y nos encantaba apretar los números y que hicieran ruido simulando el de una caja registradora de verdad.

—Sí, ese sueño lo hemos tenido todos. Pero en dos días se te ha ido la tontería y los únicos números que mirarás son los del reloj para saber cuánto te queda para ir a casa —dijo riéndose.

—Vaya… Cuánta motivación —contesté con ironía—.

Oye, y aquí con tanto chico guapo que pasa… deberás ligar un montón, ¿no?

—Yo paso, aquí vengo a trabajar. Siempre hay alguno que te mira más de la cuenta, pero en el trabajo yo no hago nada.

Esmeralda rondaba los cuarenta años y tenía pinta de llevar allí media vida. Tenía un sobrepeso considerable y no era muy agraciada de cara, y me contó que no tenía pareja y vivía con su madre. Me daba la sensación de que todo aquello le hacía estar sometida a un bucle de inseguridades que, aunque ella cree que no se le notan, si tienes un poco de inteligencia emocional, logras descifrar que ahí pasa algo. Su vida es un 95 por ciento trabajo; un 2,5, su madre; y el otro 2,5 restante lo invierte en conocer chicos a través de *apps*. Gracias a ella aprendí todo lo necesario para defenderme en mi puesto de cajera: es una máquina de mujer, buena persona y, además, sería la única del trabajo a la que le confesaría mi secreto, aunque eso sucedió más adelante.

Me encantaba hablar con ella. ¿Alguna vez os ha pasado que entablar conversación con ciertas personas es como un ASMR? ¿Como una relajación total? Pues eso me pasaba a mí con Esmeralda. Al final del día, le agradecí su atención y su empatía:

—Gracias por todo, Esmeralda, creo que he aprendido lo necesario para emprender mañana mi viaje en solitario.

—Yo creo que también, se te ve muy espabilado y has cogido las cosas muy rápido y bien. De todas formas, le diré a Rosa que te ponga en la caja de mi lado para que si tienes cualquier duda me la preguntes. Así podemos charlar de vez en cuando.

—Claro que sí, me parece una idea magnífica. ¡Muchas gracias y hasta mañana!

Me di cuenta de que Esmeralda, además de lo que os comentaba anteriormente, tampoco debía de tener muchos amigos y había encontrado en mí la frescura que necesitaba para desconectar de su rutina diaria. Parecía que, en esos momentos, nos hacíamos falta la una a la otra.

Como si el ángel de la guarda de alguna de las dos hu-

biera decidido que nuestros caminos se cruzaran.

16
Mamá, te voy a contar cómo ha sido mi amor de verano

Trabajar como cajera se convirtió en una tarea fácil, entretenida y divertida. Entre cliente y cliente, Esmeralda y yo comentábamos cualquier curiosidad que nos venía en gana y ello amenizaba mi jornada laboral. Además, sabiendo que o bien al entrar o bien al salir iba a poder disfrutar de unas magníficas vistas, mejores que las de un hotel en primera línea de playa, mi día de trabajo era una revolución de sensaciones y emociones. El de seguridad se había convertido en mi amor platónico.

El problema era que mi amado me hacía el mismo caso que Rajoy a la población cuando esta exigía una subida salarial, es decir: ninguno. Bueno, ninguno es ser demasiado dramática, me hacía un poquito, pero el mismo poquito que le hacía a todo el mundo que pasaba por allí, por pura educación. Tan solo hablaba más de la cuenta con las chicas guapas y exuberantes… ¿Qué podía hacer yo para llamar su atención? Habiendo descartado el hacerme la desmayada delante de él para que, con un poco de suerte, me hiciera el boca a boca, me tocaba darle al coco.

«Es un chico guapo, joven, actual y, a juzgar por la actitud que mantiene con algunas mujeres, es heterosexual, está soltero y tiene ganas de mambo. Entonces, por pura lógica, debe de tener alguna *app* para conocer chicas. ¡Te tengo, querido!»

Nada más llegar a casa, descargué todas las aplicaciones existentes para conocer chicos, tantas que incluso tuve que eliminar archivos porque no tenía memoria suficiente en el teléfono. Utilicé la misma técnica y fotografías que en Tin-

der, nada de poner en el perfil que soy trans ni identificarme con otro género que no sea el de mujer. Todas estas aplicaciones funcionan por radar, con lo que, si él tenía alguna de ellas, en algún momento nos debíamos aparecer el uno al otro, dar al sí, y esperar a mantener una conversación.

¿Y qué creéis? ¿Lo conseguí o no? Pues, obviamente, sí. Si es que ya os digo siempre lo importante que es el poder de la mente: todo lo que haya dentro de ella acaba entrando en tu vida, es como magia.

Durante varios días, cada vez que pasaba por su lado, me inventaba alguna excusa para estar lo más cerca posible de él y conectar las aplicaciones en ese momento. Necesitaba a toda costa ese *match*. Una noche, después de trabajar y mientras cenaba, empecé a jugar con una de esas *apps* y sus adictivos sí, no, sí, no, hasta que, ¡chas!, di con el sí más esperado de todos. Ahí estaba mi segurata, con las típicas fotos de macarra marcando abdominales, luciendo tatuajes y haciendo creer que sabe conducir un Ferrari cuando realmente haría esa foto en la que sale al lado de uno en una feria de coches. «Dios, qué choni es, pero cómo me encanta, es que es realmente guapísimo, no hay otra palabra.» Obviamente, dejé de lado mi ensalada para empezar a cocinar algo que me sabría mucho, pero que mucho mejor.

Hola, guapo. ¿Qué tal?

Hola, preciosa… Qué ojazos tienes, ¿no? Estoy bien, ¿y tú qué tal?

Muchas gracias, algunas personas me dicen que son ojos de gatita, así como rasgados… Estoy bien también, gracias.

¿Gatita? O sea, que eres de las que arañas, ¿eh?

¡Ja, ja, ja! Miau, miau… Según el contexto. Pero nunca viene mal un arañazo. ¿De qué zona eres?

Vivo por Cuzco, ¿y tú?

Bastante cerca, por la zona de Nuevos Ministerios. ¿Y a qué te dedicas?

Trabajo en unos grandes almacenes. ¿Y la señorita?

Yo soy estudiante de Periodismo, de momento no trabajo.

Obviamente no podía decirle que trabajaba en los mismos almacenes que él y que yo era el *chico* que veía casi todos los días.

Mira qué bien, una estudiante jovencita. ¿Y qué buscas por aquí?

¿Sinceramente? Pasarlo bien, el verano en Madrid puede llegar a ser muy aburrido, salvo que dos personas se pongan de acuerdo y decidan hacerlo divertido.

¿Ah, sí? ¿Y cómo crees que podríamos ponernos de acuerdo tú y yo para divertirnos?

Bueno… Hay muchas maneras, desde luego. ¿Qué haces esta noche? ¿Te apetecería venir a mi casa y ver una película?

Me gusta cómo suena eso.

Por cierto, me gustaría comentarte algo antes… Soy una chica trans, no llevo mucho con el proceso y no sé si supondría un problema para ti.

Hubo unos segundos antes de su respuesta. Puntos suspensivos. Puntos suspensivos. Puntos suspensivos. Era el momento de la verdad.

Bueno, la verdad es que nunca he probado, pero tú estás buena y, sinceramente, hoy me pillas calentito. Dime dirección.

Pues así de sencillo, no hay nada mejor que pillar a tu *crush* caliente y proponerle un plan fácil que no pueda rechazar. Os mentiría si os dijese que no me habría encantado proponerle un plan de cena, cine y esperar a que me diera el beso al final de la cita, en plan romántico. Porque este chico me gustaba, me gustaba de verdad, estaba totalmente coladita por él. Pero era realista y, viendo el punto en el que me encontraba de mi transición, que era muy al principio, era consciente de que la cita romántica no era viable, así que opté por ir al grano y, oye, que me quiten lo *bailao,* anda que no he disfrutado yo. Ya tendría tiempo, en un futuro no muy lejano, de citas románticas.

Me quedaban exactamente cincuenta y cinco minutos para que mi amor platónico viniera a mi casa y por delante tenía un largo trabajo que empezaba por hacerme una lavativa anal, ducharme, ponerme después todo el maquillaje del mundo, pestañas postizas y escoger la peluca que iba a lucir. Tenía que utilizar demasiado de todo para evitar que me reconociera, porque ello podría suponer una situación cuando menos incómoda. Recogí un poco la casa y puse la luz tenue para que me viera lo menos posible, me rocié de colonia barata dulzona, que da un toque femenino, me puse pintalabios rojo, hice algunos ejercicios vocales para modificar la voz y me miré frente al espejo, nerviosa. Daniela me devolvía la mirada. Nerviosa, excitada, ilusionada, casi enamorada. Sonó el timbre y abrí la puerta. Él esperaba al otro lado, guapísimo.

—Hola.

—Hola…

—Vaya, qué poca luz.

—Sí, he querido crear un ambiente más íntimo… —dije invitándole a pasar.

—Estoy un poco nervioso, es la primera vez que hago esto.

—No te preocupes, nadie nace aprendido. Además, tampoco hay una diferencia abismal entre una chica cisgénero y yo.

—Ya, ya… Si a mí lo que me da cosa es lo que tienes entre las piernas.

—Tranquilo, no lo utilizaremos. Es más, ni siquiera lograrás verlo, lo tendré escondido en todo momento.

Pasamos a mi dormitorio y nos pusimos manos a la obra inmediatamente. Él estaba excitado y yo sabía qué le gustaría. En esas situaciones, o iba directa al grano o me arriesgaba a que cambiaran de opinión, se marcharan y a quedarme con las ganas. Y este era mi amor platónico. Me lancé y en nada estábamos al lío.

Pero a veces, aunque llegues a la cama, te quedas con las ganas igualmente.

—¿Ya? —dije cuando me di cuenta de que había terminado, apenas unos segundos después de penetrarme.

—Sí, no sé qué me ha pasado.

—Pero si ha sido solo un segundo, ni siquiera me ha dado tiempo a…

—Ya, lo siento. Es que estaba nervioso, era mi primera vez y, ¡joder!, lo haces muy bien.

—Bueno…, gracias, supongo.

No sé qué pasó por su cabeza. Aunque acababa de terminar en menos de lo que cantaba un gallo, debió de meterse a sí mismo en algún tipo de armario mental, de negarse que había disfrutado tanto. No era ni la primera ni la última vez que me pasaría. Pese a lo exitoso que había sido el encuentro para él (para mí, no), me dijo:

—Oye, mira, me has caído muy bien, pero creo que esto no es lo mío. Ya tengo la experiencia y genial, pero prefiero dejarlo aquí.

—Claro, como tú prefieras, las personas somos libres de decidir.

—Gracias. Me voy a ir, que estoy algo cansado. Adiós. —Y salió por la puerta, sin entretenerse un momento más.

—Descansa. Adiós…

¿Os doy un consejo? Nunca idealicéis a nadie, por muy

buenx que esté, porque como ya bien dice el sabio refrán…, las apariencias engañan. ¿En serio había estado casi una hora de reloj acicalándome para parecer otra persona y en menos de diez minutos el que se supone que era mi amor platónico se había ido? Pues parece que sí, y no me quedó otra que aguantarme, ducharme y retroalimentarme con los recuerdos para poder satisfacerme yo sola. Porque él, como empleado de seguridad, fabuloso, pero el trabajo que había hecho allí había sido una soberana mierda.

A la mañana siguiente, tocaba volver a la realidad del trabajo. Sabía que el de seguridad no me había reconocido, pero tenía algo de miedo paranoico por si al verme le venía como una especie de *flash* o algo similar y visualizaba mi cara entre sus piernas.

Afortunadamente no fue así: pasé, nos saludamos con el soso «hola» y, señoras y señores, aquí no ha pasado nada. Subí la escalera decidida a contarle a Esmeralda el supercotilleo del año, que iba a poner patas arriba su rutinaria vida.

Después de los saludos y los comentarios de rutina, le dije que tenía un buen chisme para ella. Pero claro: antes tenía que ponerla un poco en contexto.

—Tú me conoces como Dani, un chico gay y simpático, ¿verdad? Pero, por ejemplo, ¿nunca te has preguntado por qué no tengo pelos en la cara ni en ninguna parte del cuerpo? ¿O por qué solo me atraen los hombres heterosexuales?

—La verdad es que nunca me lo he planteado, yo es que soy muy simple para algunas cosas, cariño, me tienes que enseñar mundo.

—No te preocupes, que te enseñaré todo el mundo que haga falta. Resulta que…, hace unos meses, bueno, en realidad lo he sabido toda la vida, pero llegué a la conclusión de que… soy una mujer, una mujer trans.

Hice un silencio para darle tiempo a que fuera asimilando cada palabra.

—No me atrevo a dar el paso, pero sí que voy haciendo

pequeñas cosas, ¿sabes? depilarme enterita, y me tomo unas pastillas… Esto tan solo lo saben algunas amigas porque de momento no me veo preparada para exteriorizarlo al mundo, ni siquiera he ido a un doctor. Tengo muchos miedos y hay veces que, pese a tenerlo claro, no sé ni por dónde empezar.

—Me estoy quedando totalmente estupefacta. ¿Puedes repetir?

—Pues espera, que todavía hay más. Tengo en casa una maleta llena de ropa, maquillaje, tacones y pelucas, y de vez en cuando quedo con chicos heterosexuales caracterizada de mujer. Es como si fuera travesti, pero sin serlo, porque yo no juego a ser mujer, sino que yo soy una mujer, ¿me entiendes? Simplemente, la sociedad no me ve todavía como lo que soy y tengo muchos miedos.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes? Entonces, ¿cómo quieres que te llame? ¿Crystal? ¿Rubí? ¿Sherezade? Lo que tú quieras, ¿eh?, que yo soy muy moderna, mi tío el del pueblo es gay y estoy acostumbrada a estas cosas.

—Puedes llamarme Dani, que es el diminutivo de Daniela, mi futuro nombre.

Me cogió de la mano y me miró a los ojos emocionada porque hubiera tenido la confianza de compartir aquello con ella:

—Dani, cuenta con todo mi apoyo. ¿Algo más que deba saber? ¿Debo tomarme una tila para relajarme?

—Todavía hay más, sí… Ahora viene lo jugoso. Resulta que tengo perfil en algunas *apps* de citas como mujer.

Le enseñé mi teléfono móvil, donde ya tenía la aplicación abierta.

—A ver, a ver… Cabrona, ¡estás guapísima! Me los vas a quitar a todos.

—¡Qué va, mujer! Cada una tiene su público. ¿Recuerdas que alguna vez te he mencionado lo muchísimo que me gustaba el de seguridad de abajo? Pues resulta que coincidí con él en una de las aplicaciones e hice *match*, parece ser que mi yo con maquillaje y peluca le gustó… Estuvimos hablando un ratito y, como no quería perder la oportunidad,

enseguida le propuse quedar, le dije si quería venir a mi casa.

—Me estás dejando anonadada. —Y su gesto acompañaba sus palabras.

—Pues… lo más fuerte es que él dijo que sí, que no le importaba que fuera una mujer trans y, total, que se plantó en mi casa. Al principio estaba como muy tímido y yo la verdad es que estaba cagada por si me reconocía, pero a la que nos pusimos a hacerlo, fue pestañear y él ya terminó. Y yo me quedé en plan… ¿en serio? Pero, claro, ¿qué le iba a decir? Él empezó a arrepentirse de lo que había hecho porque ya no estaba en su máximo *calentor* y se fue.

—Si es que perro ladrador poco mordedor, esos son los peores, que van de gallitos y luego no duran ni un asalto. A mí me pasa siempre lo mismo, por eso llega un momento que ni quedo con chicos, porque, hijo, perdón, hija, al final es que no merece le pena, para eso me quedo en casa viendo la telenovela *La despechada*.

Nos reímos juntas.

—Oye, cariño, quiero que sepas que yo te apoyo y te respeto. Si alguna vez me equivoco, me corriges, que ya sabes que tengo la cabeza a veces en las nubes. Para mí ya eres mi mejor amiga de aquí y te quiero mucho.

—Gracias, Esme, ¡yo a ti también!

Me gustaría deciros que después de mi verano trabajando en esos grandes almacenes, Esmeralda y yo continuamos teniendo una gran amistad. Pero no fue así: la vida nos juntó durante tres meses para aprender la una de la otra y, cuando terminé mi etapa allí, simplemente empezamos a perder el contacto. Intercambiamos algún mensaje durante los primeros meses, pero al final las personas tenemos nuestra vida y sin saber bien por qué decidimos descuidar una amistad que podría haber llegado muy lejos. La última vez que intenté contactar con ella, me respondió un hombre diciendo que no era Esmeralda, con lo que deduje que había cambiado su número de teléfono. Es una lástima, pero estas personas muchas veces aparecen como estrellas fugaces en momentos de tu vida en los que las necesitas.

Pues sí, mamá, Esmeralda fue mi fugaz amor de verano. Porque no necesariamente tiene que haber deseo carnal para sentir admiración, respeto y amor por una persona.

17
Mamá, es hora de salir del armario, aunque solo sea sacar una pierna

Tras un verano en Madrid alejada de la monotonía y debo decir que bastante entretenida, tocaba volver a retomar la universidad y, con ello, esas aburridas clases, pero tan divertidas fiestas con mis amigos. En términos generales, diré que fue un año en el que no hubo grandes cambios en mi vida: continué con mis sesiones de depilación láser, quedando con chicos como mujer, e imaginando y deseando ser algún día lo que soy en estos momentos. En definitiva, continué feminizándome en silencio.

Aunque es cierto que ese silencio iba mostrando grietas aquí y allá por las que se colaba el agua en forma de palabras, confesiones y pequeños actos. Cuando yo tuve claro que era y quería ser mujer, después de años y años de intensas sensaciones e intuiciones al respecto, no lo hice público de un día para otro. A medida que iba ganando confianza y seguridad en mí misma, iba confesándoselo a más personas. Tras habérselo dicho a mi círculo más cercano dentro de la uni…, ¿por qué no se debía enterar toda la facultad? Total, si allí se había rodado *Tesis*, de Amenábar, quizá algún día se pueda rodar mi historia. Ese primer día después de las vacaciones, nos reunimos todos unos minutos antes de clase y charlamos por los pasillos.

—¡Qué alegría veros! —dijo Clara entusiasmada de volver a estar allí—. ¿Cómo habéis pasado el verano?

—Bien, en Alicante con mi madre y su nuevo novio. Lo más divertido que he hecho ha sido ir a la isla de Tabarca —respondió Alberta riéndose.

—Yo no he parado de fiesta en fiesta —dijo Elena—,

cada semana era en un pueblo cerca del mío y hemos ido empalmando… Creo que voy a tener resaca durante todo el primer cuatrimestre.

—Yo bien, trabajando como cajera. Ha sido entretenido, la verdad, y me he sacado algo de dinero. Me tiré al de seguridad de la tienda vestida de mujer y él no se dio ni cuenta de que era el *chico gay y amanerado* al que veía todos los días.

Se quedaron mirándome con la boca abierta.

—Un momento —dijo Alberta—. ¿Le has cobrado? ¿Eres puta?

—No, ¡inútil! El dinero lo gané trabajando honradamente, lo otro ha sido puro vicio y diversión.

—¿Y no te reconoció la voz ni nada? Yo estoy flipando. —Clara siempre flipaba.

—Nada de nada, sé caracterizarme muy bien, me he visto todas las temporadas de *RuPaul's Drag Race*.

—Quilla, yo de mayor quiero ser como tú, ole tus cojones, o tus ovarios, o lo que tú quieras tener, pero ole tú —dijo Elena.

—Tampoco fue para tanto, duró muy poco. Necesito una buena fiesta para inaugurar esta temporada.

—Cuenta con ello, yo también necesito ponerme de vuelta y media.

—¿Qué tal si empezamos fuerte este primer jueves universitario? Hay una fiesta en la Boite, en Chueca.

—No, Alberta, queremos sitio de heteras, para poder ligar —se quejó Clara.

—Pero si tú tienes novio, ¡cochina!

—Bueno, pero también se puede tontear un poco sin hacer nada… Además, Daniela y Elena tienen que ligar.

—Yo voto por sitio de heteras —dije—, ju, ju, ju.

—A mí me da igual, cuando me pongo borracha me lío hasta con la farola, así que donde vaya, voy a pillar… Pero venga, va, sitio de heteras por la Daniela.

—Sois unas homófobas, prehistóricas… Hum.

—Deja de quejarte, Alberta. Esto es más importante: he tomado la decisión de salir y disfrutar al cien por cien, y no

terminar la fiesta para irme a casa e intentar ser quien realmente quiero ser quedando con chicos. A partir de ahora, cuando salgamos con gente de la uni o de donde sea, voy a ser Daniela, y me da igual lo que la gente crea, diga o piense. Me da exactamente igual.

—Si es que ya lo decía yo —exclamó Elena—, ole tu coño. Ven aquí, ¡que te como!

—Me parece una decisión muy valiente —estuvo de acuerdo Alberta—, aquí estaremos tus supernenas, por si a alguien se le ocurre decir algo.

—¿Entonces ya vas a gritar a los cuatro vientos que eres trans? —preguntó Clara.

—No necesariamente, yo voy a hacer como si nada, no voy a darle importancia, no tienen por qué preguntar más de la cuenta. ¿O acaso yo les pregunto por qué a veces visten tan horteras?

Nos reímos todos. Realmente todavía no estaba preparada para gritar al mundo que era una mujer trans, pero sí sentía la necesidad de empezar a disfrutar como mujer, de dejarme ver y de observar cómo reaccionaban las personas conmigo. Necesitaba ir soltando amarras, porque el barco hacía años que deseaba partir.

Aquellas primeras veces que salimos con mi yo de mujer fueron mucho más normales de lo que podía llegar a imaginar. Algunos compañeros ni siquiera me reconocían, lo cual lo hacía todo más fácil. Sin embargo, si alguien me preguntaba, era incapaz de ser del todo sincera: camuflé mi transexualidad con una especie de *alter ego* o de juego sexual, y decía cosas como «la vida es un carnaval, disfrútala». Es decir, que me seguía dando miedo responder directamente: «Voy así porque soy una mujer».

Y disfrutaba, vaya si disfrutaba, entre tanto maquillaje y peluca no había noche que no me besara con tres o cuatro, ¿qué le vamos a hacer? Soy de beso fácil, chica. Después llegaba a casa y o bien abría alguna *app* para quedar con alguno o daba mi rutinaria y ya tradicional vuelta a la manzana en busca de marcha. ¿Y era feliz? Pues os diría que sí, que ha sido una etapa más de mi vida de la cual he aprendi-

do cosas y me ha hecho ser quien soy en estos momentos. Fueron mis inicios, descubrirme a mí misma, pero obviamente ahora, con la vida que llevo, muy distinta a la de esos años, me siento mucho más realizada. Digamos que mis inicios como mujer trans significaron una segunda adolescencia, cuando eres una alocada que empieza a experimentar con los chicos (o chicas) y su sexualidad.

Recuerdo, por aquellos tiempos, una ocasión en la que nos mandaron un trabajo grupal que supuso una especie de detonante en mi camino a la transición. Era de temática voluntaria, y Clara, Alberta, Elena y yo nos pusimos de acuerdo para hacerlo juntas, como siempre. Alberta propuso hacerlo sobre la trayectoria cinematográfica de Almodóvar, a lo que todos dijimos que nos parecía muy buena idea. Sin embargo, yo tenía otra idea con la que estaba deseando que estuvieran de acuerdo.

—Me encanta Almodóvar y me parece una muy buena idea. Pero se me ocurre otro también bastante interesante. ¿Qué os parece hacerlo sobre la evolución en España de los derechos de las personas trans?

—Eso tiene pinta de más difícil…

—A mí me da igual uno que otro.

—Está también bien —sentenció Alberta—. Podemos ir a una asociación LGTBIQ+ y entrevistar a una de las personas que trabajen allí para que nos cuente.

—¡Eso es justo lo que yo había pensado! —exclamé contenta—. Luego lo editamos bien y puede quedar un reportaje muy chulo. Si, total, son tres minutos y medio.

Mi grupo era consciente de que ese tema era más aburrido que el que había propuesto Alberta, pero también sabían lo que significaba para mí, que estaba con una pierna dentro del armario y con otra fuera, acudir a asociaciones trans donde pudiera encontrar información acerca de cómo gestionar mi vida. Fue maravilloso contar con su apoyo.

El día de la grabación estaba tremendamente nerviosa. Me encargué de preparar todas las preguntas y no os podéis ni imaginar cuántas eran: no quería desaprovechar la ocasión de poder saber más allá de lo que encontraba en Goo-

gle. Era la primera vez que tenía la oportunidad de hablar con alguien no solo tolerante y empático, sino también con la preparación para hablar de este tema.

La mujer que nos atendió fue muy agradable; no era transexual, pero supo responder a absolutamente todas las preguntas y recuerdo que hizo especial hincapié en la ley que se aprobó en el año 2014, gracias a la cual, como explicaré más adelante, ya no se necesitaba un informe psicológico para poder iniciar el tratamiento hormonal. Por fin se despatologizaba la transexualidad como una enfermedad y simplemente se dejaba como lo que tenía que ser: una identidad de género libre y personal de cada uno, nada de trastornos mentales ni cosas raras que se quieran inventar los cerrados de mente. A partir de 2014, era tan *sencillo* como ir a tu médico de cabecera, decirle que eres transexual y pedirle que te derive a la unidad de género más cercana. Más tarde veréis, sin embargo, que no necesariamente significaba que fuera fácil.

Debo reconocer que a mí se me pusieron los ojos como chiribitas: se me abrió un mundo enorme de posibilidades porque uno de los hándicaps que yo encontraba en mi transición era que sentía que era demasiado tarde para mí, ya con veintidós años y encima teniendo que pasar por un tribunal de psicólogos para que me valoraran sin conocerme absolutamente de nada y me hicieran preguntas como «cuando eras un niño, ¿jugabas con muñecas o al balón?».

«Pues mire, señor o señora, yo leía un libro. Entonces, ¿qué soy según su croquis?»

Saber que ese tribunal había quedado fuera de juego, sin embargo, lo cambiaba todo. Esto no se trata de ir descartando preguntas y respuestas basándose en un cuestionario que, con todos mis respetos, carecía de profesionalidad. Se trata de cómo se siente una persona: nadie mejor que uno mismo sabe lo que le gusta o lo que quiere ser. ¿Os habéis preguntado cómo se sentiría un hetero si de repente viniera un psicólogo y le cuestionara su orientación sexual o identidad de género? Pondría el grito en el cielo, como es lógico, porque, insisto, nadie tiene el derecho de cuestionar a otra

persona, sus emociones, sensaciones, gustos… En definitiva, su experiencia.

Y qué otra cosa somos las personas, sino animales capaces de abstraerse y entender la vida y la existencia desde nuestras emociones. Desde el alma.

18
Mamá, tuve mucho miedo porque no quería haceros sufrir

Cuando salí de aquella asociación LGTBIQ+, lo hice convencida de que quería empezar mi tratamiento hormonal cuanto antes. Había llegado el momento de hacerlo, había llegado *mi* momento, por fin. Incluso llegué a verbalizarlo con mis amigos.

Sin embargo, una vez más, el miedo me pudo. Había pedido cita con mi médico de cabecera, pero pocos días antes la cancelé. Supongo que os preguntaréis que a qué, quién o por qué tenía esos miedos, y lo cierto es que me encantaría poder daros una respuesta clara, pero ni yo misma lo sé. En realidad, eran muchas cosas. Recuerdo que tenía miedo de que el resultado final de toda mi transición física no me gustara y que ni siquiera yo me aceptara a mí misma, de que la sociedad no me aceptara y no pudiera encontrar trabajo, o de sentirme muy juzgada u observada cuando hacía mi vida cotidiana; también pensaba en que encontrar el amor siendo chica trans sería algo difícil, ya que estaba convencida, quizá por las experiencias que había tenido, de que la mayoría de los hombres solo me iban a querer para el morbo sexual… Pero, sin duda, lo que más pánico me daba era causarles daño a mis padres.

No tenía miedo de decirles que era una mujer trans, porque los conocía y sabía que eran personas abiertas de mente y tolerantes, y que lo iban a entender, pero era consciente de que mi proceso les iba a repercutir y a afectar a ellos también de manera directa, porque son mis padres y soy su hija. Pensar que les iba a causar sufrimiento o que ellos iban a estar preocupados por mí y dejarían de ser felices

por mi culpa era algo que me atormentaba, y si algo iba mal no iba a poder perdonármelo nunca porque ellos habían dado todo lo bueno por mí, y yo, en lugar de devolverles lo mismo, les enmaromaba con una hija transexual y todo lo que ello conlleva.

Qué equivocada estaba… y cuántas inseguridades tenía, inseguridades que no me permitieron ver que delante de mí tenía una familia que me iba a querer, apoyar y respetar en todo momento. Y eso es en parte por lo que hoy puedo decir que soy una mujer trans, trans y feliz, muy feliz, porque en los momentos más complicados ellos han estado ahí demostrándome que no hay prejuicio alguno, etiquetas o estereotipos, y que el amor de unos padres puede llegar a ser casi sobrenatural.

A veces me pregunto qué hubiera sido de mi vida si ellos no me hubieran apoyado. Supongo que, como otros miles de chicas y chicos trans que no han corrido la misma suerte que yo y han sufrido el rechazo familiar, no habría podido estudiar en la universidad, quizá habría tenido trabajos precarios, no habría podido realizarme cirugías y muy probablemente tendría que haber recurrido a la prostitución, porque cuando lo primero es sobrevivir, ya te da igual todo. El porcentaje de personas trans en la prostitución es altísimo. El porcentaje de suicidios, desgraciadamente, también lo es. No sabéis lo importante que es que un hijo o hija se sienta respaldado por su familia cuando es trans, homosexual, bisexual, no binario o cualquier otra orientación sexual o identidad de género que se salga de lo preestablecido por la sociedad.

Mil gracias a quienes estáis ahí. A quienes apoyáis incondicionalmente. A quienes seguís amando. A quienes amparáis. A quienes participáis en que esta sociedad, cada día, sea un poquito mejor.

19
Mamá, estuve tan cerca, pero tan lejos

Aquel año sufrí constantes crisis de identidad de género, cada semana era una nueva. Lloraba, me sentía mal conmigo misma y después me autoconvencía de que no, que yo no podía ser una mujer y ya está. Que como mucho podría jugar a ser mujer maquillándome y vistiéndome como tal y ligando con chicos *random*. Estuve tan tan cerca de tomar mi camino a la felicidad que acabé retrocediendo y volviendo al inicio, a aquel punto donde no me encontraba y sentía vergüenza de lo que era. Lo rocé con los dedos y lo dejé marchar.

Sin embargo, es una etapa en la que no solo me lamenté, sino que también aprendí. Aprendí, por ejemplo, que hay que ser más valientes, porque vida solo hay una y es muy corta; aprendí que conocerse y aceptarse a uno mismo es fundamental para poder seguir avanzando, y aprendí también que la sociedad es muy hipócrita. ¿Por qué? Os cuento. Al margen de mis bajadas y subidas emocionales, yo continuaba picoteando con los chicos como si nada pasara: de hecho, que ellos me vieran y trataran como a una mujer de algún modo me servía para coger oxígeno y no sentirme tan frustrada, aunque fuera consciente de que solo eran momentos puntuales y que ellos iban a lo que iban. Entre tanta cita fui formando el perfil de hombre que me gustaba y, por suerte o por desgracia, me gustaban los cayetanos (todo el mundo sabe de qué hablo, ¿no?, no hace falta explicarlo).* Siempre digo que mi futuro marido será un cayetano de izquierdas: eso es compatible, ¿no?

Madrid está lleno de cayetanitos, de esos chicos con pelazo que se les ve en la cara que son pijos de cuna, de los de verdad, y a mí me fascinan: odio y detesto las corridas de

toros, pero estoy enamorada de los chicos que allí acuden. Sí, sé que suena contradictorio, pero es una realidad con la que convivo.

No diré nombres ni apellidos, pero os puedo asegurar que algunos son solo fachada, y que el vicio y el morbo sexual no entiende ni de partidos políticos, ni de tribus urbanas ni de economía. Toreros, deportistas de élite, conocidos políticos, gente farandulera de la noche y un largo etcétera de hipócritas que por la mañana critican al colectivo LGTBIQ+ y por la noche se atragantan comiendo nepe. Perdonad la vulgaridad, pero ha sido, es y será así. Y por supuesto todo con rigurosa discreción y secretismo, no vaya a ser que se enteren sus compis de trabajo, amigos, novia o mujer.

Aún recuerdo cuando, teniendo relaciones íntimas con un amigo con el que quedaba habitualmente, un prestigioso abogado, por cierto, se le rompió el frenillo; sí, lo sé, suena —y de hecho es— muy desagradable. Lo mejor de todo es que él tenía novia, una típica pija de «ave María Purísima» y, claro, se iba a acabar enterando de que a su novio se le había roto el frenillo. ¿Qué pasó? Que el chico, con toda su cara, le dijo que se había dado un golpe y ella se lo creyó. ¡Ay! Unos tan hipócritas y otros tan ingenuos. Si es que ya me lo decían mis padres: en la vida hay que tener un poquito de picardía, porque si no, te toman el pelo.

De entre todos los hombres que se cruzaron en mi vida durante esos años, hubo uno que tiempo más tarde se convertiría en alguien muy especial para mí, ya entenderéis por qué; era un chico un año mayor que yo, tenista profesional y bastante conocido dentro de ese mundo, hasta yo misma me quedé sorprendida cuando vi sus fotos en una aplicación de citas. Lo primero que pensé fue que era un perfil *fake* y que detrás de él se encontraría un hombre con gafas de culo de vaso tomándome el pelo. Pero, atraída por su belleza, decidí hablar con él, arriesgándome a perder mi tiempo; cuál fue mi sorpresa cuando a los pocos minutos decidió darme su número de teléfono e hicimos una videollamada y, no me lo podía creer, era él y era todavía más guapo y

atractivo que en fotos. Ojos verdes y una cara supermasculina. Parece que le pillé en un día con ganas de marcha y no se lo pensó ni dos veces cuando le invité a mi casa para tomarnos algo. Cuando le vi entrar por la puerta, se me quitó el hipo.

—Hola, guau, eres superalto.

—Hola, sí, eso me dicen, mido 188 centímetros.

—Me encantan los chicos así de altos. ¿Te apetece una copa de vino?

La rechazó amablemente con un gesto de la mano.

—Estoy en época de entrenamientos porque se acercan las competiciones, prefiero no tomar alcohol.

—Entonces solo puedo ofrecerte agua o zumo, aunque eso tiene muchos azúcares.

—Un vaso de agua está bien, gracias.

Fui directa al grano:

—Entonces, ¿nunca has tenido experiencias con mujeres trans?

—No, la verdad es que no, pero bueno… Para mí eres una mujer. Una mujer con pene… Eres muy guapa.

—Gracias, llevo poquito con mi transición, pero ya de por sí era muy femenina antes, lo cual facilita todo un poco más.

—Entiendo. ¿Y el pelo tan largo es tuyo?

—No, ojalá. Me encantaría tenerlo así de largo, pero de momento me debo conformar con usar una peluca. Aunque es de buena calidad, eso sí.

—Bueno, todo acaba llegando. Paciencia y ya está. Entonces tampoco tienes pecho ni nada, ¿no?

—No, nada. Ya te digo que llevo muy poquito y casi no se ha desarrollado el pecho. Pero en un futuro me quiero operar de todo, de lo de abajo también.

—Eso te iba a decir, no me importa que seas trans, pero me da un poco de cosa verte lo de abajo, prefiero hacer como si no estuviera.

—Sí, tranquilo, yo también lo prefiero. De hecho, es como más cómoda me siento, obviando ese colgajo de mi cuerpo…

—Parece entonces que nos entendemos.

—Eso parece.

Y no había más que decir. Nos besamos apasionadamente y poco después tuvimos una relación muy fogosa que todavía recuerdo como si solo hubieran pasado cinco minutos. Fue probablemente una de mis mejores experiencias en todos los aspectos, besaba más que bien, derrochaba testosterona por cada uno de sus poros, el tamaño de su nepe era perfecto y, pese a que no duró demasiado, me quedé más que satisfecha.

Después, y tal y como yo sospechaba, le vino el bajón. Claro, tras haber descargado, te acuerdas de otras personas, ¿no? En cualquier caso, yo ya estaba acostumbrada. Cuando vienen calientes, se atreven con todo.

—La verdad es que ha estado muy bien. He terminado pronto porque estaba muy excitado, lo siento.

—No te disculpes, me ha encantado. De verdad, he disfrutado mucho.

—Yo no suelo hacer esto…

—¡Pero si estás en una *app* de citas! —exclamé incrédula.

—Sí, lo sé. Pero de hecho ya me la he borrado, me la descargué porque hoy estaba demasiado tontorrón y quería curiosear.

—Pues ya sabes que la curiosidad mató al gato, así que ándate con ojo.

—Sí, lo sé. A ver, es que yo tengo novia y estamos muy bien juntos, simplemente es que hoy me apetecía algo nuevo y diferente. No te lo tomes mal.

—No, tranquilo. No eres el primer hombre con novia con el que estoy, por lo visto la infidelidad está al orden del día. Y no te juzgaré por ello, solo me basaré en cómo te comportes tú conmigo.

—Gracias por ser una tía tan comprensiva, de verdad.

—No tienes por qué darme las gracias.

—También me gustaría pedirte discreción. Sé que no vas a decir nada —ups—, pero me quedo más tranquilo si lo apalabramos, ya que soy bastante conocido en el mundo del

tenis.

—Deja de preocuparte. No soy la típica trepa que busca fama a costa de hombres ni nada parecido. Tengo claro qué es lo que quiero en mi vida, esto lo he hecho porque me apetecía, lo mismo que a ti, simplemente pasarlo bien y ya está.

—Me quedo más tranquilo. Me inspiras confianza, la verdad. Ahora debo marcharme, pero vamos hablando, ¿OK? Si no te importa, mejor espera a que te hable yo, por si estoy con mi novia.

—OK, descuida, no te generaré ninguna discusión con tu novia. Ha sido un placer, adiós.

—Adiós, guapa.

En cuanto se marchó, empecé a sentir muchas y muy diferentes emociones; por un lado, no podía poner en duda que había disfrutado con un chico que físicamente era un diez, y además mientras hablaba con él sentía que había algo más, que es cierto que tenía ese punto de vicio, pero había algo interesante dentro de él que me llamaba mucho la atención. Había sentido por primera vez en mi vida que un chico me veía y trataba como una mujer y no como una mujer trans con la que experimentar.

Pero, claro, bien es cierto que cuando terminó se mantuvo un poco más distante, supongo que porque había sido su primera vez con alguien como yo y porque tenía novia. Lo puedo llegar a entender, pero ello no quita que, de algún modo, yo me sintiera utilizada. Tampoco sabía si le iba a volver a ver en algún momento de mi vida.

No lo sabía en aquel momento. Porque la cosa siguió. Mantuvimos —y mantenemos— el contacto, y seguimos viéndonos a menudo, además cada vez de una forma más especial. Estemos donde estemos, y con quien estemos, seguimos conectados.

20
Mamá, que ahora me rodeo de *celebrities*

Madrid no iba a suponer solo mi transición y el experimentar con chicos. Al margen de mis desajustes emocionales por no aceptarme a mí misma y llevar una transición casi en secreto, siempre tuve claro que jamás dejaría de lado mis aspiraciones laborales. Durante mi vida he encontrado a muchas mujeres trans cuyo único objetivo es tener el pelo largo y estar operadas de todo, y eso está genial y lo comprendo, porque se nos niega quiénes somos durante tantos años que llega un momento en el que alcanzar ese ideal lo es todo, pero nunca hay que dejar de lado el resto de los apartados de nuestras vidas. No solo transicionamos a nivel físico, sino emocional también.

Uno de mis objetivos desde que tengo uso de razón era trabajar en algo donde estuviera rodeada de cámaras, focos y camerinos, y pese a que aún quedaba un tiempo para que eso llegara (porque llegó), poco a poco fui abriendo el camino para alcanzar ese ansiado destino. Es cierto que siempre he tenido afán de protagonismo y he querido verme delante de una cámara, pero consciente de que no se puede empezar la casa por el tejado, decidí clicar en una oferta de trabajo como becaria para un importante medio, no decían el nombre. ¿Cuál fue mi sorpresa? Que, al llegar a la redacción para hacer la entrevista, se trataba de uno de mis magazines preferidos, la ya fallecida revista *Cuore* (y digo *fallecida* porque yo trabajé en la versión física que, lamentablemente, ya no está, ahora mantienen la versión digital, que sigue siendo muy *cool*).

La entrevista fue de maravilla, coser y cantar. Tan solo tuve que decir que me gustaba el corazón nacional tipo *Sálvame* y el internacional a lo Kim Kardashian; además, añadí

que era fan de *RuPaul's Drag Race*, y la redactora jefa, que también lo era, no se lo pensó ni dos veces, me dijo: «Te tenemos, empiezas el lunes».

La verdad, y no me gustaría sonar a flipada, es que siempre me ha ido de maravilla en el aspecto laboral. No sé si es por el aura de positividad que desprendo o por el carisma, pero siempre he tenido suerte, y espero que así siga siendo (cruzaré los dedos). ¿Un consejo? En el mundo laboral (y en el mundo en general) intentad ser personas abiertas, no tengáis miedo, no os cortéis. Y sed naturales. Las personas que trabajen con vosotros sentirán mucha más confianza, y no tardaréis mil años en escribir un correo o hacer una llamada, ni dejaréis pasar una oportunidad. Y por supuesto, si creéis que merecéis un aumento de sueldo, también os será mucho más fácil pedirlo que si andáis cortados y pensando que no valéis lo suficiente o no hacéis bien vuestro trabajo. *Spoiler alert*: nadie tiene ni idea de casi nada. Cada uno lo hace lo mejor que puede. Y, en cierto modo, hay que aparentar, porque si no a una se la comen.

En la revista *Cuore* estuve exactamente un año trabajando, cobrando casi nada, todo quede dicho, pero fue uno de los sitios donde más aprendí, quizá porque fue el primero realmente relacionado con lo mío y lo cogí con muchas ganas. Además de escribir los temidos «Aargs!», donde poníamos a caer de un burro a todos los famosos que se nos viniera en gana, tenía la faceta de reportera dicharachera, iba todas las semanas a diferentes eventos donde hacía preguntas incómodas a los famosos y ellos se quedaban mirándome con cara de «¿eres chico o chica?». Pero me daba igual, hacía lo que hiciera falta para que mis entrevistas salieran en portada y tener contentos a mis jefes.

Allí, al principio, empecé de manera muy discreta, pero a los pocos meses todos sabían de la existencia de mi hermana gemela, Daniela. Algunos pensaban que era un simple juego y otros sabían que detrás había algo más, solo que no se atrevían a preguntar; supongo que esperaban a que diera yo el paso.

Curiosamente, al lado de la redacción estaba el Hospital

Ramón y Cajal, o lo que es lo mismo, el hospital donde estaba la Unidad de Género de Madrid y el mismo donde yo había pedido cita y la había cancelado por mis miedos. Todas las mañanas pasaba por allí montada en el autobús y siempre me asaltaba la misma duda mirando el edificio por la ventana: ¿pasaría algún día por esas puertas y saldría con una receta de mi tratamiento hormonal? ¿Cuándo llegaría ese día? Y aunque todavía no sabía darme respuesta a mí misma, la fecha estaba más cerca de lo que yo pensaba.

21
Mamá, ha llegado el momento de ser más valiente que nunca

Estaba finalizando mi etapa como becaria en la revista *Cuore*, recuerdo que era una mañana de junio y hacía calor. Me desperté triste porque seguía sin encontrarme a mí misma y me faltaba el empujón para poder ser quien soy: es decir, lo mismo de siempre, pero había mañanas en las que me afectaba más que otras. La noche anterior no había dormido prácticamente nada pensando en qué sería de mi vida si nunca llegaba a ser lo suficientemente valiente como para realizar el cambio; pensando en lo infeliz que iba a ser el resto de mi vida. Me subí al autobús como cualquier día. Solía sentarme en los asientos traseros porque el aire acondicionado estaba más fuerte. A mi lado había una mujer latina de más o menos la edad de mi madre. Me miró, la miré y pensé: «Ojalá pudiera ser yo quien eres tú, sin dar explicaciones a nadie, ojalá cerrara los ojos y al abrirlos me viera como la mujer que quiero ser, ojalá me fuera a cualquier parte del mundo sin decir nada a nadie para hacer mi transición y que nadie se enterara».

Y en esas estaba cuando llegamos a la altura del hospital. Mirándolo desde el otro lado del cristal, de pronto, lo tuve claro: «Ya no puedo más, ha llegado mi momento». Fue como si alguien (o algo) me hubiera dado una bofetada para que espabilara y dejara de perder el tiempo, y desde luego surtió efecto. No significaba que de pronto el miedo hubiera desaparecido, pero el diálogo interno había cambiado. «Nada de lo que pueda pasar es peor que vivir en un cuerpo que no te pertenece y no ser nunca feliz.»

Nada más llegar a la redacción, decidí contárselo a una

compañera con la que tenía especial relación.

—¡Buenos días!

—Buenos días —me dijo Gema—. ¿Qué tal has descansado?

—Bien, ¿y tú? ¿Puedes venir un segundo a las escaleritas? Quiero comentarte algo.

Las escaleritas eran el sitio al que acudías cuando querías contar algún secreto, criticar a un compañero o simplemente desahogarte. Y eso hice: necesitaba vomitar que por fin había tomado la decisión definitiva que cambiaría mi vida por completo.

—Cuéntame, ¿has tenido algún problema con algo?

—No, no, nada que ver, de hecho, es una buena noticia y quiero que seas la primera persona de aquí que lo sepa por mí. Pues… que he dado el paso, Gema, que voy a hacerlo, que no aguanto más y que quiero ser mujer siempre y no solo cuando salga de fiesta. Llevo mucho tiempo queriendo atreverme, por fin, pero nunca me decidía, por miedo, y hoy, de repente, he dicho que basta ya y que ha llegado mi momento.

Gema no pudo articular palabra y automáticamente me dio un fuerte abrazo de varios minutos en los que no pudo evitar emocionarse.

—Yo lo sabía, sabía que antes o después ibas a hacerlo. Nunca me atrevía a preguntarte ni hablar de ello porque creo que es una decisión muy personal, pero yo lo sabía, y no te imaginas lo feliz que me hace que te hayas encontrado, por fin.

—Muchas gracias. Ahora de pronto no puedo esperar un segundo más para ir al médico.

—Ya imagino. Estoy para lo que necesites.

—Gracias. No se lo digas a nadie todavía, ¿de acuerdo?

—Claro.

Es cierto que el paso más importante, que era el de tomar la decisión de querer hacerlo, ya lo había dado, pero todavía era reacia a gritarlo a los cuatro vientos y prefería darme tiempo. En esos momentos, pese a que me inflé de valentía, por dentro me comían las inseguridades y los mie-

dos, porque era consciente de que mi futuro estaba nublado, no sabía bien qué me estaba esperando a la vuelta de la esquina.

Desafortunadamente todo se iba a demorar más de lo que me hubiera gustado; una vez que lo tienes claro, lo único que deseas es inflarte a pastillas hormonales para que te vayan cambiando, pero detrás del uno va el dos, y así sucesivamente. No se puede saltar y la paciencia en estos casos es indispensable.

Si de algo me siento orgullosa es de que en España las personas trans tenemos nuestro hueco en la Seguridad Social y todo está regularizado con endocrinos y recetas. No es para nada igual en otros países, donde el proceso nunca se lleva a cabo o es clandestino, con los riesgos que eso implica. En muchísimos países es directamente un delito penado con la cárcel.

Pero pese a estar orgullosa de mi país en ese sentido, también hay una parte no tan bonita de todo esto, y es que son muy muy pero que muy lentos, ya que hay una única Unidad de Género por cada comunidad autónoma y a veces ni eso, lo que conlleva una saturación de la unidad y provoca que un proceso tan sencillo y que debería ser rápido se demore durante largos meses.

Ese mismo día, llena de ilusión, pedí cita con mi médico de cabecera para que fuera él quien me derivara a dicha Unidad de Género, ya que ese era el protocolo. A los dos días había un hueco libre y no dudé en cogerlo, aunque tuviera que llegar tarde a la revista. ¿Cuál fue mi sorpresa? Que mi médico fue menos empático de lo que yo esperaba; es más, se podría decir que era un auténtico troglodita recién salido de la prehistoria.

—Buenos días.

—Hola, ¿qué le sucede?

—Bueno, verá, me encuentro bien. Lo único es… que soy una mujer trans, y me gustaría empezar el tratamiento hormonal.

Me miró con cara de pocos amigos.

—Pero ¿usted sabe dónde se está metiendo?

—Sí, me he informado mucho y llevo años meditando esta decisión, ha llegado el momento.

—El tratamiento hormonal es una auténtica bomba de relojería para el organismo, ni se imagina la cantidad de riesgos que conlleva.

Ya lo sabía, pero que se lo digan a una con esa seguridad descoloca mucho.

—Vaya…

—Usted podrá realizarse cuantas cirugías quiera, pero recuerde que envejecerá como un hombre y que en su cerebro será siempre un hombre.

—Vale, entiendo —le di la razón. No merecía la pena hacerle entender que en mi cerebro llevaba siendo una mujer desde el vientre materno—. Pero usted puede y debe derivarme a la Unidad de Género del Ramón y Cajal, ¿no?

—Sí, pero bueno, esto es como el aborto, es legal, pero ¿hasta qué punto es ético y yo debería facilitarle a usted el proceso?

—¿Le importaría derivarme a la Unidad de Género?

—¿Ha pensado en recibir tratamiento psiquiátrico?

—Insisto, ¿puede derivarme a la Unidad de Género?

—Como quiera, pero recuerde lo dicho. Esto es una cuestión de cromosomas y usted morirá como nació, con el género masculino.

—Mire, ya está bien, deme el volante y se acabó.

—Aquí lo tiene, yo solo le advierto de los riesgos.

—Gracias y adiós.

Me levanté de allí, en apariencia llena de rabia, pero la verdad es que estaba triste y apesadumbrada. Se suponía que debía haber salido de mi centro médico con una sonrisa de oreja a oreja porque estaba a un paso menos de empezar mi proceso, y aunque estaba contenta por ello, acababa de vivir mi primera experiencia tránsfoba. Con buen pie empezaba, ¿no? No entendía cómo un profesional sanitario (muy probablemente católico y de derechas, perdonadme si solo es un prejuicio) había intentado convencerme de que no lo hiciera, ¡sin conocerme de nada! Hasta me había propuesto ir a un psiquiatra. Su prepotencia y su convencimiento de

que su opinión era la válida lo hacían creer que tras treinta segundos conmigo estaba capacitado para ofrecerme una alternativa que podía cambiar el rumbo de mi vida por completo. Su prepotencia por encima del conocimiento de veinticinco años conviviendo conmigo misma, con mis pensamientos, con mis emociones. En mucha estima debía de tenerse a sí mismo el maldito troglodita.

Miren, señores, yo ni estaba ni estoy loca: solo quería ser quien soy en estos momentos y me siento muy orgullosa. Menos mal que se aprobó la autodeterminación de género, porque gracias a ello muchas personas podemos ser felices, y si llega a ser por médicos como el que a mí me tocó, estaríamos apartadas de la sociedad en un centro psiquiátrico, cuando son ellos quienes deberían estar allí.

Había dado uno de los pasos más importantes de mi vida y ya no había nada ni nadie que me hiciera cambiar de opinión ahora. Atrás quedaban esos miedos y arrepentimientos que tanto tiempo me hicieron perder; dentro de mí reinaba la ilusión y las ganas por lo que estaba por venir. Bueno, quizá algo de miedo y vértigo también había, no os voy a engañar, pero os prometo que en muchísima menos cantidad que los meses anteriores.

Quiero que sepáis que la experiencia posterior fue muchísimo más amable. En el Ramón y Cajal, en la Unidad de Género, me atendió un doctor que lleva allí muchos años y tiene muchísima experiencia. Fue muy amable conmigo. Algunas personas piensan que es un hombre algo directo o falto de tacto, pero yo creo que es porque vamos allí con los sentimientos a flor de piel: a mí me trató con respeto y agradecí muchísimo sus palabras y su atención conmigo. Afortunadamente, cuando yo acudí a la Unidad de Género, la autodeterminación ya era una realidad en España, por lo que no tuve que rellenar uno de esos ridículos cuestionarios que se hacían antes. Sí que hubo algunas preguntas que todos sabemos que no se harían a una persona cishetero, pero no me incomoda en absoluto que se recaben algunos datos personales teniendo en cuenta el proceso por el que vamos a pasar quienes allí acudimos.

Y hablando de la ley de autodeterminación de género que tantas ampollas está despertando ahora, me gustaría aprovechar para decir que hace una década que es una realidad en España y no ha pasado nada: la única diferencia es que ahora quiere permitirse a partir de los dieciséis años (antes era a partir de los dieciocho). No voy a meterme mucho porque este libro no es un manual sobre feminismo ni pretende salvar el mundo, pero que una persona determine su género por sí misma (¿quién si no habría de determinarlo?) no borra a nadie, ni quita derechos a nadie, ni debería molestar a nadie: por el contrario, salva vidas. Como la mía. Como las de los miles de personas que se han beneficiado. Las personas trans no estamos confundidas, ni perdidas, ni convencidas por agentes externos: sabemos perfectamente quiénes somos casi desde que nacemos. Primero, percibimos el malestar de que no estamos donde debemos estar y después ese malestar se va definiendo con muchísima claridad. Aunque se eche cemento sobre la hierba, esta abre grietas y sigue encontrando el camino para salir, y, al cabo de las décadas, la vida se abre paso por encima de ese cemento. Las mujeres trans somos mujeres, seamos como seamos: más o menos hormonadas, con más o menos *cispassing*, operadas o no. No somos una amenaza para nadie; si acaso, la amenaza la sufrimos nosotras cuando se nos excluye. El feminismo debe ampararnos a todas. Juntas, todas, somos mucho más fuertes. Y hasta aquí mi aportación al respecto.

Tras la visita a la Unidad de Género, donde se me mandó a hacer análisis y después se organizó una visita con el endocrino, solo quedaba algo que también era muy importante; decírselo a mis padres. Solo quedaban dos meses y medio para que empezara mi nueva vida (para que empezara a tomar las pastillas). Pero decírselo a mis padres… era tarea difícil, embarazosa, violenta y dramática cuando menos, no sabía ni por dónde empezar, porque jamás les había comentado nada, cada uno de mis movimientos y dudas habían sido a sus espaldas. Decidí apurar hasta el último momento para contárselo, ya que siendo mayor de edad no necesitaba su autorización.

¿Que por qué esperar? Porque era una miedica, no hay más explicación que esa.

22
Mamá, todo va cogiendo forma

Mientras mi vida personal parecía que por fin iba cogiendo el camino correcto, también lo hacía la profesional. Casi cuando estaba finalizando mi maravillosa etapa en la revista *Cuore*, de repente, una mañana en la redacción, me llegó una llamada inesperada que cambiaría mi destino.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, pregunto por Daniel.

—Sí, soy yo.

—Ah, disculpa.

Estaba claro que la persona que me había llamado no se esperaba que esa femenina voz correspondiera a Daniel y estaba tan sorprendida como yo cuando me dijo quién era ella.

—Nada, no te preocupes.

—Mi nombre es Ana, te llamo de La Fábrica de la Tele, hemos recibido tu currículum y nos gustaría hacerte una entrevista, dado que tenemos una vacante.

Me quedé completamente petrificada. No entendía por qué me habían llamado de la productora de uno de mis programas preferidos si yo no había movido ficha y no había entregado mi currículum a nadie.

—Ah, claro. Sí, me interesa, por supuesto que me interesa.

—Genial. ¿Qué tal te vendría pasarte por la redacción este mismo jueves y así conoces a los directores? Ellos te contarán acerca de la vacante y te explicarán cuáles son las funciones del puesto de trabajo.

—Sí, sin problemas. ¿A qué hora sería?

—Pues tienen otras entrevistas, pero veo que a las tres y media hay un hueco, ¿podrías?

—Sí, podría sin problemas.

—Estamos en Mediaset, cuando estés en recepción pregunta por mí y bajaré a buscarte.

—De acuerdo. Por cierto, una pregunta, ¿cuándo habéis recibido mi currículum?

—No te sabría decir, los acumulamos todos en una base de datos, pero no añadimos la fecha de entrada. Puedo preguntar si quieres.

—No, así está bien, era una simple curiosidad, nos vemos el jueves. Muchas gracias.

No me lo podía creer. Si yo no había enviado mi currículum a nadie, ¿quién lo habría hecho por mí? ¿Tendría un ángel de la guarda? ¡Nada más y nada menos que Mediaset, cuna de los programas con más salseo por excelencia! Al final llegué a la conclusión de que lo importante era que me habían llamado, sin importar cómo hubiera sucedido.

Estaba muy nerviosa por hacer la entrevista y para colmo no sabía a lo que iba. Me sentía como si estuviera yendo a una cita a ciegas, ya que no sabía para qué programa me estaba postulando o si era para un nuevo formato que se estaba gestando. Lo que sí sabía era que estaba feliz porque, para mí, entrar en esa productora era como entrar en la Universidad de Harvard (salvando las distancias), un auténtico lujo, prestigio.

Las instalaciones de Mediaset impresionan menos de lo que muchos esperan. Es como una especie de polígono industrial muy pegado a la carretera. Eso sí, el control de seguridad no tiene nada que envidiar al de los aeropuertos de Estados Unidos, todo sea por la salud de los vips. Cuando entré allí, sentía que no era la primera vez que lo había visto, y es que desde que *Sálvame* puso de moda enseñar la trastienda de los programas, todos somos un poco trabajadores de Telecinco y nos conocemos sus pasillos como si fueran los de nuestra casa.

Al llegar allí y después de que uno de seguridad —que estaba bastante cañón— me cacheara, hice lo que me habían indicado: preguntar por Ana y esperar como una niña buena y con cara no haber roto un plato hasta que ella lle-

gara.

—Hola, Daniel, ¿pasas conmigo?

—Hola, sí, claro.

—¿Qué tal estás? ¿Eres de Madrid?

—Bien, con algo de nervios, pero feliz de tener al menos la oportunidad de que me conozcáis. Y no, no soy de aquí, soy de Valencia, vine a estudiar la carrera aquí y a perseguir mi sueño.

—¿Y cuál es tu sueño?

—Tengo varios, pero uno de mis sueños profesionales es estar donde estamos tú y yo ahora mismo, así que creo que voy por el camino correcto.

—Desde luego. La televisión es un mundo muy loco, divertido y lleno de fantasía; también tiene sus sombras, a veces puedes cruzarte con personas envidiosas, a las que no les importa nada más que ellas mismas. Tienes que saber elegir y sobre todo ser buena persona, aunque creo que tú lo eres, el aura que reflejas es positiva.

—Gracias, por lo menos creo que intento serlo.

—¿Llevas las uñas pintadas de blanco? Parece típex, ¡me encanta! —soltó una sonora carcajada—. Y a los directores les va a encantar todavía más. Es como vivir en Berlín, cuanto más diferente seas, más les gusta tu perfil. Aquí prima lo extravagante y sobre todo que seas tú mismo, sin importar lo que digan los demás de ti.

—Vaya…, interesante. ¿Para qué programa es la entrevista?

—Ah, ¿no te lo dije? Oh, Dios mío, qué cabeza. Es para *Sálvame Deluxe*, hay un puesto de becario libre, no pagan mucho, pero al menos metes la cabeza y nunca se sabe en esta profesión.

—Bueno, menos es nada. Ahora solo queda pasar el filtro y que les guste mi perfil.

—Seguro que sí, recuerda: simplemente, sé tú mismo.

—Gracias. Por cierto, puedes llamarme Dani.

—¡Suerte, Dani!

Ana trabajaba para la parte de producción del programa y es casi tan alocada como yo, pude sentirlo en tan solo cin-

co minutos de conversación. Hablar con ella antes de hacer la entrevista con los peces gordos me relajó muchísimo, pero no podía bajar la guardia, debía estar atenta a las preguntas y tener en cuenta la comunicación no verbal. Sabía que esa gente se fija mucho en los pequeños detalles y saca oro de un grano de arroz.

—Buenas tardes.

—Hola, pasa —dijo una mujer.

—Hola, buenas. Yo soy Miquel, y ella, Patricia. Daniel, ¿no? —Asentí con una sonrisa—. Entonces, ¿vienes de la revista *Cuore*?

—Sí, llevo un…

—¿Has hecho entrevistas? ¿Has salido a la calle? ¿Has hecho *photocalls*?

—Sí, sí y sí. Sí a todo. Llevo cerca de un año, y he aprendido muchísimo. Y pese a que estoy muy bien allí, la televisión siempre me ha gustado desde que tengo uso de razón. Es mi sueño trabaj…

—Cariño, sueños tenemos todos. Enséñame algunas de tus entrevistas.

Saqué un ejemplar de la *Cuore* que me había llevado.

—Mira, esta la hice la semana pasada. A Paula Echevarría, en un *photocall*.

—El titular no me dice nada, tiene que ser más llamativo. ¿Qué opinas, Patri?

—Es mejorable, sí. Aquí se trabaja de miércoles a sábado hasta que se termine el programa a las dos y media de la mañana. Así que tendrás que sacrificar fiestas y eventos.

—No hay problema.

—Es una beca —insistió ella, casi como si quisiera hacerme cambiar de opinión— y el salario no llega a quinientos euros por cuarenta horas a la semana.

—Claro —comentó Miguel—, no puedes empezar cobrando lo que un redactor normal por muchas entrevistas que hayas hecho y por mucha *Cuore*… Esto es televisión y es muy diferente.

—De acuerdo, estoy aquí para aprender. Me han dado la beca de la universidad, y entre una cosa y otra puedo apa-

ñarme.

—Espera, que tengo una llamada —respondió allí mismo, sin levantarse de la silla. Empezó a negar enérgicamente con la cabeza, enfadado, a lo que le estaban diciendo por el teléfono—. Que no, que necesitamos que Bárbara Rey se siente este sábado y nos cuente todo lo que pasó con el rey emérito, me dan igual los nuevos abdominales de Leticia Sabater, quiero a Bárbara Rey en plató, subidle el caché o lo que haga falta, y si viene el CNI a por nosotros, pues que venga, le esperaremos con la verdad y las pruebas por delante.

Patri se inclinó hacia mí y dijo en bajito:

—Esto es la televisión, tensión hasta el último momento, secretos y falsas apariencias.

Miquel había terminado su llamada. Me miró, y sin darle más vueltas, dijo:

—Sería para empezar el próximo miércoles. ¿Te interesa?

—¡Sí! Claro, por supuesto. Pero ¿ya? ¿No hacen falta más pruebas? ¿Estoy dentro?

—No tenemos tiempo de hacer pruebas, ya nos iremos dando cuenta de cómo funcionas. Ahora, Ana te tomará todos los datos y deberás enviarle toda la documentación. Ah, y ven con las pilas cargadas el miércoles.

—Por cierto —añadió Patri ya marchándose—, bonito color de uñas.

Había sobrevivido a mi primer contacto con el mundo de la televisión y debo decir que fue más duro de lo que pensaba. Hasta yo, que siempre he sido una persona con la energía al 200 por ciento, salí de allí casi temblando. Había conseguido lo que siempre había deseado, trabajar en televisión, y por esa parte estaba feliz, pero al mismo tiempo no sabía qué estaba por venir, temía no estar a la altura o que el ambiente de trabajo fuera tóxico, algo que me consume muchísimo. Sin embargo, ninguno de estos miedos me retuvo, era hora de arriesgar y ver qué me deparaba el destino.

Empezar en la televisión significaba decir adiós a la *Cuo-*

re, algo que mi director, subdirectores y compañeros entendieron, ya que yo siempre había manifestado mis ganas de dar el salto a la televisión. Así que, con mucha pena, tuve que despedirme de mis compis tras casi un año al pie del cañón, asistiendo a eventos, *photocalls* y rajando de todos los famosos con ese humor ácido que caracterizaba a la revista.

—Me da mucha pena que termines, pero sé que vas a ser muy feliz, te lo mereces. Te queda toda una vida por delante y sé que llegarás muy lejos.

—¡Gracias, Gema! Sí, creo que ha llegado el momento de evolucionar en mi vida y cambiar de etapa, pero os echaré muchísimo de menos, no sabes cuánto he aprendido aquí con vosotros, de verdad.

—Y nosotros de ti, especialmente yo. Me has dado una lección de vida, de cómo superarse y de cómo no tener miedo a nada ni nadie.

—Vas a hacer que llore…

—Llorar es bueno, limpia los ojos…

—Entonces lloraré mientras te abrazo.

Y así lo hicimos, como dos Magdalenas. Al separarnos, Gema me miró con una sonrisilla pícara, y me confesó:

—Tengo una amiga que trabaja en Mediaset y le hice llegar tu currículum.

—¿O sea, que has sido tú? No sabía cómo pudo haber llegado mi contacto allí.

—Sí, no te quise decir nada porque no era nada seguro, pero al final parece que sí y me alegro de corazón.

—*Oh my god!* Muchas gracias, de verdad, te quiero.

—No me des las gracias, ahora solo quiero que seas tú misma y que seas feliz, que nadie apague la luz que irradias.

—Gracias, gracias y más gracias. Nos vemos pronto —dije dándole un último abrazo.

—No te olvides de nosotros cuando seas una superestrella.

—Claro que no lo haré, jamás.

¿O sea, que mi ángel de la guarda se sentaba delante de

mí, y yo sin saberlo? Por eso siempre creo que las personas estamos conectadas por una razón en concreto, por eso creo que antes de llegar a *Sálvame* debía estar en *Cuore*, aprender todo lo posible y que fuera Gema quien me conectara con otra etapa. Somos las personas quienes marcamos la diferencia. Además, parecía que debía estar sana emocionalmente para poder seguir avanzando en mi vida, que el universo me estaba esperando: una vez tuve claro que quería dar el paso de empezar la transición, el resto de las cosas que siempre había querido fueron viniendo solas. ¿Por qué? Porque me encontraba bien conmigo misma, era feliz y la energía que proyectaba y al mismo tiempo atraía era positiva. ¿Significa eso que nunca tenía momentos malos? Claro que no: era una persona como todas y había días que estaba mejor que otros, pero por lo general le sonreía a la vida y siempre esperaba de ella cosas buenas.

Si algo sacáis de este libro, que sea eso: sonreídle a la vida. Que esta, creedme, os devuelve la sonrisa.

23
Mamá, *new beginnings*

Por fin llegó el día que pisé los estudios de Mediaset para quedarme allí por un largo tiempo. Al principio, y como en cualquier trabajo, empiezas con timidez mientras conoces a todo el equipo, aprendes cuál es tu rutina… Hay un proceso de adaptación que sucede con cualquier nuevo principio. Pero poco me duró esa timidez, ya que allí todos estaban más locos que yo, y eso ya es decir. Por eso, al poco tiempo de estar allí todos sabían ya quién era Dani, Daniela, y cuáles eran los planes que tenía en mi vida. ¿Qué esperaba? Estaba en Telecinco, lugar donde el 80 por ciento de los que allí trabajan pertenece a la comunidad LGTBIQ+, y el resto son LGTBIQ+ *friendly*: estaba como pez en el agua.

En cuanto a mi crecimiento profesional, honestamente, nada destacable. Se trata de una redacción donde hay tanto personal que todo está muy dividido y tu trabajo acaba siendo sota, caballo y rey. Aprendí, sí, por supuesto, porque nunca antes había trabajado en televisión; pero no pasó más allá de minutar, locutar y montar algunos vídeos, hacer alguna entrevista previa a la última silla del programa, que suelen ser los personajes que menos relevancia tienen, o llevar las redes del programa durante la emisión (por cierto, en uno de ellos cometí una falta de ortografía que se hizo viral, ja, ja, ja, ja: «¡Sí lo digo, Jorge, sí lo digo!»).

En fin: era becaria, cobraba quinientos euros y todo se me perdonaba.

El caso es que estaba en Telecinco y eso molaba mucho, me paseaba por las instalaciones que tantas veces había visto por la pequeña pantalla, hablaba con los colaboradores, presentadores y hasta un día comí con Pedro Piqueras en el comedor. Eso me gustaba mucho: el comedor no era tan eli-

tista como el de *Chicas malas*, donde se dividían por empollones, divinas, *nerds* o frikis, no: allí estábamos todos juntos, cámaras, técnicos, tronistas y pretendientes, redactores, presentadores… Era como una jungla, pero con un toque de *glamour*.

Si tuviera que destacar algo de mi etapa en *Sálvame Deluxe*, serían dos cosas: el momento en el que llamé a mi madre para contarle (a medias) que iba a empezar el tratamiento hormonal o el sábado noche que acabé teniendo una relación sexual como Daniela con un reportero del programa sin él darse cuenta de que yo era Dani, algo parecido a lo que me pasó con el de seguridad de Callao aquel verano, pero esta vez con marca vip. ¿Cuál os cuento primero? Venga, dejo el drama para el final y empiezo por el *story time*.

Los días que había programa eran muy divertidos, pero también es cierto que se hacían un poco largos, ya que entrábamos a las doce de la mañana y no salíamos hasta las dos y media de la madrugada. No todo el tiempo estábamos a *full*, había ratitos en los que había muy poco que hacer y yo siempre dejaba la imaginación volar. Ese día, no sé bien por qué, se me ocurrió crearme una cuenta de Instagram como Daniela y colgar mis fotos, donde estaba caracterizada como una auténtica y *sexy* fémina. Al poco de haberla creado, vinieron algunos colaboradores a la redacción, donde se ponía un *catering* para que todos cenáramos. Entre esos colaboradores vino el reportero que de vez en cuando se sentaba en plató y nada más verlo pensé: «Interesante, ¿por qué no agregarlo a mi nueva cuenta e intentar ligar con él? El no ya lo tengo y no pierdo nada por intentarlo». Pues dicho y hecho, le agregué y le envié un mensaje privado, él respondió y se quedó estupefacto con mis fotos. Lo más gracioso de todo es que yo estaba sentada enfrente de él, a tan solo dos mesas de diferencia, pero, claro, él no sabía que yo era la misma persona con la que estaba en esos momentos hablando por la aplicación.

Hola, guapo. ¿Qué tal?

Hola. ¿Nos conocemos?

No, no todavía. Simplemente te sigo mucho por televisión y me encantas.

Muchas gracias.

Muchas de nada.

Eres muy guapa. ¿Vives en Madrid?

Gracias. Sí, ¿y tú?

Entre Sevilla y Madrid. Hoy estoy en Madrid, que tengo programa.

Ah, ¿sí? O sea, que si enciendo la tele esta noche te veré.

Je, je, sí.

Seguro que se te ve muy bien, lástima que no pueda verte en persona.

Bueno, nunca se sabe lo que puede pasar.

¿Tú crees? ¿Te gustaría que nos viéramos?

Mañana me voy a Sevilla y hoy terminaré tarde el programa…

Nunca es tarde, yo iré a tomar algo, quizá cuando termines me puedes avisar y vemos…

Bueno, vamos hablando, quizá podamos tomar algo en algún pub.

Me encantaría.

Objetivo conseguido, había llamado la atención del re-

portero y ahora solo quedaba seguir apretando la tuerca para que él al terminar el programa dijera que sí.

Hablé con mi subdirectora y le pedí terminar esa noche un poco antes, porque tenía un cumpleaños. Era mentira, claro, pero necesitaba salir antes que él para que me diera tiempo a llegar a casa, emperifollarme de Daniela y enviarle al reportero unas fotos subidas de tono para calentarle y que dijera que sí. Eso sí, todavía quedaba la mejor parte: confesarle que era una chica trans.

¿Cómo vas? Yo aquí, en casita, aburrida…

Le envié la primera foto, muy sugerente.

Uf, vaya, qué ojos de gatita tienes. A mí me queda un poco todavía.

Bueno, puedo esperar. ¿Te gusta el vestido que llevo?

Le envié la segunda foto, enseñando un poco las piernas.

Claro que me gusta, estás espectacular.

Pues puedo estar mejor sin él…

Eso tendré que verlo.

Pues mira…

Y ahí fue la tercera, enseñando culete.

Madre mía, cómo me estás poniendo… A ver por delante.

Para enseñarte por delante antes debo decirte algo.

¿El qué?

Soy una chica un poco especial, un poco Kinder Sorpresa, soy una chica trans… y no estoy operada.

¿En serio? No lo pareces.

Lo sé, pero lo soy…

¡Uffff! Nunca he estado con nadie como tú, pero bueno, todo es probar, y se te ve muy femenina.

Entonces no te lo pienses y hazlo… La vida es corta.

Mira, mañana tengo que tomar el tren a Sevilla pronto. ¿Te apetece venir a mi hotel cuando termine el programa a las tres y nos conocemos?

Trato hecho.

¿Os dais cuenta? Pasó de querer conocerme y tomar algo en un bar a querer conocerme y esconderme en su hotel. Esa es la cruda realidad a la que nos enfrentamos las chicas trans, nos quieren y nos desean, pero solo de puertas hacia dentro, porque de puertas hacia fuera están llenos de prejuicios y falsas apariencias.

En cualquier caso y a sabiendas de lo que había, decidí acceder a su propuesta, muy probablemente animada por el morbo que me generaba esa situación, así que cuando me avisó de que había terminado me fui a su hotel. ¿Me hubiese gustado antes dar un paseo de la mano por el parque? Seguramente, pero me lo negaba a mí misma, porque aquella era la única realidad que conocía.

A esa hora, el metro no estaba en funcionamiento, y como no podía permitirme pagar un taxi, cogí una de esas motos que puedes conducir si te descargas una *app* (y tienes el carnet). La aparqué en la puerta del hotel y pasé por recepción sin preguntar, directa a la habitación que me había dicho por el chat. Me recibió todavía vestido con la ropa

que había llevado al programa. La habitación estaba iluminada tenuemente.

—Hola.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien, con algo de frío, he venido en moto de alquiler.

—Vaya… ¿Quieres algo de beber?

—Sí, ¿tienes vino?

—No, solo cerveza y *whisky*.

—Uff, no me gusta ni una cosa ni la otra. Agua está bien.

—¿Y a qué te dedicas? Lo mío no hace falta que te lo diga porque ya lo sabes.

—Estoy estudiando, Periodismo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tipo de periodismo te gusta?

—Pues, la verdad, la prensa del corazón es lo que más me llama la atención.

—Es muy divertida y muy jugosa, aunque hay que andarse con ojo. Por cierto…, no vayas a decir nada de esto, ¿eh?

Contesté con una sonrisa, intentando que no se me notara que cada día tenía más ganas de lograr un *cispassing* que me diera la posibilidad de acostarme con quien me diera la gana sin tener que dar explicaciones de absolutamente nada, sin que se arrepintieran cuando les bajara el calentón, sin que trataran de ocultarme entre las cuatro paredes de una habitación. Todos iguales. Y yo seguía haciéndome la fuerte, pero por dentro, a veces, me rompía como un cristal, en mil pedazos.

—Tranquilo, no soy de esas.

—Es que es la primera vez…

—¿Que te acuestas con una mujer?

—No, la primera vez… que estoy con una mujer como tú…

—Que yo sepa, y de momento, no soy un alien, pero entiendo lo que quieres decir.

—Ya, eres una mujer muy bella y me despierta mucha curiosidad tu condición, no quiero que te sientas utilizada ni nada parecido.

—Tranquilo, soy muy consciente de lo que buscas y he venido aquí porque he querido, así que todo bien.

Más valía que empezáramos a enrollarnos cuanto antes.

—¿Te puedo besar? —preguntó por fin.

—Deberías hacerlo.

Lo que tuvimos esa noche fue algo fugaz pero muy intenso. Ambos disfrutamos. Ya tenía suficiente experiencia con hombres como para saber que algunos ignoraban mi miembro todo lo que podían, haciendo como que no estaba ahí, mientras que a otros les llamaba la atención, pues esa era quizá la primera vez en su vida que habían tenido relaciones físicas de ese tipo y se sentían lo suficientemente desinhibidos como para experimentar un poco y tocarlo. El reportero curioseó con miedo mi nepe, no sé si por él o por mí, pero no quiso adentrarse más de la cuenta, lo que supuso un alivio, porque, como ya sabéis, yo no me sentía muy cómoda cuando ellos querían tocar demasiado por esa zona. Yo quería ser penetrada como una mujer.

Fue bonito mientras duró. No pasó mucho tiempo antes de que me lo volviera a cruzar por la redacción, y nunca se dio cuenta de que la chica trans con la que había tenido una relación era la misma persona que trabajaba con él. Es flipante lo que hacen un buen maquillaje y una peluca, ¿eh? No volví a hablar con él nunca más y hoy él está felizmente casado con su mujer y continúa con los mismos rizos en el pelo.

25
Mamá, papá, quiero ser quien soy

Todavía me sigo emocionando cuando recuerdo el mensaje que me mandó mi madre al enterarse de que iba a empezar el tratamiento hormonal. Lo recuerdo a la perfección, como si lo estuviera viviendo.

Era un viernes por la tarde y me encontraba en la redacción de *Sálvame Deluxe*. Estaba revisando uno de los programas de la casa porque hablaban sobre una de las personas a las que se le iba a hacer la entrevista en el programa del sábado; si no recuerdo mal, era Terelu Campos, porque había recaído en el cáncer de mama. Apenas quedaba un mes para que empezara mi transición oficial y mis padres no sabían nada aún, y ello me atormentaba. Sin embargo, seguía sin saber bien cómo gestionarlo y lo iba retrasando.

Hasta que, de repente, recibo una llamada de mi madre para ver cómo me encontraba y, de la manera más inesperada, me dio por soltarlo. Tanto miedo y tanta preparación para acabar haciéndolo por un arrebato, y por teléfono nada menos. Pero, de esa manera, dejaba caer una bomba sin tener que pasar por el temido «papá, mamá, sentaos, tengo algo que contaros». Con poca información que diera, ellos podrían montar el resto del puzle solos.

—*Hellooo*, dime.

—¿Cómo vas?

—Bien, con hambre, ahora enseguida para casa y cenaré.

—Muy bien. ¿Al final se sienta Terelu mañana?

—Sí, se sienta mañana, menudo panorama…

—Pobrecita, ojalá se recupere.

—Pues sí… Y vosotros, ¿estáis en Valencia?

—Nos hemos subido al pueblo este fin de semana.

—Ah, muy bien, así descansáis y os bañáis en la piscina.

—Ay, claro, ¿qué vamos a hacer si no?

—Por cierto, que no te lo dije, resulta que me hice unos análisis hace poco porque tengo cita con el médico y…

—¡Uy! Pero ¿qué te ha pasado? ¿Te encuentras bien?

Me sudaban las manos, sentía que se me iba a resbalar el móvil y se iba a romper contra el suelo. Tenía la mente medio nublada y la garganta apretada como si me la estuviera apretando alguien fuerte con las manos.

—Sí, sí, va todo bien, es simplemente que le he pedido que me recete unas pastillas que me van a ayudar a… a… a disminuir el vello facial, también el corporal.

—Pero si te haces la depilación láser, ya no te queda pelo ni nada.

—Bueno, por si acaso queda alguno; además, también me va a hacer la piel más suave, me va a dar brillo.

—¡Ay, madre! Pero ¿eso no será peligroso?

—No, qué va, para nada, está todo pautado por el endocrino y el médico.

Hubo un silencio. Mi interior lloraba. Podría haber dicho: «Mamá, que soy una mujer. Que no es cuestión de tener la piel más bonita ni menos pelo en el cuerpo, que no te equivocabas cuando creíste que ibas a tener un hijo y una hija. Que yo soy tu hija».

Las palabras me ardían en la garganta, pero no era capaz de decirlo más claro. Tendrían que encontrarme a medio camino, recorrer el resto ellos solos. Tendrían que entender solo con eso.

Y como era mi madre, y me quería, y quizá me conocía hasta mejor que yo a mí misma, entendió. Y supo que no estaba preparada para seguir la conversación.

—Bueno, lo que tú veas…

—Sí, todo bien, tranquila. Mamá, te dejo, que tengo trabajo por hacer.

—Ale, adiós, ya hablamos.

Me sentí aliviada porque, pese a que no fui lo sincera que debía haber sido, saqué la patita con ganas de contar la verdad. Me propuse decirlo todo, con todas las palabras, en

la siguiente llamada, empecé a imaginar el discurso de cómo se lo diría. Pero madre no hay más que una y aunque no lo creamos, cuando nosotros hemos ido, ellas ya han ido y han vuelto, nos han parido y criado, y nos conocen mejor que a ellas mismas. No hizo falta que preparara ningún discurso, porque, a pesar de que se había comedido durante la conversación telefónica, era ella quien lo tenía preparado para mí vía WhatsApp.

Sé lo que tienes en mente y solo te pido que te lo pienses muy bien. La sociedad no está preparada para aceptar a las personas como tú, es un cambio muy brusco. Y con todo lo que has estudiado y te has esforzado, ahora se echará todo a perder. Además, todo eso es carísimo. Piénsatelo mucho.

Mamá, lo tengo más que pensado, he decidido dar este paso porque quiero ser feliz de verdad. Si la sociedad no está preparada para aceptarme, entonces me enfrentaré a ella. Y no te preocupes por el tema económico, está todo cubierto por la Seguridad Social.

¿Pero lo tienes claro de verdad?

Sí, mamá, quiero ser quien realmente soy y dejar de fingir ya. Quiero volar, quiero brillar y quiero ser feliz. Y no te preocupes por mí, soy una persona fuerte y sé a lo que me expongo. Solo quiero que vosotros no sufráis por mí, por favor. Seguiré siendo la misma persona, os daré el mismo cariño, tendré el mismo humor y las mismas manías, solo va a cambiar la apariencia física.

¿Cuándo tienes cita con el médico?

En un mes exactamente, en el Hospital Ramón y Cajal.

Hablaré con tu padre, yo se lo diré y allí estaremos los dos, te acompañaremos.

Gracias <3

Por un hijo se hace lo que haga falta.

Ahora ya puedes llamarme hija…

Bueno, poco a poco. ¿Y cómo te vas a llamar?

Daniela, os lo pongo fácil.

Ah, vale, porque conociéndote, capaz eres de llamarte Priscila Reina del Desierto.

Me reí con ganas, pero tenía lágrimas en los ojos. Lágrimas de felicidad y alivio, y sabía que mi madre también estaba llorando al otro lado. Mi madre tenía el mismo miedo que yo o más. Es lo que hace: preocuparse, hasta por si tenemos un constipado, así que imaginad por un momento cómo se quedaría cuando le dije que era una mujer y que iba a empezar el tratamiento. Se sentía asustada, y ese miedo era totalmente legítimo y en nada culpa suya. ¿Cómo no tenerlo cuando en la sociedad hay tan poca visibilidad e información del colectivo trans? ¿Qué sabía la gente en España más allá de ver en televisión a Cristina, *la Veneno,* o Bibi Andersen? Mi madre no concebía que una persona trans pudiera ser periodista, enfermera o profesora. Pero allí estaba yo, su hija, la hija que siempre había querido tener, para enseñarles a ella y a mi padre que se puede ser trans y tener una vida de lo más normal, alejada de la prostitución, de la noche y del espectáculo, aunque ese fuera el destino al que la vida se empeña en abocarnos a las personas trans.

Ese miedo, ese desconocimiento y esa incertidumbre no solo fue la reacción de mi madre. Algunas de mis mejores amigas, veinte o treinta años más jóvenes, reaccionaron peor. Cuando les comunicaba que por fin iba a empezar el tratamiento hormonal, no todas recibieron la noticia de la

forma que yo esperaba. Para mí era algo maravilloso, algo que había estado esperando durante muchos años de mi vida y que por fin iba a suponer mi liberación; sin embargo, ellas creían que debía coger una balanza y valorar todos los pros y contras ante ese nuevo escenario, y decidir después. No entendía cómo podían reaccionar así, no había ningún contra, todo eran ventajas, cualquier cosa negativa que pudiera pasar era mejor que no tomar la decisión de dar el paso más importante de mi vida… Con el tiempo recapacitaron y se dieron cuenta de que no había sido el mejor argumento que pudieron darme, estaban eclipsadas por el amor que me tenían y por el miedo a que me pasara cualquier cosa, por eso yo jamás les reproché ese comportamiento, ¿no había tenido miedo yo misma durante años, antes de tomar la decisión? Y hoy me dicen: «Amiga, cómo he aprendido de ti, te quiero».

Tras los mensajes intercambiados con mi madre y siendo ella consciente de que su hijo iba a pasar a ser hija, faltaba tener una conversación con el otro pilar de mi vida, mi padre, que pese a permanecer más en la sombra, siempre ha estado ahí, mirando de reojo y vigilando que todo estuviera en orden. Por suerte, fue mi madre quien me ahorró el trabajo sucio de explicarle de buenas a primeras a mi padre el escenario actual, pero él lo entendió y me apoyó: por lo menos eso es lo que me transmitió a mí en ese momento. Con el tiempo, me enteré de que también tuvo unos meses en los que se mantenía pensativo y muy callado, tratando de gestionar aquella noticia, pero él es una persona con mucha inteligencia emocional y sabía que, si me transmitía aquello durante mi transición, me iba a sentir mal y preocupada por ellos, así que optó por mostrarme la mejor de las caras. Como estaba en Madrid y ellos en Valencia, aquella también fue una conversación telefónica.

—Hola, papá, ¿qué tal?

—Yo bien… Yo bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Bien, hoy de día libre…

—Muy bien, así descansas. Oye… —Era hora de mencionar el elefante en la habitación—. Que me ha dicho la

mamá ¿que te vas a hacer chica?

A ver, lo que se dice delicado mi padre no es.

—Sí, papá, lo he estado meditando durante mucho tiempo y es algo que necesito para ser realmente feliz.

—Si tú lo tienes claro, entonces adelante, nosotros te apoyamos. Y no te preocupes, que no es nada malo. Si me hubiera dicho que te has dado a las drogas, que robas, pegas a alguien o eres mala persona, pues eso sí que es algo malo y que no me gustaría…, pero si este cambio es lo que necesitas en tu vida, pues hazlo, que aquí estaremos nosotros a tu lado.

—Gracias, papá —respondí con emoción contenida.

—Oye, y ¿eso no será malo para el cuerpo? Las hormonas y eso…

—Bueno, no creo que sea lo mejor para el organismo…, pero está todo muy mirado por un médico que te hace un seguimiento. Además, asumo todos los riesgos con tal de verme como yo quiero cuando me mire al espejo.

—Bueno, lo dicho, nosotros te apoyamos. En un mes nos vemos y te acompañamos al médico.

—Gracias, papá.

De verdad. A los dos.

25
Mamá, he vuelto a nacer

Y por fin llegó el día en que mi madre volvió a dar a luz a su hija, a la hija que siempre había querido tener; a la que, aunque no lo crea, ha tenido siempre delante de ella. Llegó el ansiado día en el que por fin emprendería mi camino de manera oficial; llegó el día en el que, ahora sí que sí, nada ni nadie me podría parar; llegó el día en el que ya no habría marcha atrás; llegó el día en el que volvería a nacer; llegó, en definitiva, el día más feliz de mi vida. ¿Y sabéis qué otra cosa me hacía tan feliz? El hecho de que una vez más estaban ellos a mi lado: mis padres, apoyándome y demostrándome que su amor hacia mí era y es incondicional, y que está por encima de todo, de cualquier opinión, religión o creencia.

La visita al médico fue, cuando menos, curiosa. Hasta él mismo se sorprendió de que mis padres me acompañaran. Por desgracia, no debe de ser lo común.

—Buenos días.

—Hola, buenos días. Ellos son mis padres.

—Buenos días —saludaron ellos. El doctor fue al grano.

—Examinando tus análisis, veo que está todo perfecto para empezar el tratamiento hormonal con total normalidad.

—¡Qué buenas noticias!

—¿Eso es peligroso?

—¿Las tiene que tomar de por vida?

—¿Cuándo se podrá operar?

—¿Hay riesgo de que derive en alguna enfermedad?

No llevábamos ni un minuto dentro de la consulta y mis queridos progenitores ya estaban avasallando con preguntas al médico.

—¿Podéis dejar al doctor que hable? Gracias.

—Tranquila, Daniela, es normal, son tus padres y se preocupan por ti. A ver, por partes: esto es un tratamiento que no está exento de riesgos. Como con cualquier otro tratamiento, como pueden ser las pastillas anticonceptivas en las mujeres cisgénero, y las toman casi todas las chicas hoy en día. Por mi experiencia en el sector, que son más de veinte años, diré que los riesgos son mínimos. Esta es una transformación progresiva; el cuerpo cambia durante los primeros veinticuatro meses, lo que no se haya cambiado entonces ya no se cambia. Empezará notando algo de pecho, menos vello, piel más fina y redistribución de la grasa corporal. Las hormonas no cambian la voz ni reducen la nuez, aunque en tu caso, Daniela, no es necesario, has tenido suerte. En cuanto a las cirugías, mejor no empezar la casa por el tejado: mi recomendación es que se espere esos dos años para que se desarrolle todo bien y a partir de ahí ella sabrá cuándo es su momento, el cuerpo es muy inteligente.

—Disculpe, doctor —se disculpó mi padre—, pero es que nos da un poco de miedo que el tratamiento hormonal le pueda sentar mal.

—Lo peor que le puede pasar a una persona trans, que es no contar con el apoyo familiar, no le va a pasar a Daniela, por lo que veo, así que, teniendo unos padres como vosotros, que la estáis apoyando, no hay nada que le pueda sentar mal.

Sabias palabras de un hombre que llevaba trabajando en la Unidad de Género del Ramón y Cajal desde finales de los noventa. Por allí habrían pasado todo tipo de personas trans con diferentes escenarios laborales, familiares y sociales. Me sentí orgullosa de tener la familia que tengo, no solo de mis padres, que estaban ahí conmigo, sino de tíos, primos… Todos en la distancia estaban conmigo ese día, mostrándome su apoyo y dándome fuerza.

Nada más salir del hospital fuimos corriendo a la farmacia más cercana a comprar los medicamentos. No sabéis las ganas que tenía de tomarme esas malditas pastillas que ob-

viamente no me empezarían a hacer efecto hasta que no pasaran por lo menos tres meses, pero me daba igual. Cada mañana, cuando me despertaba para tomármelas, me sentía tan bien como si me estuviera tocando la primitiva. ¿Os imagináis? ¡Sería millonaria a estas alturas!

26
Mamá, necesito (literalmente) volar

Habían pasado dos meses desde que empecé mi tratamiento hormonal. Estaba feliz conmigo misma pese a que todavía no notaba un gran cambio físico, tan solo un dolor horrible en los pezones y una reducción del poco vello facial y corporal que persistía en mí. En *Sálvame Deluxe* todo seguía como hasta entonces: mis progres y liberales compañeros sabían que había empezado el tratamiento, incluso el director, Miquel, me dijo un día que, si quería, era libre de ir a la redacción ya caracterizada como la mujer que era, como cuando salía de fiesta.

Sin embargo, de pronto había algo en esa posibilidad que me perturbaba. Estaba en Telecinco, rodeada de las personas más tolerantes de esta sociedad, que aplaudirían cada uno de mis pasos hacia la persona que quería ser. Mis padres ya lo sabían, mi familia al completo, mis amigas y conocidos… Me sentía terriblemente expuesta. Sentía que había guardado durante años aquel secreto con tanto celo, había convivido por las noches con Daniela mientras por el día era simplemente Dani, y ahora iba a desnudarme en cuerpo y alma delante de todos. Iba a mostrarles mi vulnerabilidad cada día, mi paso a paso, mi camino. Un camino que, de pronto, se me antojaba como lo más íntimo que había hecho en toda mi vida. ¿Estaba capacitada para recorrerlo delante de todo el mundo, de decenas de personas que, aunque bienintencionadas, no podrían evitar de un modo u otro escrutarme a cada paso que diera?

Ahí entró en juego otra espinita que tenía clavada: la de aprender inglés y vivir por un tiempo en el extranjero. La universidad ya se había acabado y había rechazado la oportunidad de irme de Erasmus para coger las prácticas en

Cuore.

Por otro lado, si bien me encantaba estar en *Sálvame*, aquello seguía siendo un puesto de becaria, con el que no podría costearme las cirugías que necesitaba. Si bien las cubre la Seguridad Social, como ya os he dicho, las listas de espera son largas, y aunque había tardado valiosos años en tomar la decisión, ahora que ya había comenzado, no quería esperar un minuto más: quería operarme en cuanto terminaran los primeros veinticuatro meses de tratamiento. Para ello, necesitaba dinero. Necesitaba trabajar.

La solución a todos mis problemas se mostró ante mí tan clara como el agua. En un abrir y cerrar de ojos, decidí que abandonaba mi vida en Madrid y ponía rumbo a Nueva York. Lo que dejaba atrás era fácil de recuperar a la vuelta y tenía unos objetivos claros: mejorar mi inglés, vivir una experiencia, ahorrar dinero (ya me las arreglaría para encontrar trabajo, aunque sabía que allí no era tan fácil que te dieran una visa) y estar con muchos rubios guapos. En definitiva, vivir el sueño americano. Y, además, lograba así la intimidad para recorrer mi camino que de pronto sentía que necesitaba como aire para respirar.

¿Que por qué escogí Nueva York? Primero, porque es una ciudad que mola mucho, supercosmopolita; es la ciudad de las películas por excelencia, quería imaginarme siendo las hermanas Olsen en *Muévete, esto es Nueva York*, pero, sobre todo, porque una buena amiga de la infancia estaba allí viviendo y sabía que nunca iba a estar sola.

Mis padres se mostraron un poco reacios cuando les di la noticia de que me iba fuera. Los pobres no ganaban para disgustos, todavía estaban asimilando mi cambio de sexo cuando les dije que me iba a ir a vivir a diez mil kilómetros durante un año. Pero ellos me conocen y saben que, por más que me digan, soy una persona testaruda y nada me iba a hacer cambiar de opinión. Soy sagitario, uno de los horóscopos más independientes de todo el zodiaco, y cuando necesito volar, necesito volar.

Y volé. El 3 de noviembre de 2018 puse rumbo a la que sería la ciudad de mis sueños: la ciudad que vería cómo un

gusano se convierte en mariposa, la ciudad que vería cómo cumplía el sueño de mi vida. Y con ese viaje, con ese nuevo despertar, me propuse una cosa: dejar atrás para siempre a ese *alter ego* con pestañas postizas y pelucas que durante años me había acompañado. No quería ser dos personas al mismo tiempo. Se había acabado: quería ser Daniela desde ahora y para siempre.

La despedida de mis padres en el aeropuerto fue muy emotiva. Ellos me dejaron allí como *su hijo* (a pesar de que ya estuviera transicionando) y eran conscientes de que volvería hecha toda una mujer.

Fue, técnicamente, la última vez que vieron a Daniel.

Pude notar que, a pesar de su sonrisa de despedida, había lágrimas de emoción y miedo. Yo también lo tenía, pero la decisión estaba tomada: huía de España para tener una transición donde nadie me conociera; huía de España para volver renovada y con las pilas cargadas; huía de España para volver siendo la mejor versión de mí misma.

La versión que siempre he deseado ser.

SEGUNDA PARTE

EMPEZAR A VIVIR

27
Mamá, que estoy en Nueva York

Fueron ocho horas de vuelo durante las que apenas pude dormir. Era consciente de que al llegar empezaría una nueva etapa en mi vida, alejada de las personas que quiero y me quieren y tomándome cuatro pastillas de hormonas al día que iban a hacer que mis emociones se desbordaran por los cuatro costados: cuando estuviera feliz, estaría muy feliz, y cuando estuviera triste, estaría muy triste. Pero tomar ese camino había sido decisión mía y asumía todos los riesgos como una buena valiente: nada ni nadie iba a truncar ese año mágico que venía por delante.

En el aeropuerto me esperaba mi buena amiga Silvia con su ahora exmarido. Cuando regresé a España, me dejó en el aeropuerto con su amante, lo que quizá os dé una pista de por qué pasó de ser marido a ex. Hacía años que no veía a Silvia, es la prima de una de mis mejores amigas, y cuando empezamos a coquetear con el alcohol y el tabaco era ella quien, al ser mayor que nosotras, nos proporcionaba todas las sustancias ilegales. Se fue de Erasmus y desde entonces ha estado viviendo en todos los continentes del mundo. Su última parada…, *the City*, donde es comercial de vinos de una importante exportadora europea. Es alocada, con sentido del humor y de sangre caliente: entre cliente y cliente sabe muy bien cómo cerrar una buena venta.

—*Welcome home!* —me dijo cuando me recibió en el aeropuerto con los brazos abiertos—. ¿Cómo estás, cari? ¿Qué tal el vuelo?

—Un poco cansada, pero todo bien. Ahora solo espero no tener demasiado *jet lag*.

—Es acostumbrarse, aunque si no te acostumbras no pasa nada, recuerda que estás en la ciudad que nunca duer-

me. Por cierto, él es Josh.

—Hola, Josh. *Nice to meet you,* me vas a venir genial para practicar inglés.

—Hola, Daniela. Bienvenida a New York City. Soy de Florida, pero vivo y trabajo aquí.

Se disculpó para ir al aseo y nosotras aprovechamos para hablar de él.

—Nena, es guapo, pero tiene una actitud curiosa… Así como un poco *nerd*, ¿no?

—¡Ja, ja, ja! Es mono, no aguanta mucho en el sexo…, pero me vencía el visado justo al poco de conocerle a él y necesitaba una *green card*.

—Vaya, veo que sigues siendo la misma, no das puntada sin hilo…

—Cariño: o comes o te comen.

—¿Y no se puede las dos? ¿Que te coman y comer? —Nos reímos juntas.

—Es una buena opción, sí —cogimos las maletas y empezamos a dirigirnos hacia la salida—. Por cierto, la escuela a la que vas a ir está en Madison Square y empiezas el próximo lunes, será en horario de mañanas para que puedas trabajar en algún restaurante por las tardes. Y en cuanto a dónde te quedarás, he hablado con un amigo venezolano que alquila habitaciones por Manhattan y Brooklyn a buen precio, podemos ir a verlas y la que más te guste te la quedas. De momento, te quedas en nuestra casa.

—Vaya, lo tienes todo bajo control… Muchas gracias, Sil.

—*Of course, babe*. Disfruta de tu nueva etapa en Nueva York. Tiene algo que te engancha, ya lo verás.

Mis primeros días en Nueva York fueron como una nebulosa, una nebulosa estresante y surrealista. Es una ciudad preciosa, con muchísimas personas distintas que forman un increíble *mix* cultural, hay puestos de *hot dogs* en cada esquina, se escuchan los pitidos de los taxis amarillos por todas partes, y algunas calles huelen a basura y se puede ver

cómo las ratas comen los restos de comida, pero todo esto forma parte del encanto de esa ciudad. Sentía que había estado antes allí de tantas series y películas que había visto inspiradas en Manhattan. ¿Estaría siendo espiada por la reina cotilla? ¡Ojalá! En cuanto a cómo se comportaba la gente conmigo: bueno, yo estaba en el limbo, y ¿qué significa ese limbo? Pues muy sencillo: yo era una mujer, así me sentía y así lo certificaban mis documentos de tratamiento hormonal, pero desafortunadamente la sociedad no me veía como tal, aunque lo curioso es que tampoco me veían como a un hombre, de ahí que yo llame a esa etapa de mi vida *el limbo:* algunas personas se referían a mí como mujer, otras como hombre y otras me miraban con cara extraña porque no sabían bien cómo referirse a mí. Se podría decir que los neoyorquinos, a grandes rasgos, me metían en la cajetilla de «inmigrante con sexo sin definir».

Debo reconocer que fue la etapa de mi vida en la que más pequeñita y vulnerable me he sentido. Lo único que quería era que los meses se fueran sucediendo, y con ellos la cantidad de pastillas que me iba metiendo en el cuerpo, para verme mejor físicamente. Hasta entonces, quería pasar lo más desapercibida posible. Fue como coger impulso para luego poder brillar en cualquier lado.

En cuanto a la escuela, situada en plena zona comercial de Manhattan, era lo que coloquialmente se conoce como *escuela-visado*, donde no aprendes prácticamente nada, pero pagas y te hacen un visado de estudiante. De esa manera, eres inmigrante, pero no ilegal. Había diferentes clases, en función del nivel de inglés, y en ellas jóvenes venidos de todas las partes del mundo con el mismo objetivo que yo: disfrutar al máximo de la experiencia y llevarse un buen recuerdo de la ciudad. Mi carta de presentación, muy a mi pesar, tuvo que ser como hombre, dado que toda la documentación así lo decía, pero enseguida supieron de qué pie cojeaba y todos me mostraron su apoyo y comprensión.

—*Good morning!* Tenemos un nuevo alumno que viene desde España —continuó en inglés, claro—. Bienvenido, *Dániel.* —Con acento en la *a*.

—*Hello, thank you!*

—No seas tímido, aquí somos como una pequeña familia, hay representantes de casi todos los países del mundo. ¿Qué te parece si haces una pequeña presentación sobre ti? Así también puedo valorar tu nivel de inglés.

—Claro, es una idea… magnífica. —«Tierra, trágame.»

—*My name is Daniel*, pero podéis llamarme Dani, así es como lo hace todo el mundo. Soy de Valencia, España, pero vivía en Madrid, dado que es allí donde estudié la carrera de Periodismo. He venido a Nueva York porque me gustaría mejorar mi nivel de inglés y tener una nueva experiencia. ¡Gracias!

—¡Oh! ¡Fantástico! Puedes tomar asiento, Danny, muchas gracias.

Entre varios asientos libres, decidí sentarme al lado de una chica de pelo castaño con cara de española: el instinto de supervivencia es así, nos vamos a lo fácil. Por suerte, acerté y me topé con la que sería mi mejor amiga durante mi año en Nueva York: os presento a Irene, una granadina con mucha gracia y salero que llevaba un año viviendo en la Gran Manzana como niñera de dos auténticas fieras. Su nivel de inglés y su pronunciación eran bastante reguleros, en el amor tampoco le iba demasiado bien y empezaba a estar cansada de la ciudad. Sin embargo, mi aparición cambió todos sus planes por completo y de estar mirando vuelos de vuelta a España pasó a convertirse en la reina de Nueva York. Hicimos un equipo fantástico: ella consiguió sacar lo mejor de mí cuando más perdida estaba, y yo, a cambio, le daba unos trucos sobre cómo ligar con los chicos. No está mal, ¿no?

—Yo también soy de España. ¡*Welcome*, chiquillo!

—Muchas gracias. Tenía un poco de nervios, habré pronunciado fatal.

—No te preocupes. Mejor que yo, que ya llevo un año aquí, seguro que lo has hecho.

—¡Ostras! ¿Un año ya? Madre mía… Mi idea es estar un año y volverme a España.

—Eso dicen todos, pero la ciudad tiene algo que te atra-

pa. Aquí el tiempo vuela, ¿no ves que hay tanta fiesta y tanto de *to*? ¿Ya has conseguido habitación?

—De momento estoy en casa de una amiga. Conoce a un chico que alquila habitaciones y tenemos que ir a verlas.

—Yo vivo por Brooklyn, en la parada del tren J en Myrtle Avenue.

—Ni idea, todavía no conozco casi nada de la ciudad. ¡Oye! ¿Y qué tal para conseguir trabajo?

—Shh. Que no te oigan. Tú sabes que con nuestro visado no se puede trabajar, ¿no?

Bajé la voz, porque estábamos charlando en mitad de la clase. La profesora ya nos había mandado un par de miraditas.

—Sí, aunque escuché que la mayoría de las personas que trabajan en hostelería lo hacen de manera ilegal…

—*Illo*, que te van a oír. Que aún vendrá la embajada y nos deportará a España. Presta atención: para poder trabajar aquí, hay que hacerlo en *black*, pero se necesita un número de la Seguridad Social falso, te hacen contrato y todo, los jefes saben perfectamente que es todo falso, pero lo piden. Así ellos se cubren las espaldas.

—Ya… Y ¿cómo consigo yo un número de la Seguridad Social falso?

—Ahora viene la mejor parte. Tienes que ir a Rosswell, en el barrio de Queens, allí te paseas por las calles y verás cómo algún latino te acaba ofreciendo disimuladamente la documentación que necesitas.

—Oh, Dios mío…

—No pasa nada, es divertido. *Welcome to New York!*

Dicho y hecho, soy una persona resolutiva y no les doy vueltas a las cosas. Ese mismo día, nada más terminar las clases me dispuse a cumplir la misión que mi nueva amiga me había encomendado. Cogí el metro J, dirección Queens, y me bajé en la parada que Irene me había señalado. Y… ya os podéis imaginar cómo era esa zona, una de las peores partes de Queens. Las calles estaban sucias, había muy poco comercio, mucho *homeless*, personas con no muy buena apariencia (aunque no es bueno juzgar) y sobre todo se palpaba

un ambiente tenso: era definitivamente un lugar turbio donde había mucho trapicheo de todo tipo de cosas. Sin duda, el mejor lugar para que ande por allí una trans indefensa que está en sus primeros meses de transición, ¿eh?

Lo más gracioso de todo es que no tenía un sitio concreto adonde ir. Según había dicho Irene, tenía que pasear por las calles, cagada de miedo, y esperar a que alguien me ofreciera un *social security* falso. Tras varios minutos merodeando por las poco atractivas calles como pollo sin cabeza, al fin un hombre latino de mediana edad pronunció muy discretamente las palabras mágicas.

—*Social security?*

—Sí. *I'm interested.*

—OK. ¿Hablas español? —preguntó el camello.

—Sí, de hecho, lo prefiero.

—¿Eres de Venezuela, Colombia…?

—No, de España.

—Caramba, pensaba que éramos paisanos. Necesitaré tu pasaporte o DNI para volcar tus datos reales al *social security* falso, así podrás ingresar tu dinero en el banco y será todo mucho más fácil.

—No he traído pasaporte, ya que pensaba que debía ser un nombre ficticio, lo que sí traigo es el DNI español.

—Está bien, eso sirve. Déjame verlo.

—Claro, toma.

—¿Daniel? ¿La persona de la imagen eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien. Simplemente pensaba que… Bueno, nada, está bien. Vayamos dentro de este portal a que te tome una foto con mi teléfono para ponerla en la tarjeta.

—De acuerdo. Por cierto, ¿cuál es el precio?

—Ciento veinte dólares.

Hice un mohín.

—Vaya, pensaba que sería algo más económico.

—¿Quieres trabajar en Nueva York? Entonces este es el precio que debes pagar, y yo soy de los más económicos: los hay que cobran hasta ciento cincuenta.

—Vale, no hay problema. Hagamos cuanto antes el trá-

mite, que tengo prisa.

Prisa por marcharme de aquel barrio y dejar aquellas compañías. Es una de las experiencias más bizarras que he tenido en mi vida, y no porque aquel hombre se pensara que era mujer, a eso ya estaba más que acostumbrada y era algo que me encantaba, sobre todo si no llevaba peluca ni pestañas postizas (era el caso): me subía la autoestima y me hacía ver que mi transición estaba yendo por el camino correcto. El *cispassing* poco a poco aumentaba sin necesidad de *ayuda* externa. Volviendo a la *social security*, como os decía, fue una experiencia de lo más loca: por una parte, estaba realmente cagada de miedo, me encontraba en una zona conflictiva y yo acababa de llegar a la ciudad. El chico me metió en un portal viejo y mugriento, y del contador de luces sacó como una cámara de fotografías digital, me hizo la foto y me dijo que esperara por ahí fuera unos treinta minutos. Por supuesto, no me puse a inspeccionar el barrio porque no quería arriesgar, así que me quedé en esa misma calle haciendo que inspeccionaba las nubes. Pasado dicho tiempo, el chico salió del edificio y, como si estuviéramos traficando con marihuana, hicimos el intercambio.

Por fin tenía mi *social security*, mi *social security* a nombre de Daniel. Una putada, sí, pero no podía hacer nada más, así que lamentarme no tendría ningún sentido, ya vería cómo me las apañaba para encontrar trabajo con mi doble yo.

Llegados a este punto, quizá hayáis leído esta parte pensando que cuento un acto ilegal con demasiada ligereza: casi con descaro.

Pues yo os digo: descaro el de la ciudad entera de Manhattan, el de Estados Unidos, que se sostiene sobre los hombros de inmigrantes ilegales, de cuya existencia es plenamente consciente y a los que no dudarían en echar de una patada en cuanto dejaran de servirles. Eso sí, para limpiar habitaciones de hotel y fregar platos en restaurantes, ilegales *welcome*.

28
Mamá, ¡que ya tengo casa y trabajo!

Era cuestión de tiempo que acabara encontrando habitación y trabajo. Lo sabía, pero no podía evitar estar un poco preocupada por si se alargaba más de la cuenta, sobre todo lo de encontrar trabajo, ya que la vida en la ciudad es cara y el dinero se iba agotando.

Todos los días, cuando terminaba la escuela, paseaba por las calles de Manhattan empapelando la ciudad con mi currículum, que allí, por cierto, se dice *resume*. Depositaba toda mi energía y esperanza cada vez que lo entregaba en un restaurante, único lugar al que dada mi situación podía acceder a trabajar. Finalmente, y tras una semana intensa de búsqueda, me llamaron para hacer una entrevista en un restaurante italiano situado en el barrio de Hell's Kitchen, a tan solo cinco minutos andando del turístico Times Square, así que allá que fui con la mayor de mis sonrisas.

—*Good morning!* Estoy buscando a Geene.

—*Good morning*. ¿De parte de quién?

—Me llamo Dani, dejé mi currículum hace unos días y he venido a hacer una entrevista de trabajo.

—Un segundo —dijo el camarero—, voy a llamarla, está en el despacho, puedes esperar aquí si quieres. ¿Quieres tomar agua?

—No, estoy bien. Muchas gracias.

Casi enseguida apareció Geene.

—Hola, ¿me acompañas?

La seguí.

—Viniste hace unos días y entregaste el currículum a mi compañero Jason.

—Sí, eso es. Llegué hace pocas semanas desde España y estoy buscando trabajo para poder compaginar con la es-

cuela de idiomas.

—Mira, voy a ser sincera, el puesto de trabajo que estamos buscando es el de *busboy*, y Jason no me avisó de que eras una mujer. En el *resume* pone Dani y es un nombre ambiguo.

Genne es una mujer neoyorquina de origen afroamericano, llena de tatuajes y con el pelo rapado. Pese a que inicialmente daba la impresión de tener mucho carácter y ser algo seca, pude intuir que me llevaría bien con ella, ya que alguien tan hípster debía de tener una mentalidad abierta. Sus preciosas botas Dr. Martens me dejaron clarísimo que teníamos cosas en común.

De nuevo me habían confundido con una mujer, señal de que las hormonas estaban haciendo bien su trabajo. Debería haberme puesto contentísima. Pero pasaba una cosa: me encontraba en una situación complicada, ya que empezaba a estar desesperada por encontrar trabajo. Parecía que ese trabajo no se lo iban a dar a una mujer. Estaba empezando mi transición física, por lo que, como ya os he contado, todavía andaba por el limbo y el puesto de trabajo al que optaba era el de *busboy*. ¿Que en qué consiste? Tal y como indica la palabra, está destinado solo a los chicos. Según un diccionario *online* que he encontrado, el *busboy* es el ayudante del camarero: se encarga de limpiar las mesas sucias, retirar los platos sucios y llevar la comida a los clientes cuando está lista. En compensación, recibe un pequeño porcentaje de las grandes propinas que cobran los camareros en Nueva York.

Desde mi experiencia os aseguro que el *busboy* es la persona que hace el trabajo sucio del camarero cobrando un SDM (sueldo de mierda). Pero era Nueva York y había que trabajar, así que antepuse mi yo real para poder acceder a ese puesto de trabajo y hacer frente a los gastos del alquiler del piso y de la vida en general allí.

—Disculpa, pero creo que ha habido un malentendido: soy un chico —me costó muchísimo decirlo porque sentía que me estaba traicionando a mí misma, pero creo que sonó creíble, porque la convencí.

—Ah, vaya. Tuve mis dudas, pero estaba casi convencida de que eras una mujer. Siento la confusión, pero es que los latinos tenéis a veces una estética muy andrógina.

—No tienes por qué disculparte, no me importa y no es la primera vez que me pasa.

—Entonces cuéntame de ti. ¿Qué has estudiado? ¿Qué experiencia tienes en el sector?

—Soy periodista, en España he trabajado en distintos medios en el equipo de redacción. Antes de ello tuve la oportunidad de trabajar en diferentes restaurantes como camarero y vine a Nueva York porque me gustaría mejorar mi inglés, ¿qué mejor que hacerlo en un restaurante situado en un lugar tan turístico como este?

—Vaya, aquí normalmente vienen personas con mucha menos formación y experiencia que la que tú tienes.

—Espero que ello no suponga un problema…

—No, para nada. ¿Te vendría bien hacer un *training* durante mañana y pasado mañana? Y si encajas en el equipo, el puesto es tuyo.

—Sí, mañana y pasado podría hacer la prueba, lo único es que tendría que ser después de la una de la tarde, que es cuando termino las clases.

—No hay problema, todo el mundo quiere ir de mañana, así que venir en horario de tarde no supone ningún problema.

—¡Excelente!

—Necesitaré tu documentación para hacerte el contrato. Ah, y una última cosa, al dueño del restaurante, Alex, no le gusta que los chicos lleven pendientes, así que tendrías que quitártelos.

—Ah, vale… No hay problema… —Ya empezó gustándome poco el tal Alex.

—Genial, pues te espero mañana a las tres. Trae unos pantalones negros y una camisa blanca.

—Perfecto. Gracias. Hasta mañana.

Muy a mi pesar, con aquella maniobra estaba retrocediendo en mi transición. No solo la idea de presentarme a quienes fuera conociendo como mujer se había esfumado,

sino que detalles tan simples como poder empezar a maquillarme a diario o llevar pendientes los tenía que borrar de mi mente. Sin embargo, dicen que lo que no te mata te hace más fuerte, así que accedí a ser de nuevo Daniel, accedí a ir hacia atrás en mi camino a la felicidad para poder empezar mi nueva vida en Nueva York. Pero ¿sabéis una cosa? Fui hacia atrás para coger impulso, porque esta mariposa estaba a punto de volar muy pero que muy alto.

Pero, *hey, stop drama!* Que cosas peores me podrían haber pasado; al menos eso fue solo algo temporal, y, por otro lado, encontré una habitación en un ático situado en el barrio de moda de Brooklyn: Williamsburg. Técnicamente era en el norte de Bushwick y pegado al sur de Williamsburg, pero quedaba mejor si decía directamente que vivía en Williamsburg.

Y todo fue gracias al amigo venezolano de mi amiga Silvia, ¿os acordáis de él? Era casi tan turbio como los que me vendieron la *social security* falsa, pero la verdad es que me vino como agua de mayo, porque, normalmente, en Nueva York te piden que alguien te avale para alquilar el piso, entre otros muchos trámites burocráticos que estaban fuera de mis posibilidades. Sin embargo, él tan solo me pidió un mes de fianza, ¡así que me vino de maravilla!

En el piso éramos cinco personas y yo tenía la habitación más económica y pequeña, pero, total, solo era para dormir, así que me daba igual. Bueno, dormir y lo que surgiera… Tuve suerte, porque mis compañeros eran todos de Estados Unidos: Nicole, de Nueva Jersey; John y Dan, de allí, y Collin, de Texas, de tal manera que practicaba inglés a diario, dado que no tenía otra alternativa; ellos tan solo sabían decir «hola» y «un poquito». Por muy extraño que os parezca, no me lie con ninguno de los tres chicos, pero sí establecí una muy buena relación de amistad con todos y, al poco tiempo de entrar, les hablé de mi transición. Les pareció genial a todos y me mostraron todo su apoyo.

29
Mamá, no me reconozco

Mi vida en la ciudad ya había cogido forma. Tenía habitación, trabajo y casi me sabía todas las combinaciones de las líneas del metro, lo que solo significaba una cosa: ya estaba totalmente establecida en Nueva York. Se suponía que debía estar feliz y pletórica porque ir allí había sido una decisión totalmente voluntaria, nadie me había obligado. Sin embargo, no fue así, dado que no me sentía libre al haber apartado de nuevo a Daniela de mi vida para ser Dani. Sacrificar a mi verdadero yo para poder vivir en Nueva York no fue una buena idea.

Mi día a día se convirtió en una rutina aburrida de la que me daba miedo salir. Iba a la escuela, al trabajo y a casa, y pese a que establecía contacto con compañeros de la escuela, nunca me sumaba a los planes a los que me invitaban porque me sentía triste y apática. Ni siquiera utilizaba aplicaciones para conocer chicos, cuando en Madrid había sido la reina de Tinder y compañía. Físicamente, no me gustaba y mi entorno laboral no me ayudaba a escapar de ahí. Supongo que las hormonas no ayudaban a que controlara bien las emociones. Llevaba tres meses en Nueva York y no había disfrutado de la ciudad como debía.

Sin embargo, mi cambio físico era imparable: las hormonas iban haciendo efecto a pasos agigantados. Incluso debía camuflar el pecho que comenzaba a salirme para que mi jefe no se diera cuenta de que estaba en proceso de hormonación, como si yo fuera la mismísima Fa Mulán. Recuerdo dos situaciones con unos clientes en las que me vi envuelta mientras estaba trabajando que jamás se me olvidarán y que supusieron un punto de inflexión en esta etapa triste y apagada que estaba viviendo.

—*Good morning!* Bienvenidos. —Hice un gesto para acompañarlos a su mesa.

Me dieron las gracias y se sentaron.

—¿Les puedo ofrecer un poco de agua mineral o prefieren agua con gas?

—Agua mineral está bien.

—Aquí tienen. Además, les dejo el menú para que vayan mirando los deliciosos platos que tenemos.

—Disculpa —me retuvo uno—, tengo una pregunta acerca de los platos.

—Claro, dígame.

—Bueno…, quizá deba preguntárselo al camarero, ya que tú eres el *busboy,* ¿no?

—Nick —intervino su acompañante—, ¿por qué dices *busboy*? Simplemente es… *busperson*, ¿no crees?

—Oh, sí, claro, *busperson*.

—Eso es —estuve de acuerdo, sintiéndome de pronto empoderada—, soy *busperson* y enseguida llamaré al camarero, él le podrá resolver cualquier duda que tenga.

Me dieron las gracias y me alejé sonriendo. Era una pareja de neoyorquinos jóvenes, guapos y muy simpáticos que venían a disfrutar de una velada romántica. Él me identificó como hombre y ella no tenía claro cuál era mi identidad de género, pero estoy segura de que intuyó que estaba en proceso de cambio y por ello enseguida interrumpió a su pareja para decirle que no era un *boy*, sino una *persona*. En silencio me emocioné por lo rápido que supo reaccionar esa chica al ver que su chico había metido la pata. Tan solo con una sonrisa le agradecí ese detalle. Y él, por su parte, se corrigió a sí mismo sin montar dramas ni hacer más grave el asunto. Ojalá hubiera más personas en el mundo como aquella pareja.

Ese mismo día, todavía en *shock* y emocionada por lo que me acababa de suceder, vi entrar al restaurante a seis espectaculares mujeres de origen tailandés que ocuparon una mesa que tenían reservada. Eran altas, bellas, esbeltas, presumidas y exuberantes, con su actitud se comían el mundo y a todo aquel que se pusiera por delante. Sí, eran muje-

res trans o, como ellas se hacen llamar: *ladyboys*. Nada más verlas, y deslumbrada por todo lo que ellas representaban para mí, fui corriendo a atenderlas, con la esperanza de nutrirme de algo de lo que ellas desprendían. Dicen que, entre nosotras, que somos como hermanas sin tener la misma sangre, sabemos identificarnos aun teniendo el mayor *cispassing* que pudiera existir, y debo decir por mi experiencia que eso es cierto. Una de ellas, nada más verme, me penetró con su mirada y me dijo unas palabras preciosas:

—Hola, chicas, bienvenidas.

Saludaron todas derrochando simpatía.

—¿Os apetece agua mineral o agua con gas?

—Hola, reina. Agua con gas, que es gratis, ja, ja, ja.

—¿Habéis visto a ese morenazo de la barra?

—Querida, vienes de tener sexo con uno, ¿no has tenido suficiente?

—Soy insaciable.

—Te vuelven loca los americanos.

—Y yo a ellos…

—Lo único que los vuelve locos a ellos es lo que te cuelga entre las piernas, querida…

—¡Ja, ja, ja, no seas vulgar!

—Chicas —las interrumpió la que me estaba mirando fijamente, llamándolas al orden—, comportaos, que tenemos a una muñequita que nos quiere atender. ¿De dónde eres, cielo?

—Soy de España, pero vivo en Nueva York desde hace tres meses, he venido a mejorar mi inglés.

—Eres preciosa —me dijo—, y todavía lo serás más.

—Una monada, quién pudiera tener otra vez tu edad —añadió la que estaba a su lado.

—Mírame, reina —continuó la primera muy solemne, casi seria, pero con la mirada llena de cariño—, sé tú misma y que nada ni nadie te frene. *Just be yourself*.

Tuve que hacer un esfuerzo para responder por el nudo que tenía en la garganta.

—Sí, eso quiero y eso haré.

Aquella mujer supo identificar que yo era una mujer

trans nada más verme y supo que estaba en apuros, que algo o alguien me estaba atando y no me dejaba ser quien yo quería ser. Sus palabras, por simples que parecieran, hicieron que me fuera a casa pensativa mientras paseaba por las frías calles de Manhattan en pleno diciembre, con las estrafalarias luces de Navidad alumbrando mi rostro ausente y el vapor de humo saliendo del asfalto. Sabía que algo debía hacer: había llegado muy lejos y había tomado decisiones muy importantes en mi vida como para volver a sentirme prisionera de mí misma.

A la mañana siguiente y nada más llegar a la escuela, le dije a Irene que me gustaría hablar con ella y confesarle algo.

—Llevo tres meses en Nueva York y siento que no estoy siendo lo que yo debería ser…

—¿A qué te refieres?

—Pues a ver, te cuento, sin anestesia ni nada, directamente al grano.

—Dale ahí.

—Soy una chica trans y llevo varios meses hormonándome.

—Ya…

—¿Cómo que ya? Deberías estar sorprendida, ¿no?

—Pues sí, pero es que un día que te fuiste al baño, dejaste tu bolso abierto y pude ver las pastillas que te tomabas… No soy cotilla, pero sí curiosa, así que busqué en Google de qué se trataba…

—Y viste que eran hormonas femeninas, ¿no?

—Sí, pero vamos, que ya lo intuía antes por tu apariencia femenina y tu forma de comportarte, pero siempre he esperado a que fueras tú quien diera el paso de contarlo.

—Gracias. Pues ese momento ha llegado hoy. Me siento muy frustrada porque ahora que intento ser quien soy y estoy en una ciudad donde nadie me conoce, me toca trabajar en un restaurante como *busboy,* sin pendientes, ni maquillaje ni nada que tenga que ver con lo que yo entiendo como feminidad. Muchos clientes me identifican como mujer y es algo que me encanta, pero de cara a mi jefe debo ser un

chico, y eso me está haciendo mucho daño. Hasta me pongo una camiseta interior apretada para camuflar el pecho que me está saliendo. Además, no estoy disfrutando de la ciudad, apenas salgo, no hablo con chicos por miedo al rechazo, no me reconozco… Esta no soy yo.

Me había ido abriendo el escote y le enseñé a Irene el pecho que me estaba saliendo.

—Ostras, pero si tienes más que yo, me voy a tomar estas pastillas.

Nos reímos las dos con ganas.

—Si quieres te doy una para probar.

—No, tranquila, bastante tengo yo con mis reglas y mis hormonas como para meterme más traca. A ver, por partes: tu nombre sigue siendo Dani, ¿no?, intuyo que Daniela.

—Eso es. El nombre no cambia.

—Mira, Daniela, tú eres una mujer de los pies a la cabeza, me da igual lo que tengas ahí abajo o lo que diga en tu DNI. Y te tienes que vestir como a ti te apetezca, y a quien no le parezca bien, pues puerta. Esto es Nueva York, aquí todo el mundo es diferente. ¿Crees que no vas a encontrar trabajo siendo una mujer trans? Pero si eres preciosa, se van a pelear por ti en todos los restaurantes.

—¿Tú crees? Ese es mi miedo, no encontrar trabajo… Y es que además tengo el pelo corto, no tengo maquillaje y la ropa que llevo es como muy unisex, no sé ni por dónde empezar. Antes tenía todo un arsenal, pero era porque…, bueno, adoptaba otra personalidad por las noches, digamos. Me aliviaba disfrazarme de mujer, por así decirlo. En realidad, cuando estaba disfrazada era durante el día. Pero no me traje nada porque quería empezar de cero y quería ir obteniendo el *cispassing* de manera natural, ¿sabes? Gracias a las hormonas, poco a poco. Y yo misma, que, la verdad, siempre he sido bastante andrógina, incluso de muy pequeña.

Irene parecía estar maquinando algo.

—A ver… ¿tú qué vas a hacer después de la escuela?

—Pues tengo tres horas libres hasta que empiece el trabajo…

—Genial, pues nos vamos a ir tú y yo a un *outlet* de Brooklyn donde van todas las afroamericanas de la zona a comprarse el pelo y compramos unas extensiones de clip, de esas que te quitas y te pones. Luego vamos a una tienda que yo conozco de maquillaje y luego vamos a Forever 21 a por modelitos de reina, que es lo que tú eres.

—¿En serio harías eso por mí? ¿Me dará tiempo a volver a Manhattan?

—Sí, nos damos prisa. Es más, la última clase nos la saltamos, que este tío ni se entera.

—Venga, me parece bien. ¿Me esperas, que tengo que ir al cuarto de baño?

—Claro…, y perdona la indiscreción, pero ¿cuál utilizas?

—El de chicos… —dije negando con la cabeza—. No quiero incomodar a nadie.

Y cosas de la vida, no sería en el baño de chicas donde incomodaría a alguien, sino precisamente en el de chicos. Como decía, estaba en un momento en el que mucha gente me identificaba ya como mujer. Aunque yo no me viera bien ni me sintiera segura de mí misma, porque me faltaba ese empoderamiento que lograba a través de la ropa y el maquillaje, parte de la sociedad ya me percibía como lo que yo quería ser.

Y así, dentro del baño de chicos de la escuela, se me acercó un estudiante y me dijo:

—Disculpa, pero este es el baño de chicos, no deberías estar aquí.

Me quedé un poco paralizada, porque era la primera vez que me pasaba.

—Ah, sí, claro. Disculpa, ha sido una confusión.

Abrí la puerta para salir. Irene estaba esperando justo al otro lado.

—¿Ya has acabado?

El chico nos estaba mirando todavía, con la puerta entreabierta, y dijo:

—Tu amiga ha querido encontrar novio y se ha metido al baño de los chicos.

—Sí, tía, ha sido una confusión.

—Ay, de verdad, qué cabeza tienes —dijo siguiéndome el juego—. Anda, tira para el baño que te toca.

—¡Se ha pensado que era una mujer y que me había confundido de baño! —exclamé yo susurrando de camino al otro.

—No, perdona, es que tú eres una mujer y realmente te has metido en el baño que no tocaba. Así que empieza a creértelo ya.

Le di las gracias con voz ahogada.

—No hay de qué: ahora haz pis, que nos vamos de *shopping*.

Trescientos cincuenta dólares fueron suficientes para que mi autoestima, que en esos momentos estaba mermada, pudiera recuperarse y sintiera que había un futuro maravilloso esperándome a la vuelta de la esquina. No digo que ese gasto fuera necesario, que todo el mundo se lo pueda permitir o que haya que buscar la felicidad en las cosas externas. Pero una cosa tengo muy clara: hay que mimarse. Hay que aprender a quererse, valorarse, entenderse. Estudiar qué nos hace felices, por poco que sea. Y convertir en hábito esas pequeñas cosas. Y si yo necesitaba emperifollarme de vez en cuando, debía hacerlo. Mi salud estaba en juego.

Ese día me sentí como cuando a Cenicienta se le aparece su hada madrina y la obsequia con un vestido precioso para el baile de la noche. Irene fue mi hada madrina en un momento en el que no sabía cómo avanzar con mi vida. Me dio las herramientas suficientes para ser la persona que soy ahora, porque desde ese día Daniela jamás se ha vuelto a ir.

30
Mamá, *the bitch is back*

Llegué al trabajo superjusta de tiempo y con tres bolsas cargadas de ropa, maquillaje y extensiones, totalmente emocionada e ilusionada por probarlo todo. Irene me propuso salir esa misma noche, me dijo que me recogería cuando terminara de trabajar, iríamos a ponerme guapa a algún lado y después disfrutaríamos de la noche y los rascacielos de Nueva York.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien, bueno, sin más…, con olor a espaguetis y ñoquis de trufa. Pero no he parado de pensar en cómo me quedarían las extensiones.

—Seguro que te queda bien, es tu color total.

—¿Dónde podemos ir para que me cambie y me ponga divina?

—Tiene que ser algún baño público donde no nos moleste mucha gente.

—Va a ser como un *Lluvia de estrellas*, voy a entrar de una forma y a salir de otra.

—¿Te parece bien aquí? —dijo señalando un McDonald's.

—¿En serio me voy a cambiar en los baños del McDonald's de Times Square?

—¿Por qué no? Compramos un agua y secuestramos el baño un ratito.

—Pero ¿y si alguien lo necesita de verdad?

—No te preocupes, que hay dos, me sé este sitio de memoria.

—*Oh my god…*

—¡Vas a quedar estupenda! Confía en mí.

—Sí, sí, yo confío en ti… —dije, ya sin muchas opcio-

nes, mientras Irene me arrastraba dentro del establecimiento.

Ya dentro del cuarto de baño, ella rebuscó en las bolsas y me tendió un par de prendas.

—Mira, ponte el vestido rosa con estos tacones. Mientras, te voy colocando las extensiones… —Y se puso manos a la obra.

—Con cuidado, que duele un poco.

—Ay, qué quejica eres.

—Amor, es que se supone que vas a ponerme las extensiones, no a hacerme una cirugía de cerebro.

—Ale, ya está, ¡mira qué guapa!

Me miré al espejo. Tenía razón, estaba guapa.

—Ahora un poco de maquillaje.

—Sombra aquí, sombra allá…

—Mírate, estás espectacular, eres una auténtica diosa del Olimpo.

—Y pensar que me hacía falta tan poco para sentirme bella…

Sí, queridos, sí: a veces hay que sentirse bellxs. Y si estáis jodidxs, si estáis pasando por una depresión o por un momento de bajón…, ¿os gustaría preguntaros cuándo fue la última vez que os cambiasteis esos pantalones de chándal con los que os arrastráis por vuestra casa? ¿O cambiasteis las sábanas de la cama? ¿Hace mucho que no os quitáis los pelos de las cejas o del bigote? ¿Cuándo fue la última vez que os pusisteis unos *jeans*, que os cortasteis las puntas del pelo y os pintasteis los labios?

Creedme, por favor. La apariencia exterior va en consonancia con lo que sentimos por dentro. A veces, antes de pedir cita para el psicólogo, hay que probar a darse una ducha, ponerse un poco de máscara de pestañas y salir a comerse el mundo. Solecito y vitamina D.

Y después, por supuesto, si se sigue necesitando, se llama al psicólogo. Faltaría más.

En mi caso, la transformación me ayudó a salir del bache en el que me encontraba. No estaba deprimida: estaba negada. Me estaba negando a mí misma la existencia justo

en el que debería haber sido el momento más feliz de mi transición, el principio. Pero esa noche todo volvió a su cauce. *The bitch was back*.

—Nos vamos por ahí a darlo todo —sentenció Irene—. ¿Has estado alguna vez en el *rooftop* PHD?

—No, nunca.

—Lo imaginaba, te va a encantar. Tiene unas vistas increíbles y está lleno de americanos que se vuelven locos por las latinas como nosotras.

—Pero si somos españolas, tía…

—Ya, pero a ellos les da igual. Somos latinas de Europa, *sexy* latinas…

Fue una noche superespecial, la primera noche de tantas en las que me sentiría realizada: sentía, por fin, que los hombres se acercaban a mí no por el hecho de ser trans, sino por el hecho de ser mujer. Nada más entrar a la discoteca, un grupo de americanos nos ofreció sentarnos con ellos en su reservado, pero rechazamos la oferta: todavía quedaba mucho mercado por ver.

Yo estaba algo nerviosa. Oficialmente, era la primera vez que salía como mujer, obviando aquellas locas noches en Madrid donde era más *drag queen* que mujer propiamente dicha. Me sentía algo insegura por si alguien descubría que era una mujer trans, que apenas tenía pecho o que utilizaba extensiones… Cosas estúpidas de las que años más tarde me sentiré tan orgullosa que las gritaré a los cuatro vientos.

Pero nadie vio nada fuera de lo común en mí, lo cual, por tránsfobo que suene, me dio mucha seguridad, y a los pocos minutos me relajé e Irene y yo comenzamos a beber, bailar, reír y disfrutar de la noche, hasta que, casi cuando nos íbamos a ir, se acercó Erick a hablar conmigo. No era el príncipe de *La sirenita*, pero podría haberlo sido perfectamente: así de guapo era.

—*Hi, cutie*, ¿cómo te llamas?

—Daniela, ¿y tú?

—Yo soy Erick. ¿De dónde eres?

—Soy de España, ¿y tú?

—Boston, pero trabajo aquí, me dedico al mundo financiero. ¿Qué te trae a Estados Unidos?

—Vine para mejorar mi inglés.

—Tu inglés parece bueno, soy capaz de entenderte. ¿Sabes? Tienes unos rasgos muy exóticos, eres muy guapa.

—Muchas gracias. Tú también eres muy guapo. ¿Cuántos años tienes?

—Veintinueve, ¿y tú?

—Veinticinco.

—Aunque la edad es solo un número.

—Sí, desde luego que sí, o eso dicen. Además, soy una chica muy madura.

—Eso me gusta de las mujeres, también transmites seguridad. ¿Te gustaría tomar una copa?

—Sí, claro.

—Perdonad que interrumpa, chicos. —Me cogió del brazo y añadió en mi oído—: Cariño, este chico cañón está buenísimo y está intentando ligar contigo.

—Sí, lo sé, no soy estúpida —añadí yo riéndome y mirando de reojo a Erick.

—Qué suerte tienes, cabrona, y yo a dos velas. Oye, pues como veo que estás en buenas manos, me voy a ir a descansar y ya me cuentas mañana.

—¿Me vas a dejar sola?

—No pretenderás que me quede sujetando una vela, ¿no?

—No, no, claro que no. Pero es que el chico no sabe que soy una chica trans…

—Ya, ¿y? No vas a ir con un cartel en la frente, se ha acercado a hablar contigo porque le has gustado y punto.

—Ya, pero… ¿qué hago?

Sí, ya lo sé, en Madrid y Valencia me lie con un montón de tíos. Parece que mi temor y timidez tienen poco sentido, ¿verdad? Pues no es así. Como os he dicho, ahora estaba transicionando. Era vulnerable. Antes, en España, llevaba una coraza: me follaba a quien quería, vestida de mujer, porque era lo que me hacía sentir bien. Pero en ese momento, esa noche, ya *era* una mujer (aunque lo hubiera sido

siempre). Ahora mi corazón estaba, de un modo u otro, puesto en bandeja enfrente de mí. Había aceptado que aquella iba a ser yo para siempre. Lo que sucediera a partir de ese momento sería real. Y mi *cispassing* iba creciendo tanto que era mucho más fácil que un chico pensara que era una mujer y, si no era abierto de mente, se llevara después un chasco: en los primeros años de mi veintena, por lo general, sabían a lo que iban.

—Pues lo que tú consideres —continuó Irene—, cuando creas que ha llegado el momento, se lo dices. Y si ves que el momento no llega nunca, pues no se lo dices. Ale, me voy, cielo. Disfruta, que la noche es joven.

—Adiós, mi amor, gracias por todo.

—*Bye! Take care of her! She's my sister*.

—Por supuesto que cuidaré de una mujer tan bella como Daniela.

Tras la huida de Irene, Erick y yo estuvimos hablando y conociéndonos un poco más. Cada segundo que pasaba me sentía más atraída por él, y sé que él por mí también, eso se nota. Poco a poco se iba atreviendo con el contacto físico, se acercaba a mí, me ponía su mano en la cintura… Hasta que, finalmente, ¡zas!, se lanzó y me besó. Sí, en uno de los mejores clubs de Nueva York y presenciando el maravilloso *skyline* de Manhattan, me di mi primer beso con un americano. Me sentí como Sarah Jessica Parker con uno de sus ligues amorosos.

Y… tras esos besos y siendo la hora del cierre del club, la propuesta indecente era inminente. Ahora sería yo la que debería decidir qué hacer o qué decir.

—Besas muy bien. ¿Te lo han dicho antes?

—No es para tanto, beso normal…

—No, en serio, las chicas españolas tenéis algo que os hace sexis en todos los aspectos… Vuestro acento, los besos…, hasta los celos.

—Creo que estás muy influenciado por Woody Allen y su película *Vicky Cristina Barcelona* —dije riéndome.

—Sea como sea, no me gustaría que esto se quedara aquí. Pasado mañana me voy durante tres semanas a un

viaje de negocios.

—Podemos vernos a la vuelta, tres semanas pasan volando…

—Sí, es una opción… Aunque me encantaría poder tomarme una última copa contigo esta noche.

—No sé si es buena idea, nos conocemos hace apenas unas horas…

—Si te sientes más segura, podemos ir a tu casa.

—A ver, sí, desde luego que me apetece. Eres guapísimo y he estado supercómoda contigo durante este tiempo, pero hay algo que…

—Tranquila —me interrumpió, y ya no me sentí con fuerzas para seguir—, será solo una copa. Seguiremos charlando y, si te apetece…, te daré algún beso más.

—Bueno, supongo que no hay nada malo en que charlemos un poco más.

Obviamente, yo tenía casi más ganas que él de continuar en una casa, y realmente me daba igual la suya que la mía. Mi única preocupación era que el tío no tenía ni idea de que estaba con una chica trans, y yo no encontraba el momento para decirlo: ¿antes o después de besarnos? ¿Antes o después de llevarlo a mi casa? ¿Cuando nos metiéramos en la cama? Lo único que descartaba era el no decírselo nunca, porque al no estar operada se iba a acabar enterando de todas formas. Bienvenidos a la cruda realidad de una chica trans con *cispassing:* si dices lo que eres, mal, y si no lo dices, peor.

Desafortunadamente, ese escenario me acompañará durante toda mi vida. Aun estando operada y siendo totalmente una mujer, hay algunas personas que opinan que debería llevar un cartel en la frente diciendo todo sobre mí, que no es suficiente con que alguien se sienta atraído por mí física y emocionalmente hablando, que desde el minuto uno he de decir hasta cuál es mi tipo sanguíneo. ¿Acaso yo voy preguntando la vida pasada de las personas a la primera de cambio? Si a alguien le apetece compartir ciertos detalles: adelante, pero es decisión de esa persona cuándo, cómo y dónde. La sociedad da por hecho que todas las mujeres que

entremos en los cánones de belleza establecidos por la sociedad tenemos que ser cisgénero, y no es así. Lo mejor es no dar nada por hecho y ser conscientes del momento social en el que vivimos, de la gran variedad de identidades de género y orientaciones sexuales que hay. ¿Acaso yo me he enfadado cuando un musculitos de metro noventa tenía el nepe del tamaño de la uña del dedo pequeño de mi pie? Lo mejor es no dar nada por supuesto y dejarte llevar por cómo te sientes con una persona.

Finalmente, Erick y yo nos subimos en un Uber en dirección a mi casa. Yo estaba tan excitada como nerviosa por lo que pudiera pasar y porque, por cierto, no tenía absolutamente nada que ofrecerle para beber salvo agua del grifo. Durante el trayecto, él se mostró de lo más cariñoso, y la verdad es que a mí eso me encantaba, sentía como que había encontrado a mi príncipe y que, cuando se enterara de que era una chica trans, le iba a dar igual… ¡Pobre ilusa!

—Pues esta es mi casa, *sorry* por el desorden, es que aquí vivimos cinco personas, y todos somos jóvenes y desastrosos.

—Guau, cinco personas, me recuerda a mi primer año de universidad.

—Bueno, se podría decir que este es como mi año de Erasmus…, más o menos.

—Ya, ya, entiendo. Pero tienes habitación privada, ¿no?

—Sí, sí, es pequeña, pero duermo yo sola. Voy a ver qué tengo de beber… —Fingí que rebuscaba en los armarios—. Vaya, mis compañeros de piso se deben de haber bebido todo, lo único que puedo ofrecerte es algo de agua, así te hidratas y mañana no tienes resaca.

—Me parece una buena idea. Aunque realmente lo que más me apetece es hablar contigo y besar tus sexis labios.

—Desde luego suena muy bien y me encanta cómo lo haces —estaba tan nerviosa que no podía dejar de hablar.

—Ssshhh…, déjate llevar. Disfruta de la noche…

—Eso intento, aunque creo que vas muy rápido.

—¿Ah, sí? ¿Voy muy rápido? ¿No te gusta que te toque tus tetitas? —preguntó mientras lo hacía—. Son pequeñitas

y sexis…

—A ver, no es que no me guste, es que…

Continuó bajando por mi cuerpo con sus manos.

—Venga, déjate llevar, voy a estar fuera tres semanas y tenemos que aprovechar la noche…

—Espera, no toques ahí…

—¿Qué hay ahí? —preguntó ya quieto y de pronto preocupado, mirándome fijamente a la cara.

—Estaba intentando decírtelo, Erick. Soy una chica trans.

—¿Disculpa?

—Sí, sé que es algo que no te esperabas, y probablemente pienses que debería habértelo dicho antes, pero es que no he encontrado el momento.

—Es una información que me hubiera gustado saber antes, sí.

Se separó visiblemente de mí.

—Lo siento, y respeto tu opinión, aunque no la comparta. Solo quiero que sepas que sigo siendo la misma persona que has conocido en el club y que hace unos minutos estabas besando y diciendo que era *sexy*.

—Ya, pero no sabía lo que tenías entre las piernas…

—Tengo pensado operarme, pero todavía me queda un tiempo para poder hacerlo. De todas formas, no es algo que utilice en mis relaciones sexuales, ya que no me identifica.

—Ya, pero teniendo eso, yo no podría hacer nada.

—Se supone que habíamos venido aquí a tomar una copa y charlar, ¿no?

—Sí, pero creo que los dos sabíamos lo que queríamos…

—Bueno, unos más que otros… A la vista está.

—Mira, te propongo algo. Nunca he estado con una chica trans y tú no lo pareces, me sigues pareciendo guapa. Pero es que, estando sin operar…, me da cosa, entiéndeme.

—OK, te entiendo. Pero, entonces, ¿qué me quieres decir?

—Bueno, si quieres me puedes dar unos besitos ahí… Eso sí me gustaría…

Me quedé mirándolo en silencio, petrificada. Volvía a

pasar, una vez más. Bienvenidos a cómo un chico me reduce a un juguete sexual solo por el hecho de ser trans. Resulta que el principito azul se había convertido en rana, en una asquerosa rana que pasó de ser cariñosa a tan solo querer una mamada.

¿Y qué hice yo? Reducirme a mí misma a lo que él quería y acabar accediendo a su propuesta, en parte porque me sentía mal por él (sin tener por qué), y en parte, y no voy a negarlo, porque el tío estaba buenísimo y me apetecía. De nuevo, me conformé, pero no pasaría mucho tiempo antes de que dejara de conformarme para siempre.

Duró un asalto y medio argumentando que la situación era nueva y que estaba algo nervioso, como si a mí me importaran sus baratas excusas. Intenté ser lo más diplomática posible, hablando sobre temas que en ese momento me importaban bien poco, hasta que, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos. A la mañana siguiente, al despertar, fue todo un poco incómodo. Ya no estábamos afectados por la preciada sustancia llamada *alcohol* y todo se vive de otra manera. Fue al baño, le ofrecí agua una vez más y se marchó, me dijo que tenía cosas que hacer. Por supuesto, me dijo que estaríamos en contacto y que me llamaría a la vuelta de su viaje, pero obviamente era tan consciente como él de que eso no iba a pasar, y no pasó. Si algún día lees esto, Erick, te mando recuerdos desde España, de parte del mejor Kinder Sorpresa que jamás has abierto.

En cuanto se fue de mi casa, me fui a dar una ducha, y mientras todavía me estaba enjabonando, pude escuchar el sonido de mi iPhone insistentemente. Irene quería saber que estaba sana y salva. También quería saber qué había pasado con el príncipe.

—*Hello*, muñeca.

—¡Niñaaa! Me tenías preocupada, ¿cómo ha ido todo?

—Tranquila, sigo viva y con los dos riñones, no era un traficante de órganos… Era peor.

—No fastidies, ¿qué ha pasado?

—Nada, básicamente estaba el tío diciéndome hasta cómo iba a ser nuestra luna de miel, y de pronto, por tener

la mano demasiado larga…, descubrió que era trans.

—¿Y qué dijo?

—Bueno… No reaccionó de manera violenta, pero fue algo grosero. En pocas palabras, me dijo que como no estaba operada, no podía tener sexo conmigo, pero lo que sí podía hacer era chupársela, claro.

—¡Será caradura! Le mandarías a tomar por saco, ¿no?

—Más o menos… Al final, accedí. Lo sé, hice mal, pero me apetecía descubrir cómo es el nepe de un americano. Además, había pagado el Uber, me sentía endeudada. —Las dos nos reímos.

—Anda que…, te voy a dar yo a ti. Bueno, lo importante eres tú, ¿cómo te sientes?

Intenté ser honesta.

—Pues…, curiosamente, me siento bien, de verdad, no me ha afectado. Me siento con más ganas que nunca de seguir descubriendo esta ciudad y de aprovechar este año aquí.

—Esa es la actitud, ¡si el mar está lleno de peces! Para empezar, ábrete Tinder, que seguro que alguno te cuadra, y si no, pues hablas con ellos en inglés y practicas.

—¡Buena idea! Por cierto, Irene, me gustaría agradecerte lo que has hecho por mí. Si no llega a ser por ti, seguiría amargada. Has conseguido resucitar a la Daniela que llevaba dentro, tan apagada.

—No tienes nada que agradecerme. Bueno, sí, la próxima noche que salgamos, quiero un chupito de tequila a tu salud.

—Descuida, que nos lo tomaremos.

No mentía. Como os he dicho, algo tan sencillo como unas extensiones y un poco de maquillaje me hicieron darme cuenta del motivo por el que realmente yo había ido a Estados Unidos, que con tanta urgencia por buscarme la vida había olvidado: fui para ser yo misma, para brillar como una estrella y gritar al mundo quién era.

Y gracias a mi hada madrina Irene, pude resurgir, como el ave fénix.

31
Mamá, esta soy yo

Cuando era adolescente, escuchaba a Raquel del Rosario cantar *Esta soy yo* con El Sueño de Morfeo. Años más tarde, gritaba la letra de la canción, sintiéndome empoderada, mientras caminaba por las calles de la Gran Manzana.

Gracias a mi hada madrina, Irene, supe redirigir mi camino y enfocarlo para sacar mi mejor versión, dejando atrás todo lo que en un pasado me atormentaba. Seguí tanto sus consejos que os aseguro que, desde que volví a utilizar las aplicaciones de ligoteo, subieron en bolsa; me había convertido, de nuevo, en la auténtica e indiscutible reina de Tinder y similares. Había días en los que se me solapaban las citas o que empalmaba unas con otras, a veces en el mismo local, y era absolutamente maravilloso, porque por primera vez en mi vida quedaba con chicos en sitios públicos para charlar y conocernos, alejándome de las luces tenues y las relaciones íntimas entre cuatro paredes que no iban a ninguna parte.

Lo cierto es que con la mayoría de los chicos que quedaba no llegaba a ocurrir nada. Simplemente hablábamos y pasaba un buen rato conociendo a una persona nueva: era como ir a clases de inglés con un nativo, con el plus de que, además de ser gratis, te inviten a la copa de vino. Los más atrevidos se lanzaban a besarme, y yo, según cómo tuviera el día, accedía a tener un poquito de pasión o no. Lo que más me gustaba de estas citas era que ninguno de ellos sabía que yo era una mujer trans. Me gustaba no sentirme sexualizada por el hecho de ser quien era y, además, ponía a prueba el nivel de *cispassing* que tenía. Aún recuerdo cómo uno de ellos sospechó que era trans y, mientras me besaba, aprovechó para disimuladamente tocar mi cuello en busca

de una nuez que era difícil de palpar. Como no la encontraba, y no contento con ello, tocó mi entrepierna y se llevó una sorpresa. La curiosidad mató al gato, querido. La verdad es que no se llevó una sorpresa muy grande porque algo intuía: simplemente confirmó sus sospechas. Yo me hice la ofendida a lo *drama queen*, me levanté y me marché sin pagar.

No solo invertía mi tiempo libre en conocer chicos *online*, nada que ver, ya que mi mente no dejaba de crear a la Daniela que soy hoy. Cada día, al salir de clase, me iba a comprar algo de ropa, fantaseando con cómo de bien me quedaría cuando tuviera mi pecho operado y no se me marcara el nepe. El baño del McDonald's de Times Square se convirtió en mi segunda residencia: prácticamente todos los días acudía allí cuando salía de trabajar para cambiarme de ropa y después irme de fiesta a algún rascacielos sofisticado de la ciudad donde lo pasaba en grande y me besaba con unos y otros.

Y justamente fue en el trabajo donde tuvo lugar una de las experiencias más transfóbicas, si no la que más. Un domingo fui a trabajar casi sin dormir, síntoma de que había tenido un muy buen sábado noche. Como ya sabéis, continuaba con la dinámica de ser dos personas en una misma: el *busboy* mientras trabajaba y Daniela el resto del tiempo, algo que, pese a que no me gustaba en absoluto, había aprendido a llevar de la mejor manera posible. Por supuesto, mi jefe era ajeno a lo que sucedía en mi vida privada, ajeno hasta que ese domingo pudo observar en mis ojos restos de maquillaje y esmalte en mis uñas. Os lo he dicho, fue un muy buen sábado y casi no tuve tiempo de quitarme el *makeup*.

—Disculpa, Daniel —me interpeló Alex—, pero no estamos en carnavales.

—Hola —le saludé confusa—. No entiendo, ¿a qué te refieres?

—Llevas los ojos pintados de negro y las uñas de rojo putón.

—Oh, vaya, disculpa, es que ayer tuve una fiesta de dis-

fraces.

No sé si se lo creyó o si ya sospechaba algo, pero no dio pie a seguir hablando. Simplemente, me dio una orden, clara y concisa:

—Ve al supermercado de enfrente y compra algo para quitártelo.

—Sí, claro, ahora mismo.

Mi primera reacción fue la de obedecer a mi jefe malhumorado, como de costumbre. No contemplaba llevarle la contraria; además, estaba de resaca y mi tiempo de reacción ante cualquier situación era menor. Sin embargo, mientras iba de camino al supermercado, algo me hizo ver lo absurdo de la situación, dar la vuelta para enfrentarme a él y explicarle quién era realmente yo. Debía haber estado furiosa, pero en realidad solo quería decirle de qué iba la cosa de una vez y así no tener que seguir escondiéndome, ni siquiera en aquel sitio.

—Hola, Alex.

—¿Todavía no te has quitado el maquillaje? Es la hora del *brunch* y tenemos el restaurante lleno, apúrate.

—No lo voy a hacer, Alex, y tengo una explicación para ello.

—¿Perdona?

—Verás, cuando accedí a coger este puesto de trabajo como *busboy* lo hice porque acababa de llegar a la ciudad y necesitaba dinero, me daba igual cómo. Pero debes saber que soy una mujer, una mujer trans, llevo casi un año tomándome mi tratamiento hormonal…, incluso el pecho comienza a ser visible en mí. Me gustaría, a partir de ahora, poder ser yo misma todas las horas del día, sin necesidad de esconder los restos de maquillaje, y me gustaría que te refirieras a mí como Daniela. Puedo ser la *busgirl* y desempeñar las mismas funciones, nada cambiaría. Al fin y al cabo, y perdona que aproveche, pero el nombre de este puesto de trabajo es algo sexista.

—¿Estás bromeando?

No se lo tomó bien, y el gesto que me dedicaba me hizo cambiar el tono de voz a uno más serio y menos amable.

—No, no lo estoy haciendo, te hablo totalmente en serio.

—Mira, me alegro mucho de lo que seas o quieras ser, y no me voy a meter en eso, pero estamos en una zona financiera de Nueva York, esto no es un barrio gay.

—¡Eso no importa!

—Sí, sí tiene importancia, o por lo menos la tiene para mí, que soy quien dirige este restaurante. Así que si quieres llevar maquillaje y ser Daniela tendrá que ser en otro lugar.

Me quedé atónita.

—¿Me estás despidiendo?

—Eres tú quien se está despidiendo.

—Pero yo tan solo quería…

—Lo siento, pero este no es el lugar para ser quien tú quieres ser. Así que, si quieres, puedes terminar el turno y luego te daré todo el finiquito.

—Muy bien. Así será.

—Ahora, quítate el maquillaje y sal a trabajar, el restaurante está muy lleno.

No lo voy a negar, se me pusieron los ojos tan brillantes como cuando a un niño le quitas una golosina de la mano. No entendía el porqué de esa injusticia, no entendía por qué me estaba pasando eso en Nueva York, en la ciudad de los sueños y de las oportunidades. Pero intenté que por nada del mundo esa brisa de negatividad viniera para quedarse, porque lo que no nos mata nos hace más fuertes, así que sequé mis lágrimas y me dispuse a quitarme el maquillaje que me sobraba.

Ya frente al espejo del cuarto de baño, me miré a los ojos y me quedé un rato pensativa. Y qué creéis, ¿que me iba a quedar de brazos cruzados ante la situación tan injusta que acababa de vivir? De eso nada, monada. Sin dudarlo ni un instante, cogí la bolsa donde guardaba la ropa de fiesta, el maquillaje y las extensiones, y tan rápido como pude me lo puse todo. Sí, Alex, iba a terminar el turno de trabajo y me iba a ir, pero lo iba a terminar a mi manera porque esta soy yo.

Salí al restaurante emperifollada y con el delantal por

encima de mi vestido, y me puse a atender las mesas.

—Daniel, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—¿Me hablas a mí? Estoy trabajando, me has dicho que me diera prisa porque el restaurante está a tope y eso hago.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, habíamos acordado que terminarías tu turno y harías lo que te diera la gana.

—No, habíamos acordado que terminaría mi turno, pero no habíamos acordado cómo lo terminaría. —Él me había dicho que me quitara el maquillaje del día anterior, ¿no?, pero no había especificado que no pudiera ponerme maquillaje nuevo encima—. Daniel no existe, soy Daniela, así que, si quieres que te saque todo el trabajo que tienes hoy, tendrá que ser de esta manera.

—*You fucking bitch* —dijo por lo bajo.

No sé ni de dónde ni cómo saqué las fuerzas para plantarle cara al estúpido y retrógrado de mi jefe, el mismo que, por un momento, me hizo dudar de si escoger Nueva York había sido una buena opción. Por supuesto que lo era, pero personas desafortunadas como él hay en todos los lados.

Ese día me convertí en la comidilla de los compañeros. Todos ellos, sin decirme nada, me mostraban en su mirada que estaban orgullosos del paso que había dado, sus caras mostraban felicidad y pena al mismo tiempo, porque iba a ser el último día que nos íbamos a ver. Pero ese era el camino que yo había escogido, y no solo por mí, sino por toda la comunidad trans que todavía permanece en la sombra.

En cuanto terminé mi turno de trabajo, sentí la misma sensación de libertad que cuando empecé mi tratamiento hormonal. Sabía que ahora ya no habría nada ni nadie que me frenara, sabía que esa Daniela jamás se iría de mi vida. Llamé a Irene para contárselo mientras caminaba por las calles de Manhattan pletórica.

—Tía, lo he hecho. Le he plantado cara a mi jefe y le he dicho que soy una mujer trans y que si me quiere en su equipo me tienen que aceptar tal y como soy.

—¡Ole tú! ¿Y qué te ha dicho?

—Pues… básicamente me ha despedido. Pero ¿tú sabes

lo bien que me he sentido? Ahora ya no hay excusas en mi vida, no hay nada ni nadie que me impida ser yo.

—Tienes toda la razón del mundo. Y el tío ese, menudo retrógrado, si lo pillo yo, no va a tener frío…

—Da igual, no merece la pena, ya se dará cuenta de la trabajadora que está perdiendo. Ahora solo quiero disfrutar, quiero hacer un montón de cosas y recuperar el tiempo perdido estos meses atrás. Aunque me preocupa un poco que me cueste demasiado tiempo volver a encontrar trabajo…

—No te preocupes, esto es Nueva York, siempre hay un roto para un descosido.

—Tienes razón, ¡algo acabará saliendo! Vamos a ser positivas. De momento, lo primero que voy a hacer es volver a recuperar mis agujeros para los pendientes.

Conocía una tienda de tatuajes y *piercings* con un rollo muy alternativo que estaba situada en el Soho. Había escuchado que era bastante cara, pero, bueno, normalmente a la mayoría de las mujeres cisgénero era la matrona del hospital quien les hacía los agujeros de los pendientes. A mí tendría que hacérmelos una tía de Nueva York con mucho estilo.

Saliendo del estudio y con las orejas algo rojas y calientes, fui directa a Five Guys a por una superhamburguesa con extra de queso y beicon con patatas y mucho kétchup. Que les den a las calorías, me lo merecía. Y mientras disfrutaba de ese homenaje al colesterol, se me ocurrió que todavía tenía un fleco muy importante que resolver.

A la mañana siguiente, nada más entrar a la clase, me dirigí a la profesora.

—*Good morning!*

—*Good morning, Daniel!*

—Me gustaría hacer una exposición sobre… una cosa.

—Pero las presentaciones no son hasta dentro de dos semanas.

—Lo sé, pero es importante, muy importante.

—Bueno, si insistes… Pero no tardes demasiado, que tenemos que acabar la lección de los verbos irregulares.

—De acuerdo, lo haré rápido.

Me dirigí al resto de la clase, que tenía la mirada puesta en nosotras.

—*Hello*, compañeros y compañeras. No os preocupéis, todavía no es época de exámenes, esto es tan solo una presentación que hago de forma voluntaria porque necesito compartir algo con vosotros. Hace casi cuatro meses que nos conocemos, con algunos he hablado bastante, y con otros, no tanto. El primer día que llegué aquí hice una breve presentación sobre mí, pero no fue una presentación sincera. Os dije que mi nombre era Daniel, pero en realidad es Daniela. Sí, habéis escuchado bien. Soy una mujer, una mujer trans, y llevo casi un año siguiendo un tratamiento hormonal. Hasta el momento no me sentía con la valentía suficiente para expresarme con todas las personas como realmente soy, pero ayer tomé una decisión definitiva que ha cambiado el rumbo de mi vida. Por eso, a partir de ahora, vendré a clase vestida como yo siempre he querido, utilizaré el baño de mujeres y me gustaría que me tratarais en femenino. Poco más que añadir, tan solo agradeceros que me hayáis escuchado. Gracias, *teacher*, podemos continuar con la clase.

—*Oh my god!* Me he quedado sin palabras, pensaba que simplemente eras muy femenino, pero ahora ya entiendo todo. Quiero que sepas, en nombre de la escuela y en el mío, que cuentas con todo nuestro apoyo. *We support the LGTBIQ+ communnity*.

—Esa es mi chica —susurró Irene en mi oído cuando la profesora hubo terminado—. Bravo, qué orgullosa me siento de ti.

Esa sería la última vez de mi vida que saldría del armario, por lo menos de esa manera. A partir de ese momento comencé a ser quien yo quería ser, y ya nadie tuvo dudas sobre si referirse a mí en masculino o femenino, al margen de que tuviera alguna sospecha o no de que yo fuera una mujer trans.

32
Mamá, y ahora toca *«living* la vida loca»

¿Qué se pensaba Ricky Martin? ¿Que iba a ser el único que podría vivir la vida loca sin dar explicaciones a nadie? Pues no, y tanto que no, puesto que los siguientes dos meses en Nueva York fueron como estar en una constante fiesta donde quise recuperar todo el tiempo perdido y para ello exprimí cada segundo que pasaba por delante. Desayunos, *brunchs*, compras, paseos por Manhattan y fiestas, muchas fiestas… Justo en esas interminables fiestas es donde conocí a algunos chicos guapísimos con los que me besé y tuve sexo. No recuerdo cómo se llamaban, con la excepción de dos: lamentablemente, los que peor me trataron.

Pocos días después de mi liberación, quise celebrar con mis amigas Irene y Silvia dicho acontecimiento, y como la cosa no era para menos, escogimos un lujoso *rooftop* situado en pleno Manhattan, el Monarch Rooftop Lounge. Allí te podías encontrar desde turistas, empresarios de Wall Street de *afterwork*, hasta chicas alocadas como nosotras cuyo único objetivo era pasarlo bien, y si se contaba con la presencia de hombres, mejor que mejor.

—Me encanta el sitio, es ideal. Menudas vistas del Empire State.

—Sabía que te iba a gustar —dijo Silvia—. El dueño es uno de mis clientes, es muy majo y tiene estilo… Lástima que sea gay.

—El sitio es espectacular, sí, casi tanto como el precio de las copas. ¿Habéis visto la carta? —preguntó Irene.

—Madre del amor hermoso… ¡¿Veinte dólares la copa más barata?!

—Chicas, chicas… Esto es Nueva York, es lo que hay. No seáis tacañas.

—Claro, guapa. Tú eres la que más cobra de aquí y con diferencia.

—Y encima ha conseguido la *green card*, la *jodía*. Yo de mayor quiero ser como Silvia.

—Venga, hacemos una cosa, vamos a jugar a un juego… ¿Veis a ese grupito de tres chicos de ahí a la izquierda?

—¿Los lobos de Wall Street? *Oh my god*, me encantan los hombres con traje.

—No paran de mirarnos, así que me voy a levantar y les voy a decir que deben invitar cada uno a una copa a la chica que le guste.

—No te creo… Silvi, no serás capaz… Dios, qué vergüenza.

Se alejó, habló unos segundos con uno de ellos, y empezaron a caminar hacia nosotras.

—Está viniendo con uno de ellos.

—Tierra, tráganos y no nos dejes salir, llévanos al infierno.

—Chicas —dijo Silvia, ya a nuestra altura—, os presento a Liam, mirad qué guapo.

—Hola, chicas bonitas y exóticas.

Le devolvimos el saludo.

—Vuestra amiga nos ha propuesto un juego interesante y a mí me encanta, pero lamento deciros que a mis amigos no tanto.

—Vaya por Dios. ¿Y eso?

—Digamos que son un poco aburridos.

—¿Aburridos o casados?

Liam soltó una sonora carcajada.

—Las dos cosas…

—¿Y tú? ¿Estás casado?

—No, por supuesto que no, soy todo un caballero, no sería capaz de estar con unas mujeres tan guapas si estuviera casado.

—Déjame adivinar entonces… —me atreví a decir yo—. ¿Estás divorciado?

—Bueno, quizá es demasiado pronto para que hablemos sobre mi vida personal.

—Tienes razón —dijo Silvia—, si quieres contarle más sobre tu vida, deberás ser un caballero e invitarla a una copa.

—Será todo un honor… ¿Me acompañas…? —preguntó, dirigiéndose a mí.

—Daniela, mi nombre es Daniela.

—Mucho gusto.

—Suerte, zorra.

Liam era el típico americano que trabajaba en la zona financiera de Manhattan, alto, guapo, apuesto, divorciado, mujeriego y tan simpático como descarado. Menuda joyita, ¿eh? Nos fuimos a una zona algo apartada del *rooftop* donde había más intimidad; no es que estuviéramos solos, pero por lo menos éramos conscientes de que ni sus amigos ni las mías iban a estar acosándonos cual *paparazzi*. Era evidente que le gustaba y que él también a mí, eso se sabe, los dos lo sabíamos. Como hombre de palabra que era, me pidió una copa y, a partir de ahí, iniciamos una educada conversación buscando ambos un mismo objetivo: acabar juntos en la cama.

—Entonces, ¿eres un hombre divorciado?

—Sí, desde hace dos años.

—Ah, bueno, ya hace bastante tiempo. ¿Todo superado?

—Todo más que superado. Pero mejor ¿por qué no mejor hablamos de ti? ¿Qué hace una muñequita como tú por aquí?

—Soy de España, he venido a Nueva York a mejorar mi inglés, tener una experiencia y, sobre todo, pasarlo bien.

—Eso es genial, estoy seguro de que aquí lo puedes pasar muy pero que muy bien. No te costará encontrar con quién…

—¿Cuántos años tienes?

—¿La edad es un problema?

—En absoluto, es pura curiosidad.

—Treinta y ocho, ¿y tú?

—Veinticinco.

Se le iluminaron los ojos al muy cretino. Ups, ¿he hecho *spoiler*? Ya sabéis, no es oro todo lo que reluce.

—Es una edad perfecta, aprovéchala.

—Sí, eso creo y eso trato de hacer.

—¿Sabes? Tienes unos rasgos muy exóticos y bonitos.

—Gracias…

—¿A qué te dedicas?

—Soy periodista, aunque aquí no trabajo de ello. ¿Y tú?

—Gestiono las inversiones de un banco. Es muy aburrido, no te lo recomiendo. ¿Puedo?

—¿El qué?

—Darte un beso.

—Me encantaría.

Y así lo hizo. Tuve mi beso de película, con un americano millonario, en lo alto de un edificio con vistas al Empire State. Qué bonito todo, ¿no?

—¿Te apetece que vayamos a cenar algo y luego nos tomamos una copa en mi casa? Tengo unas vistas maravillosas de Manhattan.

—Sí, claro. ¿Por qué no? Aunque antes me gustaría comentarte algo que creo que querrías saber.

—Por supuesto, adelante.

—Verás…, soy una chica trans.

—¿De verdad?

—Sí.

—Dios, la verdad es que no lo pareces para nada, jamás lo hubiera dicho.

—Lo sé. Pero lo soy.

—Y… ¿estás operada de ahí abajo?

—No, no todavía. Pero espero poder hacerlo pronto.

—Bueno, está bien. Para mí eres una mujer y ya está. ¿Te parece si voy a pagar, al baño y hablamos durante la cena?

—Sí, claro. Y muchas gracias por entenderme.

Me quedé como en una nube, pensativa mientras miraba el Empire State iluminado al tiempo que caía el sol. Estaba realmente sorprendida y halagada de que un chico de esas características quisiera seguir adelante conmigo. Empecé a ponerme nerviosa, porque el chico me había gustado más de lo que creía y sentirme aceptada por él sumaba muchos

puntos. No pasaba a menudo que un ligue de una noche me dejara una marca así, profunda. Que me imaginara no solo en la cama con él, sino fuera de ella también. El Empire State se iba iluminando más mientras el cielo sin estrellas se volvía más oscuro. Un momento, ¿habían pasado más de veinte minutos? Tiempo más que suficiente para que hubiera hecho todas las gestiones que debía hacer.

Me acerqué a la barra para ver si había demasiada cola, pero no había nadie. Después hice lo propio con el baño y pregunté a un chico si había alguien en el de los hombres, pero nada, no había ni rastro de Liam, el americano que por unos minutos me hizo volar de ilusión. Supongo que el miedo a lo desconocido le hizo replantearse qué iba a hacer conmigo y decidió irse sin decirme nada. Un buen *ghosting*, vaya.

Volví adonde estaban mis amigas.

—Nena, ya estás por aquí. ¿Dónde te has dejado al Liam?

—Se ha ido.

—¿Y eso? —preguntaron ambas sorprendidas.

—Es sencillo, simplemente se ha ido después de decirle que soy una mujer trans.

—Pero ¿os habéis besado?

—Sí, claro. Y me ha invitado a cenar, de hecho, estaba esperando a que viniera del baño, pero nunca llegó. Me siento como una de esas amas de casa de las películas cuyo marido se va a comprar tabaco y nunca vuelve.

—Será cerdo el tío. ¡Que le den!

—Vamos que si le van a dar. Que le den, pero bien dado.

—Que haga lo que quiera —dije yo algo derrotada, pero intentando disimularlo—, allá él con su cargo de conciencia, si es que tiene…

—¿Qué os parece —comenzó Silvia, con ganas de levantarme el ánimo— si para celebrarlo nos vamos a cenar *sushi*? Conozco un sitio muy bueno en la 48.

—Me parece una idea magnífica —respondió Irene exagerando su entusiasmo.

—Sí, claro… Es buena idea…

Esa noche parece que mis amigas se hubieran estudiado un libro de *El club de la comedia,* no hacían más que decir estúpidos chistes para sacarme una sonrisa. Sabían que, pese a que no conocía de nada a ese hombre, me había dolido el rechazo. Por supuesto, no era el primero ni iba a ser el último, pero estaba dolida, porque me habían rechazado, una vez más, por mi condición de trans, sin darse tiempo para conocerme. Y sucedía, además, en mi momento más vulnerable: de nuevo, cuando ya había admitido ante todo el mundo ser una mujer. Cuando llevaba un año hormonándome. Cuando mi corazón y mi alma se mostraban desnudos ante cualquiera que me mirara, aunque yo me hiciera la dura. Necesitaba mis horas de reflexión para poder extraer de mi cabeza lo que había sucedido.

Al terminar la cena y pese a la insistencia de mis amigas, me fui a casa: no me apetecía continuar de fiesta ni nada similar. Quería ver un documental, taparme con una manta y disfrutar de esa gélida noche de Nueva York.

Hablando de gélidas noches, un par de semanas más tarde y en plena ola de frío, Irene insistió para que saliéramos a uno de nuestros locales preferidos del Lower East Side. ¿Y por qué no? Estaba sin trabajar y cualquier plan que me propusieran me iba a venir bien, así que allá fuimos mano a mano. Recuerdo que, pese a los diez grados bajo cero de esa noche, yo llevaba un microtop debajo de mi abrigo de pelo, demostrando que soy una auténtica mujer de sangre caliente. Al llegar al local, que estaba abarrotado, por cierto, fuimos el centro de las miradas: parecíamos Sonia y Selena a punto de cantar *Yo quiero bailar*, y teniendo en cuenta eso y mi predisposición con los hombres, no me fue nada difícil encontrar a un chico con el que empezar a hablar. Esta vez era William, un yogurín de veintitrés años que se quedó totalmente hipnotizado al ver la sensualidad que transmitía con mis movimientos de cintura.

—Tú eres muy bonita.

—Gracias, tú también. Aunque creo que soy algo mayor para ti.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco, casi veintiséis años…

—Yo veintitrés, pero no importa.

—Puedo ser tu mami.

—Mejor mi prima lejana mayor.

—Vale, lo dejamos ahí —accedí, riéndome—. ¿Eres de aquí?

—Soy de Florida, pero estudio aquí, ¿y tú?

—De España, como la paella.

—Mmm, qué rica, me encanta la paella…

—Entonces cómeme.

Sí, no me gusta perder el tiempo, ya lo había perdido durante muchos años. Además, dicen que hay que aprovechar cada segundo de la vida, ¿no? Pues eso hacía y hago yo, así que os podéis imaginar que William y yo estuvimos dándonos el lote durante toda la noche y hasta que cerraron el local donde nos encontrábamos. Y es justo en ese momento cuando empieza lo que quiero contaros.

—Vaya, creo que mi amiga se ha ido con un chico.

—Sí, me ha parecido verla irse con el chico con el que estaba. Hace frío fuera y ya nos echan de aquí —fue diciendo mientras salíamos del local. En efecto, hacía un frío que pelaba—. Yo vivo a cuatro manzanas de aquí. ¿Te apetece que vayamos a mi casa? Tengo algo de vino y así estamos calentitos.

—Me encantaría, pero hay algo que debes saber. Lo lamento si te sientes engañado, pero… soy una mujer trans.

—¿Eres trans? —repitió él.

—Sí.

No se lo pensó mucho.

—Lo siento, deberías habérmelo dicho antes. Pero no es lo que estoy buscando. Adiós.

—Adiós…

Eran las cuatro y cuarto de la madrugada a menos doce grados y en pleno Manhattan. Un tío con el que había estado más de cinco horas dándome el lote (algo le habría gustado, digo yo) me acababa de rechazar en diez segundos por ser trans. ¿Y ahora qué debía hacer yo? ¿Llorar? Pues

no, simplemente me fui a coger el metro borracha y algo triste. En cuanto empecé a caminar, se puso a nevar, y todavía me quedaban unos quince minutos para llegar a la boca de metro. Tuve que hacer un cambio de planes porque literalmente se me congelaban las manos y casi no podía ni andar, así que solicité un Uber compartido hacia mi casa. Una acertada decisión de último momento que cambiaría mi rostro de triste a feliz en tan solo tres segundos cuando, al subirme al coche, vi que mi compañero de trayecto era un rubio guapísimo.

Ya sabéis, a rey muerto, rey puesto.

—Hola, qué frío.

—Sí —dijo el conductor—, hoy es una noche muy fría y está empezando a nevar demasiado, en unas horas algunas carreteras estarán cortadas.

—He tenido suerte de coger el Uber a tiempo. Hola, por cierto —dije dirigiéndome a mi compañero de viaje—, ¿cómo te llamas?

—Hola, me llamo John, ¿y tú?

—John Smith, como el de Pocahontas… *Sorry,* estaba bromeando, mi nombre es Daniela.

—¿También vives en Brooklyn?

—Sí, en el 141 de Troutman Street.

—¡No me digas! Yo vivo a dos calles. ¿De dónde es tu acento?

—Tienes veinte minutos para adivinarlo…

—Y, si lo adivino, ¿qué pasará?

—¿La temperatura está a su gusto, chicos? —preguntó el conductor.

—Sí, señor, todo está en orden por aquí detrás…

—De maravilla… —estuve yo de acuerdo.

—Voy a decir Venezuela.

—Error.

—¿Colombia?

—Tampoco.

—No puede ser, estaba casi seguro de que eras de alguno de esos dos países.

—Eso creen muchas personas.

—Venga, última oportunidad… ¿Brasil?

Me reí a carcajadas.

—No tengo las caderas tan grandes para ser de allí y no sé bailar samba.

—Todavía no lo he comprobado… Cómo bailas samba, quiero decir.

—Mejor si no lo compruebas. Venga, te doy una pista, todavía te queda un comodín. Soy europea.

—Descarto el norte de Europa… Así que diría que o Italia o España.

—Caliente, caliente… No sé bailar samba, pero sé hacer paellas. —Como veis, como buena valenciana, tenía la paella en la boca cada vez que ligaba.

—Definitivamente, España.

—*Yesss!* Te ha costado, ¿eh?

—Es que me has despistado mucho, pensaba que eras latina.

Charlamos un poco más, las protocolarias frases sobre estudios y trabajo, y la cosa empezó a subir de tono aún más.

—¿Sabes que tienes una voz muy *sexy*? Tiene un punto así como oscuro, *dark* y *sexy* al mismo tiempo.

—Me lo suelen decir.

—Ya hemos llegado a tu destino, Daniela.

—De acuerdo. Bueno, John, ha sido un placer haberte conocido, ha sido el trayecto en Uber más interesante y ameno que he tenido.

—Lo mismo digo. Aunque… ¿Sabes una cosa? Me bajo aquí contigo y camino hasta casa, quiero disfrutar de los copos de nieve.

Salimos del coche y caminamos unos metros en silencio, listos ambos a dar el siguiente paso, pero pensando en cómo darlo.

—Todavía no me has dicho cuál es mi premio.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Ardo en deseos de saberlo.

Acerqué mis labios a los suyos y… le comí la boca. Me agarró de la cadera para acercarme a él.

—Ahora tenemos tres opciones: que cada uno se vaya a su casa, que me invites a la tuya, o que te invite yo a la mía… ¿Qué te parece?

—Mi madre siempre me ha dicho que no vaya a casa de desconocidos, pero nunca me dijo que los desconocidos no vinieran a la mía… Así que, ¿quieres venir a mi casa?

—Es un placer.

—Genial, ese de ahí es mi portal, vamos.

Entramos, le ofrecí una copa de vino, y no habíamos dado ni dos sorbos cuando ya estábamos por el pasillo de camino a mi dormitorio. Ya en la cama, le dije:

—Por cierto, hay un pequeñito detalle que se me ha olvidado comentarte…

—Cuéntame.

—Soy una chica trans.

—Pequeño gran detalle.

—Sí, es grande, ya que todavía estoy sin operar.

Me miró un segundo pensativo, pero sin retirar su abrazo, y añadió:

—¿Sabes una cosa? No me gustan los hombres, soy completamente heterosexual. Pero te miento si te digo que no he sentido atracción hacia ti desde el principio y que me has puesto a cien. Así que, ¿por qué no? La vida son experiencias y yo soy abierto de mente. Eso sí…, no te ofendas, pero no te la tocaré.

—A ver, por partes. El sentir atracción por mí no te hace ser ni menos hombre ni gay ni bisexual, yo soy una mujer. Y en cuanto mi nepe… Yo prefiero no utilizarlo también; lo primero que haré cuando llegue a España será cortármelo. No lo quiero.

Se rio e hizo una mueca de dolor.

—Uff… Eso me ha dolido hasta a mí al imaginármelo.

—No te lo voy a cortar a ti, ¡de momento!, así que disfruta.

Esa noche, la verdad, me hizo mucho bien. John no estaba todo lo deconstruido que a una le gustaría, pero era de lo mejorcito que había encontrado en mi recorrido sexual como mujer trans. Tuvimos una noche de pasión muy agra-

dable y, pese a lo poco que nos conocíamos, hasta nos dimos cariño durmiendo, lo que me vino genial teniendo en cuenta todos los rechazos que había sufrido en los últimos tiempos.

A la mañana siguiente, y como era de esperar, la cosa era de otro color. El no ir bebidos y, sobre todo para él, asimilar lo que había hecho la noche anterior provocó que la situación fuera tan fría como lo estaban las calles en ese momento, repletas de nieve. No interactuamos demasiado, se vistió, bebió algo de agua y se despidió muy educadamente, ni siquiera intercambiamos redes sociales ni teléfono y, pese a que éramos vecinos de zona, no volví a verle ni a saber nada más de John.

Como os comentaba, estaba en una época de mi vida en la que mi único objetivo era pasarlo bien, salir de fiesta y conocer a chicos. Llevaba una coraza, pero lo cierto era que, ya como mujer reconocida, era mucho más vulnerable de lo que lo había sido en el pasado.

Una mañana, mientras estaba en casa resacosa, me puse a curiosear por Instagram y algo me llamó la atención. Un famoso español estaba de vacaciones en Nueva York y pensé, ¿por qué no? El no ya lo tengo. Así que, ni corta ni perezosa, le envié un mensaje privado recomendándole algunos sitios de la ciudad y sugiriéndole tomar algo si le apetecía. Él es un conocido jinete con fama de mujeriego y un personaje muy susceptible para la prensa del corazón, de la generación X, y las redes sociales le han llegado tarde, algo que me vino bien porque la poca afluencia de mensajes provocó que pudiera leer el mío:

> Disfruta de Nueva York. Es una ciudad mágica y encantadora. Te recomiendo ir a Artichoke Pizza si quieres probar las mejores pizzas de la ciudad. Y si te apetece una copa de vino, me avisas. Por cierto, estás guapísimo.

Muchas gracias. Apunto tu recomendación, me encanta la comida italiana. Y en cuanto a lo de vernos, me encantaría, eres guapísima. He venido con mi

hijo y un amigo, pero creo que podré sacar un hueco. ¿Qué haces esta tarde? ¿Te vienes y tomamos una copa?

Claro que sí, me encantaría. Pero ¿te importa que sea una chica trans? Aún no me he operado.

En absoluto, eres preciosa. Vente y nos conocemos. Te dejo mi teléfono para que hablemos por ahí mejor. Si te parece, quedamos a las ocho junto a la entrada principal de la biblioteca pública de Nueva York.

¡Nunca había sido tan fácil ligar con un famoso! Me puse mi mejor atuendo para esa *first date*. Estaba algo nerviosa, pero al mismo tiempo relajada porque él ya sabía que era una chica trans y que estaba sin operar. Me tranquilizaba mucho saber que no iba a haber sorpresas ni situaciones incómodas.

Cuando llegué, él me estaba esperando y ahí sí me puse nerviosa: era más guapo que en la televisión o que en las revistas del corazón, y superalto. Se le empezaban a notar los años, pero no importaba, tenía un precioso color moreno pijo, de haber estado esquiando en Formigal. En resumidas cuentas: un madurito cayetano que estaba buenísimo. Y, no os quiero hacer *spoiler* otra vez, pero hasta yo me sorprendí de sus preferencias sexuales, así que recordad que las apariencias engañan muchísimo.

—Hola. Veo que has sido puntual.

—Me hospedo muy cerca de aquí —respondió mientras se le iluminaba la cara al verme—, o sea, que era muy difícil ser impuntual. ¿Cómo estás? Eres muy guapa y muy pequeñita. Quiero decir… muy pequeña para ser trans.

—Ya, eso me suelen decir. Mi estatura y complexión física despistan bastante a los chicos, nunca se esperan lo que hay hasta que… ¡sorpresa!

—Menuda sorpresita más rica en forma de bombón.

Me sentí honestamente escandalizada. No por las palabras en sí, que también, sino por el hecho de que vinieran

de boca de este hombre.

—¿Y dónde te apetece que vayamos?

—Pues no conozco muchos bares por aquí, además hay mucha gente y no me gustaría toparme con *paparazzi*, no tienen escrúpulos.

—Dímelo a mí —dije riéndome al pensar que había trabajado en *Cuore* y en *Sálvame*. Pero no se lo confesé, todavía.

—¿Te apetece que vayamos a mi hotel? Estaremos calientes y tengo una botella de vino sin empezar.

—Espero que sea vino blanco, no me gusta el tinto.

—Acerté, a las mujeres os suele gustar más el blanco.

—¿Sabías entonces que iba a acceder a ir a tu hotel?

—Se puede decir que soy un hombre seguro de sí mismo.

Ya en su habitación, nos servimos el vino y di un paseo frente a la cristalera. Era una *suite* enorme. Me agarró por detrás y me rodeó la cintura con los brazos.

—Estoy deseando ver qué es lo que escondes entre las piernas.

—No me esperaba que fueras tan directo.

—¿Por qué no? —metió la mano bajo la falda y rodeó mi miembro—. Qué grande es, me encanta.

Yo estaba alucinando un poco, la verdad. Aquel no era el trato habitual.

—Tienes experiencia con mujeres trans, ¿no?

—Un par…

—¿Sin operar?

—Por supuesto, es lo que os hace especiales, mujeres con una deliciosa sorpresa.

En ese momento, se puso de rodillas delante de mí. Yo me bajé la falda de golpe.

—Casi prefiero hacértelo yo a ti, no me gusta utilizar mi nepe.

—¿No? A mí me encantaría que lo pusieras dentro de mí.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso… Cuando estoy con mujeres como tú, me

gusta ser pasivo.

—Ya, entiendo… Creo que he tenido prejuicios hacia ti y he dado por hecho que no te gustarían ese tipo de relaciones íntimas —me disculpé—. Lo siento, pero no me siento cómoda utilizando el nepe, estoy deseando operarme.

Él volvió a darle un trago a su copa claramente decepcionado.

—No te operes, no lo hagas, perderás todo tu encanto y pasarás a ser una más.

—Eso es precisamente lo que quiero ser —respondí ahora ofendida—, una mujer más, común y corriente. Yo no quiero esto.

—Venga, anímate a hacerlo —insistió rozándose contra mí. Lo del consentimiento y el mutuo acuerdo, ya para otro día. ¿Quién dijo consentimiento cuando se puede convencer? A muchos hombres no les entra en la cabeza—. Así podrás decir que lo has utilizado antes de quitártelo.

—De verdad —sentencié, sin dar lugar a que siguiera insistiendo—, prefiero que no. Si quieres podemos terminar de otra manera, o si solo quieres esa, mejor me voy.

—Bueno, lo hacemos como si fueras una chica sin sorpresa, pero me había hecho ilusiones…

—Lo siento, pero es que de verdad que no me gusta nada de nada. Me provoca malestar el solo hecho de pensar en utilizarla.

Ya dándose por vencido, nos metimos a la cama y continuamos teniendo sexo de la manera tradicional, ignorando la existencia de mi miembro. El jinete tenía tanta experiencia con los caballos como con las mujeres trans; aunque dijera que solo había estado con «un par», se veía a leguas. Traté de olvidar lo que había pasado y dejarme llevar y disfrutar. No había ningún problema con que a él le gustaran las mujeres trans sin operar y que son activas (más allá de que, claramente, lo mantenía oculto): simplemente yo no me sentía cómoda manteniendo ese tipo de relaciones. Uno, porque no me gustaba utilizar mi nepe, y dos, porque sentía que el chico estaba conmigo solo por morbo y fantasía sexual: de algún modo, me sentía utilizada. Como os he di-

cho, me sorprendieron mucho sus preferencias en la cama, no me lo esperaba viniendo de un hombre como él. Pero tenía la suficiente experiencia como para saber ya que, cuando lo mantienen en el anonimato y de puertas para fuera parecen tan machotes, lo que sienten es morbo y fetichismo. Y yo ya estaba cansadísima de encontrarme tíos así.

Tras acabar, estuvimos un rato más charlando. Yo le insistí en que lo primero que haría al volver a España sería operarme.

—Bueno, si lo tienes tan claro, adelante… Debe de ser cara esa cirugía, ¿cuánto vale?

—Pues por suerte en España lo cubre la Seguridad Social, lo que pasa es que no estoy segura de si me lo haré allí o por lo privado, con un doctor de confianza. En tal caso, el precio ronda los veinte mil euros.

—Guau, es un buen pellizco.

—Lo es, pero se trata de mi felicidad. Hay quien se compra coches carísimos y yo compro mi felicidad, el poder mirarme al espejo y ver lo que yo quiero ser.

—Entiendo perfectamente. ¿Y a qué te dedicas?

Esta vez era su turno de sentirse sorprendido:

—Soy periodista, aunque aquí no estoy trabajando de ello.

—¿No me digas? No serás de estas del corazón, ¿no?

Disfruté muchísimo de su cara de acojone, perdonadme la expresión, cuando comencé a afirmar con la cabeza con sonrisa malévola.

—Sí, mi último trabajo fue en *Sálvame Deluxe*.

—¡¿No jodas?! ¿De verdad?

—Sí, no miento.

—Oye, no vayas a decir nada, ¿eh?

Pude ver que su vida entera estaba pasando por delante de sus ojos.

—No, tranquilo. Si algún día me hago famosa, no será por contar con quién me he acostado. Quizá escriba algún libro dentro de unos años y dé pistas, pero nada más —terminé a carcajadas.

—Bueno, confío en ti. Además, es que ahora mismo ten-

go pareja, y claro…

—Tranquilo, no diré nada —sentencié, esta vez en serio.

—Gracias —dijo él, parecía que algo aliviado.

—Bueno, pues creo que es hora de irme, he quedado para cenar y, además, en poco llegarán tu hijo y tu amigo.

—Sí, tienes razón. Ha sido un verdadero placer. Nos vemos pronto.

En términos generales diría que me podría haber ahorrado esta cita, ni siquiera la erótica del poder consiguió que saliera satisfecha de allí, por muy famoso y guapo que fuera el jinete. Me sentí simplemente su juguetito sexual por ser trans, por eso no me gusta decir que lo soy al principio de conocer a alguien, para que no me cataloguen o me metan en un saco de vicio y perversión. Quiero que me conozcan a mí, a Daniela, como persona que soy y al margen de todo lo demás. Y ya, con el tiempo, contarles ese pequeño matiz sin importancia.

En fin, *c'est la vie*, chicas, las que somos así tenemos que aprender a convivir con ese arma de doble filo: por un lado, si decimos que somos trans, visibilizamos al colectivo y eso es positivo, pero al mismo tiempo, y a nivel personal, nos puede perjudicar. No os preocupéis que, poco a poco, ¡todo cambiará!

33
Mamá, hagamos un aquelarre

Cuando era pequeña solía ver a menudo la película *Jóvenes y brujas*. Me encantaba imaginar que era una de ellas y que tenía superpoderes, todos ellos para hacer el bien, por supuesto. Recuerdo que repetía una y otra vez aquello de «tierra, aire, fuego y mar…», pero la verdad es que no surtía ningún efecto. Sin embargo, años más tarde y al otro lado del charco, recuperé a la brujita que tenía dentro de mí para depositar todas mis energías en ella e intentar cambiar el rumbo de los acontecimientos.

Llevaba casi dos meses de picos pardos, saliendo de fiesta, conociendo a chicos que no me aportaban más allá de un par de noches y lo más preocupante…, desempleada. Es cierto que, entre tanta discoteca y tanta cita con chicos, también entregaba currículums a algunos restaurantes e incluso hice alguna entrevista, pero la cosa no llegaba a ningún lado porque yo en ese momento no estaba entregada a conseguir trabajo, sino a disfrutar de la ciudad.

No noté la falta de trabajo hasta que, al cabo de ese par de meses, la cosa se empezó a poner algo turbia cuando tuve que hacer un pago de la escuela junto al del alquiler de la habitación. En ese momento revisé mi cuenta bancaria: me quedaban doscientos dólares. Lo primero que pensé fue que o encontraba trabajo ya o tendría que volverme a España mucho antes de lo previsto y (literalmente) con el rabo entre las piernas, algo que no quería por nada del mundo. Así que me puse manos a la obra, esta vez de verdad, y tan pronto como pude me fui a imprimir un buen fajo de currículums para empapelar todo Nueva York con mi cara. Esta vez opté por probar en el barrio de Bushwick, que además me pillaba muy cerquita de casa.

Entre restaurante y restaurante encontré una tienda con una estética algo *creepy* que me llamó la atención. Su nombre era Catland y como subtítulo decía *witch shop*, «tienda de brujas». Allá que fui. Al entrar, respiré un aura diferente, el vendedor era un hombre mayor, con sobrepeso, calvo y con las uñas muy largas y negras. En la tienda se vendían desde barajas del tarot, libros, velas, hasta patas de gallina reales. Sentía tanto miedo como curiosidad, pero al final decidí entablar conversación para resolver todas mis dudas.

—Hola, buenos días.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarla?

—Pues la verdad es que sí, ando un poco perdida, iba paseando y me he encontrado con la tienda de casualidad.

—No hay nada que sea casual en la vida, querida —me dijo el vendedor—. ¿Qué te trae por aquí? Te noto preocupada.

Le abrí el corazón como si fuera un amigo de toda la vida. Él escuchó atento, aunque supongo que ese era su trabajo: que pareciera que le importaba. Le conté que mi búsqueda de trabajo iba mal y, sobre todo, que en cuestiones del amor tampoco era para echar cohetes.

—¿Cuál es tu horóscopo? —me preguntó.

—Soy sagitario.

—Puro fuego y muy impaciente, ¿eh?

—Bueno, eso dicen…

Estuve un rato allí oyéndole hablar sobre el poder de las velas y de unos aceites que tenía. Yo creo que me dejé llevar más por la emoción y el misticismo que porque realmente me creyera todo aquello, pero el caso es que salí de allí tras gastarme treinta pavos de los doscientos que me quedaban en velas de colores y el producto líquido aquel que debía echarme también por los brazos y el cuello. «Ya verás cómo atraerás todo lo que te propongas», me había dicho el vendedor.

«Pues a ver si es verdad», me dije ya en casa mientras hacía todo el ritual que me había explicado el hombre. Realmente puse todas mis esperanzas en él y estaba convencida de que surtiría efecto. Así de mística y espiritual soy.

Guiño, guiño.

Pues bien, sé que os puede parecer descabellado o que pensaréis que estoy exagerando. Pero no habían pasado ni treinta minutos desde que encendiera las velas cuando el teléfono vibró con un mensaje de WhatsApp de una persona del pasado.

Hola, Daniela. ¿Cómo estás? Veo que muy guapa por las fotos. Sé que hace tiempo que no hablamos, pero te sigo por las redes y me gusta verte feliz. Quería decirte que tengo un torneo en Washington la próxima semana y había pensado en hacer parada en Nueva York para verte.

¡Mi tenista buenorro! Uno de los (muchos) *amores* de mi vida.

Hola, ¡cuánto tiempo! Estoy bien, ¿y tú qué tal? Había pensado alguna vez en escribirte, pero no quería molestarte, no sabía si tú ibas a estar receptivo y, además, veo que tienes novia, ¿no?

Puedes escribirme cuando quieras, y sí, tengo novia. Pero me gustaría verte, la verdad.

Pues si tú quieres, yo también, la verdad. Así que ya me confirmas a qué hora tienes los vuelos y demás.

¿Sabes de algún hotel cerca de tu casa?

Estás bobo, ¿no? Tú te quedas conmigo, en mi casa y en mi cama.

Lo suponía, ja, ja, ja, pero no quería dar las cosas por hecho. Te escribo en cuanto tenga los vuelos y te confirmo hora de llegada.

Genial. Me alegro de haber hablado contigo. Un

beso.

Otro para ti, preciosa.

¿Os acordáis de él? Hacía tiempo que no hablaba ni me veía con él, pero sin duda era uno de los chicos más especiales de mi época loca en Madrid, y no solo porque en la cama funcionáramos muy bien, sino porque fue de los primeros chicos que supo ver a la mujer que había en mí y que me trató como tal. Además, nuestra relación evolucionó de algo tan simple como morbo por su parte, por experimentar con una chica como yo, a encontrar en mí a alguien especial y decidir hacer una parada en Nueva York para estar conmigo.

Por si no tuviera suficiente con el mensaje del tenista, a las pocas horas me llamaron de uno de los restaurantes donde había echado el currículum para hacerme una prueba.

Y ¿sabéis qué conclusión saco yo de todo esto? Que, de vez en cuando, hay que creer en la magia. Ese día yo no daba crédito a todo lo que estaba sucediendo. Desde entonces, definitivamente yo sí creo en la magia, en las energías, en el pensamiento positivo y en el poder de atracción, y desde aquí te vuelvo a dar las gracias, universo, por todo lo que has hecho por mí todo este tiempo.

34
Mamá, ¿sabías que no es bueno ilusionarse?

El poder de la magia había conseguido no solo que me dieran la oportunidad de hacer una prueba en un restaurante, sino que además… ¡me habían cogido!, por lo que aquellas preocupaciones que tenía semanas atrás se esfumaron por completo. Volvía a tener una rutina, una estabilidad económica y, lo mejor de todo, mi tenista aterrizaba esa misma tarde para pasar una noche mágica conmigo.

Me compré un supermodelito para esa noche. Él llegaba sobre las siete y cogía un taxi hacia mi casa, donde yo le esperaría toda emperifollada para ir a cenar y, después, a tomar una copa.

—¡Por fin has llegado!

—Lo siento, había algo de tráfico.

—Es hora punta en la ciudad…

—Qué casa tan grande.

—Lástima que la comparta con otras cuatro personas. Aunque no la habitación; es esta, puedes dejar tus cosas aquí.

—Genial. ¿Me puedo dar una ducha? He sudado en el viaje.

—Pues claro, ten esta toalla.

Empezó a quitarse la ropa ahí mismo, conmigo delante, y en vez de apartar la mirada, me quedé mirándole.

—Oye…, ¿estás mirando cómo me cambio?

—Estoy analizando tu cuerpo, hace tiempo que no lo veo. Estás más bueno, digo moreno, ¿estás-más-moreno? —Se me había trabado la lengua.

—Y más fuerte… Estoy entrenando mucho últimamente.

—Ya veo, ya.

—¿Te quieres dar una ducha conmigo?

—Me acabo de duchar, el pelo y todo…

—Pues luego te lo secas de nuevo.

—Bueno, si insistes…

Entre ese hombre, qué digo, ese dios griego, y yo había una atracción y una química sexual brutal, nada más vernos solo queríamos comernos enteros el uno al otro y, francamente, es lo que hicimos, aunque muy a mi pesar luego tuviera que volver a secarme el pelo y maquillarme de nuevo, ¡qué pereza!

Después de aquel calentón continuamos con el *planning* inicial, que era el de salir a cenar y tomar una buena copa de vino disfrutando de uno de los mejores *rooftops* de la ciudad. Después de la cena, la conversación se volvió cada vez más profunda y, ya sabéis lo que dicen, «solo los niños y los borrachos dicen la verdad».

—Estás muy guapa, ¿sabías?

—Gracias, soy como el vino que nos estamos bebiendo, mejoro con el tiempo. —Me reí—. Es broma, pero es normal, me conociste en una etapa muy temprana de mi transición y lógicamente ahora estoy más guapa y más mujer.

—Tienes razón, pero para mí siempre has sido la misma mujer. Desde el momento en que te conocí vi la mujer que había dentro de ti, tus movimientos, tus gestos, tu forma de hablar, de besar…, no tuve dudas. Y claro, cuando te operes serás una bomba.

—Siempre has llevado lo de mi nepe tan mal como yo.

—Porque no me atraen nada, solo me atraes tú.

—Y a mí me atraes tú no solo porque eres precioso, físicamente, quiero decir, sino por cómo eres por dentro.

—Gracias. Oye, la verdad es que el sitio es espectacular, has tenido buen ojo. Voy a hacer una foto para colgarla en mi Instagram.

—¿Y tu novia no dirá nada?

—Solo del *skyline*.

—Ah, vale, ya decía yo.

—Esto tiene que ser un secreto entre los dos, ya lo sabes…

—Sí, soy consciente de ello y, aunque me joda, acepto

las reglas del juego. ¿Sueles hacer esto mucho?

—¿Estar con otras chicas?

—Sí.

—Nunca, te prometo que nunca. Pero contigo es especial, Daniela. Podría estar con muchas mujeres, de verdad, soy tenista y en los torneos es muy fácil ligar, pero yo quiero a mi pareja.

—¿Entonces? Es contradictorio.

—Lo sé, pero es que tú eres especial y contigo no lo considero infidelidad, es algo extraño.

—Desde luego que es extraño. Y si soy tan especial, ¿por qué apareces y desapareces como si nada? Para mí también eres especial y no es nada fácil gestionar todo esto.

—Lo siento. Sé que no está bien, pero es algo que no controlo. Sinceramente, es como si tuviera una lucha interna conmigo mismo por lo que siento y por lo que debo hacer…

—Ya sé por dónde vas, es la misma historia de siempre.

—No quiero que te sientas mal, Daniela, pero es algo que no puedo controlar. Vengo de un mundo muy diferente al tuyo, donde hay muchos prejuicios y la gente es muy cerrada de mente, incluso mi propia familia…

—¿Alguien sabe que tú y yo nos hemos conocido?

—No, nunca he dicho nada a nadie. Sé que mi padre no estaría orgulloso de mí y su opinión, para mí, es muy importante.

—Pero entonces nunca serás feliz.

—Sí, lo seré. Pero de otra forma y con otra persona.

Estaba dolida. Di un sorbo a mi copa para tener tiempo para recuperarme y que no se notara, pero no podía simplemente hacer como que no habíamos tenido esa conversación. Así que, al final, dije:

—¿Y ahora pretendes que vayamos a casa y tengamos sexo como si nada?

—Vamos a hacer lo que tú quieras, yo con verte y estar contigo aquí ya me quedo tranquilo.

—Me siento utilizada. Siento que tienes una novia a la que expones públicamente ante tu familia y tu mundo en

general, y luego quedas conmigo a escondidas, como si fuera un bicho raro. ¿Y sabes qué es lo peor? Que siempre he sabido que volverías y que sentías algo más por mí.

—Pues claro, aunque no te hablara te seguía por redes y estaba pendiente de todos tus pasos. Pero es complicado y…, lo siento mucho, pero sé que jamás daré ese paso.

—Entiendo. Bueno, no, no entiendo, pero simplemente acepto. ¿Qué otra opción tengo?

—¿Te puedo besar?

—Sí, claro…, aunque sé que no van a llevar a ninguna parte estos besos.

—Te equivocas, estos besos van a mi corazón, de donde nunca se irán.

—Qué romántico te has vuelto.

Nos besamos un rato y no dijimos nada más por unos minutos. Terminamos las bebidas y dije:

—¿Nos vamos a casa? Estoy algo cansada.

—Sí, claro. Lo que la señorita mande. Además, mañana cojo el vuelo temprano, mejor descansar pronto hoy.

—Genial, pues voy a pedir un Uber.

Esa noche no tuvimos sexo. Creo que los dos sabíamos que no era lo más acertado después de la conversación que habíamos tenido, y aunque a mí personalmente no me faltaban ganas, sabía que cuando él se fuera me iba a sentir mal y utilizada, así que, puesto en una balanza, no me compensaba. Dormimos toda la noche abrazados, dándonos cariño, compensando todo el tiempo que llevábamos sin vernos y, sobre todo, compensando el tiempo que íbamos a estar sin vernos de nuevo, porque como era de esperar, después de esa mágica noche, el tenista volvió a dejar de dar señales de vida, como si se sintiera mal por lo que había hecho o por tener sentimientos hacia mí.

35
Mamá, me confieso: me gustan los cayetanos

Nada mejor para olvidar a mi tenista que salir de fiesta en busca de otro hombre para ahogar las penas, siempre en compañía de mis amigas Silvia e Irene, *of course*. Esa noche decidimos unirnos a una fiesta que se había publicado en un grupo de Facebook llamado «Españoles en Nueva York», conformado en su mayoría por gente joven que estaba estudiando o trabajando en la ciudad y que, como buenos españoles, adoraba la fiesta. Así que allí que nos fuimos las tres mosqueteras a ver qué se cocía: nos apetecía un poco de producto nacional, estábamos cansadas de tanto guiri.

—¡Madre mía!, esto parece un mitin del PP —exclamó Silvia nada más entrar al sitio—, está lleno de «peperonis».

—La Feria de Sevilla —dijo Irene.

Yo estaba que me subía por las paredes.

—Me encantan, este es mi público objetivo. Esta noche triunfo.

—Vamos a esa esquina, que hay un hueco para las tres —dijo Silvia—. Vosotras dejadme a mí que yo os gestiono la noche, voy a ser vuestra celestina.

—Cuidadín, que tú estás casada.

—Yo solo tonteo, pero nada más.

—Sí, claro, como si no nos conociéramos —y añadí mirando a ninguna parte—: Esta ni tiene vergüenza ni la conoce.

—Bueno, pasemos a la acción.

—Ay, madre, ya empieza.

Silvia saludó a unos chicos y cogió a dos por los brazos y nos los acercó.

—¡Hola, chicos! Os presento a mis amigas Daniela y Silvia.

Eran dos cayetanos de pies a cabeza. Uno de Madrid, el otro de Granada. El de Madrid, ni corto ni perezoso, me miró y me dijo:

—Eres muy guapa.

—Uy, uy, uy… Aquí hay tomate.

El chico la ignoró y se acercó a mí de manera que quedáramos fuera del círculo. Irene y el otro ya estaban hablando, y Silvia se fue por ahí a dar una vuelta.

—Parece que a mi amigo le ha gustado tu amiga.

—Eso parece. Pero es bueno, ¿no?

—Es maravilloso, la noche es joven.

—¿Y a ti qué?

—¿Qué de qué?

—Que quién te ha gustado.

—Creo que es evidente, ¿no?

—Sí, lo he sabido desde el primer momento por cómo me has mirado, pero solo quería una confirmación.

—Es imposible no mirarte, vas espectacular. Me has llamado mucho la atención.

—Gracias, tú también eres muy guapo. ¿A qué te dedicas?

—Soy chef en un restaurante español.

—Ah, qué guay. Supongo que lo fácil sería decirte que me gustaría probar alguna de tus comidas.

—Es lo que me suelen decir, sí. Pero es tan fácil como venir a mi restaurante.

—En ese caso, lo haré, y seré totalmente sincera con mi opinión. Soy muy exquisita con la comida.

—Aunque puedo ofrecerte algo mucho mejor.

—¿Ah, sí? Cuéntame.

—Tengo una moto. Podría darte una vuelta en ella y pasar por el puente de Brooklyn, seguro que nunca lo has hecho.

—La verdad es que en moto nunca, y es algo que me encantaría.

—Podría ser esta noche, si quisieras, pero antes debes responderme una pregunta.

—Adelante —le die pie tan tranquila, siendo esta vez yo

la que no se imaginaba lo que le iban a preguntar.

—¿Eres trans?

—¿Perdona?

—Eso, que si eres trans. No te ofendas, pero lo he notado nada más verte.

—No, si no me ofendo, simplemente me llama la atención que lo hayas notado.

—Digamos que tengo ojo.

—Eso es que has tenido experiencias, ¿no?

—Quieres saber demasiado…

—Lo tomaré como un sí.

—A mí es algo que no me importa, te veo muy guapa.

—Es curioso que no te importe, llevando la banderita de España en la mano y el pelo tan repeinado.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó fingiendo que se ofendía.

—Nada, son prejuicios míos, supongo. Solo falta que me digas que eres, ya sabes, del partido ese de extrema derecha.

—Pues sí, lo soy. Y por cuestiones de sangre, además. No te voy a decir de quién soy familia, porque te caes para atrás.

—No te creo.

—Lo único que te pido es discreción, mi amigo no se ha dado cuenta de que eres una chica trans.

—Tranquilo, que no llegará a oídos de tus amigos ni de tus familiares.

—Bueno, negaré cualquier cosa que pase entre nosotros a partir de ahora.

—Qué listo eres. Algún día seré famosa, más guapa todavía, y rogarás acostarte conmigo de nuevo. Y yo te diré: «Pues ahora no, guapo».

—¿Tan segura estás? Si no nos hemos acostado todavía.

—Sé que te voy a gustar. Y me imagino que si estás aquí hablando conmigo sabiendo lo que sabes, es porque también te gusta lo que todavía tengo entre las piernas. Aunque no lo tendré por mucho tiempo.

—Eres una chica guapa e inteligente. Tenía dudas de si

estabas operada, aunque suponía que no, porque tienes muy poco pecho.

—Chico listo.

—¿Quieres que te dé la vuelta en moto?

—¿Ya?

—¿Para qué alargar algo que va a acabar pasando?

—Bueno, tienes razón. Además, tienes suerte, porque hoy me has pillado receptiva.

—Entonces hoy es mi día de suerte. Venga, vamos.

No mentía: me regaló una experiencia que nunca había tenido hasta el momento y que fue superagradable. Ahora ya puedo decir que paseé en moto por el puente de Brooklyn agarrada a un chico y sintiéndome como Babi en *Tres metros sobre el cielo*. Y en cuanto al sexo que tuvimos…, sin más, estuvo bien, pero ya sabéis que no me gustaban los chicos que interactuaban con mi nepe, y este tenía demasiada curiosidad. Por suerte no me pidió lo mismo que el jinete. Pero si algo tenía este peperoni es que era gracioso y descarado y, oye, hay veces que eso compensa el resto. Pese a que sabía que no íbamos a llegar a nada más y no me terminaba de gustar en el sexo, quedé con él alguna que otra vez más: por supuesto, todo con la mayor de las discreciones.

Y de cayetano en cayetano, y tiro porque me toca… Y de tenista en tenista, y tiro porque me toca también. Sí, como lo estáis leyendo, y no es que mi tenista volviera a dar señales de vida (para eso todavía faltaba mucho tiempo), sino que me pasó algo mucho más divertido.

Era agosto en Nueva York y se estaba celebrando el Open de Tenis con jugadores venidos de todas partes del mundo. Interesante, ¿verdad? Casualmente, un antiguo conocido periodista llegó a la ciudad para cubrir el evento y me invitó uno de los días.

—¡Hola, Daniela! ¿Cómo estás? Por redes ya veo que bien, me alegro de verte feliz. He venido a Nueva York a cubrir el Open de Tenis, tengo pase para dos personas y me preguntaba si querías venir conmigo.

—¡Hola, Adri! Qué alegría saber de ti. Pues me encanta-

ría ir contigo. ¿A qué hora es?

—Empieza a las doce de la mañana durante los siguientes cuatro días.

—¡Uff! Imposible, porque a esa hora trabajo.

—Vaya… Bueno, al menos lo he intentado.

—Desde luego. Pero podemos vernos después si quieres.

—Claro, es verdad. De hecho, me acabo de acordar de que el jueves por la noche hay una fiesta privada en Soho Manhattan. ¿Te apetece venir?

—Por supuesto que sí. Ya sabes que me encantan los jaleos. Pero solo te pongo una condición… No le digas a nadie que soy trans.

—Claro, eso es cosa tuya, yo ya sabes que no me meto con la privacidad de cada uno.

—Gracias, es que nunca se sabe a quién se puede una encontrar por ahí…

—Pues ya te digo yo que a muchos tenistas sedientos de pasarlo bien, así que ponte guapa. Te escribo el jueves para confirmarte hora y lugar exacto.

—¡Perfecto! Un beso.

Fui dispuestísima a disfrutar de la noche. Me quedaban apenas dos meses para volver a España y me negaba a perderme cualquier oportunidad de pasarlo bien.

El ambiente de la fiesta era algo elitista para mi gusto: era normal, estaba repleto de tenistas famosos de todo el mundo junto a modelos altísimas y guapísimas. Y allí estaba yo, con mi copa en la mano y hablando con todo el mundo.

—El sitio es espectacular, desde aquí se ve el World Trade Center de maravilla.

—¿Nunca habías estado? El año pasado también fue aquí la fiesta y el anterior fue en Soho Dumbo, se veía todo el *skyline* de Manhattan.

—Y supongo que en este tipo de fiestas todo el mundo acaba ligando.

—Todo el mundo menos yo.

Nos reímos fuertemente los dos.

Adrián era un periodista de unos cuarenta y cinco años, heterosexual y tan simpático como poco agraciado, de esos

que saben que tienen tan pocas posibilidades de ligar contigo que ni lo intentan, por eso siempre se queda con el rol de «mejor amigo».

—Bueno, nunca se sabe, Adri, siempre hay un roto para un descosido. Igual con una modelo de Victoria's Secret, no, pero hay muchos peces en el mar.

—Déjate de costuras y de peces, yo estoy muy bien con mi cámara y mis artículos.

—¿Quién es ese morenazo? —pregunté apuntando a un madurito que me había dejado con la boca abierta.

—Es un antiguo tenista español, ahora entrenador de ese chico que está a su lado, que es uno de los mejores tenistas en la actualidad.

—Y que también está de toma pan y moja.

—Sí, suele ligar, aunque creo que tiene mujer.

—Bah, pamplinas, son todos iguales, unos infieles.

—Eso es verdad… Pero te diré que yo valgo más por lo que callo que por lo que cuento.

—Ay, disimula, me está mirando el entrenador de Pablo, ¿verdad? ¿Estoy guapa?

—Tú siempre estás guapa, Daniela.

—Vale, vamos a la barra a pedir y así me acerco a él a ver si me dice algo.

—Yo los conozco. ¿No será mejor que te los presente?

—Pero no les digas que estoy trabajando en un restaurante, diles que soy corresponsal de alguna revista o algo.

—Bueno, yo te los presento y de mentir ya te encargas tú.

Nos acercamos a ellos. Adrián les dio la mano a ambos mientras se saludaban.

—Enhorabuena por el partido de hoy, lo habéis hecho muy bien.

—Podría haber estado mejor, pero estamos contentos con el resultado.

—Por cierto, tío, no recuerdo tu nombre —dijo dirigiéndose al entrenador.

—Me llamo Carlos.

—Eso es, sabía que eras el entrenador de Pablo, pero no

recordaba el nombre. Por cierto, ella es mi compañera Daniela.

—¡Hola, chicos!

—Un placer.

Nos dimos los dos besos de rigor. Estábamos en Nueva York, pero no dejábamos de ser españoles.

—¿Para qué medio trabajas?

—Estoy en la revista *Cuore*.

—No sabía que *Cuore* cubría eventos deportivos.

—Bueno, realmente he venido a cubrir eventos de cine y moda, pero me llegó la invitación a esta fiesta y… no podía decir que no.

—Esa es la suerte de los periodistas, que nos llegan invitaciones por muchas partes —intervino Adrián.

—¿Y de dónde eres?

—De Valencia, aunque vivía en Madrid.

—Yo vivo en Valencia, seguro que tenemos amigos en común.

—Seguramente, aunque mejor no indaguemos, no sea que nos llevemos una sorpresa —y prorrumpí en carcajadas.

—¿Me disculpáis, chicos? Voy a hablar con una conocida —dijo Pablo, y se marchó sin más.

—Sí, a mí también, voy a gastar un poco de batería de la cámara y a hacer unas fotos interesantes —dijo por su parte Adrián.

Me quedé mirándolos a los dos atónita.

—¿Nos han dejado solos a propósito?

—¿Encerrona?

—No creo, ¿no?

—Bueno, Pablo conoce muy bien mis gustos y con una mirada nos lo decimos todo.

—Vaya, entiendo…

Os contaría de qué estuvimos hablando, pero francamente no me acuerdo del todo bien. Algo irrelevante, seguro, pero básicamente hicimos tiempo mientras nos emborrachábamos para acabar besándonos. Él me invitó a su hotel de lujo, donde se hospedaba junto al resto de los tenistas y entrenadores.

—Esta es la habitación —me dijo al cabo de un rato, ya dentro.

—Es más grande que mi salón. ¿Y aquí estás tú solo?

—Sí, para los deportistas es muy importante relajarse y descansar bien.

—Pero ¡si tú no juegas!

—Para los deportistas y sus entrenadores —aclaró riéndose—. Oye, hay muchísima humedad aquí en Nueva York, ¿qué tal si nos damos una ducha?

—Emm —dije pensativa para ganar tiempo—. Bueno, vale, ve yendo.

Mierda, ahí sí que no podía escondérmela, no me iba a dar una ducha con tanga. No sabía qué hacer. Pasaron los minutos sin que me moviera de la habitación.

—¿Daniela? —escuché decir desde la ducha—. Te estoy esperando, el agua está genial.

—Voy. Es que no me quiero mojar el pelo, mejor dúchate tú y ahora…, luego…, yo.

—No seas tonta, ya verás lo bien que nos sienta.

—Ya, pero es que me sienta fatal dormir con el pelo mojado, me pongo malísima de la garganta.

—Tengo secador. Vamos, traviesa, vente…

Me acerqué al cuarto de baño. El agua resbalaba por el cuerpo desnudo de Carlos. Me lo quedé mirando embobada, pero no fui capaz de quitarme la ropa.

—Mira, Carlos, se me ha pasado decirte que soy una mujer trans.

No sabía por qué seguía utilizando ese tipo de expresiones. «Se me ha pasado, lo siento, debería haberte dicho, perdona que no te haya aclarado…», el caso es que seguía haciéndolo. Sentía que les debía algo, como si los engañara. ¿Les pasaba a las otras mujeres? Claro que no. Ninguna en su vida tenía que decir cosas así. Pero, en cierto modo, llevarte a un hombre a la cama teniendo un nepe, por muy mujer que fueras, era de alguna manera como una ofensa. Y las reglas, distintas.

Como si fuéramos ciudadanas de segunda.

Destinadas a seguir girando en esa rueda eternamente.

Disculpa tras disculpa, rechazo tras rechazo. «Muy bien, pero no me roces con ello. No lo voy a tocar. Mejor que no lo vea.» Y así, durante años, construimos nuestra personalidad en torno a la culpa por el mero hecho de existir, querer tener sexo, querer ser amadas. O, simplemente, ser dignas, dignos, dignes del mismo respeto que merece el resto del mundo.

—¿No jodas?

—Sí, sí jodo.

—Pero ¿estás operada?

—Si lo estuviera no te lo hubiera dicho y no hubiera dudado en meterme contigo a la ducha.

—Ya, entiendo…

—Pues eso.

—A ver, a mí mientras no me metas nada ni me toques con tu… Podemos continuar.

—Tranquilo, no es mi estilo hacer nada con mi pene.

—Sí, total, tú eres una chica muy guapa. Cómo me has engañado, ¿eh? —Se echó unas risas, como si fuera gracioso. Ji, ji, ja, ja—. No me lo esperaba para nada.

—Bueno, engañar no, porque técnicamente no ha habido una pregunta y una respuesta. Ha sido una omisión de la información, porque la considero irrelevante hasta cierto punto.

—Ya, entiendo. Bueno, pues vamos a probar a ver qué tal, todo en la vida son experiencias.

Lo hicimos y debo reconocer que estuvo bastante bien, le doy un 8,5 de nota. Punto, set y partido. Lo que no me gustó para nada fue que al terminar y yo presuponer que íbamos a dormir juntos, abrazados y dándonos cariño…, me dijo que tenía que dormir en la otra cama para estar descansado. ¿En serio?

—¿Por qué te pones en la otra cama?

—No es nada personal, Daniela, pero es que estoy acostumbrado a dormir solo y necesito descansar para mañana.

—¿De verdad?

—Sí, no es porque seas trans ni nada. Me ha gustado y me sigues pareciendo muy guapa, pero necesito dormir en

la otra cama.

—Bueno, pues tú te lo pierdes.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Sí, me piqué y mucho. Me dio rabia que no me diera cariño, que era precisamente lo que más falta me hacía a mí en ese momento. No voy a psicoanalizarme en estos párrafos, pero ¿creéis que la multitud de encuentros sexuales que cuento en este libro se deben a que era una ninfómana o algo así? Por el contrario: a veces, mi único deseo era sentirme aceptada, querida y respetada, aunque en diversas ocasiones acabara pasando lo contrario y eso a la larga aumentara mi necesidad de cariño. En fin, él se perdió mis irresistibles caricias de antes de dormir.

A la mañana siguiente, sucedió de nuevo lo típico, y que describo aquí con la misma coraza y resistencia que tenía en cada ocasión, porque doler, dolía, pero ya me había acostumbrado. Los dos con algo de resaca y él asimilando con quién había tenido sexo la noche anterior. Lo suelo poner fácil diciendo frases como «no diré nada a nadie», «una experiencia que la vida te regala» o «me voy ya, hablamos en otro momento». La verdad es que aquel tío, pese a no darme cariño, se portó muy bien. Tiempo después, coincidí una vez con él en otro evento y lo primero que me preguntó era si podía tener orgasmos con mi nueva vagina.

36
Mamá, he sufrido transfobia

Siempre me he caracterizado por ser una persona trans con una transición muy agradable. Todo mi círculo cercano me ha apoyado (cosa que rara vez pasa) y afortunadamente, por tener una apariencia que coincide con lo que la sociedad entiende como mujer, lo he tenido mucho más fácil que otras chicas como yo. Pero eso no significa que, durante mi vida, no me haya cruzado —y por desgracia, que no me siga cruzando en un futuro— con la transfobia más desagradable y violenta. Precisamente, el privilegio de ser una chica con *cispassing* me expone a situaciones de peligro, debido a que no solo se me acercan chicos abiertos de mente y dispuestos a probar cosas nuevas (aunque sea desde el fetiche o desde aspectos de sí mismos que no aceptan de puertas para fuera y que no reconocerían con sus amigos), sino que también flirteo con chicos que no se esperan en absoluto que sea trans, lo que de primeras me abre muchas puertas, pero al mismo tiempo me granjea rechazos que, siempre y cuando sean con respeto, no suponen ningún problema (cada uno tiene sus preferencias y yo no voy a entrar en ellas, aunque otra discusión sería por qué tenemos esas preferencias y cuánto de ellas es producto cultural y de la sociedad); sin embargo, si se emplea la violencia física o verbal, lo siento, pero sí es transfobia (y de la más horrible).

Llega el momento de contaros una de las experiencias más desagradables de toda mi vida. Una de mis últimas noches en la ciudad, salí de fiesta con Irene, mi fiel compañera de batallas. En la discoteca conocimos a dos chicos muy guapos; eran de Polonia y estaban de vacaciones en Nueva York. Para hacer la historia larga, corta, cuando la discoteca iba a cerrar y ya habiéndonos besado cada una con uno,

nos invitaron a continuar la fiesta en su hotel, donde obviamente todos sabíamos lo que íbamos a terminar haciendo. Mientras Irene y su chico paraban a comprar algo de bebida, el chico con el que estaba y yo nos fuimos adelantando al hotel. Recuerdo que tuve una especie de intuición: algo me dijo que quizá era buena idea hablarle de mi situación antes de llegar allí, pero no le hice caso a ese sentimiento y arriesgué. Al entrar a la habitación del hotel, me di cuenta de que tenía dos camas.

—La compartes con tu amigo, ¿no?

—Sí, es compartida. Una pena, porque no tenemos intimidad…

—Bueno, pero habéis venido a disfrutar de la ciudad.

—Y a hacer lo que se pueda…

—O lo que te dejen —le corregí riéndome.

—Tu amiga y mi amigo tardarán todavía unos minutos. He escrito a mi amigo para que se entretenga un rato más. ¿Qué te parece si tú y yo nos vamos conociendo en profundidad?

—Podemos ponernos una copa, y seguir hablando y conociéndonos —dije yo, tratando de pararle el carro.

—La pena es que, hasta que no vengan ellos, no tenemos nada de alcohol.

—Ya, entiendo… Bueno, pues cuéntame más de ti.

—¿Qué tal si eso lo dejamos para luego y ahora empezamos con la clase de anatomía?

Estaba claro lo que quería, y lo persiguió pese a mis intentos de reducir la velocidad que estaba tomando la velada. De alguna manera, algo dentro de mí sabía que no estaba segura en aquella habitación, con aquel completo desconocido. No era la primera vez que me liaba con un desconocido, por supuesto, pero casi siempre tenía pistas para imaginar, de una forma u otra, que la cosa saldría bien. Y esa vez me sentía vulnerable. No nos había dado tiempo a hablar, le veía poco detallista y muy lanzado, y daba la sensación de que él daba por hecho que iba a echar un polvo y no parecía pensar que tuviera que currárselo.

En ese momento, el chico se puso muy pegado a mí, me

cogió del culo y me retuvo un poco haciendo uso de su complexión física, considerablemente más grande que la mía.

—A ver, no es que no quiera, me pareces un chico muy guapo, pero creo que no merece la pena porque nuestros amigos están a punto de venir.

—Será rápido, sé hacerlo muy bien…

Claro, claro que sí. Cuando una sale mucho y conoce a muchos hombres, empieza a darse cuenta de las distintas categorías en las que se puede dividir a los tíos. Y aunque casi todos van a lo que van, os puedo asegurar que los niveles de educación, respeto y de pensar en la otra persona varían muchísimo, dentro de que solo les interese divertirse una noche. A algunos, mientras puedan meterla unos segundos para terminar ellos, les da igual si tú disfrutas o no, el nombre que tengas o si te quedas muerta de frío en la calle después. Suelen ser las peores personas también. Esa vez no era la excepción.

—De verdad que prefiero esperar a otro momento.

Como si fuera un objeto para él, me cogió, me tumbó en la cama y empezó a besarme mientras con sus manos trataba de subirme el vestido y quitarme el tanga.

—Creo que estás yendo demasiado rápido, ya te he dicho que prefiero esperar a después —dije ya completamente seria y sin atisbo de amabilidad.

—Venga, déjate llevar y disfruta, va a ser muy placentero.

—No, de verdad, no me apetece.

—A ver, que levanto tu vestidito y empezamos a jugar.

—¿De verdad quieres levantar mi vestido?

—Claro que quiero.

—¿Sí? Pues entonces verás mi polla.

El tío frenó en seco. El maldito abusador, que había estado a punto de violarme, que de haber sido una mujer cis me la habría acabado metiendo a pesar de mi negativa, se hizo el ofendido y trató de darle la vuelta a la tortilla.

—¿¿¿Cómo???

—Lo que has oído, soy una mujer trans.

—Pero ¿esto qué significa? Eres una violadora mentirosa.

No me había mostrado ningún respeto mientras me consideraba una mujer, y ahora no iba a mostrármelo como mujer trans. Lo tenía todo, el muy asqueroso. Violador y tránsfobo. Mala persona, en resumidas cuentas.

—El único que me estaba forzando a tener sexo eras tú, eso te pasa por ir tan rápido con las mujeres. Te he dicho que habláramos y luego veríamos qué hacer.

—¿Cómo es posible esto? Largo de aquí, sucia travelo.

Empleó exactamente la palabra *tranny*, que es la forma despectiva en inglés de referirse a las mujeres trans, pero no fue eso lo peor, sino que, mientras lo decía, me cogió fuerte del brazo y me sacó de la habitación empujándome. No me hizo daño (aunque no creo que le importara hacérmelo), pero me sentí tan mal, tan agredida… Por suerte, justo en ese momento venían Irene y el otro chico ajenos a todo lo que estaba pasando.

—Nena, ¿qué pasa?

—Vámonos, tía, vámonos…

—Pero ¿qué ha pasado?

—Pues que estaba intentando tener sexo conmigo de manera muy abusiva y al final le he dicho que lo único que va a encontrar debajo de mi vestido es mi nepe, porque soy una mujer trans. No ha reaccionado nada bien, me ha cogido del brazo y muy bruscamente me ha tirado fuera de la habitación empujándome. Así que vámonos, porfi.

—¿Que ha hecho qué? Se va a enterar.

—No, tía, no merece la pena, de verdad, vámonos.

Ella había continuado caminando hacia la habitación. El amigo la siguió y yo fui detrás de los dos, muy a mi pesar. El otro, oyendo el ruido, abrió la puerta.

—Pero ¿tú quién te crees que eres para empujar a mi amiga?

—Tu amiga es una mentirosa, es un hombre y me ha engañado.

—Mi amiga es una mujer preciosa y ¿sabes lo que tú eres? Un violador, que querías tener sexo con ella sin su

consentimiento.

—Porque pensaba que era una mujer y no un travelo.

—Deja ya de insultar a mi amiga, asqueroso.

—¿Tú también tienes polla?

—Sí, yo también la tengo.

El que iba con ella se quedó mirándola con asco.

—¿Tú también eres trans? Joder.

—Marchaos de aquí, travelos —insistió el primero.

—Pues mira lo que te hace la travelo, ¡toma!

—¡Irene, no!

La situación era tan injusta y estábamos escuchando palabras tan feas por parte de ese chico que Irene no supo controlarse y le pegó un puñetazo cerca de la sien. Acto seguido su ceja empezó a sangrar y, honestamente, en ese momento sí que tuve mucho miedo, así que como pude cogí a Irene y entre gritos nos fuimos corriendo del hotel.

No quiero justificar la violencia y no quiero que esto parezca una carta blanca para usarla en casos como este: nunca es la salida, pase lo que pase. Pero debo decir que ese tío se merecía el puñetazo después de todo lo que había hecho y dicho. Irene dio la cara por mí y se expuso ella misma a una situación desagradable y que, de no haber salido nosotras corriendo, podría haber terminado mucho peor, pues los tíos eran mucho más grandes que nosotras. Así que le estoy muy agradecida porque me cubrió las espaldas a pesar de que ella podría haber salido perjudicada.

Sé que no es la única, y que, aunque en este mundo todavía hay muchas personas como esos dos chicos, y peores, pues en algunos países mi *condición* todavía es un delito en algunas ocasiones penado con los más altos castigos, también está lleno de gente como Irene. Gracias, gracias a todos los que alguna vez os la habéis jugado por defender los derechos y la integridad de las personas LGTBIQ+.

37
Mamá, esto se acaba

No me lo podía ni creer. Apenas faltaban dos meses para hacer el año en Nueva York y, por lo tanto, para volver a España. Empezaba a hacer balance de todo lo bonito que me había sucedido allí, y me ponía melancólica y me emocionaba.

Todos los días, cuando iba al trabajo, cogía el tren J, dirección Manhattan, pasaba por el puente de Brooklyn y veía todos los rascacielos. Era como una postal, y lo mejor era que yo estaba dentro de ella.

Uno de esos días, acercándose el principio del fin, me sentí inspirada y colgué este *post* en Facebook. En aquel entonces la sentí como la mejor despedida posible a esa ciudad que, en cierto modo, me había visto crecer, y tal cual lo colgué os lo pongo aquí:

> Dicen que Nueva York es la ciudad de los sueños y las oportunidades y, vaya que si lo es. Gracias a Nueva York he tenido la oportunidad de conocer todo tipo de culturas sin moverme de la City. También he tenido la oportunidad de saber qué se siente cuando vives a más de diez mil kilómetros de la gente que te quiere (y a la que quieres), la oportunidad de conocer a personas maravillosas y, lo más importante, la oportunidad de cumplir mi sueño. Hace casi un año llegaba a esta ciudad y miraba los rascacielos con mucho miedo, inseguridad y sin saber bien qué iba a ser de mi vida. No estoy segura de si fue la contaminación, o fueron los perritos calientes o los taxis amarillos, pero algo me hizo reflexionar y pensé: «Renovarse o morir». Creí que la primera opción era la más indicada, así que fui a por ella y, casi sin darme cuenta, el gusanito de seda se había convertido en una feliz mariposa.
>
> Todavía no me creo todo lo que he conseguido este año aquí y, sobre todo, lo fácil que ha sido. Gracias a todas las personas

que se han cruzado en mi camino, desde *randoms* en un bar donde los *gin tonics* costaban diez dólares hasta aquellas que han aparecido en mi vida para quedarse. Todas han aportado su granito de arena para hacer, de este año, mi año. Ahora, vuelvo a casa con las pilas cargadas y la energía renovada, porque esta nueva etapa no ha hecho más que comenzar y todavía me quedan muchas cosas bonitas por vivir. Hasta pronto, Nueva York, te llevaré siempre en mi corazón y solo tú sabes *why*.

Hasta muy pronto.

38
Mamá, espérame, que ya llego

¡Guau! No podía creer que ya hubieran pasado doce meses desde que llegara a Nueva York. Técnicamente, fue la ciudad que exteriorizó a la mujer que llevo dentro de cara a la sociedad. Disfruté y aprendí tanto allí que todavía se me pone cara de tonta cuando reviso mi archivo y veo fotografías de aquel maravilloso año. Pero la vida son etapas y aquella tan solo fue otra más, ahora tocaba hacer las maletas y despedirse de la gente que allí había conocido, del metro, de los clubs, del dueño del Deli que me vendía perritos calientes a las cinco de la mañana y, sobre todo, había que mirar al frente, porque todavía quedaban (y quedan) muchas otras etapas y emociones en mi vida.

Después de llorar como una Magdalena por despedirme de mi gente y por dejar Nueva York, empezaban los nervios por volver a España, por ver a toda mi familia y amigos. Para todos ellos iba a ser la primera vez que iban a ver a la nueva Daniela en carne y hueso. Es cierto que me veían por redes sociales, pero no es lo mismo que en persona. ¿Os imagináis lo nerviosos que estaban mis padres? Cuando me llevaron al aeropuerto un año antes para despedirse de mí, le estaban diciendo adiós a Dani; ahora, no solo volvían a verme, sino que, oficialmente, iban a conocer a Daniela. Era tan bonito y emocionante como extraño.

La salida de Estados Unidos, país con complejo de protagonista por excelencia, no podía suceder sin altercados, por supuesto. No sé cómo funcionaba el hecho de que yo llevara allí un año en lugar de los noventa días limitados a los turistas, pero supongo que, como iba de salida, eso no lo comprobaron. Lo que sí supuso un problema fue que mis documentos hablaban de un chico joven de veintitantos

años, y lo que el oficial que examinaba mi pasaporte con cara de sorprendido tenía enfrente en ese momento era una tiarrona de armas tomar. Recordad que hacía ya unos meses que había decidido ser Daniela a tiempo completo: en el trabajo y fuera de él; de día y de noche. Para colmo, llevaba más de un año con hormonas, lo que había modificado mi complexión a un nivel mucho más profundo que la ropa o el maquillaje, y mi seguridad en mí misma y mi feminidad me habían convertido a ojos de cualquiera en una mujer, al cien por cien. Pero en toda mi documentación decía claramente «sexo masculino». Y, la verdad, no se me había ocurrido que fuese un problema a la hora de embarcar en mi avión.

El caso es que el oficial miró el pasaporte, me miró a mí, miró el pasaporte otra vez, se bajó las gafas para volver a mirarme a mí, por si no le dejaban verme bien. Y por fin sentenció.

—*This is not you*.

—Sí, señor, *it is me*. Mire, es que soy una mujer trans.

—*This is not you* —continuó el otro.

Se levantó y me pidió que lo acompañara. Dos oficiales más (que estaban buenísimos) aparecieron de la nada y amablemente me llevaron a la salita del terror. Lamenté inmediatamente las extensiones y los pantaloncitos cortos apretados que había elegido para ese día.

—Señores, que soy esa persona… Ay, madre mía, que pierdo el avión. ¿Qué me van a hacer?

Una vez dentro de la sala, los polis buenorros escucharon mi explicación: tenía documentación del endocrino que especificaba mi tratamiento de hormonación y me describía como persona trans. Más no podía hacer. Ellos empezaron a reírse, pero no de manera ofensiva: por el contrario, con cierta empatía y lamentando la confusión de su compañero. También mofándose de él un poco. Supongo que ellos también tienen muchas anécdotas para contar, teniendo en cuenta el flujo de gente que pasa por delante de sus narices cada día.

Al final, uno sentenció:

—*You are a lucky girl*.

Y me dejaron marchar. Cómo no abandonar la ciudad que tantas veces había visto en las películas con una escena digna de guion de cine.

El vuelo en avión supuso las nueve horas más interminables de mi vida. No dejaba de pensar en cómo iba a ser ese reencuentro, qué nos diríamos, si nos emocionaríamos o si me mirarían con cara extraña y echarían de menos a Dani. En mi cabeza eran infinitas las posibilidades de lo que podría suceder, aunque una la tenía clara: nada más bajar del avión y antes de recoger las maletas, iba a ir al aseo, sacaría mi neceser y me maquillaría como una puerta. Quería que mis padres me vieran como a una auténtica estrella de Hollywood y se sintieran orgullosos de la hija que habían traído al mundo.

Ya maquillada y lista para ser presentada en sociedad, fui a recoger las maletas, que aparecieron misteriosamente rotas, pero era tal la euforia y el nerviosismo que me dio igual y ni siquiera reclamé. Salí con el pesado carro lleno de maletas y allí estaban ellos, junto a mis tíos y una pancarta hecha con un mantel de mesa blanco que decía: «Bienvenida, Daniela». No me pude aguantar las lágrimas en cuanto los vi.

Fue superemocionante, cada cual estaba llorando más, ninguno era consciente de que ya estaba allí y de que había vuelto para quedarme; no lo asimilábamos. Estábamos entregados a la emoción. Recuerdo el abrazo tan profundo e intenso que me dieron mis padres, que nunca se han caracterizado por ser excesivamente cercanos a nivel carnal.

—Pues sí que has echado culo con las hormonas, sí —comentó mi madre riéndose.

—Es una redistribución de la grasa corporal, mamá.

—Fíjate qué cosas de la ciencia, le han salido caderas y todo —estuvo de acuerdo mi tía.

—Y mirad el pecho que tengo, parezco una asiática.

Y ahí mismo me saqué las tetas. Me pudo la emoción. Bueno, solo enseñé un poquito.

—Pero, bueno, ¡muchacha! —dijo mi tío.

—¿Es necesario que te bajes el top delante de todo el mundo? —me amonestó mi padre algo molesto, pero tan feliz de verme—. Tengamos la fiesta en paz, que acabas de llegar.

—Es el cuerpo humano, es naturalidad, papá…

Echamos a andar hacia la salida mientras mi madre y mi tía comentaban lo guapa que estaba.

—Ya, pero…

—Ya, pero si tú vas al aeropuerto de Ibiza, la mayoría de los jóvenes chonis y turistas del Reino Unido van sin camiseta y nadie les dice nada. ¿Por qué a mí sí? No estoy diciendo que vaya a ir sin camiseta, pero por enseñar un poquito no pasa nada…

—Daniela —le apoyó mi tío—, tienes que entendernos, somos de otra generación un poco más cerrada.

—¿Cerrada o machista? —pregunté yo para mis adentros.

—¿El qué?

—No, nada, que ahí hay un taxista.

—Venga —dijo mi madre—, vamos para casa. Te he cogido hora en la peluquería para que estés guapo, perdón, guapa, para el fin de semana.

—Ay, mi Daniela, mírala, si es que es toda una mujer, ya verás cuando te operes, qué *sexy* vas a estar —dijo mi tía agarrándome de la cintura con el brazo.

—¡Ssshh! Que no sabe nada todavía.

—¿Saber qué?

—Todo a su debido tiempo. Venga, vamos para el coche.

Como os comentaba, mi llegada a España fue una experiencia única y superemocionante que jamás olvidaré, pero también fui consciente de que me iba a enfrentar a un nuevo escenario que antes desconocía; por un lado, pude percibir cómo mi familia pronunciaba *Daniela* cada tres segundos, como si les pesara la lengua, de manera poco natural, evidenciando el enorme trabajo interno que estaban haciendo para no confundirse con mi *deadname* y ofenderme; por otro —sorpresa, sorpresa—, descubrí el machismo interiorizado que mi familia tiene y yo desconocía. Claro, aquello

no era un bufet libre al que me acercaba para coger las partes más bonitas de la feminidad y dejar fuera las feas. Ya se me leía como mujer y, desgraciadamente, me esperaba también un buen plato de machismo al que haría frente el resto de mi vida, entre otras desventajas varias. Comentarios como «¿dónde vas así de corta?», «eso es de fulanas» o simplemente ser sometida cada vez que salía de fiesta a un interrogatorio con una serie de preguntas superincómodas que mi hermano, por ser hombre, no sufre, se convirtieron en algo habitual. Pero, de nuevo, no culpo a mis padres, son víctimas de la sociedad. Si acaso, cuando puedo, trato de reeducarlos.

Esa misma noche pude entender por qué mi madre tenía tanto interés en que fuera a la peluquería y me pusieran monísima de la muerte, y es que los ángeles que tengo como padres organizaron una superfiesta sorpresa donde reunieron a toda mi familia y amigos para darme la bienvenida a España, ¡guau! Creo que fue el día que más he llorado en toda mi vida, de emoción, por supuesto. Nos juntamos como unas cincuenta o sesenta personas. Todas ellas me esperaban en un local que habían alquilado, con una bengala en la mano, y al verme llegar gritaron: «¡Sorpresa!».

39
Mamá, la hiena se ha metido en la boca del lobo

Después de aquella increíble fiesta, mis amigas y yo quisimos continuar la velada, con lo que iba a ser mi primera vez en Valencia disfrutando de la noche como Daniela, y pese a que estaba algo nerviosa, se podría decir que fue llegar y besar el santo. Además, esa noche descubrí que el karma, aunque en ocasiones se toma su tiempo, sí existe.

Después de un año sin salir por Valencia, no tenía ni idea de cuáles eran los sitios de moda.

—Tú déjate llevar —me dijo Carolina.

Estábamos Ainoa, Irru, Carolina y yo, el grupo de amigas de la infancia, con el que me dedicaba a disfrazarme y hacer *playbacks* de pequeña, y veinte años después seguíamos juntas.

Estuvimos un rato de risas en la calle, discutiendo sobre adónde ir y valorando la opción de coger un taxi, cuando Carolina se bajó del plan.

—Chicas, yo soy baja. Mañana madrugo y quiero estar despejada.

—Venga, tía, no seas así, es mi primera noche aquí, no puedes fallarme.

—Te prometo que te compensaré otro día, de verdad.

—Yo también —dijo Irru—, no es que madrugue mañana, pero me niego a quedarme con dos solteras en celo, porque entonces en diez minutos estoy sola.

—Nada, nena —dijo Ainoa mirándome a mí—, ellas se lo pierden, mañana les contamos nuestros triunfos.

—¡Me las pagaréis, traidoras esquirolas!

Así, nos quedamos solas Ainoa y yo, listas para comer-

nos el mundo. Al entrar al pub me abordó esa antigua sensación de que todo el mundo me miraba y de inmediato sabían que era trans, cuando muy probablemente cada uno estaba a lo suyo y los que sí me habían mirado pensaron: «¡Qué guapa esta chica!». Pero era la primera vez que andaba por allí ya con tanta apariencia de mujer, aquel era un sitio nuevo y las inseguridades estaban a flor de piel. Para intentar relajarme, nos fuimos a la barra a pedir una copa, y un rato después ya estaba intercambiando miradas con uno que me gustó.

—Ese de ahí te está mirando y es guapo —dijo Ainoa.

—Lo sé, llevo haciendo un juego de miradas bastante rato. Aunque también me gusta el otro de detrás.

—Deja un poco para las demás, ¿no?

—Ay, hija, que acabo de llegar, soy como Thalia, «arrasando con la vida».

Ainoa se partió de risa.

—Llámame loca, pero creo que el chico que me está mirando se acerca hacia aquí.

—No, no estás loca, porque efectivamente sí está viniendo. Suerte, zorra, yo me beberé esta copa sola a tu salud, esperando que venga algún guapo a rescatarme.

Ainoa se alejó un segundo antes de que el chico llegara a nuestra altura. Era alto y de complexión fuerte, muy guapo, y tenía unos ojos castaños y una sonrisa muy bonita que me daba la sensación de haber visto antes.

—Hola. Te estaba mirando porque tu cara me resulta familiar, pero no consigo ubicarte. ¿Cómo te llamas?

—Sinceramente, también me suenas de algo, pero no sé de qué. Me llamo Daniela y hace unas horas que he llegado de Nueva York, y antes vivía en Madrid, así que, de habernos visto, tiene que haber sido hace mucho tiempo.

—Quizá tenemos algún parecido con alguien que conocemos, simplemente, aunque no importa. La verdad es que ha sido la excusa perfecta para venir a hablar contigo.

—Brindemos entonces por las nuevas amistades.

—Amistades y lo que pueda surgir, nunca hay que descartar nada.

—Desde luego que no, tenemos que estar abiertos a cualquier posibilidad que pueda surgir. A veces, las personas damos por hechas cosas que pueden ser muy diferentes a la realidad.

—Eso es que sueles sorprender. ¿Tienes un carácter fuerte?

—Suelo sorprender, sí, pero no especialmente por mi carácter, mi forma de ser es dócil y tierna.

—¿Entonces? ¿Qué escondes?

—¿Te digo la verdad?

—Por favor.

—Pues mira, es algo que jamás suelo decir cuando solo llevo cinco minutos hablando con un chico, pero hoy es un día muy importante para mí, me siento feliz de volver a España y orgullosa de la gente que me quiere. Así que te lo voy a decir: soy una chica trans.

—¿De verdad?

—¿Por qué iba a mentir?

—No sé, quizá pueda ser una técnica evasiva cuando un chico no te gusta.

—Pues es posible, pero en mi caso no lo es. Me has gustado y aunque me arriesgue a que ahora te vayas por donde has venido, te lo he dicho.

—No me voy a ir y, de hecho, voy a ser sincero. Nada más verte he pensado que tenías rasgos masculinos y se lo he comentado a mis amigos, pero ellos me han dicho que ni de coña, así que automáticamente me lo he quitado de la cabeza.

—Es muy importante hacer caso a la intuición y a las primeras impresiones…

—Desde luego. Pero ¿sabes una cosa? Me da igual, me pareces una chica atractiva y simpática, y eso es lo que cuenta.

—Gracias por lo de atractiva y… gracias también por aceptarme tal y como soy.

—No hay de qué. ¿Tomamos un chupito?

—Venga, celebremos que eres una persona abierta y tolerante.

Después de ese chupito vino otra copa, y otra, y otro chupito… La verdad es que no recuerdo el orden de las bebidas, pero sí sé que acabamos profundamente borrachos y besándonos. Finalmente me invitó a su casa y allí pasó lo que tenía que pasar. Como otros con los que ya había estado, no quiso investigar más de la cuenta con lo que tenía entre las piernas, pero funcionamos muy bien juntos y estar con él fue la guinda del pastel de un día para el recuerdo.

A la mañana siguiente, sin embargo, la gran sorpresa vino cuando mi amiga Carolina me preguntó, vía WhatsApp, con quién había acabado la noche anterior, y yo, que no podía ni imaginar cuál iba a ser su respuesta, se lo conté.

¡Buenos días, princesa! ¿Cómo estás? Ya me han contado que has entrado por la puerta grande a Valencia y que ayer ligaste. ¿Todo ha ido bien?

La verdad es que sí, un chico supertolerante y respetuoso, le dije que era trans en el club y aun así quiso seguir conociéndome. Y bueno, en la cama un toro, está buenísimo.

Ja, ja, ja. Qué zorrón estás hecha. ¿Hay foto del susodicho?

Tengo la de perfil de WhatsApp, te la paso.

¿Me estás vacilando?

No, ¿qué pasa?

¿De verdad es una persona tolerante?

¿Es el novio de alguna amiga tuya o algo? ¿Qué pasa, neni?

Tú y él ya os conocíais.

No, claro que no, le conocí ayer.

Dani, es el chico que hace diez años te pegó una bofetada porque creía que eras gay.

Me quedé helada.

Whaaaaaaaaat?!!!!!

Sí, estoy convencida de que es él. Hace años que no me lo cruzo, pero sé que es él.

Claro, por eso los dos nos resultábamos familiares…

Y tan familiares…

¿Sabes lo que te digo? Que me alegro, me encanta que haya pasado esto, es como un zas en toda la boca.

Me quedé en la cama pensando que a todo cerdo le llega su San Martín. Pero es verdad que no había rencor en mí, solo satisfacción por aquella demostración del karma en estado puro. Y también sentí que aquella hiena que hacía diez años se había burlado de mí y hasta me había agredido ahora me había pedido disculpas, sin darse cuenta, eso sí, pero de un modo u otro lo había hecho. No es fácil dar con chicos abiertos y tolerantes, y si aquel chico se había metido en la cama conmigo significaba que había sufrido una transformación durante esos años. Quién sabía: a lo mejor hasta se acordaba de vez en cuando de la bofetada, o de alguna otra barbaridad que hubiera hecho por ahí, y se arrepentía de ello. Quizá había decidido activamente vivir su vida como otra persona, quizá para compensar el daño hecho. Pero como no tenía ni idea, traté de aparcar el asunto, anotarme el tanto y seguir mi vida. En mi cabeza, acepté sus disculpas. Y seguí sintiendo placer culpable.

Daniela *wins*.

41
Mamá, he conocido a mi Christian Grey

Por fin, después de años de intentos, éxitos a medias y grandes decepciones, llegó el día en el que conocería al hombre que revolucionaría mi sexualidad por completo: sí, estáis leyendo bien, conocí al hombre que hizo que mis mayores fantasías y deseos sexuales pudieran cumplirse, conocí al hombre que me hizo ver la vida de otra forma y que también hizo que mirarme al espejo resultara una tarea mucho más fácil. Le conocí a él, a mi cirujano, Cristhian Klenner.

Como ya os conté anteriormente, uno de mis objetivos al irme a vivir una temporada a Estados Unidos, además de nutrirme de la experiencia y mejorar mi nivel de inglés, era poder ahorrar para pagarme mis cirugías, perdón, rectifico: mis costosas cirugías.

El caso es que, como habéis leído en este libro, durante ese año no paré quieta: la realidad es que disfruté tanto de mi estancia en Nueva York que ahorré menos de lo que me había propuesto inicialmente. Por suerte, mis maravillosos padres no se iban a quedar de brazos cruzados. Sabían lo importante que era para mí esta cirugía, poder tener pecho, vagina y por fin sentirme la mujer que yo siempre he sido. Con esto, como ya he insistido a lo largo del libro, no quiero decir que una mujer trans si no se opera no sea una mujer, hay muchos tipos de mujeres y todas son igualmente válidas. Sin embargo, yo siempre he tenido claro que quería someterme a esta cirugía para sentirme bien y realizada conmigo misma. Descartada la idea de operarme por la Seguridad Social, porque las listas de espera eran larguísimas, pedí cita para una primera valoración con mi querido Grey, perdón, Klenner.

Cuando entré a su clínica, me llevé la sorpresa de que el

cirujano estaba buenísimo, y no solo él, sino que, para colmo, su ayudante estaba el doble de bueno: en fin, que aquello dio lugar a un «Tierra, trágame», en toda regla.

—Buenos días.

—Buenos días, un gusto conocerte.

—Igualmente. No sabía que eras latino, ¿de dónde eres?

—Sí, llevo ya más de diez años en Valencia, pero nací en Chile.

—¡Ah, qué bien! Estaba deseando conocerte, me han hablado maravillas de ti. Dicen que eres como el Dalí de las vaginas.

—Bueno —dijo él con una risita—, intento hacer bien mi trabajo. Te presento a Álex, mi ayudante de quirófano.

—Un placer.

—Mmm… Igualmente.

—Entonces, un completo, ¿no?

Cristhian y Álex se rieron.

—¿Cómo? No entiendo la broma.

—Mujer, que te quieres aumentar el pecho y realizar la vagina al mismo tiempo, a eso lo llamamos *un completo*.

—Ah, vale. —Y me uní a sus carcajadas—. Pues sí, quiero un completo, completísimo.

Me invitaron a acercarme a la camilla y a quitarme la camiseta.

—No tengas vergüenza —dijo Álex—, estamos acostumbrados, vemos de todo todos los días.

Así pues, no me quedó otra que quitarme la camiseta para enseñarles mis lentejitas asiáticas.

—Bueno… —empezó a decir Cristhian, ya con ojo médico, palpándome—, parece que se ha desarrollado algo la mama, pero no demasiado.

—Dicen que es por genética y como mi madre tampoco tiene mucho pecho, supongo que es lo que me ha tocado…

—No te preocupes, tiene fácil solución. ¿Qué tamaño habías pensado?

—Grandes, me gustan grandes.

—¿Muy grandes?

—Supergrandes, sí, y muy importante, blanditas, las

quiero muy naturales, como si hubiera dado lactancia.

—Anda que no pides poco tú, ¿eh?

—Por pedir que no sea. —Nos reímos todos.

—Tienes poca piel, por lo que demasiado tamaño no te puedo poner, porque te quedarían dos bolas artificiales y te pueden salir estrías.

—Uf…, bueno —contesté algo decepcionada—, pues entonces lo máximo que tú creas que me puedes poner.

—Pues el pecho ya lo tengo claro… ¿Vemos la otra parte?

—¿La otra? Sí, claro, vamos a ver la otra…

—Te has puesto roja, Daniela —comentó Álex maliciosamente.

—Siempre he pensado que si se daba el caso de desnudo íntegro con dos hombres sería para hacer un trío.

Me bajé los pantalones y esperé muerta de la vergüenza a que el doctor analizara el nepe. Lo que no sabía era que tenía que tocar tanto…

—Vaya, tienes un buen instrumento, ¿eh?

—Eso dicen… Soy pequeñita de apariencia, pero matona.

—La parte que desechemos —dijo Álex— me la podéis poner luego a mí.

—¡O a mí! —dijo Cristhian. Supe que aquella era una broma suya recurrente.

—¿Qué tal si nos centramos en mi cirugía?

—Toda la razón. Pues enhorabuena, Daniela, tienes todos los ingredientes para que no solo te quede una vagina estéticamente bonita, sino además funcional a la perfección, con una profundidad de unos veinte centímetros, más o menos.

—¿Tanto? ¡Guau!

—Sí, fíjate en la cantidad de piel que tienes… ¿Ves?

—Sí, ya veo… Y, sobre todo, siento.

Y pasó lo que me temía que iba a pasar teniendo en cuenta lo guapos que eran los doctores y que, además, el Klenner no paraba de tocarme… ¡Es que una no es de piedra!

—Vaya, parece que algo se está despertando por ahí —dijo Álex.

—Pues no entiendo nada, no sé por qué está pasando esto. —Me hice la loca.

—Es normal —comentó Cristhian, al que seguramente ya le había pasado antes—, las personas somos estímulos, y por tu cuerpo todavía corre algo de testosterona…

—Desafortunadamente, sí… Pero por poco tiempo. Bueno, tengo una serie de preguntas.

—Adelante —dijo Cristhian ya quitándose los guantes.

—¿Tendré placer? ¿Orgasmos?

—Por supuesto, dejamos todas las terminaciones nerviosas para que tengas el mismo placer que actualmente.

—Pero… ¿me correré? Quiero decir, ¿podré tener *squirt*?

—*Squirt*, imposible, ya que no tendrás testículos y no podrás generar ningún fluido. Es posible que expulses algo de líquido, no demasiado, procedente de lo poco que te queda de próstata.

—¿Y podré tener cáncer de próstata?

—Con un 90 por ciento de seguridad te digo que no, dado que, con los bloqueadores hormonales y sin testículos, la próstata se hace muy pequeña y casi inofensiva. Sin embargo, es conveniente hacer alguna revisión cada cinco años para controlar que todo va bien.

—Entiendo. ¿Y lubricaré?

—No, pero para ello hay geles lubricantes buenísimos.

—O sea, que, aunque esté muy excitada, ¿no estaré… *mojada*?

—Me temo que no.

—Jo… —La cara de decepción debió de notarse.

—Dani —intervino Álex—, créeme que hay muchas mujeres cis con el mismo problema que tú, es más común de lo que crees.

—Entonces, ¿tampoco dilataré?

—Bueno —continuó Cristhian—, no tanto como una mujer cis, pero sí podrás: es como un músculo, se abrirá hasta donde tú quieras o puedas forzar.

—¿Es algo parecido a tener sexo anal?

—Es algo similar, sí.

—Entiendo. ¿Puedo ver fotos de otros trabajos tuyos?

—Sí, claro, mira.

Me enseñó un montón de fotos, casi como un catálogo.

—Madre mía, parecen de verdad.

—Es que son de verdad.

Respiré hondo y dije:

—Pues lo tengo claro, Klenner, quiero operarme contigo cuanto antes.

—De acuerdo. Cuando termines de vestirte, pasas con Eva, nuestra secretaria, y ella te dará presupuesto y fechas disponibles.

—¡Genial! Sí, voy a volver a vestirme…

Álex se empezó a reír sonoramente.

—No lo habías hecho ya porque tú no has querido…

—Muy gracioso.

Salí de la clínica con la sensación más pura de felicidad que jamás había y he experimentado. No me podía creer que, si todo iba bien, en tres semanas me sometería a la cirugía que cambiaría mi vida por completo.

En cuanto al precio, que sé que os interesa, pagué dieciocho mil euros por todo, con algo de descuento, porque se conoce que le caí en gracia a Klenner.

Yo en ese momento tenía unos cuatro mil euros ahorrados; el resto me lo *prestaron* mis padres para nunca pedirlo de vuelta. ¿Qué puedo decir? Soy perfectamente consciente de lo privilegiada que he sido toda mi vida al tener a los padres que tengo. No solo me acompañaron cuando comencé con las hormonas, me respetaron siempre, y me aceptaron tal y como era: también me apoyaron económicamente, y eso es algo que no cualquiera decide o simplemente puede permitirse hacer. A mí me tocó la lotería y soy muy consciente de ello.

Gracias, papá y mamá. Os quiero.

41
Mamá, es hora de decirle adiós a algo

Deseaba con todas mis fuerzas que llegara el día de la cirugía y que el cirujano cortara por fin mi (gran) nepe. Había soñado con ello durante años y lo había anhelado cada vez que me había enrollado con un chico. Sin embargo, eso no implicaba que despedirme de mi nepe definitivamente no supusiera un punto de inflexión en mi vida y que, aunque me cueste reconocerlo, me diera algo de pena. Después de todo, era una parte de mí, me había acompañado toda la vida, y no tenía ni idea de qué pasaría después. Tenía muchos sentimientos encontrados. Una especie de Pepito Grillo en mi cabeza gritaba: «¡Cortadlo ya!», y el otro decía: «Ay, pobre, ¿ya ha llegado la hora?». Y a mí, estando en medio de aquella confrontación de emociones, no se me ocurrió una idea mejor que organizar con algunas de mis mejores amigas la *despepene* en uno de los chiringuitos de playa de moda en Valencia. Fue el evento más esperado del año, y el único requisito era pasarlo bien y llevar una diadema con nepes en la cabeza como si estuviéramos en Benidorm y aquella fuera mi despedida de soltera.

Estábamos todas: Ainoa, Carol, Irru, Diana… Me hubiese encantado invitar también a mis amigos y conocidos de Madrid, pero estaban muy lejos. Las emociones, esa noche, estaban a flor de piel.

—No puedo creerlo, chicas, ¡en menos de una semana ya tendré chochito!

—Es tan emocionante para ti como para nosotras —dijeron ellas.

—Y tanto, te conocemos desde siempre y hemos vivido toda tu transición…

—Salvo el año que estuve en Nueva York.

—Pero eso no cuenta, subías tantas fotos a las redes que es como si te viéramos todos los días.

—Estaba ensayando para cuando sea una *superinfluencer*. ¿Os imagináis dando *tips* de belleza y posando como la mismísima Dulceida?

—Mejor quédate en el periodismo —se rio Ainoa.

—Yo creo —dijo Diana pensativa— que se te daría muy bien ser *influencer*, tienes mucho don de palabra y, además, compartiendo tu transición puedes ayudar a otras chicas como tú.

Todas estuvieron de acuerdo con ella. Y, fíjate qué cosas tiene la vida, mi respuesta fue:

—Chicas, muchas gracias, pero ¿de verdad creéis que llevo toda la vida queriendo operarme para evitar decir que soy trans, y ahora lo voy a contar a los cuatro vientos? Obvio, ¡no! —Ejem, casi un millón de seguidores en TikTok y un libro publicado después, solo puedo decir que… ¿¡ups!?

—Bueno —insistió Diana—, era una sugerencia, simplemente, pero tú decides.

—¿Marchando cinco mojitos? —pregunté—. Esta ronda la pago yo.

—¿Invitas tú? Entonces sí que debes de estar contenta, sí. —Y todas prorrumpieron en carcajadas.

—¿A que te quedas sin tu mojito?

Al rato, nos pusimos serias. Ya sabéis que en toda borrachera que se precie hay un ratito de seriedad, de lagrimitas, que luego terminan en abrazos, diciéndole «te quiero» a cada amiga.

—¿Estás preparada para tu nueva vida sin nepe?

—Pues creo que sí… ¿Sabéis esa sensación de poder ponerte lo que te dé la gana y no pensar en si alguien mira tu nepe? Bueno, no, vosotras no lo sabéis, pero yo llevo toda la vida deseando que llegue ese momento. Por no hablar del instante en que un chico toca más de la cuenta y descubre lo que tienes ahí.

—Que no toque tanto —dijo Irru, y todas estuvimos de acuerdo.

—Necesito esta operación para poder pasar a otra fase

en mi vida. Y aunque nunca me ha gustado lo que tengo ahí, debo decir que me ha ayudado a entender la vida de otra forma, a enfrentarme a determinadas situaciones que me han hecho madurar de manera diferente. Por esa parte estoy contenta y me siento orgullosa de mí misma, pero siento que ya he exprimido todo de esa etapa y ha llegado el momento de pasar página.

—Perdón por este giro dramático, pero… ¿serás virgen?

Nos reímos todas, el ratito serio pasó, y estuvimos la siguiente media hora discutiendo quién era virgen anal, virgen completa (ninguna) o virgen al cero por ciento.

—¿Os imagináis cómo será mi primera vez?

—¿Cómo te la imaginas tú? —preguntó Ainoa.

—Pues no sé, supongo que me gustaría que fuera algo especial, con una persona especial… Será un momento muy importante en mi vida, así que espero encontrar a un príncipe azul, la verdad.

—A ver, Ariel…, no tengas expectativas tan altas, para que luego no te lleves una decepción.

—Bueno —estuve de acuerdo—, la verdad es que no sé cómo será, solo espero que no me duela. He escuchado que algunas chicas trans lo pasan verdaderamente mal las primeras veces.

—Las cis también lo pasamos mal la primera vez. No siempre, pero…

—No lo voy a pensar más, que sea lo que tenga que ser. De momento, que la cirugía vaya bien y el resto ya se verá.

—Seguro que va a ir todo de maravilla.

—Seguro que sí, ¡un brindis para despedir a mi nepe y para dar la bienvenida a una nueva vagina! Os quiero, chicas, gracias por estar siempre conmigo, ¡dadme un abrazo!

Y ese fue probablemente el último abrazo común que di siendo una mujer con nepe; por suerte, siendo una mujer con vulva y vagina vendrían muchos abrazos en común y también en solitario, porque amar y demostrar el cariño a la gente que te rodea nunca debe estar sobrevalorado. Y menos cuando la gente que te rodea es tan estupenda.

43
Mamá, hoy vuelvo a nacer

La verdad es que el día que volví a nacer estaba nerviosísima. Sin embargo, por nada del mundo quería demostrar a mis padres ni a la gente cercana que lo estaba, porque sabía que ello los preocuparía todavía más, pensarían que quizá quería echarme para atrás, pero no me atrevía, y mil cosas más que les harían sentir más agitados de lo que ya lo estaban, y si algo no he querido en toda mi transición como chica trans es que la gente que me quiere lo pasara mal por las decisiones que yo he tomado libremente.

La cirugía estaba programada para las ocho de la mañana del sábado 17 de julio de 2020, un día que tengo guardado en mi corazón junto al de la primera vez que tomé una pastilla. Tuve que ingresar sobre las nueve de la noche del día anterior para realizar el protocolo previo y supernecesario para este tipo de cirugías: una limpieza intensa de colon mediante unos sobres ingeridos vía oral que hacen que no te levantes del baño. Debido a la nueva cavidad vaginal que se va a crear entre la uretra y el colon, es muy importante que el intestino esté limpio: primero, por si hay alguna perforación, y también porque los días posteriores a la intervención no puedes levantarte de la cama para nada, así que es mejor estar lo más vacía posible.

Esa noche volví a tener siete años, volví a sentir los nervios de una noche de Reyes en pleno julio. Había pedido a sus majestades los Reyes una vagina y, aunque más tarde de lo que me hubiera gustado, por fin la tuve. Recuerdo que casi no dormí nada esperando a que sonara el despertador y viniera el celador a por mí para bajarme a quirófano. Mis padres, como siempre, estuvieron a mi lado esa noche, compartiendo un incómodo sofá cama de hospital. Durante toda

la noche hice el mayor esfuerzo de mi vida para no mostrar mis sentimientos y no preocuparlos todavía más.

Cuando la luz del alba fue aclarando la habitación, mis padres y yo empezamos a charlar.

—Buenos días, ¡por fin ha llegado el día y la hora!

—En menos de media hora te vuelves a dormir como una princesa.

—Como la Bella Durmiente. Luego voy a estar lo más cerca a drogada que he estado en mi vida gracias a la anestesia.

—Me alegra saber que nunca te has drogado.

—Papá, es una forma de hablar.

—¿Cómo?

—Nada, nada, era broma.

—Dile al cirujano que no te ponga las tetas muy grandes —dijo mi madre—, que luego no quedan bien. Tú sé discreta, unas pequeñitas.

—¿Qué tal si me dejáis decidir sobre la talla de pecho que quiero? Os recuerdo que van a ser *mis* tetas. Yo quiero unas tetas grandes, llevo toda la vida sin ellas y me apetecen. Va a ser algo grande, pero sin pasarme. Algo grande, *sexy,* fino y elegante.

—¿Y cuánto tiempo dura la cirugía?

—Pues no lo sé, pero si todo va bien, entre seis y ocho horas.

Mierda, después de tanto esfuerzo, había cometido un error garrafal.

—¿Si todo va bien? —repitió mi madre.

—Quiero decir…, a ver, es una cirugía y no está exenta de riesgos, como cualquier otra. Cuando te quitan una muela en el dentista también hay riesgos.

—Bueno, dejad de hablar de riesgos e historias, todo va a salir bien.

—Eso, todo va a salir bien y ya está. Venga, vete vistiendo.

Hice lo que me mandó mi madre, como buena chica.

—Oye, esta ropa es hasta *sexy,* tiene la parte de detrás abierta para facilitar la cosa y abrir camino…

—Daniela, por favor, ¿es necesario? —preguntó mi padre.

—Ay, papá, perdón, es la emoción. Solo quería poner una nota de humor ya que de aquí a un ratito me van a castrar.

En ese momento, el celador llegó a la habitación.

—¿Preparada?

—*I think so*. Perdona, hablo en inglés cuando me pongo nerviosa.

Y cuando parecía que era una mujer invencible, que nada me afectaba y que había cumplido satisfactoriamente la misión de no mostrar demasiados sentimientos, el mundo se me vino abajo cuando el celador cogió con las manos la cama y comenzó a moverla. Mis padres no pudieron reprimir sus lágrimas y, tan contagiosas como el covid, me las pegaron.

—Pero ¿por qué lloráis? Si esto es un momento bonito, es lo que yo quería.

—Dame un beso —dijo mi padre.

—No lloréis, de verdad —decía, aunque yo misma estaba llorando—, es el mejor momento de mi vida.

—Pero si tú también estás llorando. —Hizo notar mi madre.

—Pero es de felicidad, de emoción.

También era de miedo, por supuesto. Pero no pensaba decirlo. Miedo a que algo saliera mal. Miedo, o más bien respeto, a las cicatrices que quedarían después. Pero esas cicatrices, me dije, serían un recordatorio del recorrido que había realizado en la vida: de la persona que había sido, de las experiencias pasadas, del valor que tuve y de que, en la vida, hace falta arriesgarse. De pronto, cualquier cicatriz que pudiera quedar me pareció el tatuaje más especial que se pudiera tener.

—Venga, que en cuanto suba voy a tener el chocho más bonito del mundo. Van a ser solo unas horas, vosotros iros a comer por ahí y luego volvéis.

Mi padre me agarró la mano, solemne:

—No es tan fácil para nosotros, Daniela.

—Pero si es lo que yo quería, papá, mamá, que me cortaran la pena esta, que no sirve para nada —respondí ya con la cara empapada.

—Siento interrumpir este momento tan tierno —dijo el celador—, pero debemos ir bajando.

—Vale, sí.

—Venga, estad tranquilos, de verdad, que todo va a ir bien.

—Te queremos.

—Y yo a vosotros.

La habitación y el quirófano están separados por unos cinco minutos de pasillo, más o menos: pues bien, fueron los cinco minutos que más he llorado en mi vida. Ya no sé si era por ver a mis padres llorar, por mis nervios o porque el día que siempre he querido había llegado por fin. Solo quería despertarme y ver a la nueva Daniela, y disfrutar con mi nuevo yo. Esas imágenes con las que tanto había fantaseado de mi yo corriendo por la playa sin miedo a que se me escapara o notara algo, de no dar explicaciones innecesarias a los chicos o de mirarme al espejo y encontrarme en sintonía conmigo misma.

Por fin iban a hacerse realidad.

Klenner me recibió ya ataviado con el uniforme de cirujano entero. Apenas se le veía la cara.

—Danielita…, ¿estás preparada?

—¿Hay alguien que esté preparado para que le corten el nepe? Es broma, sí, lo estoy, me muero de ganas por ver mi vagina.

—Pues tan solo te quedan unas horas. He pensado en grabar la operación y así la puedes ver luego. ¿Qué te parece?

—Maravillosa idea, así, algún día, se lo podré enseñar a mis hijos.

—Te presento a Carlos, el anestesista.

—Hola, Daniela.

—Hola, Carlos, qué guapo. He vuelto a pensar en voz alta, ¿no?

—Todas las pacientes se enamoran de él, está acostum-

brado.

—Bueno, a esto nunca se acostumbra nadie.

—O sea, que eres un rompecorazones, ¿eh, diablillo? —Reímos todos. No sabía qué ambiente habría después, mientras me operaban, pero de momento la cosa iba viento en popa.

—Por ahora, soy el anestesista y voy a ir durmiéndote ya.

—Uff, ¿con esa aguja? Eso sí que me da miedo. ¿Por qué no me pinchas con una de niños?

—Venga, con lo valiente que eres, esto es como si nada.

—¿Por qué no me duermes con un beso de amor y me despiertas con otro beso? En plan princesa Disney. —Todos volvieron a reírse, sorprendidos con mi humor.

—Esa sí que es buena —dijo Klenner—, nunca te lo habían dicho, ¿eh, Carlos?

—Eres la paciente más descarada que hemos tenido —comentó él. Yo respondí con una carcajada.

—Bueno, venga, voy a relajarme y me pinchas.

—Allá voy. —Pegué un gritito de dolor, pero se pasó enseguida—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera tomado siete chupitos de Jäger.

—Entonces vamos por buen camino…

—¿Últimas palabras antes de que te demos otro chupito y te duermas?

Sé que sonreía debajo de su mascarilla.

—Sí, quiero las tetas grandes y el chocho muy bonito, como si estuvieras haciendo el de tu mujer.

—Recibido, ¿algo más?

—Sí, que te quiero y que gracias por cruzarte en mi vida y hacerme tan feliz.

—¿Subimos dosis?

—Sí.

—Voy a ser un bombón de chocolate *supersexy* y ningún chico se me va a resistir, porque, *porrquje… Pprdzzz…*

E imaginando cómo iba a ser esa nueva Daniela, caí rendida en un largo sueño que duró finalmente ocho horas y del que me desperté siendo la mujer más feliz del universo.

Tenía miedo, sí, pero nada de lo que pudiera haber pasado en ese quirófano hubiera sido peor que vivir sin sentirme completa y realizada.

Mamá, he vuelto a nacer.

Epílogo

Hasta aquí este capítulo de mi vida, el relato de una chica trans que consiguió encontrarse a sí misma, que pese a no haberse sometido a ninguna cirugía y no ser lo que socialmente se conoce como mujer, fue una chica muy feliz que estuvo rodeada siempre de personas que la querían y apoyaban por encima de todo y todos; que pudo formarse profesionalmente en lo que quiso; que disfrutó, que aprendió y que maduró de una forma diferente al resto de las personas. Gracias a todas aquellas personas que formaron parte de este capítulo de mi vida, ahora soy la mujer que siempre he querido ser.

Después, ha habido muchísimas más anécdotas divertidas, emociones, amores y desamores. Pero eso forma parte de una nueva Daniela, de una segunda parte de la historia. Aún estoy inmersa en esa parte, y puedo deciros que, de momento, es una vida maravillosa. La Daniela que viene después es una Daniela más madura, que deberá conocerse de nuevo y que alejará de su vida a esos buitres sexuales que habéis conocido en este libro. Una Daniela que encontrará el amor en brazos de un chico más mayor, pero también el desamor, que conseguirá el trabajo de sus sueños y que volverá a pasar por quirófano tantas veces como quiera. Una Daniela que deberá lidiar con situaciones a las que nunca antes se ha enfrentado y que también encontrará el respaldo de muchísimas personas que la siguen, apoyan y defienden. Pero, para contaros este nuevo capítulo, es necesario que la historia repose un tiempo.

Espero que hayáis disfrutado con esta historia, la historia de mi vida. Por mi parte, me he abierto en canal para ayudaros, informaros o, simplemente, para entreteneros.

De todo corazón: gracias.

Notas

* Para quienes no me conozcáis por TikTok, esta es la palabra que utilizo para referirme al considerado por la medicina tradicional órgano genital masculino. Para mí, usar la palabra que estáis todos pensando sería como mencionar a Voldemort en Hogwarts, así que, perdonadme, pero a lo largo de todo el libro, esa es la palabra que vais a leer. Si os resulta confusa, ya sabéis que solo tenéis que dar la vuelta a las sílabas para saber de qué estoy hablando.

* No voy a aburriros con explicaciones técnicas en este libro, pero cuando decimos que una persona es cis, básicamente queremos decir que no es trans. *Cisgénero* significa que no hay discordancia cuerpo-sociedad-mente, que la persona no siente el malestar del que os hablaba antes. La gran mayoría de la población mundial es cisgénero. Y, por cierto, no tiene nada que ver con la orientación sexual.

* Bueno, pues por si sí hace falta: dícese del chavalito guaperas normalmente del espectro político conservador que lleva el pelo del flequillo largo y repeinado, pantalón chino de color claro, camisa de Ralph Lauren, fachaleco y náuticos marrones. Puede portar también una pulserita con la bandera de España. Antiguamente se los conocía por *borjamaris* o, sencillamente, *pijos*.

Mamá, soy mujer
Daniela Requena

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: © Enrique Llorens

© Daniela Requena, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-08-26115-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!